Esclavos del destino 2
Pagarás el precio de la pasión
Eleanor Rigby

Pagarás el precio de la pasión

Eleanor Rigby

© 2023, Eleanor Rigby

Título: *Pagarás el precio de la pasión*
Primera edición: junio de 2023
Sello: *Independently published*
ISBN de Amazon: 9798394925375
Diseño de portada: Elena Salvador
Maquetación: Elena Salvador
Imagen: Adobe Stock

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Epílogo
Breve nota de autora

Capítulo 1

Brighton, sur de Inglaterra
Primero de marzo de 1819

Solo había una circunstancia en la que Casey Kaye permitía que alguien se situara por delante de él: cuando se mudaba de un despacho a otro y debía abrirle paso a los dos granjeros que hubiera contratado para trasladar su escritorio.

—No me diga que viaja con semejante armatoste por toda Inglaterra —bromeó el señor Habittle, rascándose la oronda barriga con una mezcla de diversión y extrañeza.

Se retiró de la puerta para que, segundos después, los forzudos cruzaran el umbral. Tenían el rostro ruborizado y los brazos surcados de trazos venosos debido al peso del hermoso buró labrado en madera oscura, el único lujo que Casey se había permitido en los últimos diez años.

—Solo a los destinos donde no dispondré de un espacio propio en condiciones. En la antesala les esperan los dos sillones que acompañan la mesa, caballeros —agregó Casey, dirigiendo un elegante aspaviento hacia la salida.

Estos asintieron, sumidos en el silencio abnegado tan propio de las humildes gentes del campo. Nada tenían que ver con los rateros de poca monta que le tendían la mano con una sonrisita taimada y le exigían a cambio de un favor mínimo una recompensa que le habría sacado los colores hasta al rey de Inglaterra. Esos canallas solo se encontraban en la capital, y más concretamente merodeando por el barrio de clase media donde Casey erigió su despacho.

Ese al que regresaría tan pronto como cerrara el trato.

En el rato que transcurrió hasta que el mobiliario estuvo en su sitio, Casey le echó una breve ojeada a la habitación apenas trazando una semicircunferencia con la barbilla.

Una familia de goteras había dibujado en el techo un mosaico irregular, algunos tablones del suelo estaban levantados, peligrosos clavos sueltos asomaban, amenazantes, entre la madera raída, y las bisagras que mantenían en su sitio las contraventanas cederían a su peso antes de la próxima tormenta. Por no mencionar que en el aire flotaba un desagradable olor a humedad y a cerrado del que un amante del buen comer como el señor Habittle se percataría en el acto. Si, como Casey tenía entendido, su empresario americano era invitado a los mejores restaurantes de la ciudad, debía de ser porque además de un paladar exquisito, tenía un sentido del olfato muy fino.

En cuanto los ayudantes depositaron los cómodos sillones a cada lado del escritorio y recibieron su recompensa, se enfrentaron a solas a una sencilla compraventa.

Casey disimuló su ánimo saturnino ofreciéndole un puro, esperando que su generosidad disimulara el hecho de que consideraba el viaje una pérdida de tiempo. Se jactaba de reconocer de un simple vistazo la naturaleza de los interesados en sus servicios; quién era un idiota con madera para convertirse en la próxima víctima de un atraco a mano armada, y con cuáles tendría que mantener una apasionada discusión económica. Billy Habittle, con su aspecto bonachón y la ignorancia americana de la que hacía gala con orgullo, representaba la primera categoría. No tendría que haberse tomado la molestia de estrechar su mano para cerciorarse de que cerraba el trato.

—Si le parece, le mostraré las escrituras y los planos del edificio para que se vaya haciendo una idea de la dimensión, pero le adelanto que por la localización y el precio, se va a llevar usted una ganga con mucho potencial —empezó Casey, tirando de los cajones en busca del archivador donde el notario de lord Marriott había organizado los documentos. Lo sacó con agilidad y comenzó a buscar—. Como ya habrá podido apreciar, no le vendría mal que un par de carpinteros se emplearan a fondo —prosiguió antes de que el señor Habittle sacara a colación el lamentable estado de la construcción—, pero que el edificio permanezca en pie ya llueve, nieve o truene pone de relieve que los cimientos están tan sanos como el día que se levantó.

—No me importa invertir en la remodelación. Salí de casa con la

idea en mente, señor Kaye. Creo que no se lo he mencionado, pero aprovechando el tránsito turístico de Brighton y que las aguas termales no pasan de moda, había pensado en convertir todo esto en un balneario.

—Una idea estupenda —acotó Casey sin intención de adular. Empezó a sacar uno por uno los documentos: le tendió las escrituras en primer lugar, y, acto seguido, los planos del terreno—. Si yo dispusiera de tiempo y de vocación para emprender un negocio nuevo, habría rehabilitado el edificio para darle la misma finalidad. Es una inversión segura. El turismo de costa ha crecido en un porcentaje nada desdeñable en los últimos tiempos, y me sorprende que a nadie se le haya ocurrido disputarle el monopolio al dueño de las únicas termas.

—Reconozco que me extraña que quiera venderlo cuando tiene tantas… posibilidades, como usted mismo ha dicho. —Sus ojos saltones lo miraban con curiosidad. Casey pensó que no importaba cuánto se esforzara por transmitir solemnidad; Habittle siempre parecería bobalicón por culpa de sus rasgos de sapo—. A fin de cuentas, se dice que es usted un empresario ambicioso. Acaba de venir de las islas escocesas, ¿no es así? De pactar con los propietarios de Gillander's Whisky para distribuir su producto en el club de caballeros Marriott & Sons.

Casey se incorporó, apoyando las dos manos en los reposabrazos, y arrastró el sillón un par de centímetros a la derecha. Un solo segundo después, una gota proveniente del techo impactó en el suelo, a apenas un palmo de distancia de su hombro enfundado en una chaqueta negra de tweed.

—Algo así —resolvió, ambiguo. Detestaba dar explicaciones, pero ese sería un ridículo precio a pagar comparado con lo que ganaría si se libraba del orfanato—. Digamos, señor Habittle, que no me gusta que mis empresas tengan una sede física. Me complace saber que llevo conmigo lo que me hace rico en todo momento y no se me puede arrebatar si no es con un golpe en el cráneo lo bastante contundente para matarme. —Estuvo a punto de fruncir el ceño cuando del archivador se desprendió un sobre que a primera vista parecía cerrado. Siguió hablando mientras se agachaba para recatarlo del

suelo húmedo—. Además, lo más responsable que puede hacer un hombre que no está dispuesto a hacerse cargo de un servicio doméstico de veinte criados, una plantilla de trabajadores, el cuidado del edificio en cuestión o lo que corresponda, es renunciar a los bienes materiales.

»Pero usted parece un hombre al que le complace vigilar que los trabajadores cumplen sus órdenes y las tareas se desempeñan como es debido —apostilló, animándose a esbozar un amago de sonrisa con la esperanza de que la amabilidad bastara para dar el asunto por zanjado. Mientras, extraía del sobre lo que supuso que sería otro documento de la propiedad.

—No se equivoca, señor Kaye —le respondió en tono afable, ruborizado hasta las orejas por el placer de que Casey hubiera leído en su carácter una cualidad que para el resto de mortales era admirable.

Si tan solo hubiera sabido que él despreciaba a los acumuladores, a los amos de los señoríos, a los jefes de los despachos; a todos aquellos que tuvieran la necesidad de ejercer su poder sobre los demás cuando lo prudente y económico era realizar las operaciones sin implicar a nadie, sin caer en la ordinariez de alardear del dinero.

Casey no escuchó el monólogo en el que Habittle se enzarzó en cuanto reconoció la caligrafía de una carta que ya tenía las huellas de sus dedos. A pesar de que la leyó en cuanto el notario se la entregó meses atrás, no pudo resistirse a echarle una segunda ojeada al contenido. Solo la afectada dedicatoria de la última voluntad de lord Marriott estuvo a punto de sacarle una sonrisa despectiva hacia sí mismo.

Mi muy estimado Casey,

Si estás leyendo esto, quiere decir que ya no camino entre los vivos. Ojalá hubiera estado ahí para ver tu expresión cuando te notificaran mi defunción. A fecha de hoy puedo decir con humildad que no tengo ni la menor idea de cómo te sentará mi partida. Conociéndote tan poco como he logrado hacerlo en el transcurso de los años, me atrevo a sospechar que mi fallecimiento no afectará en absoluto a tu compleja vida laboral, y tal vez menos aún altere tu naturaleza indolente.

Solo para evitar que me mires desde la Tierra con ese brillo burlón que capto en tus ojos cuando te das por insultado, aclaro aquí y ahora que no mencionaba tu carácter con la menor acritud, únicamente como la percibo.

Admiro las capacidades de todos mis hijos por igual, pero tú has sido siempre el más brillante. Supe que estabas hecho de otro material en el preciso momento en el que te conocí, cuando apenas levantabas un palmo del suelo, y es que el tuyo es un material duro como el diamante, resistente como el acero, duradero y dúctil como la misma energía del mundo, que cambia y se transforma. Sé que me condenarás por dejarme llevar por el sentimentalismo. Suerte que no estaré ahí para verte bizquear, y que la muerte me perdonará por hablar con esta franqueza, por resaltar tu inteligencia a costa de equiparar a mis hijos los unos con los otros. No te quepa la menor duda de que estoy orgulloso de que tu sobrehumana perspicacia derivara en una brillantez académica para la que no existe comparación. Pero del mismo modo que jamás me ha preocupado tu trayectoria como estudiante, tu crecimiento personal me ha tenido más de una noche sin dormir.

Siempre fuiste un niño con secretos, callado y observador. Yo contaba con que abriéndote las puertas de la que ahora es tu casa y demostrándote que existe el amor lograría derretir esa coraza de hielo con la que te armaste para sobrevivir a los embistes de los primeros años de tu juventud, de los que en los posteriores ya no necesitarías defenderte gracias a mi afecto y mi protección…, pero cuánto se equivocaba este viejo. En esa vida que siempre he sentido que llevabas al margen de nosotros has debido confirmar que el mundo es un lugar hostil, porque te has abrazado a tu barrera con más fuerza, bloqueándonos el acceso a los demás.

Nunca me vi en posición de reprochártelo. ¿Cómo hacerlo, si estaba seguro de que en nada había afectado al buen corazón que sé que posees? Terminaste tus estudios con honores, decidiste dedicarte a los números y al ámbito empresarial, y no se te conoció jamás un escándalo.

No me habría perdonado llegar hasta este punto de mi vida con tan equívoca idea de ti, Casey.

Seguro que te sorprende que te diga que he descubierto uno de esos secretos que con tan celo guardas, pero no te acercarás ni por asomo al asombro que yo mismo sentí al enterarme. No sé si dispondré de tiempo suficiente para tirar de esa manta que oculta tus pecados y señalarlos uno a uno, como es el deber del buen padre, para que los soluciones de inmediato, pero por el momento puedo exigir, en la medida en que me lo permite el poder que aún tengo sobre ti, que te hagas cargo del pasado que dejaste en Brighton.

Hace unos meses le compré el terreno a Archibald Corbyn, el antiguo propietario del solar donde me permitió construir el orfanato para dar cobijo a todos los niños sin padres. Estarás de acuerdo conmigo en que no es justo que Matthew, a quien sí le queda familia en el mundo, esté ocupando la plaza que debería corresponderle a una criatura en verdadera situación de necesidad. Puedo dar fe de que criar a un muchachito de cinco años puede costar una auténtica fortuna, pero por suerte has amasado un patrimonio que te permitirá acogerlo bajo tu ala y darle el lugar que corresponde en tu vida.

¿O es que acaso no te he enseñado nada, Casey?

Esa es la parte de mis bienes que te lego con la esperanza de que la gestiones no ya con sensatez, pues la has demostrado en numerosas ocasiones y con creces, sino pensando con el corazón; teniendo presentes todos esos principios morales que he tratado de inculcarte, a ti y a tus hermanos, para hacer de vosotros unos hombres de provecho.

No creas que no sé que intentarás venderlo en cuanto caiga en tus manos, pero para llevar a cabo tal propósito no te quedará otro remedio que viajar a Brighton y enfrentarte cara a cara con Matthew. Al que, por cierto, me habría encantado conocer antes de caer en cama.

Confío en que mirar a los ojos a tu criatura te cambie como a mí me cambió mirarte a ti.

No me gustaría que mis últimas palabras fueran acusaciones manchadas por el rencor. Si te hubiera visto antes de escribir esto, no dudes que te habría llamado ingrato y mezquino, que habría deleznado tu crueldad y que se me habrían saltado las lágrimas al ver tu rostro, irreconocible para mí desde que supe de la existencia del niño abandonado, pero no me quedan fuerzas para odiarte, y los dos sabemos que ese es un sentimiento que jamás habría podido dirigir contra ti. Ni siquiera en estas circunstancias.

Desconozco si Matthew fue fruto de un romance ilícito o lo concebiste con una mujer a la que amabas, pero en cualquier caso, y parece que de mí depende que enfrentes el abandono que cometiste, pagarás el precio de la pasión, Casey; de esa pasión que pensaste que no tendría consecuencias.

A pesar de todo, aprecio al niño de once años que nunca quiso darme la mano, pero que, a su manera, dejó que lo amara. Espero de corazón que también se lo permitas a Matthew, a la madre de Matthew o la persona que sepa ver más allá de lo que muestras y se atreva a dar el mismo salto de fe que di yo.

Un salto del que no me arrepiento.

Con cariño,
Tu padre

—¿Señor Kaye? —lo llamó Habittle, mirándolo de hito en hito con un asomo de vacilación. Casey dudaba que hubiera revelado una sola emoción durante la lectura; había perfeccionado el gesto impasible que le servía para camuflar los sentimientos que le convenía mantener alejados del mundo sensible. Pero el silencio en sí mismo era revelador—. Disculpe, señor Kaye. No estoy seguro de que haya escuchado lo que le he dicho. Parecía ocupado leyendo ese… documento. ¿Es algo que me convenga revisar?

—En absoluto —resolvió con parquedad. Dobló la nota y la volvió a guardar en el sobre procurando tocarla lo menos posible, como si

estuviera impregnada de una sustancia venenosa. Recapituló trayendo a su mente la última pregunta de Habittle—. Por supuesto que he oído lo que me ha dicho. Considero que, por razones de exclusividad y conveniencia, debería limitar el aforo de su balneario al género femenino. Por estadística, el número de maridos hastiados de la compañía de su mujer es muy superior al de esposos devotos que se tomarían una semana de vacaciones o reservarían tres meses al año para revivir una feliz luna de miel tomando las aguas en Brighton. Además; no quiere convertir su balneario en un burdel. Lujoso, pero un burdel, al fin y al cabo, ¿o qué uso cree usted que le darían las habitaciones, primero los cónyuges y después los amantes o, en el peor de los casos, los burgueses con la prostituta que hubieran rescatado del muelle, si lo abriera a todos los públicos? No. Su cliente objetivo debe ser el aristócrata podrido de dinero que gustosamente mandará a su esposa a la costa, junto a un par de amigas, a fin de librarse de ella durante una temporada. Eso por no mencionar que las mujeres tienen un físico más débil, y los balnearios, además de como recreativos, pueden ofrecerse como instalación hospitalaria. Las damas de clase que no toleran al hombre de la casa y las ricas con tendencia a enfermar serán su fuente de ingresos.

El señor Habittle pestañeó varias veces, primero abrumado por la detallada información, y enseguida maravillado porque su vendedor hubiera sido capaz de leer y escucharlo al mismo tiempo, y con la suficiente atención para ofrecerle el consejo del que andaba necesitado.

—Cuando dice eso de «por estadística», ¿se apoya en algún estudio?

—En meras suposiciones que hago grosso modo —admitió con naturalidad—, pero siempre con conocimiento de causa. Me codeo con suficientes parejas de aristócratas para saber de lo que hablo. Y volviendo al asunto que nos ocupa…

—¡Señorita! —oyó que exclamaba Eleazar, el único ayudante que Casey se había permitido contratar en una década de experiencia empresarial. Había dejado al muchacho vigilando la entrada al improvisado despacho para que ningún niño curioso o visita indeseada frustrara la compraventa—. Señorita, no puede estar aquí.

—Acaba de confirmarme que detrás de esa puerta se encuentra el mismísimo propietario de todo lo que alcanza a la vista —respondió una mujer que Casey no reconoció. Además del tono sarcástico, tan evidente que chirriaba en oídos de un hombre que detestaba a quienes preferían entretenerse con burlas antes que hablar claro, tenía una voz grave y sugerente que involuntariamente provocó que se irguiera lo justo, intrigado, para seguir escuchándola—. ¿Con quién está reunido? No me extraña que no lleve ni quince minutos en el edificio y ya haya alguien exigiendo una audiencia, porque no soy la única que quiere cantarle las cuarenta, pero le aseguro que yo tengo prioridad sobre los demás. He pasado meses tratando de contactar con él.

—Seguro que tiene sus motivos, señorita, unos muy razonables, pero me temo que no puedo permitirle la entrada. El señor Kaye está negociando con un posible comprador del terreno.

Antes de que terminara la frase siquiera, Casey supo que Eleazar había errado al decir la verdad y que la ruidosa interrupción terminaría con la indignada desconocida entrando como una tromba en el despacho.

No habría tenido tiempo para organizarse si hubiera necesitado la menor preparación para la intromisión: tras emitir un jadeo de pasmo, la mujer tuvo que empujar a Eleazar a un lado para acto seguido abrir la puerta, porque a los dos segundos exactos gozó de una vista perfecta de la propietaria de la voz de contralto. Y Casey tuvo que aceptar, muy a regañadientes —se jactaba de anticipar situaciones y personalidades con apenas una pista de referencia—, que no era como la había imaginado.

En su defensa alegó que ningún hombre, por perspicaz que fuera, imaginaría a una voluntaria del orfanato como una joven de veinticinco años con el cabello cortado al ras y ataviada con unos pantalones de montar.

Entre otras cosas, porque era la primera vez que Casey veía a una mujer con pantalones.

—Conque negociando con un posible comprador —dijo en voz alta, aferrada con rabia al pomo de la puerta como si no estuviera ya lo bastante perjudicado—. No sé de qué me sorprendo.

La mujer que Casey y Habittle tenían ante sí era más alta que la media y poseía un temperamento enérgico que no le costaría transformar en fuerza bruta si así lo requerían las circunstancias, como había demostrado abriéndose paso sin contemplaciones. Dos ojos como soles de alejandrita destacaban en su rostro con una intensidad tan abrumadora que la muchacha parecía en estado febril. Era la ira lo que avivaba la vibrante tonalidad azul y lo que le daba color a sus mejillas.

Iba a decir algo más, pero desistió después de cruzar miradas con él.

Su mirada expresiva le confió los derroteros de sus pensamientos: estaba sorprendida por la juventud de Casey. Le extrañaba que el propietario de una cochambrosa antigualla no hubiera alcanzado aún la treintena. Casey estaba acostumbrado a esta reacción viniendo de los hombres; solía conducir a la admiración o la envidia hacia su implacable escalada social en tan breve período de tiempo. Por otro lado, y en lo que había podido observar en las mujeres, era frecuente que, al ser consciente de su atractivo físico, la jovencita de turno tratara de coquetear con él o enmudeciera con las mejillas sonrosadas.

La intrusa no escogió ninguna de las respuestas razonables. En su lugar, reafirmó su hostilidad con una sutileza desconcertante al aferrarse a la fuerza de sus puños crispados para no dar un paso atrás de inmediato.

Aturdido, Casey tardó un segundo de más en reaccionar a su obvia animadversión.

—Yo tampoco sé de qué se sorprende —contestó con languidez—. Procuro actuar conforme a lo que se espera de mí para que nadie se lleve un sobresalto.

Ella entrecerró los ojos para mirarlo con desdén. Casey aún estaba decidiendo si le enfurecía que se hubiera tomado la libertad de interrumpir y de hablarle como si le conociera, o si por otro lado lo encontraba estimulante. Si la mujer se dirigía a él en esos términos, era porque lo detestaba, eso era evidente, pero si lo odiaba debía ser porque sabía lo suficiente sobre su carácter.

—Pues no me habría importado llevarme una sorpresa positiva,

para variar.

—¿Como por ejemplo? —inquirió con fingido interés.

—Como que es usted capaz de pasarse por el orfanato con un objetivo distinto a venderlo, cosa que, en cualquier caso, no va a suceder mientras yo esté aquí.

—No sabía que tuviera que pedirle permiso para gestionar mis propiedades, señorita.

—Permiso no tiene que pedirme, pero habrá de usar la fuerza para evacuarnos.

—Perdone, pero… —intervino Habittle, pasmado—. ¿Quién es usted?

A la joven le costó retirar la mirada de Casey y concentrarse en el empresario americano, como si temiera sufrir una emboscada dejando de vigilar al dueño.

—Resido en el edificio que está interesado en adquirir, señor —le dijo en tono informativo, entrelazando las manos sobre el regazo. Casey admiró su facilidad expresiva para pasar de la ira a la sonrisa solícita—. Supongo que querrá ver con sus propios ojos la estructura antes de cerrar el trato, ¿no es así? Para cerciorarse de que se encuentra en buen estado, nada más.

—Hombre, claro que sí —vaciló—, pero el señor Kaye…

—Me extrañaría que fuera el señor Kaye quien le ofreciera una guía detallada por las habitaciones —interrumpió sin perder la pose servicial—. Estamos hablando de un caballero que no ha pisado el orfanato desde que lo recibió en herencia. No creo que sea la persona indicada para explicarle sus puntos fuertes y sus flaquezas.

Casey enarcó las cejas.

—¿Debo entender con su respuesta que se ofrece voluntaria para orientar al señor Habittle? Comprenderá que desconfíe de semejante despliegue de amabilidad viniendo de una mujer que no ha tenido ni la cortesía de presentarse.

—Soy Emma Marston —anunció con voz clara, retándolo a negar que ese fuera su nombre. A primera vista nadie habría dicho que hubiera un misterio en sus sílabas, pero el corazón de Casey suspendió los latidos un instante para acto seguido bombear a un ritmo

taquicárdico—. Y sí, estaré encantada de mostrarle al señor Habittle por qué no debería comprar el edificio.

En cualquier otra circunstancia, y si se hubiera tratado de otra mujer, Casey se habría aprovechado de la soberanía administrativa que ostentaba para despedirla del orfanato y, a continuación, retomar sus negocios con normalidad. Habría tardado cinco segundos en eliminarla de su pensamiento, como si jamás hubiera existido. Pero su nombre la había salvado del olvido, de la medianía, y ahora encabezaba su lista de prioridades.

Emma Marston.

Procurando no exteriorizar su retorcido entusiasmo, Casey se levantó del sillón y gesticuló amablemente hacia la puerta.

—Detrás de usted, señorita Marston.

Capítulo 2

En cuanto intercambió una mirada con el señor Kaye, Emma supo que solo tenía una oportunidad para ahuyentar al comprador. Y por el bien de los niños y de su propio futuro, más le valía aprovecharla.

Ya en un primer momento, se había percatado de que estaba ante un hombre inflexible y que no permitía que nadie interfiriera en sus asuntos privados. Tanto la indolencia como la postura relajada del dueño, propia de quien tenía bajo control hasta los posibles contratiempos como el que ella representaba, ayudaron a que Emma terminara de definir el carácter de Casey con precisión, pero la verdad era que incluso antes de verle la cara había tenido pleno conocimiento de su frialdad. La indiferencia de la que llevaba haciendo gala desde que empezó a contactar con él a propósito del orfanato, siempre en vano, delataba su condición de empresario sin escrúpulos.

Emma había tratado con suficientes tipos de su calaña para no empequeñecer en su presencia, pero en este caso era diferente. El señor Kaye no era ninguno de sus cuatro hermanos, a cada cuál más obstinado y autoritario, por lo que ella no podría pasarle por encima ni con chantajes emocionales —no había una fibra compasiva en todo su cuerpo, estaba segura— ni con vehementes intimidaciones, pues apostaba el alma a que el señor Kaye podría duplicar, si no triplicar, la crueldad de cualquier amenaza. Y lo que era peor: cumplirla.

Mientras conducía a los dos caballeros por el pasillo que desembocaba en el salón principal, la cabeza de Emma trabajaba por encima de su capacidad, y esto ya era decir, porque se consideraba una mujer muy competente. Aunque había apretado el paso por el camino y se había concentrado en el sonido de sus botas para que la conversación de Habittle y Kaye no la distrajera mientras preparaba su discurso disuasorio, tenía el oído puesto en el pausado caminar del propietario. Aun sin girarse, estaba convencida de que llevaba las manos escondidas en los bolsillos, de que había clavado en su nuca

una mirada indescifrable y de que tenía una razón oculta para autorizar su intervención.

Emma era un obstáculo, y el señor Kaye parecía un hombre que los sorteaba sin pestañear. ¿Por qué se había mostrado benevolente con su deseo de frustrar sus planes, pues? ¿Tan inofensiva le parecía? ¿O acaso era así como se divertía, jugando con los nervios de una pobre mujer cuando era él quien tenía la sartén por el mango?

Emma inspiró hondo con disimulo, esperando no delatar sus cavilaciones, y se detuvo a la entrada del salón principal. Hizo un gesto hacia el techo.

—Como usted mismo podrá comprobar, señor Habittle, el edificio está plagado de goteras que se han intentado arreglar, siempre en vano, más veces de las que podría imaginarse. La gobernanta del orfanato, lady Marjorie, estará encantada de mostrarle las facturas que firmaron los carpinteros que trataron de solventar el problema, y por si le pareciera poco, bastará con que se dé una vuelta por Brighton para que los hombres más jóvenes de la zona le confirmen que ellos también arriman el hombro periódicamente en la reconstrucción de las instalaciones para nada.

»Las goteras no solo son manchas entre las vigas carcomidas del techo; fíjese en la cantidad de cubos que tenemos repartidos por el salón para no tener que fregar cada media hora. —Señaló con el dedo los puntos estratégicos. Como los tenía memorizados, ni siquiera tuvo que perder el tiempo buscándolos—. Acérquese conmigo a las ventanas y comprobará también que el frío se cuela por las rendijas. Ahora que es primavera gozamos de una temperatura agradable y no le parecerá una inconveniencia. Es más; dado que no contamos con un sistema de ventilación decente, nos viene de perlas que las ventanas aireen los espacios…, pero no querrá pasar las Navidades en este salón, señor Habittle. No sin cuatro o cinco pares de calcetines subidos hasta la pantorrilla.

—No debe ser tan terrible si el orfanato sigue en pie y se considera uno de los mejores de toda la zona costera —replicó el señor Habittle, mirando a su alrededor con los brazos en jarras.

Le gustaba lo que veía, o, mejor dicho, le veía potencial al desastre.

—No es uno de los mejores. Es el único que encontrará en el sur —aclaró Emma con paciencia. Sabía que tendría que desplegar sus encantos para convencer al señor Habittle. Si hubiera estado al tanto de su visita, se habría tomado la molestia de ponerse un vestido, a sabiendas de que la feminidad ablandaba a los hombres—. Y mucho me temo que ni los niños huérfanos ni quienes aquí trabajamos estamos en posición de quejarnos. La alternativa a este edificio carcomido es la calle. Como usted comprenderá, desahuciar a cuarenta criaturas, incluso de forma temporal mientras solucionamos los problemas acuciantes de la estructura, no es viable. ¿Dónde los meteríamos?

—¿Problemas acuciantes, ha dicho? —inquirió Habittle, dirigiéndole una mirada vacilante. Había ignorado de forma deliberada la mención a los niños, a los que Emma había recurrido con la esperanza de que le conmoviera su situación—. ¿De qué problemas estaríamos hablando? ¿Son estructurales, o de la misma naturaleza que las goteras y las ventanas?

—Acompáñeme al comedor y sabrá a lo que me refiero.

Emma tragó saliva antes de enfilar al salón anexo, preguntándose a qué se debería el silencio en el que el señor Kaye se había sumido de pronto. Observaba con su mirada rapaz los puntos que ella señalaba entre grandilocuentes aspavientos, esperando que una dramática puesta en escena sirviera para agrandar las carencias del orfanato, pero no cambiaba de expresión y ni siquiera intentaba restarle importancia a su descripción de los defectos arquitectónicos para cerciorarse de que Habittle no cambiaba de opinión.

Parecía que quisiera averiguar hasta dónde era capaz de llegar.

De ser así, ella estaría encantada de mostrárselo.

—La madera se ha abombado como resultado de la humedad —prosiguió Emma, situándose en una de las elevaciones de los tablones. Puso los brazos en jarras y sonrió con afectación—. Fíjese que no es nada sutil. Soy más alta que usted si me subo al borde. Solo hemos paseado por dos estancias y ya sabe que tendrá usted que renovar el suelo y reacondicionar el tejado para que las lluvias no le pasen factura al edificio. ¿No sería más cómodo para usted comprar un

terreno sin construir y levantar de cero su… fábrica, o lo que tenga en mente?

—Me temo que no encontraré ningún terreno de estas dimensiones por semejante precio, señorita Marston. Y la ubicación es inmejorable —apostilló.

Nada en su actitud daba a entender que fuera a ceder, pero Emma no pensaba perder la esperanza.

—Ya veo que el señor Kaye se lo va a dejar a precio de saldo —comentó con una sonrisa venenosa. Se atrevió a mirar al propietario con desafío—. ¿No le da eso una pista de lo poco que le conviene adquirir el edificio? Ni siquiera su dueño lo quiere.

—Por lo que he podido apreciar durante la breve visita, tampoco lo quiere usted, o no hablaría de él en pésimos términos —repuso Habittle, enarcando una ceja—. ¿No le vendría de maravilla que yo echara abajo el edificio? Podría llevarse a los niños a un sitio mejor. En lo que creo que todos estaremos de acuerdo es en que este pabellón debe desaparecer, porque nadie en su sano juicio viviría bajo un techo que se vendrá abajo en cualquier momento.

Emma se armó de paciencia con una profunda inspiración y decidió que había llegado la hora de sacar la artillería pesada. Habría preferido convencer a Habittle de dar un paso atrás sin recurrir a los pobres huérfanos, pero en vista de que le cegaba la ambición, no le quedaba otro remedio que apelar a su compasión… si es que era capaz de sentirla.

Los hombres de negocios no se caracterizaban por sus elevados principios.

—Deje que le muestre solo una cosa más…

—Señorita Marston —la interrumpió con una sonrisa circunstancial. Avanzó un paso con la mano en alto, como si debiera amansar a una fiera—, ya puede enseñarme una pared derruida o una madera comida por las termitas, que no conseguirá ahuyentarme. Estoy decidido a adquirir la propiedad del señor Kaye.

—Y yo respeto sus intenciones —mintió con un cabeceo concesor—, pero no le hará usted el desaire a una dama que solo desea darle una visión global del negocio, ¿verdad? Aunque lleve pantalones, sigo

siendo una señorita.

Habittle lanzó una mirada dudosa al señor Kaye, que se había entretenido paseando por el comedor como si él fuera el interesado en adquirir el inmueble, pero no halló en este la respuesta a la que parecía su pregunta: «¿Es de verdad una señorita?».

Ese era otro rasgo característico de los hombres de negocios, pensó Emma, y no sin desdén: ansiaban emular a la aristocracia londinense en riquezas y renombre, pero se negaban a copiar sus exquisitos modales como si no fueran necesarios para abrirse paso por el mundo.

—De acuerdo —cedió a regañadientes—, pero tendrá que ser rápida. Debo regresar a la capital antes del mediodía, y ya voy bastante apurado de tiempo.

Emma se mordió la lengua para no comentar lo curioso que era que no hubiese mencionado su apremio hasta ese momento. En su lugar, le agradeció la oportunidad con una sonrisa luminosa, y acto seguido condujo a comprador y vendedor a la parte trasera del orfanato.

Dudaba que Casey Kaye hubiera elegido tan temprana hora de la mañana, aprovechando que los niños no estarían en el edificio, para citar a Habittle. Nada podría importarle menos que los horarios lectivos de los pequeños, que comenzaban con ejercicios al aire libre. Pero de haberlo decidido así para evitar que Habittle se ablandara con la visión de los huérfanos, de cero a dieciséis años de edad —los muchachos y muchachas de diecisiete ya trabajaban en alguno de los pueblos cercanos, si bien aún dormían bajo su techo—, Emma tendría que reconocerle su maquiavelismo.

Encontró a los más pequeños saltando con una ruborizada señorita Delaney. Camille impartía clases de carácter más bien intelectual para los mayores, pero había aceptado ocupar el lugar de Emma unos minutos para que esta pudiera enfrentarse al propietario.

En un primer momento optó por no acercarse. Sus acompañantes y ella permanecieron de pie a una distancia prudencial, atestiguando la clase. Pensó que era imposible no conmoverse al ver a nueve niños entre los cuatro y los seis años siguiendo las indicaciones de la maestra con las mejillas coloradas, lanzando carcajadas al aire y molestándose con travesuras los unos a los otros. Emma miró con el

rabillo del ojo al señor Habittle, y por poco suspiró de alivio al comprobar que, al igual que a ella, al empresario se le había escapado una sonrisa tierna.

—¿Quién puede llegar más alto? —preguntaba la sofocada Camille, extendiendo los brazos como si fuera a echar a volar—. ¿Serás tú, Tobias? ¿O tú, Paisley?

—¡Yo! —exclamó una niña minúscula y huesuda.

—Me alegra que Camille interpele a los recién llegados al orfanato. Así es como reafirmamos que la veteranía no concede privilegios y mantenemos vivo el espíritu de grupo —explicó Emma, cruzándose de brazos para admirar la clase con satisfacción—. Paisley apenas ha pasado nueve noches con nosotros. Se habrá dado cuenta a primera vista de que tiene un aspecto desmejorado. Estaba desnutrida y muy enferma cuando llegó, pero ya ve que se recupera con esa milagrosa rapidez tan propia de los niños obstinados.

—¿De qué enfermó? —inquirió el señor Habittle.

Emma estuvo a punto de sonreír, complacida porque el empresario hubiera mordido el anzuelo.

Compuso una expresión melancólica y suspiró.

—De una gripe complicada. Alcanzó los cuarenta grados de fiebre una de las primeras noches. Lady Marjorie y yo estábamos muy preocupadas. Temíamos que no llegara a ver la luz del día, y, de hecho, casi no vivió para contarlo porque no es que nos sobren los recursos. Solo podemos ofrecerles gachas y sopas con pan duro, alimentos poco nutritivos que apenas les devuelven las energías, y hace un frío por las noches imposible de combatir debido al estado de las ventanas…, pero por lo menos tuvo un techo bajo el que descansar, una cama caliente y los cuidados de las voluntarias.

—No sería una gripe muy complicada si pasó menos de nueve días encamada y ahora está dando saltos —repuso por primera vez el señor Kaye. Emma se giró hacia él con todo el vello de punta. Su voz profunda y sin inflexión se le había metido bajo la piel como el sonido de ultratumba de un dios que hablaba desde las alturas—. Que pueda moverse con esa agilidad demuestra que no ha habido daño pulmonar, y si la gripe no afectó al sistema respiratorio, no debería considerarse

«de gravedad».

Emma se controló para no apretar los puños.

—Ya veo que no ha podido pasarse por el orfanato antes porque estaba ocupado atendiendo a sus pacientes, doctor Kaye —comentó con una sombra de sarcasmo—. Dicen que nunca hay dos glorias juntas, pero usted, además de empresario, es médico. ¡Qué maravilla!

—Tengo un sinfín de virtudes, señorita Marston —repuso, aguantándole la mirada con aire distante—, pero me temo que la paciencia no figura entre ellas. ¿Nos ha traído hasta aquí para hablarnos del triste pasado de cada uno de los críos?

—Me he limitado a responder a la pregunta del señor Habittle —repuso Emma sin perder la compostura—, que es el interesado de los tres. Veo que tampoco la consideración figura entre sus virtudes, o no se opondría a que el caballero supiera cuanto tiene que saber sobre el edificio que pretende adquirir.

—Va a comprar el terreno y la construcción que se levanta sobre él, no a los niños ni a las mujeres impertinentes que viven dentro —replicó el señor Kaye. La indiferencia que rezumaba su tono no casaba con la forma que tenía de mirarla. Hablaba como si estuviera haciendo un comentario banal, pero fijaba la vista en su interlocutor como si pretendiera advertirle de que cada detalle de su mensaje era de una importancia trascendental y le convendría memorizarlo—. ¿Por qué iba a ser necesario mencionar a los críos?

—No se preocupe, señor Kaye. Me encantan los niños —intervino Habittle con una sonrisa beatífica—. Mi esposa está a punto de salir de cuentas. ¡El cuarto ya! No perdemos la esperanza de que sea la primera princesa de la casa.

—Entonces será de la edad de nuestra pequeña Talissa —respondió Emma, devolviéndole el gesto—. Hace dos noches dejaron a un bebé recién nacido a las puertas del orfanato. Estaba sano como un roble; lo encontramos antes de que cayera la noche y ni siquiera había cogido frío. ¡Si hubiera oído cómo lloraba, señor Habittle…! ¡Esa niña demostraba una voluntad de vivir que no había visto antes! ¿Quién sabe? A lo mejor nuestra Tully y su hija se conocen algún día. Hacemos todo lo posible para que los niños tengan una oportunidad

para formar parte de la clase media y no se resignen al destino que parece que les ha tocado vivir.

Había sido un comentario muy arriesgado, como comprendió instantes después. A no todos los burgueses enriquecidos con esfuerzo y sudor les gustaba que una muchacha insinuara que a su estrato social accederían pronto los huérfanos abandonados a su suerte, aquellos que la gente de su clase tendía a marginar. No obstante, observó en el gesto compasivo de Habittle que no se había equivocado al conducir por allí la conversación.

—No sabe cuánto me alegro, señorita Marston. Yo mismo fui huérfano, ¿sabe? Crecí en un orfanato de la ciudad de Boston, en América… No sé si sabrá localizarla en el mapa; a menudo, los ingleses dan por hecho que solo existe Nueva York —bromeó. Su rostro adquirió un matiz amistoso al mirarla—. Habría agradecido que una mujer como usted… como ustedes —se corrigió, señalando a Camille a lo lejos— me hubieran animado a prosperar con su fe ciega y su dedicación. De no haber sido por mi carácter de por sí ambicioso, me habría quedado trabajando en una fábrica al otro lado del charco.

—No se crea usted que despertamos a los niños con un cuento de riqueza y éxito. Somos conscientes de que sus posibilidades vienen con limitaciones —repuso con tiento—, pero les ofrecemos una educación algo más exhaustiva de la que se oferta en los orfanatos londinenses, y mantenemos la esperanza de que sus saberes, su disciplina y sus principios morales basten para que vuelen lejos y nadie pueda hacerles regresar con el rabo entre las piernas.

El señor Habittle la observaba con atención. Parecía que hubiera abandonado toda intención de compra y ahora solo le interesara invertir en el futuro de los huérfanos.

—Realiza usted una labor encomiable —la felicitó con un asentimiento de cabeza. Como si acabara de recordar que no había viajado hasta Brighton para reconocerle los esfuerzos a una voluntaria, Habittle cuadró los hombros y volvió a echar una ojeada a los niños. Seguían haciendo sus ejercicios, ajenos a que su destino estaba en manos del americano—. ¿A dónde irían si yo comprara el orfanato? —inquirió con gesto aprensivo.

Emma estuvo a punto de cerrar los ojos y rendirse al alivio que le relajó los músculos. Refrenó aquel impulso, pero no el de lanzarle una mirada victoriosa al escueto señor Kaye, que había estado escuchando sin dar a conocer sus pensamientos.

Su estratagema había surtido efecto. El señor Habittle era un buen hombre, más de lo que le había reconocido en un primer momento.

Emma comprendía su cambio de opinión. No era lo mismo acudir a un pueblo para adquirir un orfanato que insistir en comprarlo después de haber visto las caras de los muchachos, conocer algunas de sus historias y saber de primera mano que allí se desempeñaba una necesaria labor humanitaria.

Lo que Emma debía reconocerle a Casey era que al menos fue franco con Habittle desde el principio, pues no se guardó para sí mismo la utilidad que se le daba al terreno. Podría haberle mentido alegando que se trataba de un almacén o una fábrica abandonada, no un orfanato, y había optado por la verdad.

Aunque quizá se debiera a que le importaba tan poco el desahucio de los inocentes que había asumido que sus interesados también harían la vista gorda ante semejante crueldad.

—A la calle —resumió Emma. Enseguida se giró hacia el señor Kaye —. A no ser que el propietario y máxima autoridad del orfanato trazara de antemano un plan de reubicación para los niños, pero sospecho que no podrá ponerlo en marcha una vez compre usted el terreno porque dicho plan no existe…, ¿me equivoco, señor Kaye?

El dueño se libró de responder gracias a la apresurada intervención de Habittle.

—Oh, no, no, no dé por hecho que vaya a comprarlo, señorita Marston. No sabe lo avergonzado que estoy ahora mismo, yo… —Se mordió el labio—. Mentiría si dijera que no sabía que el edificio se destinaba a acoger niños huérfanos, pero ahora… Me estoy acordando tanto de mis hijos y de lo mucho que desearía que tuvieran un techo sobre sus cabezas si mi esposa y yo sufriéramos un accidente… No creo que me sintiera cómodo arrebatándole el hogar a estas pobres criaturas. No cuando Brighton es un pueblo con un sinfín de terrenos en venta que podría aprovechar para mis objetivos.

Emma se tomó la libertad de cogerlo de la mano y cubrírsela con el dorso, captando así su atención. Le dirigió una sonrisa que no cabía en sí de gozo. Haberle arruinado el día al señor Kaye le producía un perverso regocijo que casi eclipsaba la alegría de conservar el orfanato.

—Es usted un buen hombre, señor Habittle. Lo supe en cuanto lo vi —le dijo con voz aterciopelada. Tal y como esperaba, el bostoniano se ruborizó de puro deleite y estrechó a su vez la mano de Emma antes de retirarla con notable afectación.

Tal vez sí tuviera modales con las damas, después de todo.

Observó que se daba la vuelta para transmitirle al señor Kaye su consternación y deshacerse en disculpas por haberle hecho perder el tiempo. El propietario soportó con estoicismo la lluvia de excusas. Emma no cayó en el error de suponer que estaba conmocionado por lo ocurrido; tan solo limitaba sus energías para que su cuerpo no sucumbiera a la tentación de revelar su irritación.

El señor Habittle se despidió de los dos con torpes reverencias, lanzó una última mirada orgullosa a los niños, que ya habían terminado el ejercicio y descansaban tendidos sobre la hierba, y desapareció en el interior del edificio para salir por la puerta principal.

Emma ni siquiera se planteó marcharse antes de que el señor Kaye manifestara la pésima opinión que acababa de formarse sobre ella. Un intenso antagonismo hacía vibrar su cuerpo como si en lugar de sangre tuviera agua hirviendo. Deseaba que le cayera encima con toda su autoridad para iniciar por fin la discusión con la que llevaba meses soñando.

—Es obvio que estoy ante una mujer con un propósito —dijo con la languidez a la que Emma empezaba a acostumbrarse—. Por su bien, espero que dicho propósito no sea joderme.

Capítulo 3

Si Casey esperaba escandalizarla con su elección de palabras, se marcharía de allí muy decepcionado. Emma había nacido en un pueblo donde la aristocracia y sus elevados modales eran personajes de un cuento de hadas, y había crecido en una casa con cuatro hermanos, a cada cuál más comprometido con la perpetuación de las blasfemias que peor sonaran.

Con una sonrisa desdeñosa despuntando en los labios, tal vez también incrédula por el modo en que había arrancado la conversación, se giró hacia él.

—Mi propósito no es otro que salvaguardar el bienestar de los niños, señor Kaye, y si en el proceso he de pasar por encima de usted, no crea que me temblará el pulso. —Se cruzó de brazos y alzó la barbilla, a sabiendas de que no había forma honorable de contradecir un deseo tan generoso como el suyo. Esperaba que lo hiciera para poder acusarle de mal cristiano, si bien todo apuntaba a que ningún insulto lograría abochornarlo—. No me cabe la menor duda de que si le hubiera importado tanto cerrar el negocio como solo ahora da a entender, no habría permitido que me inmiscuyera.

Él permaneció en el sitio como una estatua romana.

—Sentía curiosidad por averiguar hasta dónde sería capaz de llegar.

—Pues ya ve que la curiosidad mató al empresario —se refociló con maldad.

—A uno de tantos que viven en este país —apostilló Kaye sin inmutarse. O era ajeno al notable regodeo de Emma, o guardaba un as bajo la manga y solo la estaba dejando creer que era quien había ganado la guerra—. Seguro que la religión es una de las materias que se imparten en el orfanato. Asumiendo que es usted la maestra que tan versada está en la asignatura, sabrá que el pan para hoy es hambre para mañana, y que a los hombres no hay que darles migajas, sino enseñarles a pescar.

Pestañeó, confusa.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que se ha quitado de en medio a un posible comprador, y sí, eso le asegura que sus queridos niños disfrutarán de al menos una noche más bajo techo. Ahora bien; cuando mañana o la semana que viene cite a las otras docenas de empresarios interesados, ¿qué hará? No todos tienen su orfandad y su paternidad tan presentes como para huir despavoridos de una mujer que los acusa de tipejos sin escrúpulos.

—Puede que carezcan de ese punto débil, pero alguno tendrán, señor Kaye, y no dude que lo encontraré —le advirtió con determinación—. Como muy bien ha mencionado, soy una mujer con un propósito, y a las mujeres con un propósito no las detiene ni una catástrofe natural.

Su determinación se tambaleó cuando el señor Kaye dio un paso al frente. Ni siquiera había tenido que esforzarse por mirarla con afán intimidatorio. Logró que Emma cerrara los puños y se tuviera que concentrar en la tensión allí acumulada para no estremecerse.

—Pues tal vez le convendría cambiar de objetivo, porque aquellos que van contra mis deseos siempre forman parte del equipo perdedor. Y, según he entendido… —Lanzó una mirada desapegada al grupo de niños—, es mucho lo que usted podría perder. No es así en mi caso.

—¡Con más razón me demuestra que su oposición a que yo proteja a los huérfanos no tiene sentido! —se apresuró a replicar, sospechando que tenía la intención de zanjar la conversación. Ahora que era obvio que no había ganado la batalla, que solo había pospuesto lo inevitable, tenía que cambiar de táctica—. Es usted un hombre adinerado, señor Kaye. No necesita vender el terreno por una cifra irrisoria para sobrevivir.

—Lo que no necesito es destinar una suma de mis ahorros a proyectos caritativos —atajó con frialdad.

—Como si hubiera estado mandando limosnas en los últimos meses —le espetó.

—Por supuesto que no he mandado limosnas. Me parece suficiente tener en propiedad un edificio ruinoso como para que encima se convierta en un agujero de gastos. Un orfanato de costa no va a

sangrar todo mi dinero.

Emma perdió los estribos.

—¿Todo su dinero? ¡Si lo que invertía era una cantidad tan simbólica como la que seguramente pretenderá cobrar a sus interesados por el inmueble! ¿Me está diciendo que un hombre cuya fortuna asciende a las quince mil libras anuales notaría su bolsillo más ligero si se desprendiera de cincuenta?, ¿de cien? ¡Lo que apenas es calderilla para usted puede cambiar la vida de decenas de criaturas en riesgo de marginación!

Kaye le sostuvo la mirada con una ceja enarcada.

—Además de un propósito, tiene usted o muy buen ojo para los números, o un interés demencial en el propietario de su querido orfanato. No todo el mundo sabe cuánto facturé el año pasado.

Emma alzó la barbilla.

—¿Acaso le cabe la menor duda de que le he investigado en profundidad para saber con qué clase de sujeto tendría que lidiar, y eso si tuviera la gentileza de presentarse aquí algún día? —repuso con soberbia—. ¡O de responder alguna de mis cartas, si a esas vamos!

—¿Sus cartas? —repitió, alzando aún más la ceja recelosa.

Emma soltó una carcajada seca.

—Debí imaginar que no se tomaría la molestia de ojear alguna de las que le escribí, a pesar de que no fueron pocas y les dediqué bastante tiempo…

Emma se calló, ruborizada, al recordar el contenido de las últimas.

Después de que la mayoría de inversores del orfanato pusiera pies en polvorosa debido a los elevados costes de mantenimiento, cuando la situación económica del orfanato pendía de un hilo, Emma temió tanto por el futuro de los niños que no pudo contener su genio y le escribió con el corazón en la mano.

—No tiene importancia —determinó al fin, avergonzada por la mención—. Si esta es su opinión sobre el trabajo que desempeñamos en el orfanato, entonces hizo bien en ignorar mis peticiones.

—¿Qué peticiones?

Emma se mostró reacia a proporcionar detalles sobre sus estallidos rabiosos.

En cierto modo, había deseado que aquellas cartas se perdieran en la oficina postal. Incluso en momentos complicados, Emma había sido lo bastante razonable para comprender que si lo que pretendía era conmover al propietario, no lo conseguiría vomitándole su furia.

Cosa que había hecho.

—El orfanato es mi vida, señor Kaye —insistió, ignorando su pregunta—. Tanto la organización en sí misma, de la que me enorgullezco, como cada una de las personas que forman parte de ella, y estoy incluyendo a los voluntarios. En cuanto me informaron de que el nuevo propietario, nuestra única fuente significativa de ingresos, no iba a destinar más fondos a la causa, me juré que ni un solo detalle que concerniera al bienestar de los niños quedaría al azar.

—Llevo meses sin pagar la suma que lord Marriott tenía a bien enviarles mensualmente y no veo que se hayan declarado en quiebra —respondió con una serenidad desquiciante. Parecía que estuvieran manteniendo dos conversaciones distintas; ella discutía a viva voz y él charlaba de manera distendida—. Es evidente que pueden sobrevivir sin mi implicación económica.

—¡Porque resulta que la gobernanta, lady Marjorie, está casada con un hombre que tiene negocios de lo más prósperos! ¡Pero el susodicho no puede hacerse cargo para siempre de los costes del orfanato! ¡Tiene sus propias bocas que alimentar!

—Yo también tengo una boca que alimentar; una con gustos exquisitos —repuso con una fanfarronería que Emma encontró despreciable—. Veo una diferencia sustancial entre el nuevo inversor y el anterior a la que debería ceñirse para saber a quién dirigir sus ruegos: el marido de lady Marjorie se ha prestado a participar en el mantenimiento del orfanato, mientras que a mí se me impuso. ¿No prefiere que la gerencia y la contabilidad estén en manos de un hombre comprometido y que crea en la causa? Tal y como yo lo veo, debería estar pidiéndome que le vendiera el orfanato al esposo de lady Marjorie, y no exigiéndome responsabilidades de las que ya he dejado claro que no deseo hacerme cargo.

Emma sabía que no podría dar su brazo a torcer, pero no volvería a dormir tranquila si no se marchaba con la certeza de haber agotado

todos los recursos. Preguntándose por qué Casey seguía de pie ante ella en lugar de haberse largado, haciendo gala de la misma indiferencia que demostró ignorando sus cartas, arremetió de nuevo contra él.

—Es usted la primera persona a la que oigo hablar de una herencia suculenta como algo que se le impuso.

—Suculentas habrían sido las participaciones de una empresa próspera, no un edificio que se cae en pedazos y la obligación moral de apiadarme de sus habitantes.

—Oh, debe de resultarle insufrible que una mujer le ruegue que tenga un poco de humanidad.

—Ni se lo imagina —reconoció Casey con llaneza.

Emma notó que volvía a arderle la sangre.

—¿Ni siquiera la relación que mantuvo con el hombre que le legó el orfanato le otorga valor sentimental? ¿Acaso no siente el menor apego hacia las posesiones del barón Marriott, quien, según tengo entendido, era lo más parecido al padre que nunca tuvo?

Apelar al luto de un hombre a fin de escarmentarlo era una bajeza que Emma no se habría permitido con nadie más. Se consoló recordando que era un corazón de piedra lo que debía conmover, y que, con toda probabilidad, tampoco aquel comentario de mala fe lograría alterarlo.

Aun y con todo, no solo la motivaba el deseo de dar con su punto débil, sino la curiosidad. Dudaba que existiera un solo inglés que no hubiera oído hablar de la historia de los hijos de lord Francis Waldorf, el barón Marriott; una historia con la que sobre todo habían crecido los habitantes de la costa, pues el aristócrata era natural de Cornualles.

En su día provocó un escándalo sin precedentes.

No existía ninguna regla que le prohibiera a un noble apadrinar a una serie de niños marginados por su clase social, sus correrías callejeras o por los trabajos de dudosa moral que desempeñaba su madre, pero no hubo un alma en los estratos inferiores que no hubiera coincidido con la opinión unánime de las grandes riquezas: era de una sordidez imperdonable. Tan imperdonable que Marriott nunca pudo

regresar a Londres a retomar su vida social, o se habría topado con que no le llegaban invitaciones ni a tugurios ilegales. Incluso los criados de algunas de sus mansiones londinenses censuraban la generosidad de su contratador, como si la compasión fuera una enfermedad contagiosa.

Emma se preguntó, despreciando su interés por un hombre que no merecía inspirar más que crueles sentimientos, cuál sería la descripción de Casey Kaye: ¿era el hijo de la meretriz?, ¿el muchacho que recorría las calles y burdeles robando carteras?, ¿el que nació en el seno de una familia sin oportunidades? Lo miraba y no podía imaginárselo ni siquiera en un entorno burgués, pues su apatía natural, su traje sobrio pero medido a la perfección y su entonación al hablar, pausada y con el acento de la capital, le harían pasar por un duque.

Tanto dudó de sus orígenes humildes que por un momento pensó que la historia de Marriott no era sino una leyenda, y que Casey Kaye llevaba la sangre del barón en las venas.

—Con sus preguntas demuestra usted una frivolidad de la que debería avergonzarse —contestó él, mirándola con los párpados entornados—. No caiga en la necedad de tomarme por un hombre materialista solo porque no me preocupan las cuestiones morales; le aseguro que me interesan tan poco los bienes inmuebles que me fueron legados como el sentimentalismo que los envuelve.

—¿Y qué diablos es lo que le interesa, si le da igual tanto lo físico como lo espiritual? —espetó Emma, ya sin poder contenerse.

El señor Kaye se quedó en silencio un instante, como si ni él mismo lo supiera y le hubiera dado la excusa perfecta para pararse a pensarlo. Lo meditó largo y tendido, porque Emma llegó a desesperarse durante el rato transcurrido. No porque no fuera paciente, sino por la mirada con la que la atravesó mientras duró su silencio abstraído.

En cuanto lo vio, a Emma no le quedó otro remedio que percatarse de su atractivo físico. Tenía dos ojos en la cara, a fin de cuentas, y el modo en que había interrumpido su reunión la había condenado a chocar frontalmente con un rostro perfecto. Sin embargo, se había

negado a aceptar dicho atractivo, a asumirlo con resignación. Ahora, por desgracia, su larga mirada oscura la estaba forzando a rendirse a esta evidencia que le ponía el vello de punta.

La belleza masculina la puso en un apuro una vez, y no deseaba que la hiciera flaquear de nuevo cuando el portador de la cara de ángel cruel debía ser confrontado. Pero si fuera solamente hermoso, Emma podría ignorarlo en beneficio de su paz mental. El problema radicaba en que, además de los rasgos canónicos, poseía el magnetismo perverso de los secretos de Pandora. Emma lo miraba con recelo, con el corazón en un puño, pero lo miraba aun así y sin más remedio porque no podría no hacerlo a pesar de saber que entrañaba riesgos terribles.

El cabello castaño oscuro, retirado de la cara y peinado hacia atrás, hablaba de diplomacia y control extremo. Exponía su expresión sin sombra que lo eclipsara, y no proclamaba así que no tuviera nada que ocultar, sino que sus secretos estaban enterrados a un nivel tan profundo que jamás lograrían brotar en su semblante. Tendría la cara femenina y pálida de una pintura renacentista de no haber sido por los rasgos afilados: la nariz como una flecha, los pómulos como el diamante, la barbilla rasurada con un mimo que delataba su tal vez excesiva pulcritud y la frialdad con la que sometía aquello que se rebelaba contra su dominio, como lo haría un atisbo de barba. El detalle de los lunares espolvoreados por el rostro, lejos de inspirar ternura, parecían una prueba de que estaba tan manchado por dentro que las marcas afloraban en la superficie. Era esbelto a pesar de estar muy por debajo del peso que recomendaría un médico. Emma apostaba por que no tenía tiempo que perder en actividades mundanas como la alimentación o el ejercicio.

Pero lo más llamativo eran los ojos, unos ojos negros como el infierno y sombreados por unas bolsas oscuras que, más que darle un aire enfermizo, inexplicablemente le hacían parecer letal, como si por las noches no le doliera la melancolía y por el contrario las dedicara a trazar planes maquiavélicos. Eran esos ojos los que se habían propuesto romper sus barreras con una mirada insondable y persistente.

Emma no sabía qué pretendía, si memorizarla, asustarla o desnudarla, pero cualquiera de las tres posibilidades, viniendo de un hombre como aquel, habría justificado un escalofrío.

—La pregunta no es lo que me interesa en general, señorita Marston, sino qué podría interesarme viniendo de usted. Así podría ofrecérmelo a cambio de que yo conservara su adorado orfanato, esto en el remoto caso de que lo que yo quisiera tuviese un precio tan desorbitado. Francamente, lo dudo —concluyó Casey, sin romper el contacto visual—, pero si su desesperación por garantizar el bienestar de los niños supera toda convención, como tanto me estoy temiendo, seguro que se las arregla para convencerme de alguna manera.

—¿Convencerle? ¿De qué? —Sacudió la cabeza, avergonzada porque la hubiera distraído el movimiento de sus labios. Tenía una gran habilidad para dedicar la mínima energía posible al acto de comunicarse. A excepción de la boca, el resto de su rostro permanecía inalterable—. ¿De que quiere algo que solo yo tengo y que cuesta… cien libras anuales para el mantenimiento, por ejemplo?

—Algo que solo usted tiene, algo que solo usted es… —Debería haberse encogido de hombros, pero era demasiado elegante o estaba demasiado limitado; solo alzó la vista hacia el cielo—. Puede que parezca una adivinanza, señorita Marston, pero estoy siendo muy generoso. Le sugiero que lo aproveche. Mi oferta no durará para siempre. Como ya podrá imaginarse, tengo asuntos urgentes que atender lejos de aquí, y no me siento piadoso todos los días. Encuentre algo tentador que ofrecerme y cuidaré de sus niños.

—¿Hasta cuándo podré pensarlo? —preguntó enseguida.

—Hasta mañana por la tarde —zanjó, dándose la vuelta—. Si se le ocurre una oferta irresistible, estaré en mi despacho.

Capítulo 4

La he encontrado. Trabaja en el orfanato de Brighton.

Casey firmó la nota con dos sobrias iniciales y esperó a que la tinta se secara con la vista fija en el papel, concentrado en sus pensamientos. Su cabeza trabajaba a la velocidad de un jaguar durante las veinticuatro horas del día, a punto de poner en jaque su estabilidad mental y su salud física: cifras del balance final, porcentajes de aumento, entre otras estadísticas…, pero había tenido que aparecer Emma Marston para llevarla a su límite y, además, acelerarle el ritmo cardiaco.

Por fin.

Por fin un avance.

—Eleazar.

Su ayudante levantó la cabeza y acto seguido todo su cuerpo, como si el rey de Inglaterra le hubiera dictado una orden y él fuera el soldado de guardia.

—¿Sí, señor?

—¿Dónde están las cartas que me remitió Emma Marston?

El jovencito pestañeó, confundido.

—¿Cartas, señor?

—La señorita Marston mencionó unas cartas durante nuestra conversación. Tú eres el que se encarga de diferenciar la basura de las misivas que pueden interesarme. Has debido de guardarlas en alguna parte, porque nunca he dado la orden de que las hagas desaparecer. ¿Las recuerdas, Eleazar? —insistió, empleando un tono moderado que ocultaba su furiosa impaciencia—. ¿Cabe la posibilidad de que viajes a Londres y me las traigas?

El ayudante hizo un esfuerzo mental para localizar la correspondencia perdida. A fin de intimidarlo, Casey le sostuvo la

mirada, llegando a observar, sin placer pero tampoco con culpabilidad, cómo la preocupación perlaba de sudor su amplia frente.

Por lo poco que Casey sabía, Eleazar no tenía apellido y había cumplido los diecisiete años el mes anterior. Su profesión de fe judía —la más devota que su empleador hubiera visto— y sus impopulares inclinaciones sexuales le granjearon en su juventud la reputación de saco de entrenamiento, porque cuando Casey lo conoció, un grupo de muchachos del barrio parecía haberse propuesto borrarle la cara a golpes.

Más que porque le conmoviera el pésimo estado de la criatura —sabía mejor que nadie que las heridas visibles sanaban, y las no visibles no serían nunca su problema—, Casey decidió ofrecerle trabajo como ayudante por razones de tipo espiritual. Si bien no era en absoluto supersticioso, interpretó su encontronazo como una señal del destino, pues una hora antes de la casualidad, su hermano Simon había estado tratando de convencerlo de que necesitaba ayuda externa para encargarse de la burocracia que tan tediosa se le antojaba.

—Leer y escribir cartas, enviar un mensaje urgente, atender a las visitas… —había recitado Simon—. ¡Siempre te quejas de que son tareas que podría desempeñar cualquier inútil!

Casey recordaba haber respondido sin mirarlo, concentrado en reorganizar sus archivadores. Una de las tareas que, en efecto, amenazaban con colmar su paciencia.

—Yo nunca me quejo.

—Eso es cierto. Al menos, no en voz alta —tuvo que ceder a regañadientes—. Pero años de convivencia me han enseñado a leer tu semblante, y puedo sentir en mi propia piel el sufrimiento al que te expones cuando has de encargarte de labores baladíes.

—Y crees que un inútil podría ayudarme. ¿Era esa una forma de ofrecerte para el puesto?

Como era ya tradición, Simon encontró más ofensivo que le sugiriera que contribuyese a la economía inglesa que el hecho de que lo llamara inútil.

—Por Dios, ¡claro que no, muchacho! ¡Tú sabes que yo no hago eso!

Así pues, como Simon no podía «hacer eso» —eso llamado trabajar

— y Casey tampoco deseaba perder el tiempo con nimiedades, encontró a la persona que sí quisiera, pudiera o, con suerte, ambas cosas a la vez. Se tomó el choque con Eleazar como una advertencia azarosa y esa misma noche lo acostó en el dormitorio de invitados con la cabeza dando vueltas después de una intensa reunión en la que Casey se aseguró de haber sentado las bases sobre lo que debería aprender a partir de entonces: leer, escribir, hablar como un caballero y no molestarle bajo ningún concepto.

El muchacho no le había decepcionado.

Aún.

—Creo que traje el correo conmigo, señor Kaye —dijo Eleazar al fin —. Pensé que tal vez le interesaría revisar las cartas que dejó pendientes en Londres. Algunos remitentes son los empresarios interesados en adquirir el edificio.

—Ahora mismo solo quiero saber si hay alguna firmada por la señorita Marston. Y tanto si la hay como si no, quiero que me digas por qué no me avisaste de que la susodicha trataba de contactar conmigo.

Eleazar pestañeó como si no entendiera la pregunta.

—Señor Kaye, el día que me enseñó a diferenciar el correo importante de los remitentes que no le interesan, me pidió que ignorase todas las cartas firmadas por una mujer. La señorita Marston es… Bueno, no me gustaría sacar conclusiones precipitadas… — Entrelazó los dedos en el regazo y le lanzó una mirada beatífica—, pero juraría que pertenece al género femenino.

Casey apretó los puños por debajo de la mesa, un gesto que le servía para contener tanto la risa como el deseo de sacudir al muchacho. Muy a menudo, los dos impulsos le sobrevenían a la vez: quería castigarlo por lo que a todas luces era una insolencia, pero no podía hacerlo porque a sus diecisiete años había recibido somantas suficientes para toda una vida, y porque una reacción desproporcionada no estaría justificada dado que sus comentarios burlones eran tan sutiles que acusándolas de mofa estaría cayendo en la exageración.

En cualquier caso, si Casey se quedaba callado durante el tiempo

suficiente para que Eleazar pudiera temer las represalias, el muchacho se apresuraba a hacer una aclaración que servía como disculpa.

—Quiero decir que, como le gusta llevar pantalones… —dejó caer.

Casey intercambió con él una mirada socarrona.

Eleazar era alto de manera desmedida, como si hubiera dedicado la tierna infancia a alimentarse con los almuerzos y las cenas que correspondían a sus seis hermanos menores. Tenía el rostro alargado y las orejas de soplillo. La nariz pequeña y los brillantes ojos grises parecían robados de otra persona.

De una mujer, para más señas, lo que a menudo parecía justificar su comportamiento.

—No sabemos cuáles son las modas de Brighton —determinó Casey, desviando la vista a los documentos desplegados sobre el escritorio—. Y tengo entendido que a ti te gusta cómo te sientan las faldas, así que no eres el más indicado para señalar el estilo ajeno con retintín.

Meses atrás, Eleazar se ruborizaba cuando Casey dedicaba un comentario a sus excéntricos divertimentos. Aprendió a relajarse en cuanto comprobó que su empleador no tenía la intención de castigarlo o siquiera juzgarlo.

Ahora se limitaba a encogerse de hombros con gesto saturnino.

—¿Quiere que le traiga las cartas?

—Pensaba que nunca me lo pedirías —le dijo Casey con sarcasmo. Le tendió el mensaje que acababa de escribir—. Aprovecha para acercar esta nota a la oficina postal. Es urgente. Si tienes que sobornar al mensajero de turno para que salga a Londres esta misma tarde, utiliza alguna de las monedas que te di ayer.

—¡Pero eso me lo pagó a mí para jugar a las cartas en la taberna! —rezongó.

—Si te quitas de vicios malsanos, mejor para tu conciencia. ¿O acaso el dios cristiano no le copió el pecado de la avaricia a Yahvé, como todo lo demás, para fundar su religión?

El muchacho bufó de forma sonora, igual que el niño malcriado que era a veces.

—Lo dudo bastante. No sé si se ha enterado, pero los judíos somos terriblemente avaros.

Dicho aquello en tono irónico, desapareció con ese extraño caminar que silenciaba salones enteros.

Casey llegó a la conclusión de que contratarlo había sido una pésima decisión cuando se presentó con él en Marriott & Sons, el club de caballeros de preferencia de algunos de sus clientes, y pudo observar la reacción de la concurrencia.

El problema radicaba en que de espaldas parecía una mujer. Tenía la elegancia femenina, la delicadeza al gesticular; incluso se reía como una adolescente, ruborizándose y cubriéndose la boca con la mano igual que si portara un abanico. Más de una vez, algún que otro admirador lo había rondado de lejos con una sonrisa lujuriosa, y Eleazar, con la coquetería de una vieja alcahueta e imprudente como él solo, alargaba el momento de la revelación de su sexo, a la que Casey asistía en todos los casos con el cuerpo en tensión y con la plena conciencia de que su jueguecito le saldría muy caro. Tan pronto como Eleazar despejaba las dudas acercándose o dándose la vuelta, presentándose así como una criatura de género confuso que en ningún caso habría pasado como una mujer, la vergüenza estallaba en las mejillas de los admiradores y Marriott & Sons se convertía en un gallinero.

Era con Casey con quien intentaban pagar el sentimiento de traición en cuanto descubrían que era su protegido.

—Estoy harto de andar más pendiente de ti que de mis tratos comerciales —le había rugido Casey en una ocasión, arrastrándolo del brazo hacia el carruaje—. ¡Aprende a disimular en estos ambientes, condenación! ¡Aunque solo sea para que no te abran la crisma!

Pero incluso si mostraba el pertinente comedimiento, Eleazar seguía teniendo una forma de habitar el espacio que turbaba al género masculino. El simple hecho de dejarse ver en público provocaba una alteración en el ambiente. En el mejor de los casos, los hombres se revolvían en el asiento y miraban a su acompañante con una mezcla de burla y rechazo, y, en el peor, Eleazar recibía un comentario malintencionado o sufría una agresión a las puertas del establecimiento.

Sí, Casey se arrepentía de su decisión cuando los caballeros

empezaban a murmurar y le preguntaban con sospecha quién demonios era aquel figurín. Luego recordaba que le importaba un carajo la opinión pública, incluso si esa opinión pública lo señalaba a él mismo como un sodomita por su mera asociación con Eleazar, y se olvidaba del asunto.

Unos toques a la puerta anunciaron que las convocadas habían logrado posponer sus obligaciones. Media hora atrás, Casey había mandado a Eleazar a trasladarle a dos de las maestras su intención de citarse con ellas. A la rubia que entró en primer lugar, con una sonrisa en los labios, la reconoció como Camille Delaney. La segunda, también rubia pero sin el aspecto escandinavo de la otra, se adentró en la estancia como si no necesitara presentación.

Casey no se levantó del asiento, como habría correspondido. No le extrañó que Camille no se sintiera ofendida, y que la desconocida sí mostrara un asombro que rozaba el ultraje le hizo saber todo cuanto necesitaba para registrar su clase social, augurarle un porvenir y decidir que no le gustaba ni un pelo.

—¿Nos ha mandado llamar, señor Kaye? —inquirió Camille, solícita.

—Sí, señorita Delaney. ¿Podría hacer el favor de cerrar la puerta?

La aludida obedeció mientras la otra se ponía cómoda en el segundo sillón que Casey había ordenado traer. En vista de que pasaría un par de semanas en Brighton, más le valía acondicionar el despacho y hacer de él un espacio habitable para sus visitas.

—Soy la señora Harriet Corbyn —anunció con pedantería—, aunque supongo que eso ya lo sabía.

—No estaba al tanto, no, pero le agradezco que haya ido al grano —contestó sin preocuparse de su sensibilidad.

Fue obvio que la había herido al determinar que conocía a la señorita Delaney por nombre propio y no a ella, quien por lo visto pertenecía a una raza superior.

—Perdone si me adelanto, señor Kaye —intervino Camille de manera apresurada, privando a Harriet del gusto de manifestar su indignación—, pero tengo que preguntárselo. ¿Ha venido a desmantelar el orfanato?

—Ese no es asunto suyo. —Se arrimó al borde del asiento y entrelazó los dedos sobre la mesa—. ¿Alguna de las dos mantiene amistad con la señorita Marston?

Harriet miró a Camille con una mueca escrupulosa, dispuesta a ceñirse a la explicación que esta quisiera darle. Sin saberlo, acababa de revelar que Emma Marston no era un asunto para el que le mereciera la pena formarse una opinión propia.

La señorita Delaney asintió con cierta solemnidad, según Casey creyó ver en su semblante. No solo eran amigas, sino confidentes. Ese brillo determinado en sus ojos verdes encerraba la clase de secretos que podían acercar a dos mujeres distintas como la noche y el día.

—Tengo entendido que le ha presentado batalla —bromeó Camille con la que debía ser su expresión de embaucadora—. Emma es una mujer excepcional y realiza un trabajo encomiable, pero le guardaba a usted rencor debido a su ausencia y su silencio. Espero que no piense que todas las voluntarias del orfanato somos temperamentales o que no estamos dispuestas a comprender su situación… —pestañeó de forma sugerente—, sea cual sea esta, señor Kaye.

Casey tamborileó los dedos contra la mesa, sosteniendo la mirada de Camille con inevitable desdén. La joven no estaba disimulando su interés en él, y todo apuntaba a que lo forzaría si fuera necesario para… ¿para qué fin?

Decidió que no le importaba. No deseaba perder el tiempo desentrañando las intenciones de una mujer insignificante para sus propósitos.

—¿Y usted, señora Corbyn? ¿Hay algo que pueda aportar sobre la señorita Marston?

—Nada que no salte a la vista —contestó con indiferencia, mirándose las uñas impecables—. Si la ha tratado, ya sabrá que es una mujer extraña. Desprecia la feminidad, se preocupa de veras por los huérfanos y no tiene vida más allá de la gestión del orfanato.

Casey habría dejado pasar el comentario, pero fue superior a sus fuerzas. Por alguna razón, lejos de encontrar compatibles con él a los caracteres frívolos y altaneros, se le antojaban particularmente despreciables.

Tal vez porque con tolerarse a sí mismo estaba más que servido.

—¿Qué es lo «extraño» de todo lo que ha citado? ¿Que los huérfanos le importan?

—Que lleve el pelo más corto que mi marido y no se haya puesto un vestido desde que la conozco —repuso de forma implacable—. Estamos en un humilde pueblo costero, de acuerdo, pero es un pueblo en el que viven el conde de Bollinger, el duque de Alridge y grandes fortunas como los Corbyn, los Broome y los Raven. Mostrar un poco de clase no estaría de más.

—Harriet —la regañó Camille, dirigiéndole una mirada condenatoria.

Casey solo levantó las cejas.

Parecía que mostrar un poco de clase solo era importante delante de un puñado de títulos nobiliarios.

—¿Suscribe usted que no tiene vida más allá de la gestión del orfanato? —le preguntó sin rodeos a Camille—. ¿No se le conoce marido, pretendiente o amante? ¿Tiene hijos? ¿Cuáles eran sus credenciales cuando solicitó trabajo en Brighton? ¿Algún otro trabajo previo?

—Carecía de experiencia —contestó Camille con suma discreción—, pero necesitábamos que nos echaran una mano. Según la gobernanta, permitirle trabajar aquí ha sido una de las mejores decisiones que ha tomado en su vida.

Casey estuvo a punto de soltar una carcajada. Había quienes aún no aprendían que lo que no decían era más elocuente que lo que sí, y ella acababa de ignorar deliberadamente dos de sus preguntas.

—No es que haya tomado muchas, teniendo en cuenta que plantó a un noble en el altar —barbotó Harriet por lo bajo.

Casey asumió que se refería a la vida sentimental de lady Marjorie y lo desdeñó.

—Tenía entendido que era usted una chismosa de primera, señorita Delaney —retomó Casey, entornando los párpados—. Parece reacia a proporcionarle información de la señorita Marston a nada menos que su superior. ¿Me han informado mal sobre su tendencia al comadreo, o me está discriminando por alguna razón?

—Nadie tiene ni la más remota idea de dónde ha salido Emma Marston, o si alguna vez ha estado casada —intervino Harriet en defensa de Camille—. Si me preguntara a mí, le diría que es improbable. Ni siquiera el hombre más progresista de París, donde se adora el escándalo, desposaría a una mujer con su… —Torció el gesto — estilo personal. En cuanto a de dónde salió, por su acento yo diría que es de la costa. De algún pueblo cercano, quizá. Portsmouth, como muy lejos.

Casey observó que Camille se esforzaba para no delatar su irritación.

No estaba a favor de que se desvelaran datos de la señorita Marston.

Emma ocultaba su historia, y lo hacía con un celo que conseguía el efecto contrario: advertir a los demás de que se escondía. Su obsesión por que no la asociaran con la mujer que Casey sospechaba que fue en el pasado —femenina, delicada, obediente; lo que cabía esperar en una esposa— daba a entender que algo no cuadraba.

—Si lo pregunta porque Emma le ha resultado atractiva, he de advertirle que no está… en el mercado, por así decirlo —dijo Camille, inclinándose hacia él con una sonrisa insinuante—. No obstante, en Brighton hay toda una serie de mujeres disponibles que tal vez le entren por los ojos.

Casey estuvo tentado de bizquear, hastiado tanto por sus fútiles intentos por desviar la conversación, en su afán por proteger a Emma, como porque insistiera en embaucarlo.

No estaría siendo justo con la verdad si negara la belleza de la señorita Delaney, pero tampoco sería sincero si dijera que sus insinuaciones le halagaban. La atención de las mujeres, ya se manifestara mediante una serie de miradas furtivas en los pasillos del teatro durante el descanso de la ópera o en un flirteo juguetón, se le antojaba engorrosa en el mejor de los casos, y grotesca en el peor.

Casey era un hombre pragmático al extremo, y no le veía la practicidad al hecho de consumar el acto. Le parecía que se tenía que invertir una extraordinaria cantidad de tiempo en la seducción, incluso si comenzaba en el mismo dormitorio y no con una charla

sugerente en un lugar público, para culminar al cabo de treinta minutos, tal vez una hora, y para que el único resultado posible fuera un indeseado embarazo; nada que pudiera canjear para alcanzar la gloria o, por lo menos, justificar el tiempo perdido. Por no mencionar que Casey no hallaba placer ni mostrándose amable o cercano con las mujeres —siempre le exigían una pizca de vulnerabilidad para darse por satisfechas, y él no estaba dispuesto a sacrificar su coraza—, ni estrechándolas entre sus brazos —las demostraciones de afecto en sí siempre le habían resultado melodramáticas, o incluso tragicómicas; en ningún caso se sucedían con naturalidad—, ni vaciándose dentro de su cuerpo, tal vez porque en todos los casos se acostó con una desconocida cuya diversión o comodidad le era indiferente.

El orgasmo fue adictivo mientras duró la adolescencia, por supuesto, pero una vez superó la barrera de los veinte años y pudo racionalizar el deseo, comprendió que el sexo no servía más que para liberar tensiones —cosa para la que prefería montar a caballo, actividad que podía desempeñar en soledad y sin preocuparse por la satisfacción de nadie—, para nublar el juicio de los hombres o para que las mujeres la utilizaran como estrategia de manipulación.

Y a Casey Kaye no lo manipulaba absolutamente nadie.

Apoyó los codos en el borde de la mesa y miró a Camille con severidad.

—Si sabe algo sobre la señorita Marston que pueda ser relevante, está en el deber de decírmelo. Ahora mismo soy su superior y quiero conocer al detalle a qué se dedica, en qué piensa y con quién se relaciona.

—Algunas dudas son muy legítimas. Incluso comprensibles, dado su nuevo rol de gerente. Pero esa investigación que propone parece demasiado exhaustiva para que un hombre tan solicitado como usted se haga cargo —comentó Camille con aparente inocencia.

—Cualquiera diría que pretende pedirle matrimonio —apostilló Harriet, dejando claro con su sonrisa desdeñosa lo que opinaba sobre la posible unión.

Casey se reclinó en el asiento muy despacio, alternando una mirada entre las maestras. Procuró transmitir la impresión de que le irritaba

que no hubieran cantado tras la primera pregunta, aun cuando gracias a las débiles estrategias de Camille había confirmado lo que deseaba saber: Emma Marston no había huido de Worthing con su marido. Lo hizo sola. Y que no le hablara a nadie del susodicho podía significar tanto que ansiaba protegerlo de la ley, que caería sobre él con todo su peso, como que lo odiaba de tal manera por sus fechorías que no deseaba que lo vincularan con ella.

—No tiene sentido seguir reteniéndolas. Pueden volver a sus quehaceres —decidió tras un breve silencio. Observó que se levantaban y reacomodaban los pliegues de sus vestidos con cuidado. Harriet se marchó primero, sin la venia con la que lo saludó al llegar. Camille estaba agarrando el pomo de la puerta cuando Casey la detuvo—. Señorita Delaney…

La muchacha lo miró con entusiasmo. Debía creer que recogería el guante que le había tendido en un par de ocasiones.

—¿Sí? —inquirió con coquetería.

—No puedo garantizarle que su secreto permanecerá a salvo si se le ocurre informar a la señorita Marston de nuestra conversación —le explicó con tono aterciopelado. Su mirada, en cambio, era un puñal apretado contra la garganta, y Camille tuvo una reacción acorde con la amenaza al palidecer de manera ostensible—. Procure que la señora Corbyn tampoco le traslade a su amiga Emma mi interés por sus… referencias laborales. No me gustaría tener que verla recoger sus pertenencias antes de que acabe el día, señorita Delaney, y seguro que a usted tampoco le haría ilusión verse de nuevo en el lugar de donde ha salido.

Camille tragó saliva y asintió de forma apenas perceptible, como si no quisiera darle el gusto de saber que se aludía con la advertencia. No llegó a cerrar la puerta a su espalda porque un satisfecho Eleazar cruzó en ese momento el umbral, cargando un puñado de cartas anudadas con un cordel. Se las dejó en el escritorio, donde Casey pudo vigilarlas con cautela, como si de un momento a otro fueran a estallar en llamas.

Al mencionar su contacto epistolar, Emma se había ruborizado para enseguida desviar la mirada, exponiendo su deliciosa vulnerabilidad

durante un instante. Fue ese momento en el que Casey supo que debía localizar las cartas a toda costa y leerlas, y todo porque ella no deseaba que lo hiciera.

No esperaba encontrar en estas la respuesta que tanto ansiaba, ni siquiera un hilo del que tirar, pero servirían para conocerla mejor, el que era su objetivo primordial.

Al amigo había que tenerlo cerca, y al enemigo, más aún.

Aunque Emma no era su enemiga como tal, sino algo aún más valioso y frágil.

Era una pista.

—Gracias, Eleazar —dijo, escueto—. Puedes pasar el resto del día explorando el pueblo. No creo que te vaya a necesitar más.

El muchacho ni siquiera le pidió que lo mandara llamar si se presentaba algún contratiempo. Era disciplinado y correcto, pero no idiota, y seguía tratándose de un crío; salió disparado del despacho en cuanto fue relevado de sus responsabilidades, dejando a Casey tal y como quería estar, a solas con los secretos de Emma Marston.

Tiró del áspero cordel que las mantenía en un montón alineado y las revisó una por una, poniendo especial interés en el nombre del remitente.

No pudo contener una sonrisa incrédula.

—Y pensar que te he tenido en mis narices todo este tiempo —murmuró, meneando la cabeza.

Al llegar al último de los sobres, acarició el borde con los dedos. Sacó del cajón un abrecartas y lo rasgó con gentileza, como si estuviera tocando una escultura de cenizas y no quisiera deshacerla. No le sorprendió descubrir que la primera misiva constaba de seis páginas por ambas caras. Comenzaba expresando sus preocupaciones hacia el orfanato con el tono paciente que había dirigido al señor Habittle. Ese tono que él, con su fría indiferencia, había ido trastocando a lo largo de la mañana hasta desencadenar su arrebato furioso.

Pensó en la señorita Marston encorvada sobre el pequeño pupitre de uno de sus alumnos, deteniendo su apasionada escritura para estirar la espalda y las extremidades, sumergir la pluma en el tintero o

releer con indecisión lo que había redactado, tal vez mordiéndose el labio y balbuceando en voz baja adjetivos que le restaran hostilidad a su toque de atención.

Casey acarició el rabito obstinado de la «M» de su apellido de soltera.

La primera carta solo confirmaba lo que supo en cuanto la vio: que la generosidad, si no su mayor defecto, sería al menos su perdición, porque si no se hubiera entregado a la causa de los huérfanos, Casey no la habría encontrado y ella podría haber seguido manteniendo un perfil bajo.

Por desgracia, eso era ya imposible. No podía prometer que no fuera a delatarla… y tampoco podría jurar que no fuera a hacerle daño.

Capítulo 5

«Algo que solo usted tiene, algo que solo usted es».

Veinticuatro horas después, el desafío seguía dando vueltas en su cabeza como una melodía pegadiza. Porque una cosa era segura, y es que el señor Kaye no le había propuesto un pacto en igualdad de condiciones. La estaba retando a igualar su inteligencia.

No era la clase de hombre que fuera a permitir que el enemigo se saliera con la suya, y eso era ella por el simple hecho de haberse opuesto a sus planes.

Aunque tenía claro que Casey estaba jugando con su desesperación, Emma había pasado la noche en vela preguntándose qué podría ofrecerle que le dejara satisfecho. Como resultado de la meditación, esa mañana había amanecido de mal humor y con unas bolsas violáceas bajo los ojos, pero sin una sola idea que poner en práctica.

Había tenido que recurrir a Camille en busca de inspiración.

—Si no hubiera tratado al señor Kaye —le había contestado su amiga mientras desayunaban. Solían hacerlo antes de que los niños se despertaran, pero como si supieran que una amenaza se cernía sobre sus cabezas, los pequeños habían madrugado más de lo habitual y a las maestras no les había quedado otro remedio que sentarse a la mesa con ellos. En ese momento, Camille estaba limpiándole las comisuras de la boca a Turner, el pequeño de dos años que no podía separarse de ella—, pensaría que lo que pretende es que le ofrezcas tu cuerpo a cambio de la inversión en el orfanato.

—Lo que me ha dicho es que dejará de intentar vender el terreno, no que se hará cargo de los gastos, Camille —había tenido que aclarar, y no sin amargura. Torció el gesto al asimilar su respuesta ambigua—. ¿Y qué quieres decir con «si no lo hubiera tratado»? ¿Cuándo has hablado con él?

—Nos citó a Harriet y a mí en el despacho para conocernos, nada más. —Hizo una pausa para echarse a Turner en el hombro y darle

unas palmaditas en la espalda para que se le pasara el hipo. Miró de soslayo a Emma—. Parece un hombre al que le gusta tenerlo todo bajo control.

—¿Y? ¿Esa es la conclusión que sacaste de su carácter y que explicaría por qué no querría acos… jugar conmigo? —Sustituyó la palabra al sentir la mirada fija de Lavinia en ella.

La pequeña de siete años era más avispada de lo que le convenía.

—Es una de muchas de las conclusiones que saqué de su carácter —corrigió Camille—. Otra es su frialdad y su absoluta falta de consideración, rasgos que también justificarían que no le tentara una noche de… juegos contigo. No solo dudo que un hombre así llegue a ceder a sus bajos instintos alguna vez, sino que me extrañaría que sintiera dichos impulsos en primer lugar —concluyó, concentrada en darle de comer a Turner—. Créeme, sé de lo que hablo.

Emma confiaba a ciegas en el instinto de Camille, y si este le decía que Casey no pretendía utilizarla para saciar su hambre sexual, debía estar en lo cierto.

No suspiró tan aliviada como le habría gustado, sin embargo. Celebraba que un inquietante desconocido no deseara ponerle la mano encima, pero le habría facilitado las cosas que su petición se limitara a lo carnal. Prefería no sacrificar ni su dignidad ni su paz mental, pero si tenía que elegir entre entregar su cuerpo una noche y pasar días trastornada, haciendo absurdas lluvias de ideas, se plantearía muy en serio la primera opción.

Después del desayuno, y con ayuda de Camille y de lady Marjorie, Emma había conducido a los niños mayores de seis años a Bollinger Sea House, la mansión del conde de Bollinger, a fin de impartir una clase excepcional de carácter práctico. El aristócrata había cedido de buena gana su invernadero durante la semana entera para que aprendieran principios básicos de botánica y los nombres de algunas plantas nativas y foráneas que coleccionaba desde que abandonó su carrera política. Para facilitarle la tarea a Emma, que de todos modos se había preparado las lecciones gracias a un grueso libro de especies procedente de la biblioteca de Royston Place, el conde de Bollinger había anotado en algunos de los parterres, macetas y pies de pasillo

los nombres en latín que recibían algunos de sus ejemplares.

Emma estaba feliz de poder enseñarle a los niños algo más que el abecedario, sumas y restas y los valores del cristianismo. Sobre todo porque esto último ya lo aprendían en los servicios dominicales a los que asistían con religiosidad.

—¡Qué bonito! —exclamó Lavinia, alzando la mirada hacia el techo de cristal.

Se había levantado un día agradecido. Los rayos de sol se filtraban a través de la estructura transparente, cegando con su luz a quien quisiera alzar la barbilla y dotando de vibrantes colores a las flores repartidas entre los pasillos, diferenciados dependiendo de la función. De izquierda a derecha, las columnas se dividían en plantas medicinales, plantas venenosas y plantas decorativas.

—Y tanto —reconoció Emma con una sonrisa. Abrazaba el manual de botánica contra su pecho. Estaba a salvo del calor concentrado en el invernadero gracias a una sencilla camisa de mangas anchas, al más puro estilo renacentista, y un chaleco masculino—. Lord Bollinger es un hombre muy organizado, y cuida con mimo su invernadero. Deberéis tener cuidado de no dañarlo en modo alguno. Moveos siempre por los caminitos de piedras o de tierra seca, no toquéis nada sin permiso y ni se os ocurra corretear por ahí, ¿de acuerdo?

—¿No podemos coger flores para hacer un ramo? —se quejó Jackson, de brazos cruzados—. ¡Le prometí a Harriet que le llevaría uno cuando volviera! ¡Si regreso con las manos vacías, se sentirá muy decepcionada!

Emma rogó al cielo un poco de ayuda divina.

El enamoramiento de Jackson hacia Harriet Corbyn estaba llegando demasiado lejos.

—Seguro que podrá soportarlo. Es más; si apareces con flores cortadas del invernadero de lord Bollinger, la obligarás a venir para disculparse con él, algo que detestaría profundamente. Es mejor que compongas tu ramo con las plantas silvestres que encontraremos en el camino de regreso.

—Pero ahí no hay orquídeas, que son las flores más bonitas —rezongaba con obstinación.

—Ni aquí tampoco, Jackson —replicó, disimulando el tono cansino —. Hay un par de géneros de la familia *orchidaceae* de las sesenta y cuatro especies existentes, pero no se utilizan para impresionar a una dama… —Emma se acercó a un brote de aspecto comestible y lo señaló con un ademán, enarcando las cejas—, ¿o acaso esta *neottia* tiene el aspecto de una bonita flor?

—¿Eso es una orquídea? ¡Anda ya! —bufó Jackson, perplejo—. ¡Pero si parecen champiñones cortados por la mitad!

—¡O setas! —se rio su inseparable amigo Tobias.

—Y esa no es la única orquídea que tenemos por aquí —prosiguió Emma, animando a los pequeños a acercarse para observar las plantas que iba señalando sin apoyarse en los textos del libro—. Esta que tenéis aquí es una orquídea monopodial y terrestre de la subtribu *orchidinae*.

—Ordichi… Ochirdi… —repitió el pequeño Matthew con dificultad. Tenía cinco años, y aunque sabía hablar, había desarrollado un tartamudeo paralizante—. ¿Deberemos est… est… estu… tu… estudiarnos esos *nombes* t-tan exta… exta… extra… ños?

—¡Claro que no! Todas las plantas tienen un nombre común más fácil de pronunciar. En este caso, se llama orquídea abeja. Seguro que os dais cuenta de por qué.

—¡Pues porque parece que tiene una *oveja* pegada! —señaló Paisley, cubriéndose la sonrisa mellada con una mano sucia. Apenas acababan de llegar y ya había hundido los deditos traviesos en la tierra, pensó Emma, tan exasperada como divertida con su ternura.

—Una abeja —corrigió Lavinia con retintín—. Sería difícil que se le pegara una oveja, que es más grande que tú.

Emma estuvo a punto de reírse.

Lavinia no había cumplido los ocho años y ya hablaba como un pretencioso maestro.

—A Harriet le encantaría tener una flor tan excepcional —se lamentaba Jackson—. ¿Y si le pido a lord Bollinger que me deje llevarme una? No se opondrá. Todo el mundo dice que es un buen hombre.

—Precisamente porque es puro de corazón no deberías

aprovecharte de su bondad pidiéndole favores que le pondrían en un compromiso, Jackson.

La pequeña Paisley le tiró del borde del chaleco para captar su atención.

—¿Es ese hombre el conde de Bollinger, *señodita* Emma? —inquirió en voz baja, apuntando con el dedo a la figura de luto que observaba la lección desde el fondo del invernadero. Los ramilletes de lavanda que impregnaban el ambiente parecían enmarcarlo.

Emma cuadró los hombros de forma involuntaria al reconocer el gesto impasible del visitante, que no había acudido solo. Le acompañaba un adolescente de rostro alargado y cabello dorado. El joven estaba tan pendiente de ella que supo que había estado bebiéndose la lección introductoria.

—No, Paisley —contestó en voz alta, sosteniéndole la mirada a Casey—. Ese hombre no es el conde de Bollinger.

«Ya le gustaría tener su buen corazón», le habría gustado añadir.

—Ignore mi presencia, señorita Marston —le pidió él desde la distancia, sin necesidad de alzar la voz para que resonara entre las cuatro paredes—. He venido en calidad de oyente.

Emma tuvo que morderse la lengua para no preguntarle a qué se debía su interés por una modesta clase de botánica. Su reproche velado avivaría la curiosidad de los niños, y, mientras pudiera, pospondría la presentación pública del señor Kaye, cuya mera presencia empezaría a quitarle el sueño a los mayores.

Todos estaban al corriente de lo que el dueño se proponía. De ahí que incluso los muchachos de quince y dieciséis años, quienes aún podían disfrutar de un año más de estudio, se hubieran empecinado en encontrar un empleo y contribuir a la economía del orfanato.

—Muy bien —acotó Emma, escueta. Tomó de la mano a la pequeña Paisley, esperando que los niños no se percataran del carácter circunstancial de su sonrisa, y condujo a la clase por el sendero—. Esta es la última orquídea de la colección de milord: la orquídea piramidal o *Anacamptis pyramidalis*. Habréis visto que se encuentra en la fila de las plantas medicinales. Esto es porque se emplea como tratamiento para dolores estomacales, como el que Tobias sufrió la

pasada semana.

—Yo no recuerdo haberme comido eso para curarme —reconoció el aludido, acercando la nariz a la orquídea. Los pequeños se rieron cuando empezó a olisquearla igual que un perro—. Y me acordaría, porque es muy bonita. Se parece más a una orquídea que las otras dos que nos ha enseñado, señorita Emma.

—¡Claro que no te la comiste tal y como la ves ahora! Las propiedades nutritivas se encuentran en la harina de sus tubérculos. Para sanar los dolores de barriga —prosiguió, pellizcando el ombligo de Paisley. La niña soltó una carcajada—, dichos tubérculos se deben recoger cuando la planta ya se ha secado tras la floración y ha soltado las semillas.

—¿Y esto qué es, señorita Emma? —preguntó Lavinia, que se había quedado rezagada para observar de cerca un macetero con diversas especies.

—*Primula elatior* —dijo Emma de memoria, recordando el jardín personal que dejó atrás, en la vivienda familiar. Siempre había sentido debilidad por la familia de las primuláceas, unas flores llamativas y de toda suerte de tonalidades que dotaban su patio delantero de una viveza que echaba de menos admirar por la ventana. Bloqueó el pensamiento antes de pararse a recordar todo lo que añoraba—. A partir de sus flores, se pueden elaborar unas manzanillas riquísimas y muy útiles para apaciguar los nervios.

—En realidad, ese es un ejemplar de *Primula veris* —replicó una voz masculina. Emma se envaró al reparar en que Casey se había acercado a Lavinia con las manos entrelazadas a la espalda. La niña lo miraba con absoluta fascinación—. Es fácil confundir la *veris* y la *elatior* porque se asimilan en aspecto, pero las flores de la que usted menciona, señorita Marston, son de color amarillo pálido. La que tenemos delante no se utiliza para hacer manzanillas, sino que trata los dolores de cabeza y la tos, por mencionar dos padecimientos, y, además, es el alimento preferido de los conejos silvestres.

Emma presionó los labios, molesta porque le hubiera restado credibilidad a su lección y porque el muy condenado tuviera razón. Era ella quien se había fiado de su memoria traicionera en lugar de

consultar el libro.

—¿Cómo sabe usted todo eso? —inquirió Lavinia, admirándolo perpleja.

—Lo leí en *Species Plantarum*[1] —acotó con sobriedad. Luego añadió, mirando a Emma—, un libro cuyo contenido no tendría por qué conocer una niña de cinco años.

—Tengo siete —replicó Lavinia con su suficiencia habitual.

Emma ignoró a la pequeña, pero sobre todo al niño grande, que se lo tenía merecido por haber cuestionado la finalidad de su lección con tan solo un comentario áspero. Decidió que no le daría explicaciones a no ser que las pidiera de manera expresa y continuó la descripción de algunos de los tallos señalados por lord Bollinger: el trébol encarnado, escarlata o italiano, *Trifolium incarnatum* en latín; el *Geranium robertianum*, denominado a partir de la palabra latina *geranion,* que significaba «grulla», debido a la apariencia de su fruto, similar al pico del ave; el ranúnculo bulboso, el espino blanco, el rosal silvestre…

Cuando la primera clase tocó a su fin en torno a una hora después, Emma propuso a los más jóvenes que tomaran uno de los papeles que Camille había traído consigo y, con un carboncillo, dibujaran la que hubiera sido su planta preferida y escribieran lo que recordaban de esta. Los mayores, incluido el muchacho curioso que había acudido con Casey, continuaron la guía con el recién llegado Bollinger como maestro, quien albergaba conocimientos más exhaustivos y estaba encantado de transmitirlos.

Aprovechando que Camille se estaba encargando de atender las dudas de los pequeños con una paciencia encomiable, Emma trató de alejarse de la escena y, por extensión, de Casey Kaye. Se entretuvo en el sendero de las plantas decorativas, donde el conde había numerado preciosas especies foráneas que Emma no había visto antes.

Se agachó para hacer justo lo que le había prohibido a los niños: acariciar los pétalos de las margaritas africanas, subrayadas como gerberas, e inclinarse para oler con una pequeña sonrisa los lirios orientales.

Y allí se habría quedado toda la tarde, disfrutando de los aromas y texturas, si alguien no la hubiera interrumpido.

—Espero que no sea así como pretende convencerme de que su labor educativa es necesaria.

Emma cerró los ojos un instante antes de incorporarse con la mayor dignidad posible, alisar las arrugas del pantalón y girarse hacia Casey con falsa solicitud.

—¿Disculpe, señor?

—Debería disculparse, sí, pero no entre signos de interrogación. Le aseguro que ningún niño aquí presente necesita conocer el nombre en latín del ranúnculo bulboso.

Ella levantó las cejas mientras se frotaba las manos para retirar posibles restos de tierra.

—Espero que lo diga porque el término latino, *ranunculus bulbosus*, es lo bastante parecido a la traducción como para no requerir su estudio, y no porque pretende establecer una diferenciación clasista entre la educación de los ricos y la de los pobres. ¿O acaso no acaba de demostrar usted que en Oxford o en Cambridge, la universidad a la que fuera, se leen manuales de botánica? ¿Por qué no habría de hacerlo un muchacho de Brighton?

—Fui a Oxford —aclaró antes de entrar en materia—, y no he establecido diferencias, señorita Marston. De hecho, sostengo que los saberes botánicos tendrán la misma utilidad en el día a día de sus alumnos que en el mío: ninguna. Debería ser una especialidad para aquel que de verdad esté interesado en la biología, no una asignatura general.

Emma relajó los hombros antes de responder. Estaba demasiado cansada después de una noche entera sin pegar ojo como para aguantar a la defensiva durante toda la conversación.

—Es que no es una asignatura general, señor Kaye. Ni siquiera recurrente. He decidido traerlos durante esta semana al invernadero del conde de Bollinger porque considero que unas nociones básicas de botánica no estarían de más. ¿O no le parece práctico que los hombres y mujeres de mañana sepan qué comprar en la botica cuando enfermen?

—Para recomendarles las plantas adecuadas, ya estaría el boticario.

Emma le lanzó una mirada burlona antes de doblar la esquina para

seguir examinando las especies del conde. No se iría de allí sin ver todos los ejemplares de azucenas existentes.

—Apuesto la vida a que es usted el primero que quiere dominar todos los ámbitos del saber para que nadie lo tome por necio —replicó, acariciando a su paso las corolas de las rosas—. Ni en la botica, ni en el banco, ni en su propia casa. ¿Qué hay de malo en que me asegure de que estos niños se marchan de Brighton con saberes prácticos para que nadie los time jamás?

—No creo que el boticario les vendiera acónito en lugar de ranúnculo bulboso, si es lo que insinúa con el asunto de la estafa. Si matara al cliente, estaría perdiendo dinero.

Emma sacudió la cabeza, exasperada. Al girarse de repente para enfrentarlo, descubrió que Casey había estado caminando muy cerca de ella, como si fuera su sombra. Le sorprendió tanto su proximidad que tuvo que poner distancia dando un paso atrás antes de retomar la conversación, cosa que hizo con un ligero desequilibrio.

Incluso en un sendero donde flotaba el aroma de las margaritas, las rosas y los lirios, Casey había logrado imponer su olor corporal, una mezcla de jabón de afeitar, el óxido de la cuchilla y de la loción que habría aplicado a posteriori.

—¿Y qué si, por ejemplo, saber que en la antigüedad los mendigos se frotaban la piel con las hojas de ranúnculo bulboso a fin de producirse heridas y aumentar la generosidad de los bienhechores no les sirve para regatear en la botica o fabricar sus propios elixires? ¿No ha oído usted que el saber no ocupa lugar, señor Kaye? Es un detalle cultural que los niños podrían aportar en alguna charla informal. ¿O solo los ricos pueden albergar conocimientos en teoría inútiles para embellecer su conversación?

—Qué obsesión tiene con reducirme a un simple clasista, señorita Marston. —Sus ojos emitieron un destello que Emma no supo cómo interpretar—. Le aseguro que mi queja hacia su sistema de enseñanza no pretende establecer diferencias sociales.

Ella se dio la vuelta y continuó su paseo deteniéndose a admirar los brotes que llamaban su atención.

—Entonces lo que se ha propuesto es parecer un auténtico

ignorante, o peor: un obtuso. Solo el saber impulsa el saber, señor Kaye —le explicó con la misma paciencia que demostraba con sus alumnos—. A lo mejor, explicándole a un niño que el crataegus proporciona alimento a aves y mamíferos, y que sus flores son importantes para un gran número de insectos, avivo su curiosidad por los animales salvajes y se convierte en el botanista que publicará el próximo manual latino de plantas fanerógamas. Puede que, contándole a otro que Carlomagno en persona reclamaba el cultivo del rosal silvestre, resulte en que se interese por la historia medieval europea. O quizá, hablando del cardo de cardadores, y del importante recurso alimenticio que suponen sus semillas para los jilgueros, algún niño decida atraer aves a su habitación colocando esta comida en el alféizar y termine dedicándose a estudiar la ornitología.

—¿Así es como usted decidió estudiar botánica? ¿A raíz de que alguien le contara una curiosidad empezó a investigar esta rama de la ciencia?

La pregunta la cazó con la guardia baja.

—¿A qué viene esa pregunta personal? —inquirió, mirándolo con cautela.

Casey escondió una mano en el bolsillo de la chaqueta, que contaba con más compartimentos secretos de lo habitual.

Debía de habérselo pedido a su sastre de forma expresa.

—Es justo que conozca a la mujer que me ha prometido que me arruinará la vida.

—Le arruinaré los negocios —corrigió ella, ruborizada por la intensidad de la expresión. Ella jamás había querido arruinarle la vida a nadie; ni siquiera a él—. Que los negocios sean su vida es otra cuestión de la que no pienso hacerme responsable… —Al girar la cara en otra dirección, reconoció la forma y el tono de una de las flores decorativas—. ¡Oh, no me lo puedo creer! —exclamó de pronto, cubriéndose las mejillas sonrosadas por el entusiasmo—. ¡*Lilium bulbiferum*! ¡Una azucena anaranjada! Dios santo, nunca pensé que vería una. —Se agachó despacio, como si fuera un animal asustadizo, y recorrió la curvatura de sus pétalos con el dedo. Por un momento olvidó que estaba hablando con Casey Kaye y comentó—: ¿Sabe que

existe la creencia de que regalar una azucena anaranjada constituye una amenaza de muerte?

—Me extrañaría que dicha creencia se popularizara en el mundo civilizado.

—No recuerdo de dónde salió la leyenda, pero me puedo imaginar qué la inspiró. Es tan bella que parece de mentira, y todo el mundo sabe que la belleza plantea exigencias dolorosas —musitó para sí misma, sumida en su contemplación—. No me sorprendería que arrancarla se pagara con la muerte.

Emma fue a ponerse en pie de un salto para resistir la tentación de llevársela, pero perdió el equilibrio, cegada por el sol que entraba a raudales por las cristaleras, y tuvo que agarrarse a lo primero que encontró.

Quiso la mala suerte que sus manos fueran a parar a los tallos de un rosal. Jadeó, la única demostración de dolor que se permitía cuando la rodeaban los niños para no alertarlos. Ninguno de ellos acudió en su rescate; solo el único que escuchó su débil quejido.

El brazo de Casey la rodeó por la cintura para estabilizarla con la firmeza de un mástil, y con la mano libre retiró sus muñecas del rosal. Emma no tuvo que retirarlo de un empujón. Como si él fuera el primer interesado en romper el contacto, retiró el brazo antes de que ella fuera siquiera consciente de que la había tocado.

No le soltó la mano, aun así. De este modo, ambos pudieron valorar los pequeños surcos que habían abierto las espinas.

—A lo mejor a la azucena de sus amores le convendría protegerse de la fascinación ajena. Ya ve que no sería la primera planta que reviste su belleza de hostilidad para advertir al que quiere apropiarse de ella —comentó Casey, señalando sus magulladuras.

Emma lo miró irritada.

—No sea ridículo. Sabe tan bien como yo que no pretendía arrancar una rosa.

Casey le devolvió la mirada. A esa distancia resultaba aún más intimidante, pero también hipnotizador.

—¿Ridículo yo? Estaba salvándola de la humillación sugiriendo que su caída no ha sido una torpeza, sino que la ha desencadenado el

ataque del rosal.

Ella abrió la boca para disculparse, pero estaba demasiado sorprendida porque hubiera demostrado esa tonta caballerosidad.

Sonrió de pura incredulidad, y acabó sacudiendo la cabeza.

—Esa que ha mencionado usted es una lección que los niños deberían aprender y que también podría enseñarles a través de la naturaleza, ¿no le parece? —volvió a la carga—. Que la belleza es un engañabobos, y no hay que confiarse sin más en la apariencia. —Señaló las rosas con un movimiento de barbilla—. Uno puede salir escaldado.

Enseguida notó que Casey le cubría la palma salpicada de gotas de sangre con un suave pañuelo de lino. Alzó la mirada, pasmada por el gesto, y el pulso se le aceleró, como si quisiera hacerle saber que su lección era muy oportuna: ante sí tenía un corazón espinoso que, con su disfraz de hombre apuesto, atraería a las pobres ingenuas.

Pobres ingenuas como la que ella fue en el pasado.

Tragando saliva, Emma retiró las manos. Sentía que él la estaba mirando con intensidad —no sabía hacerlo de otro modo—, y entendió por qué: porque así leía el pensamiento.

—Debería enseñar a sus alumnos que la belleza solo es belleza, señorita Marston. No le hace daño a nadie. Lo que nos hiere son las suposiciones que se crean a partir de ella.

—Tal vez tenga razón —se rio débilmente—. Yo misma estoy convencida de que los hombres atractivos utilizan su encanto para manipular a los sensibles, y es una suposición sobre la belleza que me da dolores de cabeza, eso se lo aseguro.

A tan escasa distancia, Emma pudo verse reflejada en los ojos oscuros de Casey, como si este hubiera atrapado en su conciencia a una versión diminuta de ella. Pensó, en contra de su voluntad, que no le desagradaría darse un paseo por sus pensamientos, de un misterio irresistible. Era perverso, eso sí lo sabía, pero ¿cómo de perverso? La religión le había proporcionado una definición muy concreta del mal a la que adherirse, pero Emma renegaba de ella y opinaba que la vileza era un concepto borroso, no más que el resultado de la combinación de otros defectos dañinos. ¿Cuáles eran las de Casey Kaye? ¿Era

demasiado indiferente? ¿Negligente? ¿Egoísta?

—No solo un corazón podrido puede equilibrar las virtudes de un rostro bonito, señorita Marston —repuso, tal vez distraído. Su voz la trajo de vuelta al momento presente—. A veces, la belleza solo es un reflejo del interior. Supongo que por eso las mujeres bonitas tratan de ocultar su rostro y su figura con prendas poco favorecedoras; para que nadie sepa que, en el fondo, son puras y vulnerables.

No podría haber caído en la trampa del halago porque Casey se las ingenió para que no sonara como tal. Expuso su amago de zalamería en tono informativo, y la acompañó de una mirada pensativa le encogió el corazón.

Fue el hecho de que usara la palabra «ocultar» lo que disparó su preocupación; preocupación que calmó en cuanto comprendió que no tenía sentido sucumbir al pánico. No podía saber quién era ella o de dónde había salido, y, aunque tuviera constancia, lo único que Emma escondía era su relación respetable con un hombre moralmente reprobable, nada ilegal o por lo que se la debiera escarmentar.

Abrió la boca para contestar, pero justo entonces se percató de que Casey había fijado la mirada en un punto sobre su hombro. Le sorprendió que la soltara de forma brusca para echar a andar hacia uno de los niños más pequeños, que Camille debía de haber dejado deambular libremente después de terminar sus dibujos.

Matthew, el que parecía el destino de Casey, se había entretenido en la hilera de plantas venenosas.

Sobresaltada, Emma salió disparada como una flecha para reprenderlo también, pero Casey fue más que contundente agarrando del brazo al crío.

Matthew se asustó tanto que lo miró con ojos redondos.

—¿Es que no has prestado atención a la lección de la señorita Marston, niño? —bramó con aquella implacable severidad suya—. Las plantas de este pasillo son tóxicas, y algunas te dejan la piel irritada con solo tocarlas.

—¡Por Dios, señor Kaye! —se quejó Emma, apartando a Casey del pequeño Matthew—. Es solo un niño, no hay necesidad de sacudirlo de esa manera… Y no es como si hubiera ingerido una semilla de

acónito.

Matthew agachó la cabeza, avergonzado, pero antes de que pudiera esconderse de la mirada conminatoria de Casey a las espaldas de su maestra, Emma se percató de un detalle tan llamativo a simple vista que le sorprendió no haberse dado cuenta antes.

Si no hubiera sospechado que se trataba de un secreto muy bien guardado y que debía seguir siéndolo, Emma habría sido más evidente escrutando el rostro masculino y luego agachándose para, en teoría, consolar al pequeño, en cuyos rasgos infantiles encontró una sombra de lo que Casey habría sido cuando contaba con cinco años. No solo tenían ambos el cabello castaño y los ojos oscuros, sino una fisonomía idéntica y, para colmo, un lunar en el mismo punto: justo al lado del puente de la nariz.

No podía ser casualidad, se dijo Emma. Estaba tan anonadada que, para disimular, procuró permanecer de rodillas ante Matthew, acariciándole el pelo con lentitud para calmar el susto.

Eran dos gotas de agua. Debían de ser familia, pero no le encontraba explicación a que Casey Kaye hubiera dejado atrás a Matthew, y con la etiqueta huérfano, si aún había un pariente vivo y con recursos para hacerse cargo de él.

O tal vez sí lo comprendiera. Bastaría con aceptar la única certeza que poseía sobre el empresario: que era un auténtico bastardo. Si no le temblaba el pulso a la hora de desahuciar un orfanato, ¿por qué no iba a abandonar a su suerte a su propio hijo?

Porque tenía que serlo. Era el único vínculo sanguíneo que cuadraba con su historia —de acuerdo a la leyenda de los hijos de Marriott, no tenía hermanos de la edad de Matthew; ningún hermano de sangre, en realidad— y que explicaría un parecido tan notable.

Casey tendría que evitar que los vieran juntos en el mismo espacio, o de lo contrario todo el mundo descubriría su secreto.

Mientras Emma se incorporaba, todavía sacudida por la revelación, no pudo evitar sonreír para su coleto. Durante la lección y la breve charla con el señor Kaye, había olvidado el acuerdo que se traían entre manos. Matthew le había caído del cielo, porque ahora sabía qué podía ofrecerle al señor Kaye a cambio de que no solo no vendiera el

orfanato, sino de que se comprometiera con su mantenimiento.

Su silencio.

De pronto lo vio todo claro. Casey quería vender lo antes posible el terreno para que nadie pudiera vincularlo con su hijo bastardo. Las relaciones ilícitas y sus inevitables consecuencias estaban a la orden del día, pero dudaba que en el mundo empresarial en el que Casey se movía, y en el que a menudo trataba con aristócratas moralistas, le fueran a perdonar un desliz de carne y hueso. Y menos aún el abandono de la criatura.

Tener un bastardo era un problema… a no ser que se lograra mantener en secreto.

Emma no iba a hacerle ese favor.

Se giró hacia él a tiempo para darse cuenta de que la había estado mirando de hito en hito.

—De nuestro intercambio de opiniones puedo sacar en conclusión que tiene vocación de educadora —retomó Casey, hablando muy despacio—. Me recuerda al barón Marriott en algunos aspectos. Si hubiera vivido, habrían tenido mucho de lo que hablar sobre la formación académica de los niños. Quizá hasta habrían llegado a alguna parte.

Emma respondió sin soltar la mano del tímido Matthew.

Además de haber salido corriendo hacia él para evitar que le saliera un sarpullido, Casey no demostró que el niño le importara. Ni siquiera parecía registrarlo en ese momento, como si se hubiera desvanecido en el aire.

—¿Con eso insinúa que intentando convencerle a usted no llegaré muy lejos?

—Si pretende que mantenga la propiedad del orfanato y que invierta en él, no solo la plantilla de voluntarios habrá de satisfacerme, sino también las materias que se imparten y el método de aprendizaje. No voy a dejarme una fortuna en clases inútiles como esta, señorita Marston, y que para colmo avivan los deseos de muerte de los críos —apostilló en clara referencia al impulso de Matthew, al que miró de soslayo.

Una emoción desconocida logró tensarle los labios, pero Emma no

pudo descifrar cuál.

—¿Ahora quiere que nos sentemos a decidir cuáles deberían ser las asignaturas obligatorias? —inquirió con incredulidad—. Antes de eso tenemos que zanjar nuestro… pacto, ¿no es así? Y eso no sucederá hasta que yo encuentre lo que podría darle a cambio de su inversión.

Casey enarcó una ceja.

—¿Acaso sigue dándole vueltas?

Emma lo miró con franqueza.

—No. Creo que he dado con el quid de la cuestión. Y creo también que no podrá rechazar el acuerdo, así que hace bien en empezar a expresar los inconvenientes que le ve al programa de estudios. Podremos debatirlos y encontrarles una solución justo después de aclarar los puntos de nuestro convenio…

—Esta noche —decidió sin más preámbulos.

Emma no pudo disimular su sorpresa. Había esperado que la condujera a su despacho en el acto para dar por zanjado el asunto cuanto antes. No era la clase de hombre al que le gustara perder el tiempo posponiendo lo inevitable.

Lo que sí logró ocultar de la mirada insondable de Casey fue el estremecimiento interno al imaginarse reunida con él a medianoche.

—Para no alterar sus horarios de sueño, cenará conmigo en mi despacho —agregó Casey, y empezó a darse la vuelta, cortando cualquier amago de negativa.

Emma dio un paso adelante, boqueando en busca de las palabras adecuadas para proponer una alternativa que no incitara las habladurías, pero él fue más rápido de lo que había previsto y desapareció antes de que pudiera quejarse.

Capítulo 6

—Si no pretende cortejar a la señorita Marston, le sugiero que deje de rondarla en público. No se puede ni imaginar lo rápido que se corren los rumores en el pueblo, señor Kaye. Todo el mundo habla de que ha asistido a su clase de botánica y la ha invitado a cenar, y yo, además, sé que ha leído sus cartas y anda por ahí preguntándole a sus amistades qué se sabe sobre ella.

Casey alzó la vista de la última misiva que había recibido de Londres, firmada por uno de los empresarios a los que proporcionaba lujosos licores a precio de mayorista, sin necesidad de pagar impuestos comerciales. En esta ocasión se trataba de Robert Kinross, el tipo que regentaba un local de pugilismo ilegal que sobrevivía a los registros gracias a su aspecto de club de caballeros.

Clavó en Eleazar una mirada inexpresiva.

—Qué suerte que, por indicación expresa de nuestro contrato, tú no puedas participar en el engrosamiento del chisme.

—Pero justamente porque mi contrato me exige discreción, me está permitido escuchar la verdadera versión de su interés en la señorita Marston —se apresuró a contestar el muchacho, tirando de la silla situada frente al escritorio. Le dio la vuelta con un grácil floreo y se sentó de cualquier manera, abrazando el respaldo con aire soñador—. Total, no podré decírselo a nadie.

—Por contrato, Eleazar, se te exige no molestarme más de la cuenta.

—Al menos dígame si le gusta o no, señor Kaye —insistió sin disimular su curiosidad—. Yo apostaría por el no.

—A ver si adivino tus pensamientos —interrumpió Casey sin necesidad de alzar la voz, mojando la pluma en el tintero—. No crees que me guste porque lleva pantalones, ¿no es así?

—De hecho, su llamativo aspecto es una de las razones que me invita a sospechar lo contrario: que sí que busca su compañía por

placer. Me rescató de la calle a mí, un joven con rasgos femeninos, y ahora se fija en una muchacha con gustos masculinos. Empieza a percibirse un patrón en sus… amistades, señor Kaye.

—Lamento tener que romperte el corazón, Eleazar, pero tú y yo no somos amigos.

—Todos sus clientes coinciden en lo mismo: no somos amigos a costa de ser algo aún más escandaloso —le recordó, apoyando la barbilla en sus manos entrelazadas que había descansado sobre el respaldo—. Algo para lo que tengo varios eufemismos, como *petit ami*.

Casey puso los ojos en blanco.

—No caigas en la burda creencia popular de que la sodomía es contagiosa, Eleazar.

—¿Entonces? ¿Por qué solo presta atención a las criaturas de… género confuso? Si no es una tendencia sexual, debe de tratarse de algún tipo de preferencia intelectual. Tal vez piense usted que aquellos que no encajamos en el patrón establecido tenemos mucho que enseñarle.

—Por Dios, Eleazar —bufó, sin poder contenerse más. Soltó la pluma y se reclinó con las manos entrelazadas—, qué decepcionante es haberte enseñado el don de la observación para que no te molestes en usarlo. Estás cayendo en la necedad más absoluta si crees que la señorita Marston no encaja en el patrón establecido. Una mujer tiene que hacer algo peor que llevar pantalones en público para que yo me olvide de que es más femenina que el lenguaje del abanico.

Eleazar se sentó de lado, dándole el perfil, para poder cruzarse de brazos. Así manifestaba su disconformidad. Si lo intentaba de otro modo, como alzando la voz, Casey no tardaba en cortarlo de raíz.

—Usted no se olvida de su feminidad porque no deja de ser un hombre, y por tanto reacciona a sus atributos físicos, pero ¿qué hay de cómo ella desea que la perciban? Si lleva ese corte de pelo y se pone un chaleco, será porque no se ve a sí misma como una mujer.

—Es porque no quiere verse a sí misma como una mujer, no porque no sea ni se sienta una mujer en su plena definición. Olvídalo, Eleazar —desestimó con aspereza—. La señorita Marston y tú no sois lo mismo. Ella huye de su identidad porque no le queda otro remedio, y

huelga decir que fracasa con estrépito. Su disfraz ha triunfado porque se codea con niños y mujeres prejuiciosas, y porque la estrechez de miras de la gente de campo asocia la feminidad y la belleza a una falda, pero a mí no me engaña. Los pantalones le resultan cómodos; ahora bien, de ahí a que le guste llevarlos hay un trecho.

—¡Ha llegado Casey Kaye para destapar el misterio! —concluyó Eleazar, mirándolo fascinado—. Entonces sí que le gusta la joven, o de lo contrario no habría pasado tanto tiempo meditando al respecto… ¡Un milagro! Desde luego, si alguien podía apreciar a una mujer así, ese era usted.

Casey abrió la boca para decir que cualquiera podría apreciar a una mujer así, pero se mordió la lengua a tiempo, a sabiendas de que su respuesta sería malinterpretada. No habría replicado aquello en virtud de su encanto personal, sino para hacer hincapié en que su dulzura y su delicadeza trascendían al aspecto masculino, e incluso el más obtuso de los hombres cambiaría de parecer sobre su verdadera naturaleza si la viera pasearse por el invernadero con una sonrisa encantada, acariciando los brotes con los dedos e inclinándose para oler su perfume con los ojos cerrados. Era tan femenina que, si la vistieran con enaguas y escarpines, su sola visión resultaría en una cursilería insoportable.

«O tal vez no», pensó Casey. A fin de cuentas, estaba tan preocupada por sofocar su condición mujeril que, cuando esta afloraba a la superficie, su férrea determinación —un rasgo más asociado al género masculino, y que no era fingido— salía a combatirla, provocando que la mayor parte del tiempo pareciera solamente desorientada. Pero incluso esa fragilidad suya y el espíritu sensible que él percibía en ella recordaba a la ternura a la que debió renunciar en el pasado. No le costaba ver en la nueva Emma a la que solía ser: una criatura tan risueña que cantaría mientras atendía sus obligaciones, apasionada de su jardín botánico, tan afectuosa con sus seres queridos que tendrían que sacársela de encima con manotazos que no se tomaría a pecho…

Y romántica. Porque solo una romántica empedernida lo habría mirado con anhelo reprimido durante la conversación en el

invernadero. Lo despreciaba por lo que era, lo odiaba por lo que pretendía hacerle a los niños y quería destruirlo, y, aun así, se había permitido aceptar su caballerosidad porque en el fondo era una terrible sensiblera. Estaba seguro de que la muchacha creía que se podía reformar a un desalmado a fuerza de empeño.

Gracias a este último rasgo recabado, Casey había llegado a la conclusión de que solo podía llegar hasta ella a través de la seducción. Necesitaba ganarse su entera confianza, y una mujer con el carácter de Emma únicamente le contaría sus secretos a quien tuviera su corazón.

—Pensándolo bien, no me importa que airees por la zona mi interés en la señorita Marston —retomó Casey—. Es cierto que pretendo cortejarla.

Eleazar puso los ojos como platos, unos ojos de por sí saltones.

En una ocasión, después de que Casey le espetara que dejara de perseguirlo con aquella mirada vidriosa de enfermo de fiebres, el mismo muchacho se justificó alegando que los tenía así de vivos porque con Yahvé había visto la luz. Casey se lo creyó hasta que Emma apareció. Ella no era judía y, cuando lo miraba, también parecía que, además de color, pudiera transmitir el concepto de temperatura. Estaba seguro de que sus párpados arderían al tacto como las brasas del infierno.

—No será porque se haya enamorado de la muchacha… ¿o sí? —se asombró Eleazar—. Usted no se ha enamorado de nadie jamás. Estoy convencido de que no podría hacerlo a no ser que le conviniera para alguno de sus negocios. Es eso, ¿me equivoco? La corteja con algún fin perverso. De ser así, debería plantearse recular mientras aún pueda, señor Kaye. La señorita Marston parece una buena persona, y sea lo que sea que quiera de ella, podría obtenerlo preguntándole.

Casey había tanteado esa posibilidad y todas las que existían, porque con independencia de lo que se dijera o se creyera sobre él, si podía evitar el sufrimiento ajeno, lo hacía.

Emma quería que invirtiera en el orfanato, y él podría haberle prometido enviar una cifra desorbitada cada año sin faltar uno a cambio de la verdad. Sin embargo, estaba seguro de que Emma no tenía ni la menor idea de dónde estaba su marido, y de que ni la

salvación de los niños era tan importante para ella como la tranquilidad de no tener que pronunciar su nombre. Poniendo las cartas sobre la mesa la ahuyentaría, y eso en el mejor de los casos. Albergaba la sospecha de que, a pesar de todo, Emma había amado a su marido, y si Casey le decía con claridad que no descartaba ni la tortura ni el asesinato —dependería de lo que le hiciera sentir mejor— una vez le diera caza, lo más probable era que la joven se cerrara en banda, horrorizada.

No podía permitirlo. Emma era su mejor baza.

Su única baza, en realidad.

—Estoy de acuerdo en que es buena persona —concluyó Casey, reacio a dar más explicaciones—. Ahora, déjame solo. Si el reloj no me engaña, la señorita Marston llegará en quince minutos, y no quiero que andes revoloteando por aquí.

Eleazar se levantó a regañadientes, lanzando miradas al cielo y murmurando una plegaria en hebreo que con toda probabilidad rezaría por el alma de la señorita Marston. Casey no bizqueó esta vez, conforme con que alguien velara por los sentimientos de la muchacha.

Por más que le reprocharan el cinismo con el que veía el mundo, Casey no era tan ajeno a la pureza como podía parecer. Veía la belleza de las cosas y sabía que existían los corazones bondadosos; distinto era que no se parara a apreciarlos porque nadie se había enriquecido jamás codeándose con los misericordiosos. Quizá sí a costa de ellos, manipulándolos, esclavizándolos, mancillando su condición hasta darle la vuelta, convirtiéndolos en puros diablos, pero Casey se negaba a alcanzar aquel grado de ruindad. Prefería mantenerse al margen, no mezclarse con la gente sencilla y generosa como Emma Marston si no lo exigían las circunstancias, igual que si pertenecieran a realidades diferentes.

Lo cual no era del todo falso.

Era una verdadera pena que para llegar hasta su marido tuviera que pasarle por encima. No existía otra alternativa.

Casey se levantó para cerrar la ventana que había mantenido abierta de par en par para ventilar el despacho. Antes de tomar asiento de nuevo, se quitó la chaqueta y la dejó en el respaldo de su

sillón. Se remangó la camisa con la vista fija en la puerta por la que esperaba ver llegar a Emma.

Había una posibilidad muy elevada de que alegara una excusa para evadir la cita, pero sabía que no lo decepcionaría y que, como tarde, se presentaría con diez minutos de retraso: lo que hubiera durado la crisis dubitativa a la que se hubiese enfrentado en el espejo, al que le habría hablado de tú para reprocharle sus flaquezas. Al final se habría decantado por aparecer porque ante todo le importaba el futuro de los niños, y era eso lo que se debatiría aquella noche.

Ocho minutos tarde con respecto de la hora programada, Emma se presentó bajo el umbral con gesto solemne y las mismas prendas que había llevado durante el día: una camisa versallesca abierta en el cuello, un chaleco holgado y los preciados pantalones de montar.

Casey contuvo una sonrisa compasiva. La pobre criatura no tenía ni idea de que en su afán por mostrarse masculina lograba el efecto contrario: que los hombres como él —es decir, los que conseguían ignorar los atributos femeninos con disciplina o por mero desinterés— le pusieran una atención casi ardorosa. No había nada más femenino que una prenda que se ajustaba a las redondeadas caderas como una segunda piel, que marcaba el contorno de las piernas torneadas y no dejaba para la imaginación el volumen de sus nalgas, a las que Casey ya había concedido su aprobación.

No le entusiasmaba la conclusión obvia de sus pensamientos obscenos —el sexo—, pero eso no significaba que su mente no los reprodujera en contra de su voluntad. Inspirado por el inocente descaro de la contradictoria Emma Marston, Casey se veía sucumbiendo a los pecados de la carne. Y eso era cuanto menos inquietante.

—No tiene por qué mostrarse tímida, señorita. No lo hizo la última vez que entró en mi despacho, y la diferencia es que hoy ha sido invitada.

La habría recibido con un comentario menos punzante, pero sabía que eso era justo lo que la joven necesitaba para relajarse con él: insolencias. Ya había visto cómo reaccionaba a su caballerosidad, y no le convenía tener a Emma sumida en un silencio circunspecto y

mirándolo con recelo.

La necesitaba tan viva y despierta como el primer día.

Tal y como había deducido, la joven entornó la puerta a su espalda —un movimiento precavido— y tomó asiento en la silla a una distancia prudencial. El hecho de que no cruzara las piernas, como se le prohibía a toda señorita pero sí le convendría a ella con aquel atuendo, estuvo a punto de provocar que Casey bajara la mirada.

—Si esta era una reunión formal, me disculpo por mi aspecto —fue lo primero que dijo, entrelazando las manos sobre el regazo. Estaba tan tensa que parecía una niña castigada—, pero no quería que las maestras se hicieran una idea equivocada sobre nuestro encuentro.

—¿No ha querido desmentir los rumores explicando el inocente asunto que nos mantendrá ocupados?

Casey empezó a servir las copas de vino que habían estado descansando sobre la mesa, pensando con vaguedad en su hermano Edgar, el indiscutible casanova de la familia. Ahora entendía por qué cada noche se citaba con una mujer distinta. Si se presentaban tan nerviosas como Emma, no le extrañaba que encontrara excitante la situación. Tenía cierto morbo acentuar los nervios de una muchacha por la que uno sentía curiosidad.

Nunca le habían gustado las mujeres que expresaban su interés en él. Por eso Emma sí le llamaba la atención más allá de sus propósitos: porque ella lo sentía y trataba de disimularlo. Era cautivador verla esforzarse por despreciarlo y fracasar en el intento. Avivaba en Casey sentimientos que creía olvidados, como la compasión.

—Preferiría no alterarlas. Bastante se han preocupado ya por la situación económica del orfanato como para tener que explicarles que su vida entera depende de esta reunión.

—Así que prioriza la tranquilidad de sus amistades sobre su propia reputación —dedujo, pensativo. Le tendió los dos dedos de vino de Borgoña.

—¿Por qué lo menciona como si fuera una mala decisión? —inquirió en cuanto sostuvo la copa. La acercó a su pecho con afán protector—. ¿De qué manera arruinaría mi reputación que me viera con el gerente del lugar en el que trabajo? ¿Acaso se cuentan terribles

historias sobre usted que podrían manchar también mi nombre?

—En absoluto. Soy tan celoso de mi intimidad que no se cuentan historias terribles porque no hay historias a secas.

La astucia iluminó los ojos de Emma, y Casey creyó saber por qué.

—En ese caso, no creo que nadie me juzgue por verme con usted… a excepción de quienes le han tratado y ya saben cómo es —apostilló con malicia, acercando la copa a los labios. Entonces cruzó las piernas, y solo para menear el pie, un signo de nerviosismo que Casey apreció con satisfacción.

—¿Tampoco se juzga usted?

—He venido a hablar de las materias que se impartirán cuando acepte mi trato, señor Kaye. ¿Por qué debería juzgarme a mí misma?

—Déjeme reformular. ¿No teme estar a solas en mi compañía?

Emma apartó la mirada hacia un público invisible para reírse con desgana. Casey mantuvo los ojos fijos en el gesto, en la boca grande y carnosa que mostraba una hilera de dientes sorprendentemente rectos.

Era bella desde una perspectiva objetiva. Encajaba en el canon londinense, pero al mismo tiempo tenía una dulzura natural y se expresaba con una pasión que habría desafiado a la elegancia displicente que la clase alta exigía a sus debutantes.

—Si lo dice por su condición, he pasado toda la vida rodeada de hombres. Estoy curada de espanto.

—¿Marido? —inquirió Casey, concentrado en ella para detectar el menor cambio de expresión.

Para su sorpresa, Emma ni siquiera pestañeó.

Era una buena actriz.

—Cuatro hermanos.

—¿Dónde están ahora?

Ella posó la mirada en la copa, que meneó con lentitud antes de dar un sorbo rápido.

—¿Por qué sería eso de su incumbencia?

—Si la voy a conservar como trabajadora (y pagándole un sueldo digno), me gustaría saber de dónde ha salido. No tengo empleados en ninguna parte porque hasta ahora no me he dedicado al mantenimiento de ninguna propiedad, y ya que voy a hacerlo,

procuraré que sea en condiciones.

—Esto no es una empresa, señor Kaye —le recordó con calma—. Es un orfanato.

—No me lo recuerde, señorita Marston. Prefiero hacer la vista gorda a que invertiré mi dinero donde no podré recuperarlo.

—¿Y qué si no lo recupera? ¿No le siguen quedando quince mil libras? Si no tiene otras propiedades y empleados, y es obvio que no es usted el hombre más interesado en el lujo —apostilló, abarcando el lamentable despacho—, parece que se haya propuesto ser el más rico del cementerio. ¿O es que necesita manejar grandes cantidades de dinero para sus misteriosos negocios? ¿Para igualar su desproporcionado ego, quizá?

—No estábamos hablando de mí —atajó con apatía.

Ella le sostuvo la mirada con firmeza.

—Tampoco hablaremos de mí, señor Kaye —le advirtió fríamente.

Casey sintió el extraño deseo de manifestar el respeto que sentía hacia ella.

Había conocido a más de una persona con un propósito firme. Él, sin ir muy lejos, era el ser humano más comprometido con sus causas secretas que pudiera existir, porque estaba dispuesto a robar, estafar, torturar y matar con tal de llegar al fondo de la cuestión. Pero Emma era la única mujer que había pasado por su vida que demostraba esa fiereza de leona para conseguir algo que no era para ella, ni para satisfacer su vanidad, ni para facilitarle la vida. Emma perseveraba por los demás, y como a Casey le pasaba con todas las cosas que él no haría ni por todo el oro del mundo, no podía evitar admirarla por ello.

De tanto observarla, cayó en la cuenta de que se la estaba imaginando con la larga melena que habría lucido alguna vez. Pensó que había tomado una sabia decisión al cortarla. Se notaba que tenía la raíz fuerte, y su cabello habría sido tan denso que le habría robado el protagonismo a unos rasgos perfectos que parecían obra de un cincel.

Emma fue la primera en apartar la mirada y alargar un brazo hacia una de las fuentes de comida intacta. Arrancó una uva del frutero y se la llevó a la boca.

—Me temo que lo único que puedo ofrecerle para que se plantee invertir en el orfanato es mi silencio.

Casey ya sabía a qué se refería. Se lo puso en bandeja al actuar con premeditación en el invernadero.

—¿Su silencio, dice?

Observó que Emma dejaba la copa sobre la mesa y le sonreía victoriosa.

—Me puedo imaginar que no le gustaría que la única historia sobre usted que corriera de boca en boca fuera la de que abandonó a su bastardo en un orfanato. Está en su mano evitar un escándalo con el que podría perder clientes, señor Kaye. Ya sabe lo que tiene que hacer.

Casey supuso que Emma esperaba una reacción desmesurada por su parte; algún tipo de asombro o irritación, y no le importó complacerla para reforzar su actuación.

—¿Cómo lo ha sabido? —inquirió sin más.

Ella encogió el hombro con tranquilidad.

—El parecido salta a la vista. Tiene incluso uno de sus lunares. Es un niño muy tierno, ¿sabe? —prosiguió, envalentonada—. Aunque tartamudea, participa en las clases; no permite que eso le frene. Es muy inteligente. Asiste a las lecciones de los niños de siete años. Y también se pregunta muchas cosas, lo que significa que, además, es inquieto. ¿Por qué dejaría atrás a un niño así?

—No sabía que hubiera que poner el grito en el cielo por el abandono de los niños solo cuando estos demuestran tener virtudes intelectuales.

Emma le sostuvo la mirada con frialdad.

—El abandono de los niños es una crueldad en todos los casos, pero usted es el único padre ausente con el que me he topado y al que puedo preguntarle.

—Señorita Marston, no le conviene ponerme de mal humor con un sermón moralista —la cortó—. Le recuerdo que está aquí para negociar conmigo.

—Si lo dice porque mi deber es tenerle contento, no he hecho sino frustrar sus planes y tocarle las narices desde que aparecí, y no parece que así me haya ido mal. No se equivoque —agregó, entrecerrando los

ojos—. Es a usted al que le conviene tenerme contenta a mí.

Casey pensó que le favorecía creer que tenía la sartén por el mango. Si tan solo supiera que era inofensiva y no le temía en absoluto a lo que pudiera hacer con la información sobre Matthew… Estuvo a punto de invitarla a airear su secreto solo para darse el gusto de ver cómo reaccionaba. No lo hizo porque recordó que era así como tenía que mostrarse con ella para que bajara la guardia y se delatara: vulnerable, imperfecto, a su merced.

Se levantó, apoyando las manos sobre la mesa, y se inclinó en su dirección.

—¿Y cómo se la complace a usted, señorita Marston?

Observó que su determinación se tambaleaba un instante. No sabía que incluso aquella vacilación constituía una pista para Casey, pues ninguna mujer soltera y pura habría comprendido el segundo sentido de la pregunta y ella estaba a punto de ruborizarse.

También ese era un detalle que le llamaba la atención de la muchacha: a Emma no se le escapaban los secretos de la cama, pero apostaba por que se había desenvuelto todas y cada una de las veces con su marido en la intimidad del lecho conyugal, nunca con extraños, jamás fuera del dormitorio. A Casey no le convencían las debutantes por su candor, a veces fingido o exagerado, y por su miedo al dolor; tampoco le atraían las viudas o las meretrices porque la sabiduría amatoria las volvía vanidosas y se mostraban impasibles ante las sorpresas. Emma, en cambio, tenía lo mejor de las dos, la experiencia y la inocencia tomadas de la mano.

—Pues ya que lo pregunta, me tomé la molestia de redactar una lista en uno de mis ratos libres. —Le mostró un taco de papeles manchados de tinta, rescatados de un bolsillo secreto cosido al pantalón—. En ella he plasmado las que creo que deberían ser las asignaturas obligatorias, los conocimientos que habrían de impartirse una o dos veces al mes, y actividades al aire libre de las que los niños podrían beneficiarse. Todas serían posibles si nos mandara dieciocho libras al mes, es decir; doscientas dieciséis al año.

Emma estuvo cerca de sorprenderle con el giro de guion.

—¿Ha elaborado una partida presupuestaria? —inquirió, rodeando

el escritorio para valorar de cerca sus anotaciones.

Ella estuvo encantada de señalar una de las páginas.

—Grosso modo, sí. Le he anotado los gastos de alimentación, el sueldo de las voluntarias (llegado este punto, considero que deberían convertirse en trabajadoras), el precio de algunas excursiones a Londres, tal vez para presentar en sociedad a las jóvenes que deseen…

—¿Un debut? —Pestañeó, perplejo—. ¿Pretende someter a las huérfanas de Brighton a un debut? ¿Echando mano de qué conexiones con la alta sociedad? ¿Quién sería su benefactor o la patrona que le daría la bienvenida en Almack's?

Emma levantó la mirada hacia él.

—En un principio había pensado en lady Marjorie, pero los Cavendish no son muy populares en Londres… O sí, pero no por razones halagadoras —añadió para sí misma. Inspiró hondo para llenarse de energía—. El caso es que el benefactor podría ser usted. Sus negocios le han acercado a un sinfín de empresarios y aristócratas, ¿no? Estoy convencida de que tirando de algunos hilos lograría que hicieran un hueco a las muchachas.

»Harriet está enseñando modales a las señoritas, además de proporcionarles una buena dosis de optimismo de vez en cuando, y todas ellas han recibido una formación más que decente que…

—Una formación decente no equivale a la formación reglamentaria, del mismo modo que no se pueden comparar los modales rurales con los modales de la capital —la interrumpió, irguiéndose para mirarla desde su altura con los ojos entrecerrados—. Y antes de que me acuse de establecer crueles diferencias entre ricos y pobres, permítame decirle que no sería yo quien le diera la espalda a las jovencitas entusiasmadas que, más por suerte que por su encomiable esfuerzo, recibirían una invitación a un baile; sería prácticamente toda la concurrencia.

»¿Ha estado alguna vez en Londres, señorita Marston? —inquirió, rodeando el sillón donde estaba sentada. Apoyó las manos en el respaldo y le habló a su coronilla—. ¿Fue usted presentada en sociedad? ¿Tiene la menor idea del sadismo imperante en el *beau monde*? A las mujeres que no son lo bastante bonitas, ricas o elegantes

se las condena a un rincón, y poco importa si adolecen de un único defecto entre miles de virtudes; es suficiente para garantizarles la exclusión permanente. ¿Qué le hace pensar que las huérfanas no serán maltratadas y descartadas en cuanto cruzaran el umbral? —insistió, volviendo a enfrentarla cara a cara con las caderas apoyadas en el borde del escritorio—. Ya vienen con un defecto de fábrica: su condición social.

Emma se esforzó por mantener la compostura, pero Casey se dio cuenta de que la había intimidado con la descripción. Pudo ver a la jovencita de dieciocho años que había sido en el rostro que lo miraba, a caballo entre el espanto y el obstinado inconformismo. Lo más probable era que la propia Emma hubiera soñado con un debut en la capital, una fantasía que para Casey era infantil y frívola, pero que le ablandó sin poder remediarlo.

—La condición social cambia —repuso, decidida a no aceptar la derrota—. Hay mujeres pobres que se han casado con hombres ricos.

—No me haga reír —se mofó Casey con una media sonrisa envenenada—. Por supuesto que existen los nobles que se fingen liberales para enfurecer a sus padres y son capaces de creerse enamorados de la hija del carnicero con tal de rebelarse contra el estricto futuro de heredero nobiliario que les espera, pero estas historietas que se les cuentan a las crías antes de dormir son la excepción, no la regla.

Ella le sostenía la mirada con una expresión fúnebre.

—Me sorprende que haya llegado tan lejos con ese pesimismo, señor Kaye —acotó con sequedad.

—Lo que me ha llevado lejos ha sido tener presente mis limitaciones y ser realista con mis deseos y prudente a la hora de gastar el dinero. Usted no es consciente de que me está exigiendo un milagro. Puedo conseguir que esas muchachas no se resignen a trabajar como prostitutas en el muelle de Brighton, pero no que consigan un trabajo más respetable que el de institutriz de un futuro señor con residencia habitual en el campo. Puedo garantizarles una educación que les permita casarse con un hombre que tenga un empleo respetable, como un panadero o como el propietario de una

pequeña granja, pero no prometerles que se convertirán en la duquesa de un condado del norte y vivirán en una mansión solariega.

Emma se puso de pie con los puños crispados. Lo encaró con los ojos lanzando chispas.

—¿Y por qué no? ¿Acaso usted no era también un huérfano sin oportunidades y acabó en una mansión solariega?

El corazón le dio un vuelco, pero se cuidó de disimular la ira emergente.

—No todos los barones de Inglaterra practican la caridad, señorita Marston, e incluso si lo hicieran, no conseguirían catapultar al éxito a cada huérfano del reino, ¿y sabe por qué? Porque no darían abasto: son millones contra cientos. La élite es la élite porque la forman unos pocos privilegiados, y han de seguir siendo escasos para que el sistema se sostenga.

—¡No me venga con críticas feroces al régimen! ¡No le cuesta nada ponerlo todo de su parte para que esas niñas vean la capital! ¡Usted también tuvo que pisar Londres después de que lord Marriott lo acogiera, y le veo de una sola pieza!

Casey perdió los papeles y acabó dando un paso adelante, fulminando a Emma con una mirada turbulenta.

—Precisamente porque pisé Londres después de que lord Marriott me acogiera debería usted escucharme —le habló con una frialdad que la estremeció—. Porque hablo de lo que sé, lo sé porque lo he vivido, y lo que he vivido no debería vivirlo nadie. Menos aún un puñado de desgraciadas, y sobre todo cuando no viajarían a la capital para cumplir un sueño, sino para satisfacer el deseo frustrado de una mujer que quiso un debut y no lo tuvo.

Emma se ruborizó hasta la raíz del pelo. Casey no había planeado ridiculizar sus fantasías juveniles, pero se vio acorralado al escuchar, horrorizado, las confesiones que salían de su boca. De algún modo tuvo que enterrarlas para que la joven las olvidara.

—Ellas también lo desean. ¿O cree que he escrito actividades al azar? —se defendió con el cuerpo en tensión—. Le recuerdo que no está en posición de negarse. Su condición de chantajeado convierte mis propuestas en exigencias.

Casey avanzó el último paso para quedar a un palmo de su rostro.

—Lo que usted me está pidiendo supera con creces lo que estoy dispuesto a hacer. El rumor de la existencia de un bastardo no me afectaría mucho más que aparecer en Londres cada temporada con cuatro o cinco huérfanas disfrazadas de señoritas. Así que si quiere que la obedezca en todo lo que me pida, querida mía —continuó, bajando el tono para que ni siquiera las paredes lo oyeran. En un arrebato animal, la tomó de la mandíbula ejerciendo la justa presión y se inclinó sobre ella—, va a tener que darme algo más que su silencio.

Emma exageró el gesto torcido al comprender la insinuación, pero sus pupilas, dilatadas al verse a una distancia temeraria de los labios de Casey, delataron la naturaleza de sus pensamientos.

Él estaba tan furioso por la mención a Marriott que tenía que bregar contra su respiración descontrolada. La cercanía de Emma y la inminencia del beso que pronto tomaría, aunque fuera para recordarle quién mandaba, no hacía sino avivar la sensación de hallarse en el epicentro del caos.

Y ella no dejaba de mirarlo con aquellos ojos que llameaban como el fuego del infierno.

—No sé qué diablos insinúa… —empezó, aunque sin dar un paso atrás. Tan solo levantó la mano con la palma apuntando hacia él, reiterando su inocencia de forma tan burda que Casey sonrió, burlón, y la cogió de la muñeca.

—Ya lo creo que lo sabe —replicó con languidez.

Muy despacio, deslizó los dedos por su antebrazo, desnudo ahora que la manga había resbalado hasta el codo. Tal y como había sospechado, toda ella ardía.

Emma se estremeció, pero no dejó de vigilarlo ni para pestañear. Debía de creer que si le apartaba la mirada, demostraría su debilidad, pero la estaba aireando al no esconder de él sus ojos despiertos.

—Está usted loco si piensa que seré quien siente precedente para que adopte la costumbre de tomar a las maestras a cambio de inversión.

—Por sus compañeras no se preocupe. —Su sonrisa se estiró cruelmente a un lado—. El resto de las mujeres del mundo estarán a

salvo de mí mientras usted ande cerca.

Tiró del brazo por el que la tenía sujeta y estampó los labios contra los de ella gracias a que la propia Emma, tal vez de forma inconsciente, se hubiera dejado llevar por la inercia de la caída. Su pecho vendado bajo la camisa chocó con el torso de Casey. No sonrió al saberla dispuesta en contra de sus principios; no le alegraba doblegar el pensamiento de las mujeres. Ocupó sus labios explorando con lentitud la boca entreabierta de la muchacha.

Emma emitió un sonido de renuncia antes de que él introdujera la lengua en su cavidad con un sigilo erótico al que reaccionó temblando como un potrillo. Casey no la rodeó ni la estrechó porque eso era justo lo que quería hacer, y el querer era lo bastante peligroso para desoírlo, pero presionó los dedos contra el brazo que tenía atrapado y se sorprendió pensando que era más delicado de como lo sintió al principio. Toda ella parecía tan frágil y femenina como la había concebido al principio, y confirmarlo, en lugar de decepcionarlo, le complació tanto que suavizó el beso sin darse cuenta, convirtiendo la intrusión en una caricia continuada que pretendía adormilarla.

Pero Emma no solo no se relajó, sino que cayó en la cuenta de lo que estaba sucediendo, de que Casey no la estaba reteniendo contra su voluntad porque no la tocaba en absoluto, y se apartó con tal ímpetu que trastabilló hacia atrás y acabó chocando con la pared.

Lo miró un instante con la cara desencajada. Se llevó la mano a los labios, que se limpió con el dorso más aturdida que rabiosa, y se encaminó a la salida sin haber recuperado aún la respiración. En lo que tardó en llegar a la puerta, Casey logró cuadrar los hombros y devolverle a su rostro la impavidez que escondía sus emociones de los curiosos.

Emma frenó de espaldas a él, agarrando el pomo como si este tuviera la culpa de lo ocurrido. Se giró despacio para mirarlo por encima del hombro.

—Más le vale… —se interrumpió para tomar aliento—. Más le vale revisar todo lo que he dejado por escrito.

Sin que su inexpresividad se viera alterada, Casey le dedicó una escueta reverencia extendiendo los brazos.

—Será un placer para mí, señorita Marston.

Capítulo 7

A la mañana siguiente, Camille encontró a Emma despierta cuando entró como una tromba en su dormitorio.

No había logrado pegar ojo en toda la noche. Se metió bajo las sábanas después de darse un largo baño y se cubrió hasta la barbilla para admirar el techo como si allí estuviera la respuesta a sus dudas, que no hicieron sino amontonarse en el transcurso de la noche.

¿Podría haber evitado que la besara? ¿Acaso no sospechaba en el fondo que acabaría ocurriendo? ¿Por qué no podía apagar sus sofocos? ¿Qué sentido tenía estremecerse con el recuerdo de un beso traicionero?, ¿el beso de un hombre perverso?

—¡Emma! —exclamó la maestra, asomada bajo el umbral con el pomo en la mano—. ¿Qué haces aún en la cama? ¡Arriba! ¡Son las siete y media, y el señor Kaye nos ha reunido a todos en el comedor para hacer un anuncio!

El corazón se le detuvo al oír el apellido, como si en el transcurso de la puesta lunar su seguridad y sus opiniones sobre él hubieran sufrido un cambio drástico.

Deberían haberlo hecho, pensó. La cena había discurrido con tan bruscos altibajos que Emma tendría que haberle perdido el respeto definitivamente, y en vista de que Casey se había dado por chantajeado, en teoría habría de saborear la ventaja.

Pero nada más lejos de la realidad.

En efecto, su situación con el señor Kaye había sido víctima de una notable variación, mas no para que Emma cogiera la sartén por el mango. Se sentía más vulnerable incluso que cuando pensó que no conseguiría disuadir al señor Habittle de adquirir el terreno.

Se incorporó muy despacio y apoyó las plantas de los pies sobre las zapatillas que había cosido a mano para moverse por su habitación. Apenas gozaba del espacio suficiente para encajar un camastro. Emma tenía que colgar sus escasas pertenencias —tres camisas, dos

pantalones, un vestido y las vendas con las que se cubría los pechos— en la barra de metal de la que pendían las cortinas.

—¿Un anuncio? —murmuró, dirigiéndose al alféizar de la ventana. Ahí descansaba el cuenco con agua fresca donde se lavaba la cara cada mañana. Mientras se aseaba, la interrogó angustiada—: ¿De qué tipo? ¿Y cómo os lo ha hecho saber? ¿Ha ido puerta por puerta? No creo que fuera su estilo —meditó para sí—, y nadie ha llamado a la mía.

—Hemos encontrado una nota en la entrada del comedor. Lady Marjorie lo vio primero y vino a avisarnos, y nosotras hemos levantado a los niños. Milady me pidió que no te despertara porque estarías cansada de la cena de anoche. —Camille la miró de hito en hito. Por fin soltó el pomo, comprendiendo que Emma no pensaba darse prisa, y esperó una respuesta que no llegó—. ¿No piensas hacer ningún comentario al respecto? El instinto me dice que este anuncio que nos tiene expectantes guarda relación con vuestra cita.

Emma se desnudó delante de Camille sin ningún tipo de pudor.

En días como ese, en los que le habría gustado estirar el tiempo, lamentaba haber renunciado a las prendas femeninas. Ponerse unas medias, unos pololos, unas enaguas, un corsé y un vestido le habría tomado veinte minutos. En cambio, los pantalones y la camisa entraban por sus pies y por su cabeza en menos de sesenta segundos.

—No vayas comentando por ahí que el instinto te dice esto y el instinto te dice aquello —le sugirió, mirándola de soslayo mientras se ataba las botas—, o van a pensar que oyes voces y te van a mandar a Bethlem.

—No lo voy comentando por ahí, solo te lo cuento a ti, y de vez en cuando a Harriet —replicó con retintín. Arrugó la nariz de forma cómica, como hacía cuando debía fingir que algún niño la había ofendido con un comentario—. Date prisa, Emma. Puede que el señor Kaye no sea mi persona favorita, pero necesito saber qué se trae entre manos.

Emma no sentía curiosidad por el anuncio, sino que la paralizaba el pánico.

Dejó que Camille la condujera al comedor como si fuera la primera vez que visitaba el orfanato y no supiera dónde estaba.

¿Qué pensaba que iba a hacer? ¿Describir ante todo el que quisiera oírlo cómo la había besado la noche anterior, y que no sucedió en contra de su voluntad? Si no hubiera estado limitada por la preocupación, habría llegado enseguida a la conclusión obvia: el señor Kaye había revisado su programa de propuestas durante la noche y pretendía comunicar los nuevos cambios.

No estaba preparada para volver a verlo. Lo supo en cuanto cruzó el umbral y, al localizarlo de pie en la tarima del salón a dos alturas, notó que sus piernas dejaban de sostenerla. De no haber sido por la insistencia de Camille, que le tiraba del brazo sin reparar en su inquietud, su cuerpo entero se habría plantado allí.

Casey tampoco había dormido. Lucía dos cercos oscuros bajo los ojos, más acentuados que de costumbre, y llevaba la misma ropa con la que la recibió en su despacho: el chaleco azul marino y ceñido a la cintura, y la camisa remangada hasta los codos, mostrando dos antebrazos más voluminosos de lo que parecía cuando se le veía con su impecable chaqué de luto.

Emma se tensó cuando su mirada se posó sobre ella un instante, más por casualidad que porque hubiera decidido incomodarla. Como si supiera que ya la escarmentó suficiente por ambiciosa durante la cena, la retiró un segundo después y siguió esperando en aquella postura indiferente que le hacía parecer una estatua romana a que los niños terminaran de entrar. Una vez estuvieron todos allí y ya se habían escuchado seis o siete preguntas del mismo cariz —«¿Quién es ese hombre?», querían saber quienes no lo vieron en el invernadero. «¿Qué hacemos aquí?», inquirían los que conocían su nombre—, Casey le hizo un gesto a su ayudante para que se le acercara con un puñado de papeles.

Emma dejó de respirar, creyendo que leería en voz alta sus propias palabras, pero no: los papeles del señor Kaye estaban ordenados y lisos como si no los hubiera usado. Había escrito en ellos, y con una finura exquisita, una serie de renglones perfectamente paralelos, tanto así que parecía un impreso.

—Para quien no me conozca —empezó en cuanto se hizo el silencio. Emma se tuvo que frotar los brazos. Su voz le había

levantado los vellos—, soy el dueño y gerente del orfanato desde hace alrededor de nueve meses, los que han transcurrido desde el fallecimiento de su anterior propietario: el barón Marriott. En gran medida, gracias a él gozaréis de los cambios que voy a enumerar a continuación. Así pues, he decidido que, de ahora en adelante, el orfanato de Brighton se llamará Marriott House en honor a milord. —Hizo una pausa para hojear los papeles, pero Emma sabía que no había guionizado el discurso; solo estaba dándole tiempo a los oyentes a asimilar la información—. Hasta ahora, y por lo que tengo entendido, habéis disfrutado de una educación un tanto… indefinida. Revisando el programa de estudios con vuestras maestras, he llegado a la conclusión de que era necesario realizar algunas modificaciones. Sabréis los horarios al detalle cuando sean elaborados, pero por ahora os haré una lectura general de las asignaturas.

Emma sintió que Camille se giraba hacia ella, sospechando de aquel deliberado plural. Era obvio que no había recurrido a ninguna maestra aparte de Emma para tomar decisiones.

—Las clases comenzarán a los seis años recién cumplidos. El intervalo de edad de las lecciones iniciales irá de los seis a los nueve años de edad. Su educación se centrará en dominar por completo la lectura, la escritura y las matemáticas básicas. También se les impartirán dos clases semanales de modales. Estas materias generales que menciono se darán a niñas y niños indistintamente. No serán separados por género tampoco a los diez años, cuando se incorporarán historia, literatura y ciencias naturales al temario. Las asignaturas extra serán las únicas en las que se separarán las clases: las niñas aprenderán costura, canto y baile, ambas unidas en la asignatura de música, y darán lecciones de modales más avanzadas, esto hasta que cumplan los quince años. Los niños, por su parte, aprenderán equitación y matemáticas avanzadas, y se les encontrará un trabajo a los catorce años, si bien podrán permanecer en el orfanato, siempre y cuando colaboren económicamente, hasta los dieciséis.

»La señora Harriet Corbyn impartirá todas las lecciones de modales. Lady Marjorie enseñará costura y música, la señorita Camille Delaney impartirá de ahora en adelante lengua y literatura, y a la señorita

Marston le tocará cubrir ciencias naturales, matemáticas e historia. La religión no ha sido mencionada, pero contaba con que el señor Corbyn siguiera prestándonos visitas para realizar las misas. Se le notificará la obligación de incluir filosofía básica en sus clases a los mayores de catorce.

»Comprendo que son muchas las asignaturas de las que las maestras habrán de hacerse cargo, por lo que se agradecerá que corran la voz entre sus amistades y en pueblos vecinos: Marriott House estará encantado de contratar por un chelín semanal a las personas con experiencia laboral y buenas referencias que puedan enseñar matemáticas avanzadas y equitación —y entonces apostilló algo que sorprendió a Emma—, materias que cubriré yo mismo mientras se presentan los candidatos.

—Disculpe —interrumpió Harriet, alzando el brazo. Se había plantado delante de Casey con los brazos cruzados. Emma apostaba por que lo miraba con escepticismo—. ¿Acaba de decir usted que vamos a percibir un salario a cambio de nuestro trabajo?

—De un chelín semanal —repitió con apatía, abrazando los papeles —. Eso son cuatro chelines semanales y dos libras y media al año. Supongo que no habrá nadie en contra de la subida. Se ha mejorado lo presente, aunque sea porque no se podía empeorar.

Emma observó, perpleja, que lady Marjorie, Harriet y algunos de los alumnos mayores se reían con lo que habían entendido como una broma.

—A los dieciséis años —prosiguió—, las niñas podrán decidir si desean debutar en la capital o si por el contrario prefieren que se las ayude a encontrar un trabajo digno. Lady Siobhan Bainbridge, la esposa del baronet sir Garrett Bainbridge, se mostrará más que encantada de prestarnos una visita dos semanas antes de que comience la temporada londinense para conocer en persona a las muchachas que quieran viajar a Londres para decidir si están o no preparadas para la alta sociedad. Lady Bainbridge será vuestra benefactora.

»Este viaje a Londres constará de una semana que podrá prolongarse en función de las invitaciones que se reciban a posteriores

eventos. Contaré con la presencia de la señora Corbyn, que tengo entendido que vivió una temporada londinense en sus carnes, y con otra voluntaria.

A Emma le costó despegar la mirada de Casey para observar la reacción de las niñas, que no cupieron en su asombro. Solo tres superaban la edad mínima para disfrutar del privilegio; el resto se había marchado a otras ciudades en busca de trabajo. Por edad y por vivencias similares, las tres habían formado una hermandad conmovedora, y no fue de extrañar que se miraran entre ellas con los ojos rebosantes de emoción.

Una cálida sensación se apoderó de ella, llegando a nublarle el juicio hasta el punto de empezar a pensar en Casey Kaye como un buen hombre.

«Fue idea tuya, y ha aceptado porque no le ha quedado otro remedio», se recordó con los puños apretados, molesta con su disposición natural a perdonar los pecados ajenos. «Porque lo besaste, y decidió que eso compensaba el desastre que podrían provocar tres huérfanas en el *beau monde*».

Se odió a sí misma por verle el romanticismo a la situación. ¿Acaso no había aprendido que no había nada de hermoso o sacrificado en que un hombre perverso la utilizara para cubrir sus necesidades primarias? No era el primer egoísta que usaba a Emma.

Y, sin embargo, en el fondo sabía que era injusto compararlos.

Casey Kaye no le había mentido, a fin de cuentas. No le había dedicado palabras bonitas que pudieran confundir la naturaleza fría de su acuerdo. En este caso se enfrentaba a un trato más o menos justo: no estaba en la inopia como sí fue una pobre ingenua en el pasado.

—En tres semanas, a mediados de abril, dará comienzo la temporada londinense. Para entonces, cuento con que las señoritas estén preparadas —continuaba él, pero Emma no pudo escucharlo porque Camille, aprovechando que la multitud las ocultaba a medias, le dio un codazo.

—¿Qué has hecho? —le preguntó en voz baja, mirándola con preocupación—. Y no me digas que no ha sido nada, ni tampoco trates

de escabullirte, porque estoy segura de que esto lo has conseguido tú. Por lo que más quieras… —Se aseguró de que nadie la escuchaba echando una ojeada alrededor. Apenas movía los labios al hablar—, dime que no has hecho un trato con el diablo.

Emma sintió la necesidad de abrazarse los hombros y protegerse del frío que la embargó de pronto. No se dejó llevar por el impulso. Camille era lo bastante perspicaz para reconocer la culpabilidad en su gesto.

—¿No puedes disfrutar de lo que nos ha venido dado sin cuestionar el cómo y el porqué? —contraatacó ella, manteniendo la vista clavada al frente—. Sea lo que sea que haya provocado el cambio de opinión del señor Kaye, démosle la bienvenida y dejémoslo estar.

Camille abrió la boca para quejarse, pero Casey levantó la sesión en ese preciso instante y la ruidosa estampida de los niños, que fueron hacia la salida como una marea imparable, impidió incluso que la fulminara con la mirada.

Emma se dio la vuelta antes de que Camille sintiera la tentación de agarrarla del brazo y sacudirla, si bien estaba segura de que no haría tal cosa. Escuchar se le daba de maravilla y le encantaba chismorrear, pero no insistía cuando tocaba un tema delicado.

En cuanto estuvo a solas con sus pensamientos en el pasillo, por el que los niños se habían dispersado para asistir a sus clases matinales, Emma pudo respirar hondo. Se percató de que no lo había hecho en la última media hora.

Respingó cuando una gota de agua impactó en el centro de su cabeza y miró hacia arriba: una nueva gotera patrocinada por la lluvia nocturna se unía a la familia, como si todavía no fueran multitud.

Emma suspiró y se frotó la cabeza, arrebujada en su chal. Solo levantó la cabeza cuando oyó el eco de unos pasos por el corredor.

Lo reconoció por el rítmico paseo. Para tratarse de un hombre con tantas responsabilidades, jamás se daba prisa. Parecía que hubiera descubierto que el mundo lo necesitaba y se aprovechara de dicha necesidad para hacerse de rogar cuanto le apetecía.

Como no podía ignorar su presencia, decidió ser quien iniciara la conversación para mantenerla en terreno neutral.

—Veo que le ha cundido la noche de trabajo, señor Kaye —comentó con aparente desahogo, alisándose las arrugas del chal—. Supongo que Dios en persona le visitó para iluminarle en el aspecto del debut londinense, porque recuerdo haberme marchado con la sensación de que no cedería ni por todo el oro del mundo.

Emma respingó cuando Casey la sujetó por el hombro y tiró de ella a un lado, obligándola a dar un paso hacia la derecha. Fue a preguntarle a qué demonios se debía el contacto, pero lo comprendió en cuanto la gotera desprendió un chorro de agua.

Abrió la boca, pasmada.

—Tiene razón en que no cedería por todo el oro del mundo. Prefiero la riqueza en monedas. Y pensé que a lady Bainbridge no le vendría mal emplearse en un nuevo propósito —contestó con tranquilidad, escudriñándola con sus inquietantes ojos negros—. Me he dado cuenta de que a las mujeres les favorece tener uno.

—¿Por qué ha elegido a lady Bainbridge? —inquirió Emma enseguida, reacia a sentarse en el halago.

—Mi primera opción era lady Marjorie, pero ni ella ni ningún miembro femenino de su familia goza de una buena reputación en Londres, donde según entiendo fueron presentadas a los dieciocho años. Tuve que descartarla como benefactora y también como maestra de apoyo durante el viaje. Lady Bainbridge puede no ser la hermana de un conde, pero es una delicia para los sentidos.

Emma se tensó al oír la descripción de la dama.

—¿Y de dónde ha salido esa lady Bainbridge? —se le escapó antes de medir su reacción.

Él curvó los labios en una sonrisa ligera, quizá divertido con su arranque.

—Comparte vínculo de sangre con mi primo Asher Norton, por lo que en cierta forma fue una protegida de lord Marriott. Mantenemos una buena relación. Se entusiasmará en cuanto se lo comente.

—¿«En cuanto se lo comente»? ¿Ya le ha anunciado a las niñas que será su benefactora y la aludida ni siquiera ha consentido aún? —jadeó, anonadada—. ¡Así no es como se hacen las cosas, señor Kaye! ¡Si milady se niega, habrá ilusionado a las muchachas para nada!

—Me jacto de conocer el carácter de lady Bainbridge lo bastante bien para afirmar que no se le ocurrirá negarse.

Emma tuvo que contenerse para no preguntarle en qué sentido conocía a la dama.

—Me extraña que un empresario de su talla no contemple todas las posibilidades —insinuó con ironía—. Algún día le dirán ese «no» del que usted cree estar por encima, señor Kaye.

Casey alzó la barbilla hacia el techo. Se atisbaba la contrariedad en su semblante, pero Emma no habría podido jurarlo.

—Y yo lo encajaré con madurez. Para mí no es tan importante lo que me niegan como quién me lo está negando —acotó en cuanto sus miradas volvieron a encontrarse—. En el peor de los casos, milady pospondría su visita a Brighton o tendríamos que disculpar su ausencia durante el debut, pero ¿rechazar la oportunidad? Jamás lo haría.

—Entiendo entonces que no estamos ante una dama con escrúpulos hacia los necesitados.

—Al contrario. Siobhan conoce la necesidad de primera mano y la abundancia no ha hecho que olvide sus orígenes.

Lanzó otro vistazo veloz por encima de su cabeza.

Emma iba a preguntarle cuál era el problema, nerviosa con tanto movimiento. Lo descubrió de la peor manera cuando Casey volvió a agarrarla del hombro para apartarla de aquel cuadrante del pasillo.

Respingó del susto al ver que una viga de dos metros de largo y uno de ancho se había desprendido de las alturas. Emitió un jadeo ahogado al comprender que podría haberle aplastado el cráneo si Casey no hubiera sido lo bastante rápido.

La impresión fue tal que ni siquiera se percató en un principio de que él seguía sosteniéndola entre sus brazos, firmes pero no por ello posesivos. La sujetaba como Emma siempre pensó que un caballero dirigiría a su compañera de baile durante un vals, con gentileza y solemnidad.

—Dios santo… —murmuró con la vista clavada en la viga carcomida por la humedad—. ¡Dios santo! ¡Podría haber matado al que hubiera pasado por debajo! ¿Y si hubiera sido un niño? Oh,

Señor… —Se giró hacia Casey con el rostro desencajado—. ¿Cabe la posibilidad de que esto suceda de nuevo?

—Solo en el salón. Es la zona más afectada por las lluvias.

Emma se apartó de él, ocultando su rubor con sacudidas de cabeza. Se cubrió las mejillas con las manos, tan angustiada que no tuvo que esforzarse para olvidar el estúpido placer que había sentido al saberse protegida por sus brazos.

—En abril llueve más que nunca —musitó—. El techo se caerá sobre nuestras cabezas.

—Descuide, señorita Marston. Me encargaré de solucionarlo.

Emma lo miró con escepticismo. Por más que buscó la ironía en su respuesta, enunciada en el tono desapasionado de siempre, no la halló, y acto seguido se sintió ridícula por haber pensado que sabría bromear.

Aquel hombre no tenía el menor sentido del humor.

—¿Que se encargará, dice?

—Lo he estado meditando esta noche. Los niños corren peligro por el simple hecho de vivir en el edificio. Es evidente que los voluntariosos brightonianos que realizaron las reparaciones carecían de formación. Les reconozco las ganas, pero no la destreza —meditó, echando una ojeada calculadora alrededor—. Este lugar necesita mano de obra especializada.

—Y supongo que usted puede conseguirla —asumió Emma, vigilándolo con todo el cuerpo en tensión. Casey estaba pendiente de las marcas de humedad de la pared cuando, guiada por un impulso, dijo en voz baja—: ¿Y cuánto me va a costar el detalle de que rehabilite el edificio, si puede saberse? Supongo que un beso es un muy bajo precio a pagar por semejante inversión.

Su comentario captó la atención de Casey. Además de mirarla con fijeza, curvó los labios en lo más parecido a una sonrisa que le había visto desde que lo conoció.

—No se preocupe, señorita Marston —dijo pasado un rato, cuando consideró que ya le había tenido el corazón en vilo durante el tiempo suficiente—. Esta correrá de mi cuenta.

Emma se puso tan rígida que él tuvo que notarlo. Solo esperaba que

nunca descubriera el porqué de su repentina incomodidad, que no era otro que la inexplicable decepción que acababa de embargarla, como si una parte de ella hubiera estado esperando un chantaje como el de la reunión nocturna.

—No pretenderá hacerme pensar que está dispuesto a gastarse una indecente cantidad de dinero en arreglar el orfanato a cambio del beso que le di ayer.

Le sorprendió que su voz emergiera con tanta seguridad. Para sus adentros temblaba como una hoja, un temblor que se intensificó cuando él dio un paso al frente sin llegar a comprometer su espacio personal.

—Si lo dice por la pobreza del beso, sé que puede hacerlo mejor —le aseguró, ladeando la cabeza para mirar sus labios desde otra perspectiva. Emma notó que se le ponía la carne de gallina—, pero ya me lo demostrará en otra ocasión.

Capítulo 8

En algunas esferas, los ricos suponían una atractiva novedad. Toda una multitud de curiosos se formaba en torno a ellos para admirarlos como si de bestias exóticas se tratara.

La fascinación hacia Siobhan Bainbridge, que llegó unos días después de confirmar su compromiso con las huérfanas, cumplió las sospechas de Casey, que esperó un recibimiento glorioso y no obtuvo nada distinto de eso.

No se trataba solo de que fuera la esposa de un baronet, un detalle de por sí llamativo, sino de que era una criatura grácil con aspecto etéreo que desde el preciso momento en que cruzó la puerta se mostró dispuesta a contagiar a todo el mundo con su optimismo natural, su elegancia y su insólita belleza. Ni siquiera lady Marjorie, que había nacido en el seno de una familia noble y había recibido desde los comienzos de su vida la reglamentaria educación aristocrática, habría podido deducir que Siobhan venía de un pueblo del norte irlandés, que había aprendido a expresarse y a moverse como lo hacía en cuestión de tres meses y que antes de casarse con el baronet Bainbridge se vio arrojada a una vida de moral cuestionable.

Las introducciones se llevaron a cabo en la escuela de Brighton, un edificio recién acondicionado y decorado con un mural a cuenta de lord Steven Hanigan, un artista emergente de familia ilustre. A fin de evitar que las muchachas se sintieran intimidadas por su apariencia de por sí majestuosa, Siobhan hizo acto de presencia con un bonito pero modesto vestido de algodón celeste. Todos los niños sin excepción, incluso a los que no les correspondía asistir a la clase magistral, se abalanzaron encima de Siobhan en cuanto la vieron.

—Gracias por pensar en mí para esta preciosa tarea —le había dicho antes de comenzar las presentaciones, conteniéndose para no tomarle de las manos y estrechárselas afectuosamente, como hacía con todos los que se lo permitían. Sus ojos emitían destellos que

amenazaban con romper en un llanto ilusionado—. No te puedes ni imaginar lo que ha significado para mí recibir tu mensaje en un momento tan delicado como el que estamos viviendo en casa. Garrett se encuentra mucho mejor, pero yo todavía no he encontrado el eje desde su última recaída.

Si Casey fuera dado a regalar su compasión, entendería que Siobhan estuviera hastiada de la enfermedad de su marido. No tenía una vida de lujos antes de que el baronet tropezara con ella por casualidad, pero una persona menos sacrificada habría preferido un modesto devenir antes que languidecer al costado del lecho matrimonial en permanente estado de alarma.

Los médicos aún no habían descubierto cuál era la afección de la que adolecía lord Bainbridge. Casey era de la opinión de que le aplicaban ungüentos y proporcionaban brebajes sin ton ni son con la esperanza de que alguno surtiera efecto. Era cierto que en los últimos tiempos habían logrado devolverle parte de su vitalidad, pero en ningún caso podía considerarse fuera de peligro.

Las últimas veces que Casey lo había visto —por casualidad, claro estaba; opinaba que era de pésimo gusto visitar a un hombre orgulloso cuando andaba convaleciente—, estuvo a punto de ofrecerle su brazo para acompañarlo de regreso a casa. No lo hizo porque le avergonzó su impulso, y porque el propio Bainbridge lo habría desdeñado con cara de espanto.

—No se me ocurrió nadie mejor que tú para la tarea.

—Oh, vamos… —Siobhan había sonreído con intención juguetona, pero el aire melancólico con el que había nacido empañaba todas sus expresiones—. No irás a negarme que tu intención era darme otra cosa en la que pensar. No te lo pidió Garrett, ¿verdad?

—Eso habría implicado que mantuviera correspondencia con tu marido, y no tengo por costumbre obligar a los convalecientes a salir de la cama para responderme una carta.

Siobhan se rio con dulzura. Se arriesgó a ponerle una mano en el hombro, detalle al que Casey no se opuso por mera educación.

Cuando alguien iniciaba el contacto físico, se resignaba en primer lugar, y a continuación le daba a entender al interlocutor lo que

opinaba sobre su atrevimiento. Su velada advertencia debía resultar contundente, porque nunca se veía acorralado en una segunda ocasión.

—Por supuesto que no. Dudo que tu ego pudiera soportar que te ignoraran, incluso si una enfermedad desconocida y fulminante justificara el desdén —había bromeado en tono amistoso antes de apartar la mano con delicadeza—. Me conmueve tu dedicación en el orfanato. Me puedo imaginar que te resultó muy difícil decirle que no a todas esas caritas.

—¿Muy difícil decirles que no? Puedes llevarte al que más te guste —le había ofrecido con franqueza.

—Oh, Casey… —Una carcajada estrangulada había quebrado su garganta.

Antes de convertirse en lady Bainbridge, Siobhan había sufrido todas las penalidades imaginables, y, aun así, Casey sospechaba que la mayor pena de su vida estaba siendo no poder engendrar hijos con el baronet. Era plausible que la imposibilidad de concebir no estuviera relacionada con ella, sino con los estragos que la enfermedad había causado en la salud de su marido, pero una prohibición natural como aquella no encontraba serenamiento alguno en la lógica. Por lo que Casey percibía en su tristeza, inherente a su carácter pero intensificada con cada insinuación de la descendencia, parecía inconsolable.

Ahí había terminado el reencuentro entre los dos. Acto seguido, Siobhan se había entregado por completo a su propósito de familiarizarse con las jóvenes y medir sus aptitudes para estar segura de que no se avergonzarían a sí mismas en público.

—¡Muy bien! —Siobhan dio una palmada, aun cuando no lo necesitaba para disolver las conversaciones admirativas que los críos mantenían por lo bajini. Los cuarenta niños del orfanato la miraban como si quisieran memorizarla—. ¿Quiénes son las jovencitas que vendrán conmigo a Londres para disfrutar de su primera temporada?

—¿Primera? —inquirió una de las adolescentes con timidez—. ¿Acaso habría una segunda?

—Tendría que aprobarlo el señor Kaye, claro está —contestó con

prudencia, lanzando una mirada de disculpa a Casey por haberse adelantado—, pero si triunfarais en la alta sociedad y algún buen partido os echara el ojo, ¿por qué no ibais a volver? Todo dependería de si os requirieran allí al año siguiente, lo cual según veo es loable. —Le guiñó un ojo a la tímida muchacha que había expresado su duda. Le extendió la mano para animarla a acercarse—. Ven aquí, querida, deja que te vea. No arrugues los hombros ni agaches la barbilla. Los bailes de sociedad tienen como propósito ser vistos. Habrás de acostumbrarte a que te miren y se acerquen a hablar contigo.

La invitó a sentarse a su lado en una de las pequeñas sillas que acompañaban los pupitres del aula. Lady Marjorie y Harriet estaban horrorizadas porque una dama de la cabeza a los pies tuviera que impartir su lección exprés en un lugar tan poco refinado, pero todos allí se consolaban con que, dadas las circunstancias, era lo mejor que se le podía ofrecer.

La remodelación del orfanato había comenzado esa misma mañana, y no solo no estaba en condiciones de darle cobijo a lady Bainbridge, sino que tampoco sus residentes podrían descansar allí mientras durase la reconstrucción. Gracias a la generosidad local, por la que Casey jamás admitiría hallarse sorprendido, los cuarenta niños tendrían una cama en la que dormir: seis de ellos se hospedarían en Bollinger Sea House por cortesía del conde; Jackson, el hijo adoptivo de Harriet Corbyn, y su buen amigo Tobias, se quedarían en la humilde casa del vicario; por insistencia de lady Marjorie, cinco habían ido a parar a Royston Place, el que fue su hogar mientras estuvo soltera y en el que ahora convivían su hermano mayor, también conde, y sus dos sobrinos menores de edad; en su propia casa, la que compartía con su marido y sus hijos, había acogido a otros tres. Archibald Corbyn, antiguo propietario de las tierras del orfanato, había abierto sus habitaciones de invitados para dos, aunque a regañadientes y amenazado por su esposa; otro estaba con la familia Hudson. En torno a diez criaturas se habían distribuido en las viviendas de los Rogers, una prole tan extensa que no tenía sentido intentar aprenderse todos los nombres del árbol genealógico, tres se quedaban con los Hanigan, siete dormían en la mansión ducal de

Alridge, y a los tres restantes se les había encontrado sitio en la posada y taberna El Ganso, donde se les daría de comer a los cuarenta durante la rehabilitación del orfanato.

Casey había concluido que lo más prudente sería reunirlos para almuerzos y cenas en el mismo lugar, de manera que los niños solo pudieran comparar la comodidad de sus habitaciones y no poner en común también las diferencias entre el servicio de las casas donde habían sido acogidos. Algunas eran notablemente más humildes que otras.

Los taberneros de El Ganso se habían deshecho en agradecimientos después de que Casey hubiera desembolsado una pequeña fortuna, lo equivalente a todas las comidas que los huérfanos pudieran pedir a lo largo de, como mínimo, tres semanas de hospedaje.

—Veo que sabéis leer, escribir, que tenéis un razonable conocimiento de historia general y que vuestros modales son exquisitos, detalle que he de reconocerle a la señora Corbyn —comentó Siobhan, cabeceando en dirección de Harriet. Esta se enderezó, orgullosa de recibir un halago, pero no sorprendida—. Para fardar de una educación completa, una dama ha de saber cantar, tocar un instrumento, bordar y bailar todas las piezas, pero como en los salones de Londres no os tenderán aguja e hilo y es fácil saltarse las veladas musicales, creo que podremos enfocar las semanas que quedan en el único conocimiento indispensable: el baile.

Se puso en pie e invitó a las tres adolescentes que gozarían de su protección a unirse a ella. Estas se miraron entre sí antes de acudir a su encuentro con seguridad.

Era lo que Siobhan inspiraba en los demás. Absoluta confianza.

La dama habría destacado en la humilde escuela del pueblo incluso con un harapo sucio. Tenía el cabello de una misteriosa tonalidad entre el pelirrojo caoba y el rubio pálido que se inclinaba por un color u otro dependiendo de la iluminación, y así de caprichosos eran también sus ojos bordeados por pestañas cobrizas: tristes y de un verde desvaído que se tornaba gris plata a petición del ánimo del sol. Estaba tan delgada que Casey había visto a más de uno admirar su estrechísima cintura en la distancia con aprensión. Su fragilidad

inspiraba ternura, compasión o un ardor desesperado; jamás una emoción negativa. Todo el mundo parecía coincidir en que sería contranatural desearle el mal a una mujer que encarnaba la anhelada delicadeza femenina.

—¡Arriba todo el mundo, no solo las señoritas! —exclamó Siobhan con energía—. ¡Quiero que esto se convierta en un verdadero salón de baile!

Desde su posición más bien alejada, Casey lanzó una discreta mirada a Emma. Asistía a la lección de Siobhan con el mismo entusiasmo infantil que el resto de sus alumnos.

Casey esperaba percibir pronto los beneficios de su inversión económica en el orfanato. No quería otra cosa que cobrarse la oportunidad de obtener la información que veía escrita en la frente de Emma, o, mejor dicho, en su apellido.

La joven no se equivocó cuando lo acusó de tacaño por no querer desembolsar una cantidad simbólica para ayudar a los huérfanos. Aunque los ojos les hacían chiribitas a los favorecidos por su generosidad cuando veían el contenido de su bolsa, aquello no era dinero para Casey. No constituía ni un porcentaje ínfimo de lo que llegaría a pagar por la verdad.

Sabía que estaba cerca de conseguirla, porque Emma Marston era la clase de mujer que se ablandaba con el altruismo, sobre todo cuando venía de un hombre que alteraba su sistema. Casey calculaba que después de un puñado de besos, y tan pronto como la señorita Marston le hubiera cazado regalándole una chuchería a algún crío, descuidaría sus murallas y cantaría como un gallo.

Sin saberlo, la propia Emma había contribuido a que Casey fechara su claudicación un día temprano. Al lanzarle miradas de soslayo cuando creía que él no se daba cuenta estaba delatando un interés en su persona que pronto, y sin que ella pudiera evitarlo, transformaría su recelo en pasión.

Porque por supuesto que Casey se daba cuenta de que Emma le prestaba atención. De hecho, no se había vuelto a fijar en nada que no fuera ella desde que apareció en su campo de visión, y si bien los motivos no podían estar más alejados del romanticismo, no le

desagradaba la idea de sacrificar el celibato para estrecharla entre sus brazos.

Creía saber cuál era la razón detrás de que Emma Marston fuera la primera mujer que no le disgustaba en ese aspecto. En resumidas cuentas, acostarse con ella no sería una pérdida de tiempo. La noche en la cama no comprendería un intercambio de fluidos superficial, sino que sería el colofón de una estrategia necesaria para la consecución de sus planes.

Aunque era consciente de su crueldad, Casey no albergaba todavía el menor remordimiento, pero una poderosa corazonada basada en sus cálculos mentales le decía que acabaría sintiéndose culpable. Tenía el porqué delante de sus ojos: Emma se había tomado la molestia de ponerse un vestido, presumiblemente el único que tendría, para recibir a lady Bainbridge con toda la pompa y boato. Aquella solo era una de tantas muestras de que estaba tratando con una mujer cuyos sueños y esperanzas habían sobrevivido a la adversidad; una mujer que todavía apreciaba la belleza y fantaseaba con el amor.

No era la clase de sujeto al que habría despojado de toda inocencia si no hubiera tenido una razón de peso para justificar su perfidia.

Casey no se consideraba perverso. Solo práctico.

—Señor Kaye, ¿por qué no se une a nosotros? —lo llamó Siobhan, haciéndole un gesto desenfadado con la mano—. ¡Encuentre una pareja de baile!

Él no se hizo de rogar. Sabía qué tenía que hacer para llevar a Emma a su terreno, y eso era mostrarse cercano y apto para la diversión.

Se aproximó a ella con las manos entrelazadas a la espalda y esperó a que se percatara de que pretendía despegarla de la pared antes de tenderle la mano en un gesto oferente.

—Bailar con una niña de siete años me parece inapropiado —se justificó antes de que Emma encontrara las palabras para rechazarlo, sorprendida por su acercamiento. Casey señaló con un disimulado gesto de cabeza a la pequeña Lavinia, que lo miraba desde un rincón con la esperanza de que le hiciera caso—, y usted es la única soltera que no ha encontrado aún pareja de baile.

—Tengo un bebé en brazos, señor Kaye —repuso, meciendo con cuidado a la incorporación más reciente, la huérfana número cuarenta y uno que no podía constar en el registro oficial por falta de plazas en el orfanato.

La habían bautizado como Talissa, si no recordaba mal. Tully para quienes la amaban.

—Deja que yo me encargue de eso —intervino lady Marjorie, apareciendo de repente como un ángel salvador. Extendió los brazos con una sonrisa flamante, feliz de poder ayudar a que Emma se divirtiera… o eso creía ella—. Lo mejor será que la saquemos de aquí antes de que la despierte el ruido. ¡Es un milagro que se haya dormido!

Emma se la entregó tratando de camuflar la turbación. Le habría encantado poner más inconvenientes para librarse de Casey, pero en el fondo deseaba unirse al jubiloso grupo de bailarines y no renunciaría a ese placer ni siquiera para defender sus elevados principios.

Esos que le exigían que se alejara de él.

—Con el profundo conocimiento que posees sobre la psique femenina, no tienes excusa para no mantener a una amante en cada barrio de la capital —le decía a menudo Edgar, con el que en más de una ocasión se había sentado en Hyde Park para observar el comportamiento y deducir los íntimos deseos de las jovencitas que paseaban por allí.

Su hermano también era muy avispado, y le gustaba rivalizar con Casey por quién conocía mejor la idiosincrasia del bello sexo. En parte porque siempre ganaba él, como indiscutible casanova que era, y le encantaba acumular razones para inflar su de por sí desmesurado ego.

—Lo que no tendría es tiempo o interés en visitarlas a todas —atajaba Casey con desdén.

—Pues cásate, si es que albergas ese deseo de muerte —se había reído Edgar—. Todos los hombres que caen en la trampa del matrimonio dicen que no hay mujer más indescifrable que la parienta, y tú podrías alzarte como el hombre más envidiado del mundo si la entendieras… cosa que harías con toda seguridad, condenado sabelotodo.

—Entendería a mi parienta porque comprendo a todos mis parientes —le había replicado él con su habitual languidez, en teoría distraído con el movimiento del parque—. Mi conocimiento de la psique femenina no es más que una escisión del saber general sobre el comportamiento humano. Claro que a ti te extrañará oír que los hombres y las mujeres piensan de manera parecida, puesto que no tienes por costumbre tratar al género femenino como seres de carne y hueso.

—El hueso lo suelo obviar, tienes razón. Es lo concerniente a la carne lo que me hace disfrutar —le había confirmado con un cabeceo burlón.

Casey cerró los ojos un instante para sacar aquel inesperado recuerdo de su cabeza y centrarse en el calor de la mano de Emma.

Raras veces veía a Edgar, como también eran escasas las ocasiones en las que compartía un rato con Simon o con sus primos Chadwick y Asher. Jamás habían fechado un día en el calendario para reunirse; simplemente asumían su deber de familiares de charlar sobre naderías durante veinte o veinticinco minutos cuando coincidían en la calle.

Ninguno de ellos tenía la suficiente relevancia en su vida como para molestarse en recordar sus conversaciones.

De vuelta a la realidad, Casey frenó a distancia prudencial del resto de las parejas con la esperanza de charlar con Emma. Ella miraba a un lado con la excusa de memorizar los sencillos pasos y acoplarse al ritmo de la concurrencia, cuando lo que esperaba era posponer un momento de intimidad.

No le sería tan sencillo escabullirse, porque estuvo condenada a ello desde que entró en el despacho de Casey Kaye.

Capítulo 9

—No voy a decir que tenga usted la habilidad de sorprenderme, porque eso serían palabras mayores —le dijo él mientras rodeaba su mano, tal y como dictaba la postura del vals—, pero no esperaba que su vestido nos honrara con una primera visita.

Emma le dedicó una sonrisa socarrona.

—Se ha demorado usted una semana más de lo que suelen tardar los hombres en hacer un comentario sobre mis atuendos. Le felicito. Usted sí tiene la habilidad de sorprenderme.

—Espero que la cuente como un rasgo positivo. —Enarcó una ceja, recordándose que más le valía parecer expresivo. Debía hacerle ver que estaba interesado en ella—. Siento curiosidad hacia su decisión de vestuario. ¿El instinto le dijo que lady Bainbridge le propondría abrir el vals y se ha vestido acorde con el honor?

—No me diga que esa es su única suposición.

Casey apoyó la mano en su cintura. Le gustó la sensación de la tela aguamarina, un algodón sorprendentemente delicado. Estaba claro que el único vestido que había sobrevivido a la presunta quema era el que reservaba para ocasiones especiales.

—Preferiría no decantarme por la teoría más obvia, que es que solo lady Bainbridge es digna de que le presente usted sus respetos vistiéndose de acuerdo a la etiqueta. Ha sacado usted a colación tantas veces el clasismo que no me gustaría descubrir aquí y ahora que peca de lo mismo: de pensar que los niños no merecen tal consideración, mientras que la esposa de un baronet, sí.

Emma apartó la mirada, ruborizada por una acusación que incluso ella consideraba justa.

—No es por la esposa del baronet, sino por la situación en sí —reconoció un rato después, cuando Casey ya había renunciado a una explicación y habían empezado a moverse con prudencia, como si en lugar de una pareja de baile fueran dos depredadores a punto de saltar

sobre el otro—. Me gustaba la idea de fingir por un momento que estaba en un gran salón de baile, o tomando el té con una aristócrata… Y no le diré ni una palabra más. No me gustaría hacer gala de mi frivolidad delante de usted, el único que se divertiría juzgándome. O tal vez «divertirse» no sea la palabra adecuada.

—Desde luego que no lo es, pero me encantaría devolverle los prejuicios que arrojó sobre mí.

—¿Y a qué espera?

—En su ilusión por la visita de milady veo un reflejo del niño deslumbrado que fui una vez. No acostumbro a caer en la hipocresía de avergonzar a los demás por lo que a mí me complacía en secreto.

Emma mordió el anzuelo.

Levantó la barbilla de golpe para mirarlo con cautela, sin comprender qué habría motivado una confesión. Dudaba que llegara a la conclusión correcta: Casey sabía que a las mujeres las conmovía un pasado difícil, un duelo doloroso, un amor no correspondido… Cualquier historia triste que entrara en la definición de íntima.

Estaba dispuesto a sacrificar su secretismo para que Emma le brindara su compasión.

Con dicha compasión llegaría la simpatía, y, con un poco de suerte, la verdad.

—El otro día creí entender que no disfrutó de las *soirées* londinenses —comentó Emma en voz baja.

—La decepción vino después de asistir a la primera fiesta —convino con un cabeceo—. La ilusión juvenil que le he mencionado ahora fue un engañoso preámbulo.

—Las expectativas siempre nos juegan una mala pasada —dijo a modo de consuelo, mirándolo de soslayo, como si supiera que le estaba tendiendo una trampa pero no supiera decir cómo y por qué.

—Pero no las puede uno dejar en la puerta antes de entrar a la fiesta, señorita Marston. Espero que a usted no le pase como a mí y la capital sea mejor que en sus fantasías.

—Si tenía usted solo un ápice de razón cuando mencionaba el trato que reciben las mujeres pobres, todo apunta a que debería renunciar al viaje —replicó—. A fin de cuentas, para ver mi dignidad

comprometida no hace falta que me presente en Londres. Puedo quedarme aquí, con usted.

Casey se permitió curvar los labios en una sonrisa maliciosa, genuinamente complacido con su respuesta corrosiva. Siempre había pensado que los comentarios mordaces, para ser inteligentes, debían ser pronunciados por las mujeres como ella, tan encantadoras que lo incisivo sonaba ocurrente y no maleducado.

—No es su dignidad lo que yo planeo comprometer.

La mirada de Emma se endureció al escucharlo.

—¿Ya ni siquiera tiene la caballerosidad de limitarse a las insinuaciones? ¿Ahora se atreve a decir lo que piensa, tal y como lo piensa?

—Seguir rondándola con alusiones sutiles después de lo sucedido en mi despacho sería de un cinismo abrumador, ¿no le parece? —Ladeó la cabeza a la espera de su respuesta, que fue ruborizarse—. Si no…

—¡Señ… señ… señ… or… ore… orita *Maston*! —exclamó una voz infantil. Casey agachó la cabeza, irritado por la interrupción. Se quedó paralizado al reconocer los rizos castaños del niño que se había acercado con sigilo para tirarle del vestido a Emma—. Cr… cr… cro… creo q-que es la hora de mi m-me… m-me… m-medicina.

Emma levantó las cejas con exageración, como lo hacía todo siempre que un niño andaba cerca. Casey se había fijado en sus muecas de actriz dramática, en la hilaridad que estas provocaban en los huérfanos más jóvenes. Solía reservarse su opinión sobre la tendencia a tratar a los críos como si fueran imbéciles, pero tratándose de aquel niño en particular le costó mantener la pose.

—Tienes razón, Matthew, ya van a dar las cinco de la tarde —respondió con una tierna sonrisa. Soltó los brazos de Casey y alargó la mano para tomarle la temperatura—. Aunque parece que te encuentras mejor. No has tenido fiebre en un día y medio. ¿No será que te encanta el brebaje que te he preparado?

Matthew se ruborizó al saberse cazado, pero tenía tal confianza en que Emma no lo reprendería que acompañó el rubor de una sonrisa de diablillo.

La familiaridad del gesto le cortó la respiración a Casey.

Por un momento le pareció que estaba viendo un fantasma, y dio un paso atrás por instinto. Su reacción distrajo a Emma y al pequeño de la charla sobre sus dolores; ella frunció el ceño con una mezcla de incomprensión y advertencia para que se comportara, y Matthew esperó, anhelante, a que le dijera algo.

Casey admiraba y detestaba la arrogancia de los niños. Todos tendían a plantarse ante uno con la expectativa de que el adulto dejara lo que estaba haciendo y le prestara atención. Pero él no podía mirarlo. Le importaba un ardite si tenía rasgos en común con la criatura. Seguía siendo el vivo retrato de su madre cuando gesticulaba, cuando se saltaba las recomendaciones de sus maestras y paseaba con curiosidad malsana entre las plantas venenosas, cuando se fingía enfermo para llamar la atención, cuando exageraba el tartamudeo para que despertar la compasión ajena.

Particularmente la de Emma, su maestra preferida.

El niño tenía buen gusto y ni un pelo de tonto, pero eso era lo único que podría reconocerle jamás.

Casey había seguido retrocediendo sin darse cuenta, como si en lugar de un crío de cinco años se tratara de un esbirro diabólico, y para cuando cayó en la cuenta de que no había controlado su reacción, era demasiado tarde.

Incluso Siobhan había dejado de bailar para ver a dónde se dirigía con el rostro pálido.

A lady Bainbridge no le costó relacionar los rasgos del pequeño con los de Casey, pero redujo su reacción a un simple intercambio de miradas, y no lo bastante continuado para que él pudiera darse por escarmentado. Algo que le gustaba de lady Bainbridge y que la convertía en su pariente indirecto preferido era que se ocupaba de su propia parcela con tanta dedicación que no le quedaba tiempo ni energía para inmiscuirse en asuntos ajenos. Además, era consciente de que si deseaba ser consecuente con su pasado y no incurrir en la hipocresía, no podía emitir juicios de valor a la ligera.

Casey abandonó la clase y cruzó los pasillos a grandes zancadas para a continuación precipitarse hacia el porche, donde con suerte

volvería a respirar. El cielo se había nublado en las dos horas que había pasado bajo techo, y el olor a humedad que se respiraba en el ambiente advertía de la proximidad de una tormenta.

Pretendía ponerse a cubierto en El Ganso, donde había estado hospedándose desde su llegada a Brighton, cuando el sonido de unos pasos acelerados lo frenaron en seco.

Sabía que no podía tratarse de Matthew, pero aun así aguzó el oído y se preparó para volver a verle la cara.

Emma lo confrontó pasando por su lado como un rayo y descendiendo los dos escalones que subían al porche, por los que él tendría que bajar por fuerza para culminar su huida. En otras circunstancias, Casey se habría reído entre dientes por lo ridículo e ineficaz de su postura prohibitiva: había extendido los brazos para cerrarle el paso.

—¿Por qué ha hecho eso? —le espetó, mirándolo como si no lo reconociera en el desdén a la criatura. Casey no se contuvo y enarcó una ceja inquisitiva, genuinamente asombrado.

—Está claro que le importa porque todos los niños son sus pequeños protegidos, pero ¿por qué le sorprende? ¿Tan inesperado le parece un desmán viniendo de mí, señorita Marston?

—Hace un momento se ha mostrado compasivo con el niño que fue usted, un niño ilusionado. No comprendo por qué a continuación ignoraría a un pobre inocente.

—Ni siquiera ha cumplido los seis años. Dudo bastante que esta noche lo encuentre usted llorando de humillación en su dormitorio.

Aquel era un argumento falaz. Casey sabía de primera mano que la memoria de un niño de cinco años nacido en la pobreza era afilada como un cuchillo, más por necesidad que porque los mendigos fueran astutos por naturaleza.

Matthew no olvidaría ni la ofensa ni lo que esta le había hecho sentir.

—La vergüenza es una de las primeras emociones que aprenden los jovencitos de la edad de Matthew, sobre todo cuando se han mofado de ellos durante toda su infancia debido a su orfandad. No necesita que el propietario del edificio también lo mire de esa manera y se

marche como si no pudiera soportar su presencia —le escupió sin ocultar su desprecio—. Y ni mucho menos cuando dicho propietario es asimismo el hombre que lo abandonó a su suerte. ¡Debería ser él quien le diera la espalda a usted, miserable desgraciado!

Casey levantó las cejas, sorprendido por el arrebato de Emma.

Supo que había un fuego inextinguible dentro de ella en cuanto la conoció, pero no pensó que fuera a quemarle con él de aquella manera.

—¿Qué puedo hacer para que se sienta mejor, señorita Marston? —le preguntó con condescendencia. No pudo evitarlo. Le irritaba pensar que su plan de manipulación estaba saliendo con éxito y que de pronto ella lo acorralara para afrontar sentimientos que le desequilibraban.

—¿Para que me sienta mejor yo? —jadeó, pasmada. Subió los dos escalones que había saltado en un alarde de agilidad y lo detuvo, esta vez con mayor eficacia, con su sola cercanía—. ¡Para que se sienta mejor él, querrá decir! ¡Quiero que se disculpe! ¡Y no solo eso, señor Kaye! ¡Quiero que sea amable con Matthew!

—¿Y le gustaría también que le hiciera un regalo por su cumpleaños? —sugirió en tono aterciopelado, uno que no casaba con el desdén que ocultaba su verdadero sentir.

Estaba columpiándose peligrosamente hacia la rabia.

—Dudo que sepa usted cuándo nació —bufó, mirándolo de arriba abajo—. Por lo que da a entender con su lamentable comportamiento, es probable que incluso desconozca el nombre de la madre, ¿no es así? ¿La dejó embarazada después de rondarla como me ronda a mí ahora?

Una sonrisa cruel estiró los labios de Casey. A la vez que deseaba espetarle que no tenía ni la más remota idea de nada, quería proporcionarle los datos que tanto exigía con la perversa seguridad de que se equivocaría respondiendo a su pregunta.

—Su propuesta de conversación decepcionaría a la niña que lleva dentro, señorita Marston —dijo en su lugar, estoico—, y huelga decir que no combina con su vestido. ¿Por qué no sigue cumpliendo su sueño de creerse una dama por un día frenando este barboteo de insolencias y comportándose con los caballeros como es debido?

Emma dio un último paso al frente, fulminándolo con unos ojos que parecían péndulos de hipnosis.

—Estoy segura de que las damas también ponen en su sitio a los bastardos.

—Tal vez las damas sí, pero no las voluntarias de los orfanatos. Si quisiera que me sermonearan, asistiría al servicio dominical.

—No se va a librar tan fácilmente de mí, señor Kaye. No voy a tolerar que aterrorice a Matthew cada vez que cometa un error, como hizo en el invernadero, ni que lo desaire como si no valiera un penique. Y si para ello tengo que contarle a todo el mundo que incursionó en el bello mundo de la paternidad hace cinco años, lo haré.

Casey soltó una carcajada socarrona.

—Esa amenaza está un poco trillada ya, ¿no le parece? No me diga que me toma por la clase de hombre que cedería ante la presión popular y, por el bien de su reputación, se volcaría en la educación de un crío al que de ningún otro modo habría reconocido. De ser así, estaría siendo una ingenua.

Emma le sostenía la mirada con ferocidad.

—¿Y qué clase de hombre es? ¿El que se volcaría en la educación de un crío si la mujer a la que persigue se lo pidiera…? —Tragó saliva antes de continuar—. ¿… y le diera a cambio algo que usted desea?

Casey entornó los párpados, midiendo la reacción de Emma después de admitir en voz alta lo lejos que estaba dispuesta a llegar para que un niño gozara del amor de un padre. Luego apartó la mirada para comprobar con un rápido vistazo al cielo que estaba empezando a llover.

—Qué forma tan curiosa de pedirme un beso, señorita Marston —comentó unos segundos después, cuando Emma había empezado a respirar de forma irregular—. Nadie diría a primera vista que tenga deseos de muerte, pero mírela, anhelando las caricias del hombre malo. ¿Será que goza de experiencia sintiendo debilidad por quien no debe? —apostilló sin poder resistirse, ladeando la cabeza para admirarla desde otro ángulo.

Emma palideció, señal de que había tocado una fibra sensible.

—¡Yo no anhelo sus caricias, estúpido arrogante! ¡Tan solo quiero que Matthew sepa cómo se siente el afecto de un familiar!

—¿Qué quiere decir con eso?, ¿que le ofrecería su cuerpo a cualquier tipo que se pareciera relativamente al resto de sus protegidos a fin de que estos tuvieran un padre?

Emma se ruborizó furiosamente, y, sin pensarlo —Casey supo que no lo pensó; la rabia tenía una manera muy particular de nublar la mirada—, alzó la mano para abofetearlo. Por acto reflejo, él lo impidió cogiéndola del antebrazo y doblándoselo a la espalda en un ángulo que podría haberle producido dolor si así lo hubiera querido.

—Supongo que eso es un no, que me lo ofrece solo a mí —dedujo en voz baja, a un palmo de su rostro—, pero en lugar de verbalizarlo, siente la necesidad de abofetearme porque no piensa permitir que me vanaglorie en el hecho de ser especial para usted.

—Si se refiere a «especial» en el sentido de inaudito, desde luego que lo sería —le gruñó, sacudiendo el brazo para librarse de su agarre. No lo consiguió—. Es el único hombre con el descaro de exigir privilegios carnales a cambio de comportarse como un ser humano.

—Esa es una forma de explicar mi actitud. Otra posibilidad es que esté buscando mi humanidad a través de usted, y no podría culparme de eso, señorita Marston. En sus ojos me ha parecido ver al buen hombre que puedo llegar a ser. Aunque también veo su propia encrucijada —continuó, acercándose más para mirarla de cerca—. No sabe si se siente más atraída hacia mí cuando soy vil o cuando cedo a sus peticiones… Supongo que es la eterna diatriba a la que se enfrentan las mujeres a las que les gustan los villanos.

Los ojos de Emma se humedecieron, pero Casey no le dio importancia porque él no había provocado aquella reacción, sino sus recuerdos. Era ella quien se avergonzaba de haber amado al hombre más pérfido de Inglaterra y de querer fundirse ahora con uno que parecía seguir sus pasos.

Pero solo lo parecía, y sintió la necesidad de aclararlo para calmar su sufrimiento.

—Por suerte para usted, yo no soy malo del todo —puntualizó—. Solo calculador.

—¿Y qué demonios significa eso?

—Que me mueve el deseo de poner las cosas en su sitio, no herir a los demás.

—Pero lo hace. Hiere a su propio hijo. ¿Por qué no se acerca a él de buena voluntad? —inquirió, mirándolo esperanzada. Sus ojos seguían vidriosos por el llanto reprimido a tiempo—. ¿Por qué no puede prometerme que al menos no huirá de Matthew?

Casey entraba en un estado de absoluta desconexión cuando la miraba a la cara, y esa vez no fue diferente. Sus ojos irradiaban el calor de una fundición. Soltó el brazo que seguía doblándole a la espalda y lo devolvió a su sitio como si de una muñeca se tratase. Deslizó la mano muy despacio hasta tenerla sujeta por el codo, y de un salto que se le antojó abismal, pasó a su baja espalda.

Emma respingó y entreabrió los labios.

—Eso va a costarle algo más, señorita Marston —se lamentó muy cerca de su oído—, pero con lo generosa que es usted, seguro que estará encantada de pagarlo.

—Deje de insinuar… —musitó con los ojos cerrados, como si la vergüenza fuera superior a ella—. Deje de insinuar que yo… Yo a usted no… —Emitió un suspiro derrotado y lo apartó poniéndole las manos en el pecho—. ¡Maldito sea!

Emma se dio media vuelta, temblando como una hoja. Una brutal ráfaga de aire amenazó con derrumbarla, pero luchó contra la lluvia en su camino hacia la posada donde se hospedaba. Casey la siguió con la mente en blanco, convencido de que necesitaría ayuda para que el vestido no tirara de ella hacia atrás. No se le ocurrió pensar en cuánto detestaba mojarse, y en la promesa que se hizo de niño de no volver a exponerse a la sensación de tener la ropa pegada, agua en los oídos, los dedos de los pies congelados.

Cuántas veces no habría dormido bajo una tempestad, con las manos bajo las axilas, los labios azules; tiritando de frío y de indignación.

—El día que camino bajo la lluvia, es el día que me pongo un vestido —se lamentaba Emma por lo bajo—. ¡Estupendo!

Casey la detuvo tomándola del codo de nuevo, a lo que ella se giró

para lanzarle una mirada codificada.

—No tendría que mojarse si no huyera de mí —repuso en tono razonable.

Emma presionó los labios, debatiéndose entre confesar el porqué de su frustración y continuar su camino. Casey supo que había llegado al primer punto de quiebre: que acababa de avanzar un paso hacia la verdad.

—Lo que sucede entre un hombre y una mujer no… no me es ajeno, señor Kaye. ¡Y no pretenda que le cuente por qué lo sé, si soy una mujer soltera!! —se apresuró a añadir, levantando las manos—. Solo tengo que dejarle claro que si yo reacciono a su… cercanía es solo porque entiendo lo que puede conllevar, y eso me… avergüenza.

—Conocer la pasión no nos hace vulnerables a cualquier sujeto que se nos aproxime, señorita Marston.

—¿Que no? —Soltó una carcajada cruel—. Hay hombres que se enredan con cualquiera que se les ponga por delante, y no me lo niegue porque estoy familiarizada con esa clase de persona.

Ahí estaba otra pequeña confesión. No se había equivocado al dar por hecho que Emma se abriría como una flor para él, más temprano que tarde y con solo esperar lo suficiente.

—Entendería que renegara de su interés hacia una persona como la que acaba de describir —respondió con prudencia.

—¿Y no entiende que reniegue también de un presunto interés hacia usted?, ¿un tipo que si bien no parece un casanova, tampoco sería un amante del que pudiera sentirme orgullosa?

—No tiene que sentirse orgullosa de su amante, Emma —le dijo con llaneza. Ella suspendió la respiración al oír su nombre, pero le sostuvo la mirada—. Solo tiene que quedarse satisfecha.

En sus expresivos ojos azules vio una súplica: le estaba rogando que no siguiera tensando la cuerda, que no la arrastrara con él a la ignominia, pues no podría perdonárselo. Pero también veía su expectación, la curiosidad de una mujer pasional hacia lo que él podía ofrecerle.

—La dejaré en paz por hoy, señorita Marston —anunció, para su inmenso alivio y también decepción.

—¿Y qué hay de Matthew? ¿No puede prometerme que se acercará a él? ¿Me obligará a pasearme de la mano con él delante de usted hasta que aprenda a comportarse en su presencia?

Casey sonrió de lado. Además de sus valores humanos, pues aquella obstinación era resultado de su incomparable generosidad y preocupación por los demás, tenía que reconocerle la insistencia. Se había propuesto dar su brazo a torcer, aunque fuera hastiándolo con sus repetitivos ruegos.

Se acercó a ella, notando las gotas de agua golpeteando sobre su coronilla, y se inclinó para rozar sus labios húmedos. Emma dejó la boca entreabierta, sin participar en aquel casi beso al que sí respondió el resto de su cuerpo arqueándose hacia él con los pezones endurecidos.

—Puedo prometerle que me mostraré abierto a una nueva negociación —contestó con lentitud—. Ahora que ya sabe lo que quiero a cambio de mis sacrificios, no tendrá que pasar una noche entera pensando en qué ofrecerme, pero esta madrugada me gustaría mantener su mente ocupada de todos modos —agregó en voz baja, acariciando sus labios muy despacio—. No duerma, señorita Marston. Así sabrá que eso es lo único que echará de menos si me recibe en su alcoba: el sueño.

Capítulo 10

—¿P-p-por qué no le gu… g-gu… gusto al señor Kaye? —balbuceó Matthew.

Emma dejó de frotarle la espalda un momento para incorporarse y mirarlo a los ojos, inquieta por la emoción con la que pudiera toparse. Más que triste, el niño parecía confuso, tal vez preocupado por si algo se le escapaba.

Por lo que había podido comprobar en los meses que llevaba trabajando en el orfanato, los huérfanos nacidos en la pobreza tenían una manera muy particular de reaccionar a los reveses de la vida. Se preguntaban qué habían hecho para merecer el castigo que el destino les hubiera impuesto y se culpaban de cualquier problema que aconteciera. Sin darse cuenta —o peor: siendo del todo conscientes—, aquellos que los miraban por encima del hombro y los apartaban a patadas del camino cuando los veían durmiendo en la calle los habían adoctrinado para que se avergonzaran de su mera existencia.

No podía soportar que Casey Kaye hubiera contribuido a formar la imagen que Matthew tenía de sí mismo.

Emma dejó a un lado la esponja con la que había estado enjabonándolo y le puso las manos sobre los hombros. Tuvo que tomarse su tiempo antes de hablar. Le costaba que sus mensajes tuvieran sentido desde que Casey apareció en Brighton, pues si bien en un principio había pensando que Casey tenía los rasgos de Matthew, ahora era Casey al que veía cuando miraba a Matthew.

—Al señor Kaye no le gusta nadie, Matty —le explicó con calma. Acompañó el sencillo argumento de una sonrisa—. No tienes que interpretar su comportamiento como un desprecio hacia ti. Es así con todo el mundo.

—Con t-t-to… todo el mundo no, señorita *Maston*. C-con usted b-bailó ayer.

—Aunque bailara conmigo, te puedo asegurar que no me tiene en

alta estima. Hay personas que son así, ¿entiendes? —Retomó su labor con energía, rellenando el balde de agua para aclarar los rizos castaños del pequeño—. Son… calladas en el mejor de los casos, e irrespetuosas en el peor. No todo el mundo ha tenido una maestra de modales tan brillante como la señora Corbyn, y hay quienes se resisten a ponerlos en práctica aun habiendo recibido cierta educación. Dime que lo comprendes —le pidió con suavidad, ayudándolo a salir del baño. Le sostuvo la mirada al niño—. Dime que sabes que no es tu culpa.

Matthew agachó la cabeza.

—P-p-parecía muy mo… molesto c-conmigo.

Emma contuvo las ganas de suspirar. Y de gritar. En su lugar, y una vez hubo envuelto al pequeño en una gruesa manta, lo rodeó con los brazos y lo estrechó contra su cuerpo, tratando de transmitirle el calor que Casey le había negado.

«Maldito obtuso», pensó, cargada de rencor. «¿Que a los niños de cinco años se les olvidan las afrentas? ¡Cualquiera diría que jamás has tenido esa edad!».

Unos toques a la puerta la distrajeron.

A fin de que disfrutaran de cierta intimidad, una muchacha llamada Aubree había dispuesto la bañera en el mismo dormitorio donde descansaban los tres niños que El Ganso había acogido. Era una habitación amplia y bien ventilada. Conectaba con el dormitorio de Emma a través de una puerta. Ella se encargaba de vigilar cada noche que los niños no aprovechaban para guerrear con las almohadas o contarse secretos hasta la madrugada.

—¿Señorita Marston? —inquirió Aubree, asomándose por una rendija de la puerta—. ¿Ha terminado el baño? Hay una pareja esperándola en la zona de la taberna. Han preguntado por «solo Emma, sin apellido», y he supuesto que se trataba de usted. ¿Quiere que vista yo al pequeño mientras atiende la visita?

Emma dejó de frotar los hombros de Matthew para mirar a Aubree con un mal presentimiento. No se le ocurría una sola pareja que pudiera aparecer en Brighton, donde ninguno de sus conocidos sabía que se encontraba, y para colmo llamándola por su nombre de pila.

¿Sería posible que se tratara de alguno de sus hermanos?

Lo descartó de inmediato.

Ni uno solo de esos idiotas habría encontrado a una mujer lo bastante desesperada para pasar con ellos por el altar.

—¿Cómo son los visitantes?

Aubree abrió la puerta un poco más y puso la mano en la estrecha cintura que, por lo que había podido comprobar, levantaba pasiones en todo el pueblo. No era una muchacha particularmente bonita, pero el trabajo duro dibujaba un rubor favorecedor en su rostro y le encantaba flirtear con los forasteros.

—Él es un ejemplar magnífico de hombre —reconoció con una sonrisa traviesa. Emma estuvo a punto de suspirar. También era muy indiscreta—. Tiene el cabello castaño oscuro y los ojos verdes, y lleva barba. Va vestido con un sobrio pero elegante chaqué… Apuesto por que es contable.

—Abogado, en realidad —corrigió una voz masculina.

El corazón de Emma dio un brinco al reconocer a la figura que apareció por detrás de Aubree con una media sonrisa, a caballo entre la vanidad de saberse halagado y la incredulidad porque lo concibieran como un espécimen magnífico.

—Y sí que le ha dado tiempo a detallar a mi marido en el medio minuto que habrá conversado con usted —rezongó una voz femenina más aguda de lo que resultaba agradable. Una mezcla de emociones asaltó a Emma al ver que su prima Maisie se abría paso, empujando a Aubree sin miramientos, para abalanzarse sobre ella con los ojos cuajados de lágrimas—. Tú, Emma Marston, vas a tener que darme más de una explicación —le advirtió antes de aplastarla con un abrazo sentido.

Tardó en reaccionar, pero no se vio en condiciones de negarle su afecto a pesar de que el amor incondicional que siempre había sentido hacia Maisie estaba empañado por las circunstancias. Emma huyó de su pueblo natal para que no pudieran relacionarla con el que fue su marido, para comenzar una nueva vida sin tener que toparse una y otra vez con vivos recordatorios de su pasado, y su prima era uno de los más flagrantes.

Además…, ¿cómo diantres la habrían encontrado?

—Me encargaré de Matthew —anunció Aubree, adelantándose con una sonrisa solícita—. Ustedes pueden bajar a la taberna a ponerse al día.

Emma lamentó que el servicio de El Ganso fuera tan eficiente. No le habría venido mal disfrutar de un buen rato a solas consigo misma antes de enfrentarse a Maisie, que la enterraría en preguntas que no estaba en condiciones de contestar. Aun así, no pudo negarle el gusto, ni a ella ni a su marido, de acompañarla escaleras abajo para ponerse al día con una jarra de vino barato por delante. Que Maisie se hubiera controlado hasta estar servidos para sondear a Emma con una mirada cargada de dudas, preocupación e incluso una pizca de rencor quería decir que llevaba todo el trayecto hasta Brighton convenciéndose de que no podía interrogarla sin más. O tal vez hubiera sido su marido, la parte razonable del matrimonio, el que le hubiera sugerido que fuese prudente.

—¿Cómo habéis sabido que estoy aquí? —inquirió Emma en voz baja—. ¿Habéis llegado preguntando por Emma Percy en lugar de por mi apellido de soltera?

—Llevamos meses removiendo cielo y tierra para encontrarte —le explicó Asher con paciencia—. Como de Emma Percy no había ni rastro y tampoco nos podían dar información de una mujer con las características que solías… tener —señaló en referencia a su cabello, ahora corto— preguntamos por todas las mujeres llamadas Emma que no hubieran sido censadas en el pueblo.

Emma esbozó una sonrisa desgraciada y agachó la mirada para perderla en el fondo de su copa. Habían servido el vino tinto en un vaso tosco.

—Ya veo que seguís jugando a los detectives —comentó Emma—. ¿Tanto os aburriría llevar un matrimonio normal y corriente, lleno de invitaciones a veladas nocturnas, tardes de té y cuatro o cinco hijos varones?

Maisie se envaró, y Emma no pudo culparla. Lo que le correspondía como desaparecida era agachar la cabeza y aceptar los sermones de su prima, no tratarlos con condescendencia.

—No habría tenido que jugar a los detectives si no te hubieras esfumado de la noche a la mañana, sin tomarte la molestia de escribir una nota o avisar a alguien para que yo no me volviera loca buscándote.

—Escribir una nota informando de mis objetivos habría arruinado desde el principio mi segunda oportunidad de vivir, Maisie.

—¡Tonterías! ¿Qué te crees? —le espetó, ruborizada por la rabia—. ¿Que si me hubieras dicho que necesitabas huir de Worthing y de los recuerdos de tu marido, cambiarte el nombre y cortarte el pelo, yo habría avisado a las autoridades de que hay una pobre demente dando tumbos por la costa sureña? ¡Habría respetado tu decisión y habría mantenido el pico cerrado!

—Pero no habrías podido resistirte a escribirme o venir a verme, Maisie. Y no me lo niegues —le advirtió con el dedo en alto—, porque te conozco como a la palma de mi mano.

Que Emma se mostrara serena a la hora de desplegar su sentido común no solo no aplacó a Maisie, sino que avivó su furia.

—¿Y crees que mis visitas esporádicas habrían alertado al pueblo? ¿No es más sospechoso que aparezca de pronto una mujer sin familia y sin referencias, como si hubiera nacido el día anterior, que el hecho de que haya personas que la quieran yendo a verla de vez en cuando?

—No lo entiendes —atajó Emma, apartando la mirada—, y no seré yo quien pierda el tiempo explicándose.

—¡Quien pierda el tiempo expli…! —Un jadeo indignado entrecortó su reprimenda—. ¡Por supuesto que te tienes que explicar! ¡Pensaba que estabas muerta! ¡No puedes simplemente desaparecer al poco tiempo de que se descubra que tu marido es un criminal! ¡Lo primero que me viene a la cabeza es que te está manteniendo cautiva, o qué sé yo…!

Se calló de forma abrupta, motivada por la sutil intervención de Asher. Solo tuvo que pasarle una mano apaciguadora por los hombros y decirle un puñado de palabras en voz baja; entonces, Maisie estuvo lista para afrontar una conversación adulta sin reproches que la entorpecieran.

Por suerte para Emma, fue el sereno Asher quien tomó la palabra.

—No habríamos venido si no te necesitáramos.

—Sea lo que sea que os hayáis propuesto, yo no quiero que me impliquéis. Sobre todo si está relacionado con quien intuyo que está relacionado —se apresuró a decir, levantándose de la banca con las manos en alto—. El hecho de que me marchara de Worthing sin mirar atrás habla por sí solo. Sacrifiqué lo que me quedaba para no tener que hacerme responsable de los crímenes que ese hombre cometiera y siga cometiendo, para que no pueda encontrarme, y sea lo que sea que queráis, que con toda seguridad tendrá una finalidad justa, eso no lo dudo, no podré ayudaros si me convierte en su próxima víctima…

—Estarás a salvo, Emma —le aseguró Asher—. Solo queremos información que nos pueda servir para localizarlo.

Emma se creía cualquier afirmación del abogado Asher Norton a pies juntillas. No solo porque saltara a la vista que le movían los principios adecuados, sino porque le demostró una vez, en el momento más aciago de su vida, que sabía cómo proceder en casos de extrema urgencia, que se le daba de maravilla consolar a los heridos y que no solo llevaba la justicia por bandera porque se lo exigiera su trabajo, sino porque genuinamente opinaba que era el único camino.

Aun así, Emma desvió la mirada hacia Maisie en busca de una confirmación.

Su prima había guardado silencio por obligación. Le temblaban los labios de tanto apretarlos para que no se le escapara un exabrupto de los suyos.

Se limitó a asentir con sequedad.

—¿Para qué queréis localizarlo? —preguntó en voz baja, todavía de pie.

No descartaba marcharse.

—Para llevarlo ante la justicia —resolvió Asher, como si fuera evidente.

—¿De eso no debería encargarse la propia justicia? Si estáis llevando a cabo una especie de investigación al margen de la ley, podríais salir muy perjudicados —les advirtió con severidad—. Sobre todo tratándose de alguien tan escurridizo y que conoce tan bien los entresijos de la legalidad como Cal… Percy —se corrigió con aspereza.

No merecía ni que lo llamara por su nombre.

Si es que era su nombre.

—La justicia está informada de cada paso que damos. Salazar Zachrey, el hombre que fue a la cárcel en nombre de tu marido, es una personalidad influyente en Londres y tiene comprada a la mayoría de los agentes de la calle Bow. Aparte de él, solo yo, un abogado conectado con los tribunales, estoy involucrado en la búsqueda. También contamos con la ayuda del señor Egerton, que aportará las pruebas materiales para la acusación… —Sonrió cuando Maisie carraspeó para hacerse notar—, y con la inestimable colaboración de la señora Norton, claro está, sin cuyo ingenio jamás habríamos dado con la segunda pista.

Emma observó con el corazón encogido que Asher se inclinaba para robarle un rápido beso en la mejilla a su esposa, la cual alargaba el cuello con exagerados aires de grandeza para recibirlo satisfecha.

En otro momento le habría divertido la dinámica de la pareja. Sobre todo porque su matrimonio no estaba en su punto más óptimo cuando la visitaron para informarle de las correrías de su marido, y celebraba que hubieran superado el escollo. Sin embargo, desde que se frustrara su propio final feliz —y de la manera más abrupta y cruel imaginable—, Emma no podía soportar su presencia. La mera visión de una pareja compenetrada le sacaba el alma del cuerpo, arruinaba su humor durante el resto del día, pero aquellos dos en concreto le traían recuerdos tan amargos que le costaba controlar un acceso de rabia, o peor: las lágrimas.

Cuando la vida de Emma se estaba desmoronando, el matrimonio unido de Maisie y Asher apenas daba comienzo. Era injusto asociarlos con su mayor desgracia, pues no solo no tuvieron la culpa de que su marido hubiera resultado ser un hombre perverso, sino que la salvaron de languidecer a su lado y de ser una víctima en la sombra, pero el corazón no atendía a razones. Emma no estaba en condiciones de combatir su injusto rencor. Nunca tenía energías cuando se trataba de enfrentar lo que sucedió a partir de la mañana de verano que su prima apareció con el gesto descompuesto para partir su vida en dos.

Lamentaba que hubiera tenido que ser ella la portadora de las

malas noticias.

—¿Y cómo os podría ayudar? —preguntó en voz baja. Tomó asiento de nuevo, pero no tenía la menor intención de ahondar en el asunto. No ya porque necesitara olvidar y aquello solo estuviera trayéndole recuerdos dolorosos, sino porque una minúscula parte de ella aún albergaba la quizá ridícula ilusión de que Calvin Percy no fuera tan cruel, y no podría aferrarse a esa última esperanza si seguían dándole detalles de sus correrías—. No sé dónde está. Me fui de Worthing hace meses y no he querido investigar su paradero después de nuestra visita a Cardiff. Solo quiero… fingir que nunca existió.

Maisie relajó la expresión al escucharla, como si por fin hubiera entendido el porqué de su desaparición; como si hasta ese momento no se le hubiera ocurrido que para Emma fuera más importante bloquear el dolor que soportarlo contra viento y marea solo para conservar a sus familiares cerca. Unos familiares que ya tenían sus vidas.

¿No tenía Emma derecho a otra, acaso?

—Fuimos a Cardiff de nuevo pensando que lo encontraríamos allí, pero la señora Williams nos dijo que su marido se había marchado de la noche a la mañana. Por lo visto, lo hizo la misma noche que descubrimos que tenía… —Asher hizo una pausa, como si así pudiera suavizar un golpe que Emma recibía una y otra vez con la misma intensidad cada vez que pensaba— a alguien allí.

—Fue culpa mía —se lamentó Maisie en voz baja—. Fui a amenazarlo y a advertirle de que no volviera a acercarse a Emma. Él debió comprender el peligro al que estaba expuesto y huyó antes de darnos la oportunidad de tomar medidas.

Emma apartó la mirada de la mesa, dando a entender que no deseaba formar parte de aquella conversación. En lo que a ella respectaba, Calvin Percy no existía. O eso se había repetido hasta la saciedad. La cruda verdad era que lo tenía muy presente. Había sido su marido, a fin de cuentas, y Emma no se habría casado con un hombre si no lo hubiera amado desesperadamente.

Una parte de su ser rechazaba todo lo relacionado con él por principios. La otra quería saberlo todo sobre la investigación para

sabotearla desde dentro e impedir que la persona que durmió a su lado durante cinco años acabara en la cárcel o en la horca, incluso si era descabellado preocuparse aún por el villano.

—No lo habéis llamado por su nombre en ningún momento; ni Calvin, ni Percy —apuntó Emma con una sonrisa triste. Mantuvo la vista clavada en el borde de la mesa de madera, sobre la que estaba dibujando garabatos invisibles con el dedo índice—. ¿Ya habéis descubierto cuál es el verdadero, el que le dio su madre al nacer?

—Tirando de sus hilos, Salazar Zachrey ha descubierto una serie de nombres que nuestro… hombre ha estado tomando a lo largo de sus treinta y cinco años.

—O los que tenga —apostilló Maisie.

—Teníamos a Calvin Percy, a Robert Williams, a John Thomas; después de una larga investigación de nueve meses, hemos llegado hasta Owen Watton, pero no sabemos si ese es el original… aún — concluyó Asher, esperanzado. Le sostuvo la mirada a Emma con determinación—. Pero lo sabremos, te lo prometo. Estamos trabajando en ello.

Emma se dio cuenta de que había contenido la respiración durante gran parte de la charla. Y de que estaba empezando a atraer las miradas de los clientes. Muchos de ellos se habían acostumbrado a verla entrar y salir del orfanato, a su reputación de solitaria, y les extrañaba verla enfrascada en una conversación sospechosa con dos forasteros.

Aquello era justo lo que llevaba tiempo intentando evitar.

—¿Y en qué puedo ayudaros yo? No sé nada.

—¿Estás segura? Tal vez te mencionara algún proyecto arquitectónico de los suyos —sugirió Asher con el gesto torcido, dejando claro su sentir acerca de las estafas de su marido—. Nos vendría bien una lista de las ciudades que te mencionaba cuando se embarcaba en esos… viajes de los que tardaba en regresar. Con suerte podremos enviar un grabado a las autoridades de la zona.

—¿Y se tomarán la molestia de buscarlo tratándose de un simple farsante?

Le costó tragar saliva al ver que Asher y Maisie intercambiaban una

mirada preocupada.

—Digamos que los crímenes que se asocian a algunas de sus… identidades bastan para convertirlo en una presencia non grata en todos los países de Europa.

Asher le sostuvo la mirada, como si así pudiera adivinar qué pensaba Emma; si deseaba conocer al detalle los mencionados crímenes o prefería ignorarlos como tantas veces se preguntó si sería capaz de obviar los que ya conocía para mantener a su lado al hombre al que amaba.

Por suerte, esa Emma débil se había fortalecido con el tiempo y la distancia.

—Que me dijera que se iba a París no quiere decir que fuera allí donde se quedaba —repuso con aspereza, esta dirigida hacia sí misma por su ingenuidad—. Ya ves que tenía una segunda familia en Cardiff, y jamás me mencionó que estuviese de viaje en Gales.

—Pero muchas veces te trajo regalos de sus destinos, ¿no es así? —inquirió Maisie—. De los que solo pueden encontrarse en sus ciudades de origen.

Emma se frotó los muslos con impaciencia y paseó la vista por la concurrencia de la taberna. Le daba la impresión de que había empezado a llenarse después de su entrada, aunque era un pensamiento irracional de tantos que la asaltaban desde que se marchó de Worthing.

—Me habló de Liverpool, del condado de Cornualles, de Edimburgo, de… —Se frotó el entrecejo arrugado—. También mencionó Dublín en una ocasión, e incluso Madrid. Y París, claro… ¿Tan lejos estáis dispuestos a llegar para darle caza?

—Lo que me extraña es que no lo estés tú —se le escapó a Maisie, que no siempre medía lo que decía.

Emma captó una sombra de culpabilidad en su gesto justo después de intervenir, pero no se apiadó de ella a la hora de responder.

—Me considero lo bastante espabilada para saber que llevarlo ante la justicia no va a curar mi corazón roto, como tampoco va a devolverme los cinco años de matrimonio que desperdicié viviendo una farsa. Ya le dediqué un lustro de mi vida a ese impostor. No voy a

sacrificar la juventud que me queda buscándolo por tierra y mar cuando ha dejado claro que no se lo merece. Prefiero aprovechar que aún tengo la oportunidad de ser feliz y emprender otro tipo de empresas, distintas al matrimonio pero igualmente revitalizantes.

—Como el cuidado del orfanato, si no he oído mal —la apoyó Asher, mirándola con curiosidad. Apoyó la barbilla en la mano—. El rato que hemos estado esperando a que te buscaran hemos escuchado todo tipo de rumores. Parece que mi primo Casey está entregado a la causa.

El corazón de Emma se paró.

—¿Tu primo… Casey? No sabía que tuvieras… que… —Se calló al recordar que la leyenda del barón Marriott, si bien hacía hincapié en los tres huérfanos que salvó de la miseria, también contemplaba la existencia de dos sobrinos: Asher Norton y Chadwick Waldorf. El segundo había heredado la baronía—. Oh, Dios… Lo había olvidado por completo.

—No es información relevante —la apaciguó Asher, curvando los labios en una sonrisa incrédula por su reacción—. ¿O sí?

—No puedes decirle a tu primo quién soy —se apresuró a explicarle con todo el cuerpo en tensión—. O, mejor dicho, quién fue mi marido. Me consta que, por más que lo pueda parecer, la seguridad de los huérfanos no es su prioridad, pero no descarto que me echara de Brighton con cajas destempladas cuando supiera que estoy emparentada con un hombre… vil. —La palabra se le atragantó. Emma agachó la cabeza—. Sé que fui egoísta al entrar a trabajar en un orfanato, donde los niños de por sí están desprotegido. Si Calvin me encontraba, nada me decía que no fuera a pasar por encima de los más pequeños para hacerme daño…, pero me dije que era una suposición descabellada porque él nunca me hirió en modo alguno, y que yo tenía derecho a rehacer mi vida sin miedo a que… —Se dio cuenta de que empezaba a desvariar y sacudió la cabeza. Miró a Asher, suplicante—. Lo único que te pido es que no se lo digas; que, ante todo el mundo, me tratéis como la señorita Marston.

Asher se compadeció de ella con una sonrisa triste.

—No le estás mintiendo a nadie, Emma. Es probable que tu

matrimonio ni siquiera sea válido. Ese hombre se casó contigo bajo un nombre falso, ¿recuerdas? Así pues, nunca dejaste de ser la señorita Marston. Y en cuanto a mi primo… —Asher se humedeció los labios, como si necesitara prepararse para dar una mala noticia. Observó a Emma, pensativo—. Lamento tener que decirte esto, pero, conociendo a Casey, lo más probable es que haya sabido quién eres, de dónde vienes y con quién estuviste casada desde el preciso instante en que te vio. Es muy exhaustivo estudiando los perfiles de las personas que le interesan, y si está invirtiendo en el orfanato, cualquiera que trabaje en él le interesa.

Emma fue a descartar la idea con un desmán, pero la imagen de Casey acudió a su mente y las palabras la abandonaron. Que era exhaustivo estudiando perfiles no le sorprendía: llevaba un tiempo sospechando que había amenazado a Camille con revelar su pasado, o tal vez lo hubiera insinuado, porque su amiga se comportaba de forma cautelosa en presencia del propietario, y aquel no era en absoluto su estilo. Camille tenía un carácter coqueto por naturaleza, y con solo batir las pestañas se metía a los hombres en el bolsillo. Carecía de sentido que lo mirase con recelo y le repitiera a Emma siempre que podía que debía alejarse de él.

El asunto de que Camille resultaba irresistible para el género masculino también había sembrado la duda en Emma. Aún no había conocido hombre que no se postrara ante su amiga. Hasta algunos casados habían tenido el descaro de hacerle un cumplido delante de sus esposas. Que Casey Kaye se mostrara ajeno a su belleza, que ni siquiera la hubiera mirado dos veces, hablaba de su indiferencia hacia lo carnal. Sí, se le había insinuado a ella casi desde el principio, y Emma sabía que cada persona tenía sus gustos individuales; por eso no se había cuestionado el interés de Casey. Pero ahora que Asher ponía sobre la mesa la posibilidad de que supiera su secreto, esa atención que Casey le daba adquiría matices distintos, y volvía a preguntarse lo mismo que al principio.

Que no tuviera ojos para Camille o para Harriet Corbyn, otra beldad, y sí para ella, quería decir que o no seguía el canon de belleza femenino o a ella la quería cerca por razones diferentes a pasar una

noche en compañía.

Sonaba retorcido, sin duda. ¿Por qué intentaría seducirla para sonsacarle su verdadera identidad? ¿Por qué no abordarla sin miramientos con su intimidatoria presencia y atajar el asunto en el acto? Tenía la respuesta para eso: porque Casey Kaye *era* retorcido, por eso sus sospechas cobraban sentido. No solo retorcido, además, sino que tenía ojo para descifrar a sus allegados. Quizá hubiera detectado desde un primer momento que ella guardaba un secreto, y al ver que se sentía atraída por él —a su pesar— hubiese optado por la técnica de manipulación más antigua del mundo: el cortejo.

Emma esbozó una sonrisa incrédula.

No era posible, se dijo. Y, sin embargo, sentía que comprendía al fin a Casey Kaye, un hombre que se había presentado como un misterio.

—Puede que tengas razón —convino Emma tras un rato pensativa —. Aun así, te pido por favor que no le hables de mí. Si lo sabe, y si esa información tiene alguna importancia para el señor Kaye, quiero que sea él y nadie más quien aclare sus intenciones.

Capítulo 11

Sentado en la silla de exterior bajo la agradable sombra de un roble cerca del que jugaban los niños del orfanato, Casey se sentía un vulgar mirón y un perezoso de manual. Mientras, saboreaba el café que sujetaba por el borde de la taza, tratando de discernir qué defecto le pesaba más, y cómo diablos se suponía que podría combatirlos cuando el plan le exigía que fuera paciente.

O, por lo menos, que lo disimulara dando la impresión de tener todo el tiempo del mundo para resolver el misterio.

Casey no estaba acostumbrado a dejar que pasaran los días. Tener que inventar formas de matar el rato le desquiciaba. Odiaba permanecer allí mientras eran otros los que interrogaban a Emma Marston. Pero si alguien podía hacerlo con un resultado beneficioso, esos eran la prima de la joven, Maisie, y su marido Asher, a los que el socio de Casey, Salazar Zachrey, había puesto al corriente de las últimas noticias para que viajaran a Brighton e hicieran lo propio.

Cruzó las piernas con incomodidad y reposó la taza sobre el platillo con gesto contrariado.

Entendía que Zachrey hubiera mandado a su activo más persuasivo para tratar con Emma, quien en teoría se abriría en canal con parte de la familia que le quedaba, pero no le gustaba que Asher estuviera involucrado en sus asuntos personales. Había millones de personas en Inglaterra, cientos de ellas afectadas por el condenado marido de la señorita Marston, y tenía que ser su primo Asher quien se hubiera casado con la prima de Emma. Tenía que ser su primo Asher quien estuviera ayudando a sus socios a encontrar al fugitivo, y tenía que ser su primo Asher quien se estuviera acercando a él ahora con aparente inocencia, como si no hubiera practicado la conversación que iban a tener ante el espejo.

Casey sabía que daba miedo. No se había esforzado por provocar aquel efecto en los demás, pero no estaba descontento con las

consecuencias. Con el tiempo había aprendido que el pánico era una excelente herramienta para obtener resultados inmediatos, sobre todo durante interrogatorios y negociaciones, y para algo más importante aún: establecer el tono de sus relaciones. En el trabajo le servía para que sus clientes no se confiaran ni le tomaran el pelo, y en el ámbito familiar conseguía que sus primos y hermanos mantuvieran las distancias.

En pocas palabras, le garantizaba que lo dejaran tranquilo.

Asher tomó asiento en la silla libre situada en el ángulo que Casey había elegido para no perderse detalle de su expresión si decidía leerla. Un vistazo bastó para que se diera cuenta de que tenía mejor aspecto que la última vez que lo vio, cuando la familia entera lo creyó muerto y fueron a la misa celebrada en su honor. Estaba a gusto consigo mismo, y a diferencia de lo que Asher pudiera pensar sobre los sentimientos de Casey al respecto, este se alegraba de que fuera dichoso en su matrimonio.

De que fuera dichoso a secas.

Su primo nunca había entendido que ni Casey, ni Edgar, ni Simon ganaban nada con su desgracia. Ni siquiera el perverso Chadwick.

—Gracias por decirle a Zachrey dónde está Emma. Maisie estaba muy preocupada por ella —fue lo primero que le dijo con una mirada de comedido agradecimiento. Con Casey, todos los ahijados de Marriott trataban de mostrarse prudentes dentro del carácter de cada uno—. No tenía ni la menor idea de que tú también andabas interesado en localizar a su marido. Porque sabes que es su marido, ¿no? —tanteó, escrutándolo con escrúpulo—. Es ridículo pensar lo contrario, por más segura que ella esté de que eres ajeno a su pasado. No eres ajeno a nada de lo que ocurre en este mundo.

—Al tipo le gusta molestar —acotó con parquedad. Tenía la vista clavada en el torpe juego de los niños. La mayoría estaban ruborizados por el esfuerzo y se aullaban los unos a los otros como hienas—. Era cuestión de tiempo que molestara a alguien de mi círculo.

—Entonces no lo buscas por una venganza personal.

Casey estuvo a punto de soltar un hondo suspiro.

—¿Con todos estos rodeos pretendes preguntarme por qué me he

acercado a la señorita Marston, Asher?

Como cabía esperar, su primo se envaró. Era tan susceptible a la más mínima insinuación de un ataque personal que tardaba un instante en tensar los hombros.

—No estaría mal conocer los motivos, dado que involucra a un ser muy querido para mi mujer y el hombre que estuvo vinculado a Emma no es un idiota con mala suerte, sino un tipo peligroso. Sé lo lejos que eres capaz de llegar cuando te propones algo; entenderás que necesite asegurarme de que no planeas usar a la muchacha como cepo para alcanzar a ese bastardo.

Con una sonrisa de aceptación asomando en los labios, Casey miró a Asher con el rabillo del ojo. La última vez que se vieron antes de coincidir en la misa en su honor, cuando se leyeron las últimas voluntades de Marriott, Casey le había acusado de no tener valor alguno para decir lo que pensaba.

Era obvio que se había aplicado el cuento.

—Veo que has encontrado tus pelotas —comentó con languidez, volviendo a tomar la taza para darle un sorbo pensativo—. Me alegro.

—Casey —insistió Asher, incorporándose para apoyar los codos sobre los muslos. Afianzó en él una mirada seria—, no me voy a ir de aquí sin una explicación que me deje tranquilo. Aprecio a Emma. Si no me convences, la pondré sobre aviso.

Casey no dudaba que fuera a hacerlo. Se dedicaba a la abogacía por vocación, hasta tal punto que estaba dispuesto a llevar ante la justicia al marido de Emma sin cobrar por sus servicios.

A diferencia del resto de los ahijados de Marriott, Asher siempre había llevado por delante los valores del barón. Y tal y como solía suceder cuando uno tenía principios, había sufrido unas cuantas decepciones por el camino. Por lo visto, el matrimonio con Maisie, con la que aún no había celebrado el primer aniversario, le había dado el valor necesario para tomar atajos sin perder de vista la ética que le hacía honrado. Ahora estaba dispuesto a justificar la amenaza con la excusa de obtener un resultado óptimo.

Era un gran avance.

A Casey no le gustaba hacer partícipe de sus planes a nadie, y ni

mucho menos a la clase de persona con capacidad para sufrir cargos de conciencia, pero estaba en un callejón sin salida. Salazar Zachrey había ido a la cárcel por culpa del marido de Emma, y para vengarse del susodicho había contratado a Gregory Egerton, el arquitecto —¿o era restaurador? ¿Ambas?— que podría demostrar una de las muchas suplantaciones de identidad del criminal, y a Asher, quien sería el dedo acusador en los tribunales. Así pues, comprendía que para localizar a un fugitivo con la ristra de denuncias que colgaban detrás del tipejo necesitaría colaborar en su equipo.

—El señor Marston sabe dónde está una persona que ando buscando desde hace años. Tengo entendido que es el último que la vio con vida, y albergo la sospecha de que la señorita Marston es su debilidad. Si se muestra ante una de las esposas de su vidas pasadas, ella será la afortunada, y con suerte yo andaré cerca para hacerle las preguntas que correspondan.

—Sabes que el fugitivo no se apellida Marston, ¿verdad?

—¿Tú sí sabes cómo se apellida en realidad? Robert Williams, John Thomas, Calvin Percy, Owen Watton… —Casey abarcó la totalidad de sobrenombres con un gesto ambiguo—. Sé que todos sus seudónimos contaban con una esposa y un puñado de niños, pero que a la señorita Marston no la dejara sola más de seis meses y que tuviera la decencia de no dejarla embarazada en cinco años de matrimonio dice mucho del tipo de afecto que sentía por ella.

Casey estuvo a punto de sonreír al ver la expresión de su primo, que gritaba a las claras cuánto le asombraba su perspicacia.

—No lo había visto así —reconoció Asher—. Estoy seguro de que ni siquiera ella misma se cree especial para él. Está convencida de que es una más.

Casey se encogió de hombros. Pensó que era bastante improbable que Emma fuera «una más» en la vida de uno solo de todos los hombres a los que habría conocido.

—El tipejo desapareció en cuanto supo que Emma se había enterado de que tenía unas cuantas familias a lo largo y ancho del país. No se le ha visto el pelo en Cardiff, en Edimburgo y en todas las ciudades donde se le ubica. Con su comportamiento da a entender que

ella era la pieza central. Apuesto por que sabe dónde está Emma y está dejando pasar un tiempo prudencial para confrontarla.

—¿Y tú estás dispuesto a esperar a que pase ese tiempo prudencial para cazarlo? No te tengo por una persona paciente.

—Es una virtud que estoy intentando cultivar. Por ahora no se me está dando mal. —Casey señaló con un gesto de barbilla el correteo de los niños, que empezaba a entretenerle.

—¿De qué manera te estás acercando a Emma para justificar la vigilia?

—Le estoy dando lo que quiere, un orfanato en condiciones con un plan de estudios admirable y un techo firme bajo el que resguardarse —resumió, y no estaba mintiendo, si bien tampoco decía la verdad—. Acabará confiando en mí, o por lo menos sintiéndose en deuda con mi generosidad, y para cuando su marido aparezca, acudirá en mi busca para pedirme ayuda. O solo para contármelo.

Casey estaba tranquilo en ese aspecto: Tenía cubiertos todos los flancos. Ya fuera porque Emma depositaría en él su confianza al ver que cumplía su palabra, porque se enamoraría perdidamente durante su cortejo o porque comprendería que su poder económico y su influencia no tenían parangón y recurriría a estos para pedirle ayuda cuando su marido volviera, Casey sería el primero en enterarse de que el fugitivo estaba en la ciudad. No importaba si acudía a él para rogarle que lo salvara de la justicia o para que fuera la mismísima mano ejecutora. Una vez Casey tuviera al tipejo delante, se desentendería de Emma sin dilación para hacer lo propio.

Pero eso Asher no tenía por qué saberlo.

—¿Y a quién andas buscando, si puede saberse?

—No puede saberse.

No se dio por vencido tan pronto, y unos instantes después, pronunció en voz baja:

—¿Kathryn?

Casey se tensó de la cabeza a los pies al oír su nombre, pero eso solo lo supo él, quien estaba encerrado en su cuerpo. Se juró que se levantaría y le rompería la nariz de un puñetazo si seguía indagando. Por suerte, su primo demostró ser prudente y devolvió la vista a los

niños, a sabiendas de que aquel era terreno infértil.

Ambos asistieron a tiempo a la enérgica patada que Matthew le dio a la pelota y la reacción de júbilo de sus compañeros. Entonces, el gesto de Asher adquirió un tinte cálido.

—Maisie está embarazada —anunció con un nudo de congoja en la garganta.

Casey lo miró para adivinar cómo le hacía sentir la noticia, y de inmediato se quiso abofetear por idiota. ¿Cómo le iba a sentar a un hombre tradicional y enamorado de su esposa, si no era de maravilla?

—Enhorabuena —le dijo con parquedad—. No me sorprende en absoluto.

Su respuesta extrañó a Asher.

—¿El qué?

—Que seas el primero en formar una familia. Eres el único que heredó eso de Marriott; el deseo de comprometerse con la descendencia.

—Si es un niño —reconoció con una mezcla de timidez y orgullo—, me gustaría llamarlo Francis en su honor. Me entristece que no esté aquí para compartir conmigo la emoción.

—Siempre puedes escribirles a Edgar o a Simon —acotó, lanzando un claro mensaje: era mejor que a él le dejara fuera de esa clase de sentimentalismos—. Se alegrarán por ti.

—No lo creo. Están tan poco interesados en el matrimonio y todo lo que conlleva como tú mismo. ¿Nunca has pensando…? —tanteó, vacilante—. No sé… ¿No quieres casarte? ¿No te lo has planteado en ningún momento? Siento curiosidad.

Casey podría haberle recomendado que dirigiera su curiosidad en otra dirección o haberle preguntado qué clase de conversación de mujeres acababa de proponer, pero valoraba los esfuerzos de Asher por hablar con él aun cuando debía ser lo que menos le apetecía. Y lo cierto es que se lo planteó allí, en ese momento, con la mirada puesta en Matthew.

—Rechazo de lleno cualquier cosa que exija mi atención de forma continuada y me requiera un esfuerzo físico y mental. Incluso moral, porque para hacer feliz a una mujer y a los hijos que tuviera con ella

habría de cambiar mis perspectivas y sacrificar mi cinismo. Por eso jamás me lo he planteado —admitió, pensativo.

Era consciente de que había un «pero» en su explicación. Asher también lo percibió y permaneció en silencio, esperando la segunda parte.

Casey no temía a la soledad que le recibiría con las fauces abiertas una vez alcanzara cierta edad. Aunque había crecido rodeado de personas, todas ellas ruidosas y ansiosas por incluirle en sus aventuras, siempre habían sido él y su mente analítica contra el mundo. Una barrera había impedido que los demás le hicieran compañía a sus pensamientos o llegara a considerarlos parte de su vida. No se casaría para contrarrestar esa soledad, merecida en su opinión, y no echaría de menos la convivencia matrimonial porque no sabía lo que era gozar de la compañía de nadie en el pleno sentido de la palabra.

Pero se acordó de Emma entrando en su despacho y acomodándose en el asiento, poniendo a prueba su paciencia con una conversación inteligente, llenando el silencio y el espacio con su tono apasionado y sus aspavientos, y sin ser él un hombre imaginativo, no le costó verse llegando a casa y reuniéndose con ella sintiendo, en el fondo, un placer secreto.

Le incomodó que fuera Emma quien aparecía en su cuadro familiar. Por suerte, no tuvo que pelearse consigo mismo para ahuyentar la imagen. La conversación acabó con la pelota aterrizando a los pies de Casey.

Fue Matthew quien correteó de forma cómica hasta él. Fue aminorando el ritmo al reparar en que era Casey al que había importunado con su mala puntería.

—P-perdón, señor —balbuceó, yendo a agacharse para cogerla entre las manos manchadas de tierra.

Casey se podía imaginar lo que estaba pensando Asher. El parecido seguía saltando a la vista, y su primo siempre creyó saber qué secreto escondía en el orfanato de Brighton.

Asher cogió la pelota antes que Matthew y midió su peso en la mano, pensativo, antes de ofrecérsela.

—Eres Matthew, ¿verdad? —El niño se giró a mirarlo y asintió con

la cabeza—. Encantado de conocerte. —Alargó un brazo para estrecharle la mano, un gesto entre caballeros que la criatura apreció con las mejillas ruborizadas de placer. Viendo que habían terminado, Matthew se marchó a retomar el juego. No fue hasta transcurridos unos minutos que Asher comentó—: Ya tienes parte de la familia hecha. Tal vez podrías encontrar una mujer a la que esto no le importe y darle al menos una madre al niño.

—Suenas como Marriott —fue cuanto respondió, hastiado del tema.

—Y Marriott siempre tenía razón.

—No siempre, me temo —atajó con parquedad, manteniendo la vista fija en Matthew—. No en este caso.

—Veo que ni siquiera su muerte fue capaz de inspirarte para hacer lo correcto.

Casey apretó la mandíbula al escucharlo, pero ese fue el único gesto que evidenció el súbito arrebato de furia. En otra vida, tal vez le habría espetado que se metiera en sus asuntos y no pusiera en su boca palabras que no había dicho, que cada uno vivía el luto a su manera y que él prefería que no mencionaran ni el nombre de su padre. Por lo menos en vano.

En esa, por desgracia, le tocaba seguir siendo fiel a su papel de inconmovible.

Se puso de pie y se sacudió los pantalones como si hubiera estado sentado en la hierba y no en una cómoda silla de exterior.

No miró a su primo.

—Buen viaje de vuelta, Asher.

En lugar de ir a refugiarse a su despacho, se dirigió a la zona hacia la que los muchachos se habían retirado para seguir pateando el balón sin molestar a los caballeros. Habían sido muy bien educados, o quizá le temían tanto que preferían no estar cerca de él.

No tuvo que interrumpir el juego. A uno de los niños le llegó la pelota desde el cielo y, al golpearla con la cabeza, la mandó directa hacia Casey. Este dio unos pasos atrás para que cayera justo sobre su rodilla. Después la tocó con la otra rodilla y con el empeine un par de veces más ante la mirada pasmada de los jóvenes.

—¿Cómo ha hecho eso? —jadeó al que le sonaba que llamaban

Jackson—. ¿Cómo la ha controlado así?

—He tenido tiempo para practicar. —Chutó para devolvérsela al niño, que no retomó el juego enseguida. Mantuvo la pelota atrapada bajo la planta del pie mientras lo miraba, mirada que Casey le devolvió con expectación—. ¿A qué esperas? ¿No vamos a jugar más?

—¿Se quiere unir? —inquirió el que sabía que se llamaba Tobias. El grupo había estado gritando los nombres de todos los jugadores a lo largo de la mañana para pedir que les pasaran la pelota—. ¿Sabe cómo se juega?

—¿Sabéis vosotros cómo se juega? —contraatacó Casey con una ceja enarcada—. ¿Qué es eso que he estado viendo? ¿Fútbol de carnaval, *soule*, pelota libre?

—¿Fútbol de carnaval? —repitió Jackson. Miró a Tobias y al resto de sus amigos para confirmar que ninguno de ellos sabía de qué se trataba.

Solo uno de ellos se arriesgó a explicarse.

—Creo que es… —titubeó. Debía de rondar los once años, y era tan rubio que parecía un fantasma—. Es un juego en el que se enfrentan dos bandas. Cada una de ellas tiene un lugar de marca, por así decirlo, al que tiene que llegar el equipo con la pelota. A veces gana el que más veces haya llegado a su lugar de marca, y a veces solo el que lo haya hecho a la primera; depende de lo lejos que se pongan. Los mayores jugaban a menudo en mi pueblo. Los espiaba en secreto antes de venir aquí. Nunca me dejaron participar —se explicó ante el asombro de sus compañeros—. Recuerdo que el lugar de marca lo trazaban dos ruedas de molino incrustadas en muros de piedra a la orilla del río. Los jugadores se disfrazaban, por eso lo del carnaval, y jugaban con una pelota que pesaba una barbaridad. ¡Yo nunca podría haberla levantado!

—Jugaban contra otros pueblos o parroquias, ¿verdad? —inquirió Casey.

El niño solo asintió, gesto que él le devolvió con una sombra de sonrisa incrédula.

De joven solía pensar que el fútbol de carnaval solo se practicaba en Cornualles, donde aprendió que se trataba de un juego medieval

prohibido durante largas décadas debido a su violencia y finalmente instaurado en la época de los Tudor. Siempre le sorprendía ver hasta dónde llegaban las tradiciones, y comprender que un pasatiempo tan importante para él lo era asimismo para niños de otra generación, con otro tipo de historia, de otro lugar.

—Suena divertido, aunque nuestra p-p-pelota es de cuero y está r-r-rellena de heno. No p-p-pesa nada —explicó Matthew, entristecido por el que creía un impedimento para jugar.

—¿Y qué? Uno puede jugar a su propia versión del fútbol de carnaval. —A continuación, Casey barrió el espacio preguntándose dónde podrían establecer el lugar de marca.

Aquel era el único juego al que se animaba a participar cuando era un crío. Podía estar callado, limitarse a correr y desfogar su rabia pateando la pelota o arrebatándosela a sus contrincantes, para cuyo propósito estaba permitido emplear la violencia física.

No habría sabido explicar qué le empujó a hacerle indicaciones a los niños para ayudarles a improvisar los espacios de marca arrastrando un par de piedras grandes y delimitando el campo de acción. Nunca había añorado su infancia, y, de hecho, pretendía olvidarse de aquel tiempo y de todos los que formaron parte de él. Concluyó que le estaba moviendo el aburrimiento ante la inacción, la necesidad de sentirse útil o de al menos poner su cuerpo en funcionamiento.

—¡Yo le quiero en mi equipo, señor Kaye! —exclamó Jackson con el pecho henchido de orgullo—. Únase, le aseguro que soy el mejor jugando a esto.

—No lo dudo. —Y Casey no podía evitar ser competitivo incluso con niños que solo querían divertirse, pero al pasear una mirada por la fila de jugadores y ver que Matthew se había apartado, como si supiera que no tenía sentido intentarlo, sintió una punzada en el pecho—. Matthew y yo iremos en tu equipo. En el de quien quiera acogernos —apostilló.

El niño alzó la barbilla, sorprendido. Vaciló antes de atreverse a dar el primer paso hacia él, pero el resto del camino lo hizo con tanto orgullo que le costó no esbozar una sonrisa pedante.

Casey dobló y estiró los dedos antes de animarse a ponerle la mano en el hombro.

—¿Preparados?

Capítulo 12

El reloj marcaba la medianoche cuando Emma por fin se puso a resguardo de la fría brisa nocturna. Maisie y su marido no se habían marchado hasta bien entrada la tarde, y después de enfrentarse a su prima, que no había parado de acribillarla con preguntas hasta que le dio unas explicaciones que la dejaron satisfecha, Emma no se había sentido en condiciones de retomar su puesto en el orfanato. Su instinto la había guiado por los senderos abandonados del pueblo, aquellos que conducían a las calas secretas de la playa y los bosques más frondosos.

Durante el paseo sin rumbo estuvo reviviendo la conversación con su prima y con Asher, el pasado que dejó atrás en Worthing, el marido que se había resistido a olvidar a pesar de sus crímenes perversos. Para cuando cruzó el pasillo de la posada donde se hospedaría durante la restauración, Emma sentía que tenía el peso del mundo sobre los hombros y que la tristeza sin consuelo de la que había estado huyendo no la abandonaría jamás.

Subió a la azotea del modesto edificio para recoger el vestido que había tendido la tarde anterior después de frotar los bajos manchados de barro. Una vez allí, dejó que el aire fresco le acariciara la cara, congestionada por las lágrimas que no la habían dejado sola ni un instante. Se acercó a la cuerda de la que pendían las prendas de los huérfanos que los trabajadores de la posada se habían ofrecido a lavar, y tomó su único vestido. Lo apoyó contra su pecho y cerró los ojos.

Unos instantes después estaba meciéndose al ritmo de una melodía inexistente, siguiendo el ritmo que lady Bainbridge había marcado en su primera lección. Como cada cierto tiempo, se dejó arrastrar por la melancolía y pensó en todas las veces que Calvin la había estrechado entre sus brazos. Pensó en la sonrisa canallesca que curvaba sus labios cuando caía la noche y ella lo recibía desnuda bajo las sábanas, en las promesas que le hacía en voz baja cuando se iban a dormir: la

colmaría de joyas y lujos, la llevaría más lejos de lo que su modesta realidad le permitía imaginar, le daría la familia numerosa con la que siempre había soñado….

Emma se sobresaltó al oír el sonido de unos pasos acercándose a ella. En cuanto abrió los ojos y reconoció la esbelta sombra de Casey Kaye, se quedó petrificada.

De todas las personas en el mundo que podrían haberla cazado en pleno arrebato sentimental, tenía que ser él. Emma empezaba a pensar que la suerte jamás la acompañaría.

No se vio con la fuerza necesaria para marcharse de allí sin mediar palabra. No había permitido que su prima la consolara; de hecho, no había aceptado el abrazo de nadie desde que conociera la verdadera cara de su marido, y aquel día se había dado cuenta de que lo necesitaba hasta tal punto que lo aceptaría viniendo de cualquiera.

Aunque debía admitir que Casey no era «cualquiera» esa noche, porque le había concedido su último deseo.

Después de conversar con Maisie y Asher, mientras se ponía las botas de paseo en su habitación, observó a través de la ventana que Casey se afanaba en enseñarle a Matthew a golpear la pelota. A priori nadie habría dicho que la técnica fuera una ciencia exacta, pero demostró que así era explicándole con paciencia la posición del pie dependiendo del resultado. Emma solo tuvo que abrir el ventanal para que sus voces le llegaran con claridad: Casey insistía en que para controlar la dirección de la pelota habría de patearla con la cara interna del pie, de manera lateral, y para lanzarla al cielo tendría que levantar el talón hacia atrás y usar la fuerza de los dedos.

Como si fuera ella su hija y no una mera espectadora, Emma se había estremecido de ilusión al ver a Casey asentir satisfecho con los progresos de Matthew.

Era un comienzo, se dijo. Un comienzo por el que no merecía ningún tipo de gratificación, pero tampoco se sintió inclinada a entonar nuevos reproches cuando lo vio aproximarse.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó Emma en voz baja.

—La he visto subir y me ha picado la curiosidad. Son pocas las razones que llevarían a una mujer a una azotea a estas horas.

—¿Y cuál de ellas ha elegido para justificar la persecución?

—A lo mejor se reunía con un amante al amparo de la noche —planteó en tono pausado. Avanzó hacia Emma sin sacar las manos de los bolsillos de la pulcra chaqueta. En cuanto salió de su escondrijo, la luna plateada iluminó su rostro inexpresivo.

Ella se rio sin energía.

—Habría sido precioso, ¿no cree? Un amante y yo… —murmuró, todavía abrazada al vestido. Estiró uno de los pliegues para extender la falda, y dio la media vuelta para que los volantes bailaran con el movimiento—. Tal vez en otra vida podría haber tenido esa clase de costumbres. Podría haber sido esa mujer que se escabulle de sus obligaciones para robarle un beso al hombre que le tiene sorbido el seso…, pero no es la vida que me ha tocado.

—Tampoco es una vida que se le haya prohibido o que sea imposible.

Como la oscuridad le resguardaba, parecía que fuera la misma voz de Dios la que pretendía ofrecerle consuelo. En ese momento no era del todo consciente de que Casey estaba allí, acompañándola en su viaje por el pasado y tratando de ponerle freno a su melancolía.

—¿No ha oído usted eso de que, cuando uno es joven, todo es posible? —arrancó a hablar sin pensarlo demasiado—. La juventud es omnipotente porque uno aún es puro de espíritu; la vida no le ha pasado por encima. Pero cuando ya te han roto el corazón, es imposible comenzar de nuevo. Ya no eres una tabla rasa sobre la que escribir un nuevo cuento. Eres una historia trágica.

—Usted aún es joven, señorita Marston.

—Pero tengo el corazón viejo —replicó, agachando la mirada hacia el borde del vestido, que le acariciaba los tobillos. La brisa lo mecía como si estuviera girando en brazos de un apuesto caballero. Miró a Casey a los ojos, quien aún no se había acercado lo suficiente en señal de respeto hacia el peligro que representaba una mujer herida—. Cuánto desearía que no fuera así, señor Kaye. Cuánto desearía ser liviana, no cargar con estos pesos, elevarme ahora mismo y volar muy lejos a tomar el lugar de alguna de esas vidas a las que renuncié al escoger la equivocada.

—¿Como cuál? —inquirió él, aproximándose por fin. No apartaba la vista de ella, como si su dolor fuera irresistible; como si la nostalgia le confiriera un aura hipnotizadora—. ¿Con qué vida sueña usted?

—Con la de lady Bainbridge —sugirió, encogiéndose de hombros con la combinación justa de coquetería y humildad—. O con la de Harriet o lady Marjorie, que tienen un marido que las adora y que jamás las traicionaría. O con la de Camille, que es soltera, pero aún no conoce el dolor de la decepción amorosa y tiene la esperanza de vivir un romance con todas las de la ley. Yo ya no gozaré de ese inmenso privilegio, señor Kaye —le confesó con los ojos vidriosos, pero con fortaleza para no derramar una sola lágrima—. No podría amar a otro hombre sin temerlo al mismo tiempo, y el odio no es lo contrario al amor, sino el miedo. No pueden existir a la vez.

—El miedo puede desdoblarse en rasgos positivos, como el respeto y los escrúpulos. Entiendo que una mujer como usted no desee amar con cautela, pero el amor siempre coexiste con el temor a perder al ser querido —replicó con sabiduría—. No son del todo contrarios.

—Suena como si supiera de lo que habla. ¿Acaso ha estado enamorado alguna vez? —Una idea la iluminó de repente cuando estuvo lo bastante cerca de él para percibir un brillo misterioso en sus ojos negros—. ¿Amaba a la madre de Matthew?

—Con toda mi alma —le confirmó sin titubear. Acompañó su afirmativa de una mirada solemne que le produjo un estremecimiento placentero a la vez que una extraña punzada de celos.

Saber que Casey era capaz de amar la complacía, y que su corazón estuviera comprometido la ponía a salvo, pero a la vez…

—Entonces… —Emma tragó saliva y dio un paso hacia él—, ¿por qué quiere acostarse conmigo?

—El amor y la pasión no están reñidos. Usted misma lo sabe —agregó en voz baja. Le acarició la mejilla con los nudillos, un gesto colmado de ternura que la desestabilizó—. Ame o no ame al hombre que le rompió el corazón, todavía es dueña de su cuerpo, lo que significa que aún puede entregárselo a canallas como yo.

Emma abrió la boca para seguir interrogándolo, esta vez a propósito de las insinuaciones que Asher había hecho aquella misma

tarde. La conversación con Maisie y el recordatorio de Calvin la habían despistado, pero ahora volvía a preguntarse si era posible que Casey lo supiera todo y, de alguna retorcida manera, estuviese jugando con ella. A su parecer, no tenía sentido.

¿Por qué le iría a importar a él quién fuera ella? En el caso de conocer su pasado, Casey poseía una inteligencia lógica más que suficiente para saber que Emma no tenía la culpa de los crímenes que hubiera cometido su marido. Y también era lo bastante frío para que no le importara la seguridad de los niños, esa que ella podría poner en jaque con su mera presencia.

—Le creo capaz de amar —confesó ella después de haberlo mirado largamente, sorprendida por su propia afirmación—, pero no concibo que pueda sentirse atraído hacia mí. Dígame qué es lo que motiva su persecución, señor Kaye, porque apuesto cuanto poseo a que la carne no puede conmover a un hombre impasible como usted.

—Tiene razón —contestó unos instantes después—. La carne en sí no me tienta. No reacciono a los atributos aislados de una mujer cualquiera, si es lo que ha querido decir. Lo que suele motivarme a la hora de acercarme a alguien es la curiosidad. Pero en su caso…, me temo que no es así.

Emma contuvo la respiración al ver que daba el último paso al frente, de manera que sus pechos rozaban el tweed de su elegante chaqueta negra. El frío le había erizado el vello y endurecido los pezones, y eso él tuvo que notarlo cuando se inclinó hacia ella con los ojos entrecerrados, ladeando la cabeza para encajar los labios con los suyos.

No la besó, sin embargo. Esperó a que la mera cercanía acelerara la respiración de Emma, la hiciera dolorosamente consciente de cuánto deseaba a un hombre que no era Calvin, y de lo desconcertante y a la vez emocionante que era tener una segunda oportunidad… aunque fuera con un ser despreciable.

Al menos ahora sabía de antemano que lo era, y que no debía confiarse.

—Si no suscito su curiosidad, ¿qué le atrae?

—Sus ojos —contestó sin pensar. En vista de que Emma no se daba

por satisfecha con la respuesta corta, Casey tuvo que ordenar sus pensamientos y explicar con tiento—: Derrochan tanta vida, una vida tan plena, que tengo que revisitar el concepto en el que la tengo. Solía pensar que era un castigo y no un regalo. Usted me hace dudarlo.

Emma tragó saliva y tomó el rostro masculino entre las manos. Lo recorrió con los dedos, deleitándose con la suavidad de la barba rasurada y con los relieves afilados de su barbilla y sus pómulos. Buscó su mirada para asegurarse de que no estaba sola ante el abismo que era la pasión y confirmó, extrañada, que Casey también deseaba aquel acercamiento, solo que tenía una forma de lo más particular de exteriorizarlo.

En su afán por disimular que era débil ante la carne, o quizá solo ante ella, disfrazaba su expresión con indolencia y se limitaba a sostenerle la mirada como si pudiera acariciarla mediante ondas mentales. Era tal su contención que su cuerpo se tensaba hasta que ni un huracán podía moverlo del sitio.

Emma suponía que tenía sentido. Un hombre que había dejado embarazada a una mujer fuera del matrimonio debía de entender el sexo como un peligro inminente; la clase de peligros de los que los hombres como él, prudentes la mayor parte del tiempo, se cuidaban.

—En otra vida —le confesó Emma, rozando la nariz de él con la suya—, me habrían presentado en sociedad y habría bailado hasta que mis pies no pudieran más con un sinfín de pretendientes. No porque quisiera atención o me alimentara del amor de los admiradores, sino para divertirme durante la fiesta. Alguno de ellos me habría regalado un precioso vestido; la clase de vestido que solo pueden ponerse las mujeres poderosas a las que jamás juzgarían por atreverse con algo demasiado escotado o colorido. Luego…

»Luego, yo le habría agradecido el regalo a ese pretendiente escabulléndome con él al jardín, donde le habría permitido besarme. Solo besarme. Pero él me habría convencido de ir más allá con su devoción… Con sus caricias, también.

Se calló en cuanto sintió que los brazos de Casey la rodeaban como si fuera de cristal. Posó las palmas de las manos a su espalda con delicadeza, sin dejar de mirarla con intensidad.

—Qué hombre tan afortunado —dijo con voz queda antes de presionar sus hombros con los dedos para acercarla a él.

Se fundió con sus labios en un beso que Emma correspondió con un jadeo de alivio.

Lo había despreciado durante días por haberse atrevido a poner sobre la mesa su más que obvia debilidad por los villanos, pero ahora no podía sino rendirse a la evidencia. Había estado anhelando el calor de un hombre desde que se prometió que no volvería a ceder a sus impulsos, y se había topado con suficientes especímenes atractivos como para avivar aquel deseo natural de fundirse en uno solo. Sin embargo, había logrado reprimirse y no arrepentirse de su decisión.

Con Casey no sucedía así.

Desde que la besó, quizá desde que lo vio por primera vez, la energía femenina regresó a ella y se sintió tan vulnerable como una debutante que esperaba a su pretendiente al final de un jardín oscuro. Se supo a su merced, y a la par que un rechazo instintivo, experimentó un fuerte alivio al comprobar que aún podía desear a un hombre, que su cuerpo y su mente no estaban muertos y todavía podía albergar la fantasía de que otro cuerpo la cubriera.

Como si Casey lo supiera, hizo eso mismo: apretarla con la intención de exprimirla, incrementando la presión sobre sus labios, que torturaba con largos besos capaces de borrar su sentido común. Al menos, no lo encontró por ninguna parte cuando le echó los brazos al cuello y se fundió con su torso, arrebatada de pasión. Supo que estaba perdida en cuanto él correspondió su ímpetu sujetándola con firmeza de la nuca para llevar sus besos al cuello y al recatado escote.

Emma jadeaba de forma incontrolable cuando Casey tiró del extremo del nudo que mantenía el cuello de la camisa en el sitio para desnudar sus pechos. No pudo resistirse a admirar su expresión cuando los pezones endurecidos lo apuntaron directamente. Toda suspicacia por su parte se fue por el sumidero al comprobar que estaba excitado de verdad, que la rondaba porque ella aún tenía la habilidad de volver loco de pasión a un hombre.

Y no a cualquier hombre.

Emma hundió los dedos en su cabellera cuando tomó la iniciativa

de mimar sus senos. Descolgó la cabeza hacia atrás, aliviada y jadeante, mientras él humedecía los pezones enroscando la lengua y succionando la zona más sensible. Emma lo apretaba contra sí sin saber de qué otra manera rogarle que permaneciera cerca y saciara la llama desesperada que había prendido con su sola aparición. Casey parecía comprender a la perfección sus necesidades, porque se separaba para dejarla respirar cuando pensaba que no podría soportar el calor, la mordía cuando su cuerpo le pedía un trato menos benévolo, y la chupaba hasta enloquecerla.

Sintió que una de las manos de Casey, la que no amasaba el pecho más maltratado, descendía por su cadera para estimularla entre los muslos.

—Los pantalones deberían popularizarse entre las mujeres —comentó él con la voz ronca antes de besar tiernamente su pezón húmedo.

—Yo solo intentaba… —Se calló para tragar saliva, sacudida por un espasmo con origen en su sexo—. Intentaba pasar desapercibida.

—Lo sé —contestó, irguiéndose para mirarla con atención mientras se entregaba al placer.

—Ningún hombre debería haberme deseado siendo así… —Cerró los ojos, invadida por las sensaciones que él provocaba con sus insistentes caricias sobre el pantalón—. Ningún hombre debería haber reparado en mí.

—Lo sé —repitió, esta vez en voz baja.

—Usted… usted lo sabe todo —le reprochó entre jadeos—. Siempre me mira como si… como si supiera mis secretos más íntimos.

—Me temo que no es usted una mujer muy misteriosa.

—¿No? Pensaba que eso era lo que le atraía de mí.

Se le encogió el corazón al verle estirar una comisura de los labios, la que parecía la única manera de hacerle sonreír.

—¿Tan descabellado sería que me gustara su transparencia? —musitó contra su sien.

—No…, s-supongo que… que no. No sabía que fuera de esos hombres que hablan mientras… mientras… —Emma lo estrechó contra su pecho cuando sintió que el orgasmo se acercaba— hacen el

amor.

—Pues parece que no he hablado lo suficiente, porque ni siquiera en mi afán por distraerla he conseguido que pase por alto que es el amor lo que le estoy haciendo.

Emma estableció contacto visual con él al mismo tiempo que alcanzaba el clímax. La mirada amenazó con nublársele, pero estaba decidida a no perder de vista a Casey Kaye mientras hubiera un asomo de vulnerabilidad en su expresión.

Algo dentro de ella se ablandó al comprender que él mismo estaba sorprendido por su arrebato. Le clavó los dedos en los hombros para que no se le ocurriera separarse y cerró los ojos, ofreciéndose sin reservas para que calmara la pesadez posterior al orgasmo con un beso tierno.

Él la besó, pero no con la delicadeza del principio, si bien se empleó a fondo y con lentitud hasta arrancarle un gemido ahogado. La besó con una fiereza desconcertante y también conmovedora que consiguió que perdiera del equilibrio y tuviera que confiar en que él la sostuviera para permanecer en pie. Casey la sujetó por la cintura mientras duró el beso. Solo cuando se cansó de mantenerla a salvo de sus pensamientos en una burbuja de placer, la soltó despacio y dio un paso atrás.

Emma estuvo a punto de abrazarse para mantener el calor. Su calor.

—Será mejor que lo dejemos aquí —atinó a decir Casey, turbado—. No me gustaría que mañana se arrepintiera de haberse dejado llevar en un momento de debilidad.

—No he vivido un momento de debilidad. Soy una mujer débil —corrigió con el aliento entrecortado—. ¿No es esa su opinión sobre mí y sobre el hecho de que me rinda ante los villanos?

—Hay personas en cuya debilidad reside su fortaleza… y también hay personas que son la debilidad de los fuertes.

—¿Y en qué categoría encajo yo? —musitó con un hilo de voz.

Casey volvía a camuflarse con las sombras de la azotea.

—En ninguna sobre la que se haya escrito antes.

Capítulo 13

El proceso de selección comenzó al día siguiente en la misma taberna, el único espacio habitable desde que los carpinteros se pusieran manos a la obra con el orfanato. Emma supo que habían empezado a llegar los aspirantes al puesto de maestro de equitación y matemáticas avanzadas por el revuelo que causó en cierto sector del comedor, concretamente en el rincón donde Casey Kaye se había apostado con pluma y papel delante para someter a los visitantes a un justo interrogatorio.

Daba la casualidad de que Emma pasaba por allí de regreso de su última lección y pudo capturar varias de las preguntas que Casey entonaba con aire saturnino. «¿Tiene usted hijos?» era una de ellas.

Emma no habría sabido explicar el porqué de esa duda, si deseaba confirmar que el aspirante tenía instinto maternal o si pretendía apartarlo sin miramientos para que sus presuntas obligaciones familiares no le impidieran dedicarse por entero a la enseñanza.

«¿Se considera una persona paciente?» fue otra de las preguntas, un tanto específica.

Le habría encantado seguir pegando la oreja, pero entonces Casey alzó la vista del entrevistado para posarla sobre ella y tuvo que escabullirse de inmediato al piso superior.

En el solitario pasillo se sintió a salvo. Apoyó la espalda contra la puerta cerrada de su dormitorio y se regañó en voz baja con angustia.

No podía seguir así, se dijo. No podía anhelar los besos de un hombre por las noches y airear su indignación por las mañanas, como si ella no hubiera participado en las caricias; como si una parte de sí misma no deseara repetirlas y fuera a poner todo de su parte para que sucediera.

Debía tomar una decisión de una vez por todas.

¿Acallar la culpabilidad, o acallar el deseo?

—Es un hombre complicado —oyó que le decía una voz femenina

—, pero no tiene una fibra cruel en todo su cuerpo.

Emma levantó la barbilla y se sorprendió al toparse con el ayudante de Casey. Sabía que lo era porque lo había visto seguirle dando graciosos saltitos e incordiándolo con preguntas que su jefe atajaba con apremiante concisión. También sabía que era un muchacho porque se llamaba Eleazar, pero si no hubiera contado con estas ventajas, le habría costado determinar su sexo, su edad, su raza. Era una criatura insólita con rasgos y ademanes mujeriles, pero con cuerpo de hombre.

—Permítame dudarlo —replicó ella en voz baja. No hacía falta alzar el tono. En la soledad del pasillo, la conversación se propagaría como un grito en un pozo. Aunque no era ni de lejos asunto de Eleazar, Emma no pudo resistirse a apostillar, así fuera para convencerse—: Un hombre capaz de abandonar a su hijo no puede recibir otro adjetivo distinto al de perverso.

Esperaba que el ayudante se mostrara sorprendido al conocer la existencia de Matthew, pero, por lo visto, no era un secreto tan bien guardado como ella creyó. Eleazar asintió en silencio, reflexionando sobre sus palabras, y se recostó contra la pared a una distancia cortés de Emma. Llevaba un puñado de papeles en las manos que descansó sobre el regazo.

—Le aseguro que si el señor Kaye no se ha hecho cargo de una responsabilidad no es porque no la entienda como tal. En todo lo que concierne a las obligaciones es un hombre muy tradicional. Lo más probable —continuó con prudencia, como si supiera que sus palabras podrían alterarla. Y lo hicieron— es que tenga sus razones para desentenderse.

Emma no disimuló su indignación.

—¿Se da cuenta de cómo acaba de sonar? En mi opinión, no existe razón de peso para abandonar a un niño a su suerte. Mis padres no me habrían dejado jamás si la muerte no hubiera sido más fuerte que ellos.

Eleazar le sostuvo la mirada con un amago de sonrisa llena de asombro y… ¿envidia?

—Veo que ha tenido usted una vida familiar de ensueño —comentó

con alborozo, alegrándose por ella—, pero es consciente de que esa es solo su experiencia, ¿verdad? La mayor parte de nosotros crecemos en otro tipo de ambientes, con otro tipo de padres movidos por otra clase de… principios. En estos ambientes alejados de la norma general, abandonar a un niño puede suponer incluso su salvación. Se lo digo porque lo he vivido en mis carnes —apostilló lanzándole otra mirada, esta más grave—. Si mis familiares no hubieran renunciado a mí y me hubieran permitido marcharme con el señor Kaye, quizá ahora mismo no estaría hablando con usted. Quizá ni siquiera estaría caminando en esta tierra.

Emma se estremeció por lo que traslucía su pequeña confesión. Esperaba hallar una mínima consternación en el semblante de Eleazar, pero parecía tan risueño como siempre.

—Es de valorar, entonces, que el señor Kaye le acogiera bajo su ala, pero así como me alegro de que demostrara tener corazón con usted, comprendo aún menos su desdén por Matthew. ¿Por qué salva a un joven y le da un trabajo digno, y a su hijo lo aleja de su vista?

—El señor Kaye puede ser muchas cosas, pero ¿contradictorio? —Sacudió la cabeza. La mera idea le resultaba irrisoria—. No, contradictorio no es una de ellas. Debe de haber una razón que lo explique, y, por su paz mental, si desea seguir relacionándose con él sin sufrir por los que cree que son sus defectos, tal vez debería descubrirla.

Emma se tensó.

¿Tan transparente era que el muchacho había visto a través de ella?

Quiso preguntarle cómo se había dado cuenta de que estaba en una encrucijada, reprenderle por haberse metido en sus asuntos, pero al final solo se resignó con un suspiro.

¿Con quién podría hablar sobre Casey a excepción de Eleazar? Camille no lo entendería.

No lo entendía ni ella misma.

—Aún no he perdido del todo el juicio porque solo su lado voluptuoso me resulta atractivo; si lo amara o ansiara conquistar su corazón de piedra, entonces sí tendría que juzgarme con severidad. Cada vez que pienso en Matthew, siento asco hacia mí misma. Siento

que le traiciono —reconoció en voz baja—. Pero, al mismo tiempo, y ya sea porque mi naturaleza tiende a ver lo mejor en los demás… —Le lanzó una mirada fugaz a Eleazar, que estaba escuchándola con atención—, siento que lo que sé no es todo lo que hay. Y no es tan fácil indagar. Incluso si dejara de rebelarme contra mi curiosidad, dudo que él me diera una explicación.

—Hablar con el señor Kaye es francamente extenuante, porque hay que prestar atención a lo que dice entre líneas e incluso a lo que no dice —admitió Eleazar—, pero rara vez resulta inútil. Y albergo la sospecha de que si es usted la que indaga, le permitirá entrar en su mente. No es ningún secreto que se ha convertido en su debilidad, señorita Marston.

Emma recordó lo que le había dicho la noche anterior, un puñado de palabras encaminadas a conmoverla y que, sin embargo, debido a su carácter esquivo y retorcido, se habían quedado en un amago de confesión: «Hay personas en cuya debilidad reside su fortaleza… y también hay personas que son la debilidad de los fuertes».

Aunque Casey no se había pronunciado sobre sus sentimientos, Emma había pasado gran parte de la noche abrazada a esa reflexión y al comentario acerca de sus ojos.

No era inmune a un halago sincero, sobre todo viniendo del hombre de hielo.

—Venga conmigo —le dijo Eleazar de pronto, impulsándose desde la pared para señalar el pasillo con la cabeza—. No querrá perderse la primera clase de equitación que impartirá el señor Kaye, ¿verdad? Con suerte, lo verá con otros ojos mientras se desenvuelve entre los niños.

—¿Primera clase de equitación? —repitió Emma, pasmada.

Era cierto que Casey mencionó en su día que, hasta que contrataran especialistas en las materias, se haría cargo de las asignaturas que no tuvieran maestro al mando, pero no pensó que fuera a cumplir su promesa. Luego comprendió, más sorprendida si cabía, que Casey no había faltado a su palabra ni una sola vez desde que irrumpió en su vida.

Eleazar y ella lo encontraron en una explanada cerca a la posada. Lo rodeaba el grupo de mayores y un par de niños muy jóvenes que se

habrían escabullido de sus lecciones para atender al señor Kaye. Uno de ellos era Matthew. Lo miraba con otros ojos desde que se empecinara en jugar con él al fútbol de carnaval.

Emma fue ralentizando la marcha conforme se acercó. Habían tenido que tomar prestados un par de caballos de Bollinger Sea House y otro par de Royston Place y, aun así, no había suficientes para que todos los adolescentes practicaran al mismo tiempo.

Tragó saliva al ver que el señor Kaye se había quitado la chaqueta para moverse con mayor libertad. Llevaba las mangas por el codo y el chaleco abierto, y la suave brisa estaba meciendo su cabello oscuro.

—Entiendo que es un animal que impresiona —decía, desplazando una mirada pensativa por los jóvenes—, pero es menester que aprendáis a relacionaros con él para disfrutar de cierta independencia. Que un hombre sepa montar a caballo significa que puede viajar por tierra a donde quiera, que puede realizar labores relacionadas con el campo, e incluso puede participar en las carreras anuales. ¿Quién sabe? —Como si hubiera sabido dónde estaba en todo momento, Casey se ladeó hacia Emma y la miró de soslayo—. Tal vez inculcándoos la doma y la equitación en condiciones os sintáis tan atraídos por el mundo de los caballos que acabéis convirtiéndoos en los ganadores de la copa de Ascot.

Emma sonrió, turbada por no saber si se estaba burlando de la reprimenda que le echó en el invernadero de Bollinger Sea House o por fin apoyaba su línea de pensamiento. Desde luego, ni su cinismo conseguiría que Emma dejara de insistir en que el conocimiento impulsaba el conocimiento.

—¿Las mujeres pueden ganar la copa de Ascot? —preguntó Lavinia, la otra niña demasiado joven para asistir a la lección. Estaba de pie junto a Matthew con los brazos cruzados, esa pose de remilgada que hacía reír de ternura a sus maestras.

—Hoy por hoy, me temo que no. —El simple hecho de que la mirara a la cara al contestar provocó que Lavinia se ruborizara—. Pero, tal vez, cuando cumplas la mayoría de edad, las normas hayan cambiado.

Eso era bastante improbable, pensó Emma, pero le conmovió que

hubiera elegido una respuesta que dejaba abierta la puerta a un cambio social. Era justo lo que Lavinia quería oír.

Aparte de su voz, claro estaba. Había desarrollado una curiosa fijación por Casey.

—Lo más importante a la hora de montar es saber cómo tratar al animal. Tenéis que conseguir que confíe en vosotros, y aunque cada criatura es un mundo y reacciona de forma diferente dependiendo del estímulo, la medida que suele funcionar es el cuidado. Tanto si sois los propietarios del caballo como si solo lo habéis alquilado, habréis de asearlo, cuidar de sus cascos y sus herraduras, alimentarlo e hidratarlo como es debido, someterlo a un ejercicio físico habitual y alternarlo con descansos, cepillarle el pelaje…

Con cuidado de no distraer a los muchachos de la exhaustiva enumeración de Casey, Emma se fue acercando para observar la gentileza con la que el maestro trataba a una de las yeguas.

—Os habréis fijado en que hay quien le habla a su caballo como si fuera una persona. Esto no es ni extraño ni está fuera de lugar. Yo siempre os recomendaré que forjéis un vínculo con vuestro caballo. Pueden vivir hasta veinte años, es decir; os acompañarán durante toda una vida, y más os vale llevaros bien con él o podría vengarse de vosotros.

»Carecen de las habilidades sociales que poseemos nosotros, y aunque pueden captar las sutilezas de nuestro tono, es mejor mantener siempre el mismo: uno firme y seguro.

—¿Si t-t-tartamudeo m-m-mucho, el c-c-c-caballo se… enfadará? —inquirió Matthew con voz aguda.

Casey dejó de acariciar el morro de la yegua y se centró en el pequeño con una ceja enarcada.

—Tengo entendido que recibes lecciones avanzadas, pero no tanto como para estar en una clase de mayores de doce años. ¿Te han dado permiso para estar aquí?

—Se lo doy yo ahora mismo —intervino Emma con los brazos en jarras. Para variar, no empleó un tono desagradable. Estaba dispuesta a dar lo mismo que el niño recibiera, y lo que Matthew había recibido era una réplica cordial.

Casey no se rebeló contra su autoridad y lo dejó estar.

—Dudo que se enfade. Si es obediente y comprende tus movimientos, ni siquiera se pondría nervioso ante tu vacilación —resolvió, esforzándose por mirar al niño a los ojos. A Emma le produjo una perversa satisfacción comprender que se sentía tan culpable que le costaba estar en su presencia—, pero es preferible que tanto los animales como las personas reciban las órdenes con rotundidad.

—¿Y c-c-cómo hago eso? —se desinfló Matthew.

—Desaprendiendo lo que sabes sobre el lenguaje y estudiándolo de nuevo.

—Suena como si conociera la manera de curar la tartamudez, señor Kaye —se metió Emma con fingida inocencia—. No me cabe la menor duda de que, con lo aplicado y culto que es usted, podría proporcionarle a Matthew las herramientas necesarias para mejorar su expresión. —Y le sostuvo la mirada a la espera de que se negara a coger el guante que le había arrojado a traición.

Casey demoró unos segundos críticos en contestar, y lo hizo mirando al niño.

—Si estás de acuerdo, podemos vernos mañana mismo para revisar tu vocabulario y ver qué hacer de cara al tartamudeo.

Al pequeño se le iluminó la cara, y no solo ante la expectativa de superar el que era un inconveniente en su vida diaria, sino de reunirse con un adulto que tenía por admirable.

Emma tuvo que sobreponerse al ramalazo de odio que la sacudió. Era tan fácil complacer a un niño que le parecía un delito no intentarlo siquiera. Pero Casey satisfizo la curiosidad y el deseo de aprender de tantos adolescentes a lo largo de la tarde que no pudo sino concederle una tregua.

Les obligó a montar y desmontar hasta que lo hicieron con agilidad, les pidió que recitaran las partes de la silla y qué zonas de la anatomía del animal no debían ser molestadas bajo ningún concepto. Al cabo de una hora, muchos de los alumnos precoces trotaban a lomos de su corcel por el perímetro de la posada, que abarcaba unas cuantas hectáreas.

—¿Yo no p-puedo subir? —preguntó Matthew, mirando a sus

compañeros con envidia.

—Eres demasiado joven —atajó Casey.

—Podría montar con un adulto. Con usted, por ejemplo, que es indiscutiblemente el mejor jinete de los presentes —sugirió Emma.

Era consciente de que se estaba convirtiendo en su peor pesadilla, pero por primera vez Casey exteriorizó lo que pensaba sobre sus burdos intentos por acercarlos: le lanzó una mirada exasperada que estuvo a punto de arrancarle una carcajada perversa.

—Si Matthew puede montar con un adulto, entonces Lavinia debería hacerlo también.

—¡Por supuesto que sí! —Emma le sonrió de oreja a oreja—. Qué generoso es usted, señor Kaye. Seguro que no tardará demasiado. En un par de turnos los habrá complacido a ambos con su paseo por el pueblo.

Casey se quedó observándola como si quisiera averiguar en qué diablos estaba pensando, pero era improbable que no lo hubiera deducido a esas alturas.

—Hay dos caballos libres —señaló con calma—. ¿Por qué no monta usted con Lavinia, y yo con Matthew?

Emma le tendió la mano en señal de conformidad. Él aceptó el apretón y presionó su palma con la tensión justa para que el calor que emanaba su piel viajara al centro de su cuerpo. Aunque el chispazo del contacto la inquietó, se quedó donde estaba, sujetando la mano masculina y aguantando su mirada enigmática.

—Quién lo diría —comentó Casey en voz baja. Los niños no lo escucharían, aun así. En cuanto supieron de los planes de los maestros, echaron a correr hacia sus respectivas monturas—. A veces incluso podemos llegar a un acuerdo sin necesidad de que me grite usted antes.

—Desde luego que podemos llegar a un acuerdo sin gritos si no se pone obtuso.

—Yo nunca me pongo obtuso.

—Debe de ser la opinión que tengo de usted lo que me ha inclinado a pensar eso.

—Debe de ser —convino quedamente. Aún no había soltado su

mano, y mantenía su mirada atrapada en aquella expresión tan turbadora que podía leerse como anhelante.

Emma tragó saliva y dio un paso atrás para ponerse a salvo de su influjo. Agradeció estar en marcha cinco minutos después: Lavinia y ella a lomos de un bayo con el morro blanco y Casey y Matthew montando una yegua con el pelaje gris.

Quería concentrarse en mantener el equilibrio con la niña, que viajaba delante y con las riendas en la mano, pero de cuando en cuando lanzaba miradas al pequeño para confirmar que estaba cómodo con Casey.

El que no se sentía del todo en su sitio era él.

—¿Por qué parece tan orgullosa de sí misma? —le preguntó Casey en cuanto se cansó del silencio de los primeros minutos. Hablaba en voz baja, y Emma enseguida descubrió por qué: porque Matthew había caído rendido en un sueño profundo. El bamboleo del caballo incitaba al descanso—. No está haciendo esto por amor. Me pregunto qué pensaría el crío si supiera que su maestra preferida lo usa para incomodar al hombre que desprecia.

Emma se envaró. Primero confirmó que Lavinia estaba abducida por la belleza del paisaje crepuscular y no prestaba atención a la charla; después quiso abofetear a Casey por llegar a esa retorcida conclusión, y al final comprendió que se lo tenía merecido. No era descabellado que interpretara sus esfuerzos como una venganza.

—Puedo matar dos pájaros de un tiro —resolvió Emma—. Y no veo que usted ande sufriendo por desempeñar parte del papel que le corresponde como…

«Su padre», habría agregado, pero no confiaba del todo en la abstracción de Lavinia, y tampoco era necesario recordarlo para que ambos lo tuvieran presente.

—Tengo una hipótesis —anunció Casey en voz alta—. Sobrevalora la figura paterna y sus obligaciones porque su padre es un hombre magnífico y se atribuye funciones que suelen asociarse con la maternidad.

—Lo era. Era magnífico. —Pretendió reconocerlo con aspereza, pero en el último momento la imagen del señor Marston acudió a su

cabeza y no pudo sino sonreír con nostalgia—. El mejor padre que una niña y una mujer podrían tener.

—¿Por qué hace esa puntualización? —inquirió él con curiosidad, ladeando la cabeza hacia ella. Sujetaba las riendas con una mano, y con la otra mantenía a Matthew recostado sobre su pecho, pero recto sobre el asiento—. «Una niña y una mujer».

Emma se paró a pensarlo, igual de sorprendida por su elección de palabras.

—Supongo que hay padres que, cuando su pequeña alcanza cierta edad, deja de verla como una extensión de su sangre y la concibe como una carga de la que debe librarse. Las niñas no somos una molestia mientras crecemos. Es al cumplir la edad casadera cuando nos convertimos en un estorbo. Pero mi padre me amó siempre, incluso cuando no me lo merecí, y me protegió hasta su último aliento. —Tuvo que hacer una pausa para calmar un acceso emocional. Todavía le asombraba que fuera su padre quien descubrió que su marido no era trigo limpio—. Es algo que la mujer de hoy tiene muy presente, al igual que lo divertido y afectuoso que era cuando yo todavía no sabía lo que era el sufrimiento.

»Todas las noches esperaba con fervor su llegada a casa. A veces trabajaba en su despacho, pero la mayor parte del tiempo estaba en Londres, reuniéndose con los que yo llamaba "hombres importantes". Aparecía los sábados por la noche a la hora perfecta para contarme un cuento titulado "Adolf The Wolf" que, de hecho, nunca llegó a relatarme.

—¿Por qué?

—Porque aparecía otra persona en su lugar: la tía Maureen, el abuelo Ernest o el señor Panceta, todos ellos, en teoría, miembros de la familia Marston. —Emma tuvo que contener una carcajada, pensando que Casey le perdería el respeto por encontrar divertido algo tan burdo. Luego decidió que los recuerdos de su padre merecían un trato más benevolente, y se rio en voz alta—. Era uno de tantos juegos que se inventaba para hacer las delicias de mis noches. Se disfrazaba del personaje que se le ocurriera y aparecía con mímicas y voces en falsete que me hacían reír hasta que se me saltaban las lágrimas. Yo

trataba de desenmascararle señalando los vellos de sus orejas, que insistía en que solo tenía mi padre, o los guantes, aquellos que le confeccioné como regalo de Navidad con ayuda de mi madre. Pero él era mejor que yo y desmontaba todos mis argumentos con el tono que hubiera escogido para su personaje.

»Contado así puede parecer ridículo, pero es uno de los bonitos recuerdos que guardo de él —reconoció Emma, en absoluto avergonzada, tan solo incómoda por habérselo contado a un hombre que quizá no sabría ponerse en su lugar. Pero claro que podía, comprendió al observar la sombra de pesar que oscurecía su perfil. Él también había perdido a su padre, incluso si no era su padre carnal—. ¿Usted tiene alguna anécdota relacionada con lord Marriott?

—Una anécdota —repitió Casey con voz queda.

—Ajá.

Emma lo escudriñó con la mirada, creyendo ver cierta animosidad hacia la idea de hablar sobre su relación con el difunto barón. Estaba segura de que Casey sacudiría la cabeza o cambiaría de tema sin dar más explicaciones. Todo en su postura sobre el caballo, distinguida por encima de lo demás, delataba su incomodidad. Pero, de pronto, con una exhalación que a Emma le pasó desapercibida, Casey expulsó la tensión de su cuerpo y dijo:

—Rompecabezas.

Emma se inclinó hacia un lado para confirmar que había oído bien.

—¿Rompecabezas, ha dicho?

—Hace años que los mejores artesanos los venden, y algunos maestros de geografía se sirven del puzle original de John Spilsbury para que sus alumnos aprendan de manera lúdica a ubicar las capitales europeas. Así fue como mi afición comenzó: lord Marriott puso ante mis ojos las numerosas piezas de madera de un mapamundi para que las colocara en su sitio. Recuerdo que tenía… doce años. Me apasionó, y él se dio cuenta. Había intentado acercarse a mí antes, pero solo los rompecabezas consiguieron que pasáramos tiempo juntos. Me permitían trabajar en silencio, sin preocuparme por el entretenimiento de los demás, y me sentía realizado después. Y no me importaba que Marriott me ayudara a pesar de ser propenso a

buscarme las habichuelas yo solo.

Emma se lo imaginó con una pequeña sonrisa en los labios de la que no fue consciente.

—Debería haber imaginado que lo suyo serían los juegos que le hacen pensar. Supongo que terminaría unos cuantos.

—Hacíamos uno cada varios días. Nos reuníamos en la biblioteca de Waldorf Place a las cinco en punto, cuando terminaba el horario de visitas, y, sin mediar palabra, nos zambullíamos en la búsqueda y captura de las esquinas. Siempre hay que empezar por las esquinas —apostilló en tono informativo, un detalle que hizo sonreír a Emma—. Recuerdo una tarde en particular. Apareció con un arcón pesado y dijo: «Hoy seremos más ambiciosos». Destapó un puzle con más de diez mil piezas, y con un dibujo difuso y colorido que parecía imposible de armar. Pero lo sacamos adelante… salvo por esa última y dichosa pieza que no podíamos encontrar por ninguna parte. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no volverme loco delante de él. No soportaba la idea de dejarlo inconcluso.

—Y seguro que consiguió terminarlo —le concedió ella con dulzura.

—Así es, pero cuatro horas después, cuando el reloj marcaba las tres de la madrugada y Marriott estaba tan dolorido de gatear por la alfombra que resollaba como un animal. —Casey hizo una pausa para negar con la cabeza con los labios fruncidos, pero Emma supo que estaba conteniendo una sonrisa sincera y el anhelo restalló en su cuerpo como un látigo. Quería verla, pero no sabía cómo hacerla brotar—. Me sugirió que nos diéramos por vencidos, y ya por desesperación me juró que me compraría el mismo puzle, y que esa vez contaríamos todas las piezas.

»No hizo falta, porque en cuanto amenazamos con salir de la biblioteca, el perro guardián de lady Marriott que nos hacía compañía durante las tardes, Leonard III, se levantó de la alfombra y reveló que la pieza había estado todo el día descansando bajo su pezuña.

Entonces atisbó que la comisura de Casey temblaba al tratar de contener una sonrisa. Desconocía el matiz, si sería incrédula o de pura hilaridad, porque no permitiría que naciera.

—No sé si quiero saber qué fue de ese pobre animal —murmuró

Emma en un torpe intento por animarle a seguir hablando.

—Marriott rompió a reír como no lo había visto reír antes —resumió Casey, y esta vez sí sonrió con timidez—. Fue la primera vez en mi vida que vi a alguien llorar de la risa. Leonard III se levantó y fue hacia él moviendo la cola con vaga energía, porque acababa de despertar de la siesta, y Marriott lo acarició con ternura. —Su sonrisa se desvaneció de pronto, como si a partir de aquel punto la historia se tornara violenta—. Tampoco había visto antes a un hombre poderoso premiar a nadie por haberle arruinado la tarde. No es que yo pretendiera castigar al perro; Leonard III era leal y afectuoso. Ni siquiera estaba furioso con él. Me dieron las mismas e inexplicables ganas de reírme que a Marriott. Pero…

—¿Pero? —lo animó con el alma en vilo.

—No tiene importancia.

Emma pensó en lo que Eleazar le había dicho unas horas atrás: «La mayor parte de nosotros crecemos en otro tipo de ambientes, con otro tipo de padres que tienen otra clase de… principios. En estos ambientes alejados de la norma general, abandonar a un niño puede suponer incluso su salvación». Acto seguido, escudriñó el semblante de Casey en busca de una pista que delatara que sus padres, los que tuvo que tener antes de que Marriott apareciera en escena, habían sido lo bastante violentos —o como mínimo intransigentes— para que a un niño de doce año le sorprendiera que su padrino no la emprendiera a golpes con un perro.

Acabó sacudiendo la cabeza para librarse de aquella teoría tan peregrina, pero no se deshizo de la sensación de que lo había juzgado de la forma equivocada.

Desde luego que era culpable del abandono de Matthew hasta que se demostrara lo contrario. Ahora bien, Emma comprendió que aunque había disfrutado de privilegios innegables mientras vivió bajo el techo del barón Marriott, antes de su llegada tuvo que sufrir penalidades. Se preguntó, anticipando la respuesta, si Casey habría forjado su carácter a raíz de la acogida del aristócrata o para el momento de su llegada ya estuvo todo el pescado vendido. Lo más probable era que su frialdad y su circunspección fueran armaduras con

las que se protegía de los peligros a los que estuvo expuesto en esa primera infancia.

Pero era imposible saberlo con certeza si él no hablaba, y no lo haría.

Suerte para Casey que Emma se bastaba con sus pesquisas y estas eran suficientes para que se sintiera inclinada a concederle una tregua.

Acabó dirigiéndole una sonrisa.

—Me alegra saber que tiene usted corazón, señor Kaye.

Para su inmensa sorpresa, Casey se desenfrascó de sus pensamientos y le devolvió el gesto con su habitual contrición.

—No confíe demasiado en su utilidad. Realiza la función vital y nada más.

—No confío en su utilidad —le replicó ella con un guiño—, sino en su potencial.

Se dio el gusto de dejarlo con la palabra en la boca: azuzó las riendas del caballo y, con el beneplácito de la adormilada Lavinia, cabalgó de regreso a la posada.

Capítulo 14

Casey se estaba arrepintiendo de haberle prometido una clase particular a Matthew.

Esa mañana había amanecido de un ánimo nostálgico que no lograba revertir para concentrarse en sus quehaceres. Lo que tocaba en días como aquel era quedarse a resguardo, alejado del contacto social, hasta volver a sentirse él mismo. Se había planteado pecar de cruel dejando al niño esperando en su habitación, pero en el último momento decidió que entretenerse le vendría de perlas. A fin de cuentas, la alternativa era permanecer encerrado en su despacho, carcomido por los pensamientos que Emma Marston protagonizaba. Pensamientos a cada cuál más inquietante.

Cuando cayó la tarde y se acercó la hora de ir a por Matthew, tuvo que asumir a su pesar que dichos pensamientos no eran una distracción pasajera que olvidaría en cuanto pasara la novedad. Habían llegado para hacerle compañía. Tendría que aprender a vivir con ellos.

Casey había dejado en las capaces manos de las maestras la distribución de los niños en las casas de acogida temporal. Eran las señoritas Marston y Delaney, y lady Marjorie y la señora Corbyn, quienes conocían mejor los caracteres de las criaturas y sabrían dónde encajarían mejor. Debió imaginar que Emma aprovecharía aquella cesión de poder para demostrarle lo insolente e irritante que podía llegar a ser: se había encargado en persona de que Matthew fuera a parar a la posada El Ganso, donde Casey se estaba hospedando, a fin de que tropezaran a menudo y no le quedara otro remedio que ver de frente a su mayor fracaso.

Mientras se dirigía a la habitación que dispusieron para los tres niños, no solo para Matthew, Casey pensaba con una leve sonrisa socarrona que la señorita Marston no era tan bondadosa como hacía ver. Ya lo demostraba que sintiera debilidad por los villanos, pero que

se encargara de propiciar encuentros entre un hombre temible y un crío solo para que dicho hombre se sintiera culpable, hablaba a gritos de que le interesaba más darle una lección a los perversos que proteger a los inocentes.

Si la confrontaba al respecto, con toda probabilidad ella le diría que la suya seguía siendo una misión vital encomiable, propia de una heroína.

Casey sacudió la cabeza antes de poner la mano en el pomo, hastiado con el rumbo de sus pensamientos. Llevaba en torno a doce horas sin verla y ya estaba planeando cómo sería su próxima conversación.

—Por Dios santo —murmuró, disgustado consigo mismo.

Abrió la puerta y todas sus preocupaciones menores se disolvieron en el acto.

Le habría costado perdonarse si hubiera dejado a Matthew esperando. Lo encontró sentado en una silla de adulto junto al tosco escritorio de la habitación, disponiendo, concentrado, los utensilios de escritura, y alisando las esquinas del papel.

La mera contemplación de su perfil le desequilibró.

No solo estaba viendo a Kathryn, ese aire travieso que la caracterizaba, sino a una pequeña versión de sí mismo. Por momentos, Matthew le recordaba al niño que fue en el pasado, antes de que se le ocurriera tratar de robarle la cartera a lord Marriott y este, en lugar de recurrir a las autoridades para que le cortaran la mano, decidiera acogerlo bajo su ala y darle una vida decente.

Casey no había olvidado de dónde venía, pero prefería no recordarlo, y aquel crío le hacía querer poner pies en polvorosa; huir adonde estuviera a salvo de la sensación de haber traicionado sus orígenes, que a menudo le resultaba insoportable.

—No necesitaremos papel y pluma —anunció, todavía bajo el umbral. El pequeño respingó nada más verlo. Casey observó que tragaba saliva, pero también lo miraba con el brillo de la curiosidad y la admiración en los ojos—. Puedes ponerte cómodo. Solo vamos a charlar.

—V-vale.

Casey observó que Matthew se encaramaba a la cama con energía. Acabó sentado en el borde, con los pies colgando y las manos apoyadas en el regazo.

Sintió una punzada de ternura al ver que se enderezaba como si la lección fuera a versar sobre la postura ideal. Casey, por su parte, tomó asiento en la silla del escritorio.

—Lo primero y esencial es que puedas expresarte cuando te sientas cómodo y tranquilo, cuando estés entre amigos —empezó a explicarle, recordando y replicando sin darse cuenta el modo en que Marriott se dirigía a él, con paciencia y disposición a aprender—. Luego, una vez sepas hacerte entender entre tus amistades, te expondré a situaciones más incómodas y a la conversación con desconocidos para que controles el tartamudeo cuando te invada el nerviosismo.

—Y-yo si… siempre est… est… est-toy nervioso.

—Porque eres un niño muy espabilado —observó mientras lo miraba con avidez en busca de los rasgos de Kathryn—. Lo más probable es que tartamudees porque quieres decir mil cosas al mismo tiempo, porque no puedes parar quieto o porque no te enseñaron a hablar en condiciones, no porque seas tímido. No lo eres, ¿verdad?

—No, se… señor Kaye. T-tengo m-muchos amigos.

Él sonrió, melancólico, al oír su respuesta. Decidió no puntualizar que aquello no tenía nada que ver con la timidez, y que, de hecho, las personas calladas y prudentes eran las que tendían a rodearse de buenas amistades. Marriott fue el vivo ejemplo de esta teoría.

«Marriott, Marriott, Marriott», se reprochó, crispado. ¿Por qué lo tenía tan presente de pronto? ¿Solo porque Emma le había invitado a contar una maldita anécdota? ¿De qué nuevas maneras planeaba desequilibrarle aquella condenada mujer?

—Háblame de tus amigos —propuso para ahuyentar sus pensamientos, cruzándose de piernas—. Es un tema del que seguro que sabes un millón de detalles y con el que no te va a costar explayarte. ¿Cómo se llaman? ¿Qué les gusta hacer?

Matthew metió las manos debajo de los muslos, que no dejaba de menear con ansiedad. Era muy pequeño para su edad, y no porque no se alimentara como era debido —Casey había comprobado dando un

par de paseos por el comedor que era un auténtico glotón—, sino por una cuestión hereditaria.

También era delgado por naturaleza, lo que acentuaba su aspecto frágil.

—M-mis m-mejores amigos s-son… son F… F… F… Fr… —Carraspeó.

Casey esperó a que se recuperara del bochorno y lo intentara otra vez, pero no lo hizo.

—¿Sabes escribir su nombre? —inquirió con paciencia.

—Sí. V-voy a las c-clases de los n-niños de s-siete años y ellos ya saben esc… escribir —anunció con orgullo.

Casey no esperaba menos teniendo en cuenta la sangre que corría por sus venas. Kathryn había sido, o tal vez seguía siendo, una mujer demasiado inteligente para su propio bien.

—Pues quiero que visualices en tu mente el nombre de tu amigo. Que te lo imagines con todas sus letras, y que repitas para tus adentros su sonido. ¿A que cuando estás pensando no tartamudeas? —Matthew sacudió la cabeza—. Exacto. Piensa en su nombre, repítelo, y cuando creas que estás preparado, me lo dices.

—P-pero a lo m-mejor tardo mucho, y se rí… se ríen de m-mí si me quedo c-callado mucho rato.

—Que un hombre se tome su tiempo antes de hablar denota que piensa lo que dice, y eso no es motivo de burla, sino todo lo contrario. Los grandes pensadores y oradores meditan e incluso ensayan antes de pronunciar una palabra.

—V-vale —musitó. Cerró los ojos para concentrarse mejor en las claves que Casey le había dado. Cabeceó hacia delante, y llegó a balancearse antes de abrirlos de nuevo y decir con lentitud—: Mis amigos son F-Fred, Albert y Edw… ard. J-Jackson y T… T… —Apretó los labios— Tobias no son mis amigos, p-porque son mucho mayores que yo, p-pero son muy divertidos y m-me gustaría que jug… jugáramos juntos.

—Eso está mejor —señaló Casey con un asentimiento—. Es mejor demorar la respuesta que arrojarse sin más a soltar el primer pensamiento inconexo que nos viene a la mente. Hay que ser paciente

para todo, incluso para hablar.

Matthew asintió con los ojos brillantes, entusiasmado al ver mejoría en tan corto período de tiempo. Viendo que a su expresión asomaba la ilusión de curarse en tan solo una primera reunión con él, Casey le hizo una advertencia.

—Ya eres lo bastante mayor para entender la realidad a la que te enfrentas, así que te lo diré sin tapujos: la tartamudez casi nunca desaparece. Podrás aprender a controlarla hablando más despacio, practicando una y otra vez, pero tarde o temprano, cuando te superen los nervios en una situación límite, tropezarás de nuevo. Incluso quienes nunca han tenido problemas al hablar se traban en una discusión. Es importante que asimiles esto para no frustrarte cuando te suceda, ¿comprendes?

Matthew agachó la mirada, entristecido.

—El se… señor C-Corbyn dijo en una misa q-que Dios es b-bueno y que nos qui… qui… quiere, pero yo c-creo que a mí me odia p-porque me ha hecho m-muy pequeño y t-t-tartamudo.

Casey se lo quedó mirando con una extraña sensación de desamparo. Se había negado a sentir la menor complicidad o afecto hacia la criatura, pero una vez más quedaba demostrado el poder de la sangre común. Una parte de sí mismo que no controlaba se sentía directamente apelada cada vez que el niño exteriorizaba su necesidad de consuelo.

—Yo también era muy pequeño a tu edad —confesó en voz alta. Matthew alzó la barbilla con asombro—, pero tenía sus ventajas. Podía colarme por rendijas en las que nadie cabía, nadie me encontraba cuando jugábamos al escondite, y necesitaba mucha menos cantidad de comida para darme por satisfecho. —Se calló al darse cuenta de cómo había sonado eso último. Aquello no debería ser una ventaja, pero supuso que Matthew comprendería por qué contaba como rasgo positivo; en el orfanato habían estado bregando contra la misma escasez a la que Casey sobrevivió de niño—. Siempre y cuando te alimentes en condiciones, crecerás. Te lo aseguro. Tu madre era alta como la catedral de Lincoln.

El rostro se le iluminó.

—¿C-conoces a mi m-m-ma… *made*?

Casey se arrepintió de haberse dejado llevar. Ahora tendría que responder preguntas muy complicadas, como dónde estaba y por qué le había abandonado.

—La conocí, sí —resumió con voz queda, esperando que comprendiera el pretérito. Sería más sencillo hacerle pensar que estaba muerta, como él mismo ya habría deducido al verse rodeado de huérfanos—. Era una persona muy especial, y tú tienes su sangre. Crecerás hasta ser tan alto como ella, estudiarás hasta ser tan inteligente como ella, y aprenderás a controlar tu tartamudez como lo hizo ella.

Matthew lo miraba con una mezcla de timidez y emoción.

—¿Ella t-t-también era… t-t-tartamuda? —le preguntó con un hilo de voz. Ansiaba mantenerlo en secreto para que no se mofaran de su madre como lo habrían hecho con él.

—Oh, ya lo creo. —Se le escapó una sonrisa amarga—. Tartamudeaba tanto que acababa temblando de la cabeza a los pies de pura indignación. Nunca soportó que los demás fueran mejores que ella en algún aspecto, ni que inconvenientes como la parálisis verbal escaparan a su control. Pero tu madre era la clase de mujer ante la que Dios se habría rendido con las manos en alto. Tenía una voluntad que trasciende a la vida y que, de hecho, contagió hasta al más escéptico…

Al darse cuenta de que estaba dando demasiados datos, carraspeó y decidió callarse de golpe. No solo no quería que Matthew se aferrara a una madre cuya ausencia apenas notaba; tampoco deseaba perderse en un arrebato sentimental.

—¿Y la c-c-c-catedral de Lincoln es muy grande? —fue lo que inquirió Matthew un rato después.

Casey enfocó la mirada en el niño. Su interés por aquel detalle hizo que se le escapara una risotada incrédula.

—Es enorme. Casi quinientos pies de altura —le complació diciendo. Matthew se ruborizó del gusto—. Los días que hay niebla, ni siquiera se ve la punta.

—Yo no q-quiero medir q-q-quinientos pies de altura —meditó un rato después—. Con c-crecer solo un p-p-par de palmos más, me

conformo.

Casey apoyó las manos entrelazadas sobre la rodilla sin darse cuenta de que sonreía.

No le dio tiempo a contestar. Unos toques a la puerta lo sobresaltaron.

A Casey no le sorprendió que Emma se asomara por una rendija para mirarlos de hito en hito. Supo desde el principio que la joven, en su afán protector, querría conocer el desarrollo de la lección. Lo que sí le sorprendió fue la manera en que él mismo reaccionó a su aparición, irguiendo el cuello como una presa ante el peligro de emboscada.

Con solo ver su expresión, Casey supo que Emma había estado pegando la oreja.

—Es la hora de cenar —anunció en tono aterciopelado, ese que utilizaba solo para referirse a los niños y a los adultos que hacían exactamente lo que ella quería—. Luego podréis continuar.

Capítulo 15

Emma se quedó en la cantina de la posada después de cenar con la esperanza de tener unas palabras con Casey.

A modo de prevención, había permanecido agazapada en el pasillo junto a la puerta del dormitorio de Matthew, donde podría escuchar la conversación que mantenían padre e hijo. Había pasado la media hora con el corazón encogido, temiendo que Casey dijera algo inapropiado o lo atemorizara con su frialdad, pero en cuanto interrumpió con la excusa de la cena y vio salir a Matthew con gesto triunfal, comprendió que, para algunos niños, el carácter de Casey no era intimidatorio, sino interesante. De hecho, había oído decir a Tobias que, cuando creciera, le encantaría ser como el señor Kaye: rico, elegante y astuto, en ese orden de prioridad. En cuanto a las niñas, la estudiosa Lavinia, que hasta el momento jamás había expresado debilidad por ninguna de sus amigas o maestras, había proclamado que tan pronto como cumpliera los dieciocho, se casaría con un caballero como Casey Kaye.

Recordando aquella inquietante promesa, Emma sacudió la cabeza y se llevó a los labios el pequeño vasito de brandy que le habían servido.

Para tratarse de una posada de pueblo, el licor no era ni barato ni olvidable. Entre otras muchas cosas fútiles, su marido la enseñó a distinguir un buen alcohol de uno más bien mediocre, y aquel era ideal. Lo denotaba que con tan solo tres sorbos le hubiera calentado el estómago y la garganta, y le hubiera dado la valentía para mantener una conversación informal si Casey decidía matar el rato junto a la barra.

Como si lo hubiera invocado, observó que se acercaba al posadero, el señor Rogers, e intercambiaba con él unas cuantas frases sin tomar asiento. Emma mantuvo la vista fija en él hasta que comprendió que no estaba pidiendo una copa, sino haciéndole una propuesta empresarial.

Sonrió, perezosa, y desvió la mirada al brandy.

Por lo visto, el diablo nunca descansaba.

Un pinchazo en el estómago la castigó por lo injusta y contradictoria que estaba siendo. Hacía tiempo que Casey Kaye había dejado de ser el diablo. Tal vez lo movían intereses cuestionables, pero sus últimas decisiones no habían traído más que esperanza a los huérfanos, que gozarían de un futuro mejor gracias a sus inversiones.

«Detente», le ordenó la voz interior, hastiada de que una vez más cayera en la misma trampa. «No empieces a justificar sus actos. No lo perdones por haberte utilizado. Por más que el exterior sea impecable, está podrido por dentro. No es trigo limpio».

Pero el modo en que había tratado a Matthew…

Diez minutos más tarde, Casey se sentó por fin en uno de los precarios taburetes de la barra. Lo hizo a una distancia prudencial de Emma. Ella, afectada por el brandy, se rio en voz baja, divertida porque ahora demostrara la caballerosidad de la que debería haber hecho gala desde un principio.

—Cuando uno empieza a reírse solo, debería plantearse abandonar la cantina —oyó que le decía desde prácticamente la otra punta.

—Perdóneme si no acepto consejos de un hombre que acude a la taberna para hacer negocios. No es el más indicado para decir cuándo se bebe y cuándo no —le contestó sin girarse hacia él. Lo hizo después, como si le estuviera haciendo un favor, y apoyó la mejilla en la palma de la mano—. ¿Qué secretos le ha estado contando al señor Rogers?

—Le he ofrecido un suculento trato comercial —respondió, él también reacio a sostenerle la mirada—. Si quiere servir whisky escocés de calidad, puedo conseguirlo a un precio muy competitivo.

Emma se irguió con curiosidad. Afianzó la vista en la figura de perfil que le quedaba demasiado lejos para apreciarla con el detalle que le habría gustado.

—¿A qué se dedica usted con exactitud? —inquirió con los ojos entrecerrados—. Se las da de empresario, pero nadie sabe cuál es su empresa. Menciona clientes, pero nadie sabe qué servicio les presta.

Casey agradeció con un cabeceo la copa de brandy que le sirvieron.

—No son mis negocios de lo que quiere hablar, señorita Marston.

Ella arqueó una ceja.

—¿Y de qué quiero hablar, si puede saberse?

—De Matthew, claro está. —Se giró hacia Emma por fin—. Aunque no sé qué preguntas podría hacerse al respecto, dado que estuve escuchando su respiración al otro lado de la puerta desde que me senté delante del crío hasta que me fui.

Emma se rindió ante las justas acusaciones.

Por supuesto que quería hablar de Matthew, de la paciencia con la que lo había tratado y la manera en que mencionó a su madre, con palpable turbación. ¡Y por supuesto que había estado pegando la oreja! ¿Cómo si no iba a asegurarse de que no lo aterrorizaba con su brusquedad?

Se levantó del taburete con la intención de sentarse a su lado. No le parecía correcto mantener una conversación a voz en grito con Casey. Bastante llamaban la atención de por sí el rico propietario del orfanato y la misteriosa mujer de orígenes desconocidos con afición por los pantalones charlando con sendas copas en una taberna casi vacía.

Emma barrió con la mirada la escasa concurrencia. El señor Raven y Archibald Corbyn jugaban a las cartas en una mesa del fondo, como se había percatado de que era tradición. Un grupo de borrachos alternaba sorbos nerviosos con sonoras carcajadas, y un forastero muy bien vestido charlaba en voz baja y con una sonrisa libidinosa con el ayudante de Casey, Eleazar.

No tuvo ojos para nada ni nadie más cuando se sentó en el taburete colindante y tuvo al villano a un palmo de distancia, la justa para que la boca se le hiciera agua al reconocer su aroma corporal.

El alcohol había acentuado el deseo que llevaba días infectándola.

—Me gustaría saber por qué se ha ofrecido a hacer algo así —reconoció en voz baja.

—¿Lo ha olvidado? Usted me puso en un compromiso.

—Sí, intervine para que Matthew y usted se vieran en privado, pero podría haberse negado a aparecer.

—Ese no es mi estilo.

—¿Y cuál es su estilo?

—Dígamelo usted. Parece saberlo mejor que yo.

Emma se contuvo para no poner los ojos en blanco. Recordó el comentario de Eleazar sobre el carácter complicado de su jefe.

A veces, hablar con él se sentía como estar atrapado en un callejón sin salida.

—¿Sabe cómo tratar la tartamudez, o algo así? —probó de nuevo.

—Algo así —confirmó sin mirarla. No lo había hecho desde su aparición, como si de pronto deseara marcar las distancias—. Su madre era tartamuda de niña y tengo una ligera idea de cómo se lidia con estas afecciones.

Emma se puso cómoda en una postura de descanso para escucharlo mejor.

—¿Logró corregirlo? —quiso saber, muerta de curiosidad por la emoción que creía ver en el semblante de Casey. ¿Afecto empañado por el dolor?

—En general, sí. Pero cuando se enfurecía, se emborrachaba o estaba tan feliz que no cabía en sí de gozo, no podía evitar trabarse. Supongo que se debe a que la ira y la alegría, como todos los sentimientos puros y primarios, nos devuelven a la niñez, y ella fue una niña con problemas para hablar.

—¿Cómo la ayudaron a solventarlos? ¿Con lo de la visualización de las palabras?

—Eso fue tiempo después, cuando apareció un caballero paciente y dispuesto a probar con ella algunas técnicas más benevolentes. Al principio le pegaban cada vez que tartamudeaba, y le sorprenderá saber que fueron lecciones bastante efectivas.

Emma se reclinó hacia atrás con el ceño arrugado.

—Estoy segura de que la violencia solo consigue el efecto contrario: que el niño renuncie a hablar.

—Tal vez se dé así en caracteres nostálgicos o débiles —le concedió con la vista fija en un punto frente a él. Recorría el borde de su copa llena con el dedo índice—, pero no con Kathryn. Ella era tan orgullosa que cada golpe aumentaba su determinación. Se envalentonaba como no he visto crecerse a nadie en una clara situación de desventaja. Su inferioridad de condiciones era tan obvia que su comportamiento solo

podía tildarse de temerario. Por supuesto, no curó su tartamudez del todo hasta que no encontró a este maestro algo más paciente, pero obtuvo los mejores resultados durante el período de violencia. Hay personas que escogen el camino difícil —continuó con la cabeza ladeada hacia ella—, que nacen con la piel de cuero y una testarudez animal que las arroja a vivir los peores tormentos…, pero los sobreviven. Todas y cada una de las veces.

Emma se lo quedó mirando a caballo entre el recelo y la fascinación. No terminaba de decidir si Casey hablaba desde el amor más profundo o veía a Kathryn como una bestia que no merecía consideración. Un hombre como él, que sabía qué palabras escoger en función del mensaje que deseaba mandar, no debería haber dejado espacio para las dudas, pero le costaba tanto hablar sobre la madre de su hijo que se convertía en esclavo de su elocuencia.

Observó que Casey giraba en el taburete para apoyar la espalda contra la barra y poder ojear a la concurrencia mientras bebía de su copa. Aquel fue el primer trago.

—Suena a que era una mujer magnífica —comentó Emma, esperando una clara confirmación—, y usted mismo me confesó ayer que la amaba… que la sigue queriendo a día de hoy. Por eso no comprendo por qué dejaría atrás al fruto de su romance, a un niño que lleva la sangre del ser querido. Incluso si Kathryn le hizo daño, señor Kaye, Matthew no tendría la culpa. No merecería pagar por los pecados de su madre.

Casey le respondió con lentitud.

—Estoy cansado y me gustaría tener la noche en paz, señorita Marston.

Emma frunció el ceño y lo miró aferrando su propia copa con los nudillos blancos.

—Yo también estoy cansada, señor Kaye. Estoy cansada de sus puestas en escena. No sé qué pretendía al ofrecerse a curar la tartamudez de Matthew, pero ese bonito gesto no borrará el hecho de que lo abandonó sin mirar atrás. Está muy equivocado si cree que voy a verle con buenos ojos porque haya tenido un par de aciertos, cuando la verdad es que no tendría que esforzarse por deslumbrarnos con su

generosidad si antes no hubiera pecado de vil y tacaño.

Casey se giró hacia ella con gesto inexpresivo.

—¿Eso es lo que estuvo repitiéndose anoche para no ceder a la tentación de refugiarse entre mis brazos? No acostumbro a dar explicaciones, pero se las voy a dar por el placer de trastocar su irreflexivo odio hacia mí. —Se inclinó hacia ella—. No supe de la existencia de Matthew hasta que cumplió los tres años, y no lo vi en persona hasta que recibí el orfanato en herencia. Ni siquiera fui quien lo trajo hasta aquí.

—De los tres años a los cinco hay más de seiscientos días que podría haber elegido para ponerse en marcha y venir a responsabilizarse de su prole —le espetó ella a un palmo de la cara—. ¡Los niños tienen que estar con sus padres!

Casey enarcó una ceja, genuinamente sorprendido por su exabrupto.

—Qué afirmación tan peregrina y decepcionante, señorita Marston. Los niños tienen que estar con quien los ame y los cuide —argumentó con sencillez—. Que mi sangre corra por las venas de Matthew no significa que yo vaya a ser mejor padre que quienes a día de hoy lo atienden. Ahora sé que defiende la importancia del vínculo biológico porque el señor Marston era un tipo magnífico, pero si no lo hubiera sido, si, de hecho, hubiera pecado de… vil y tacaño, como me acaba de acusar, ¿no habría preferido que la acogiera otro hombre distinto?

—No tergiverse mis palabras —replicó ella, desorientada por el giro en la conversación.

—¿Tergiverso sus palabras al señalar la lógica de la que carece su razonamiento? Me acusa de vil y tacaño, y me consta que esas son las acusaciones más indulgentes que podría dedicarme, y acto seguido me exige que me lleve a Matthew de aquí y ejerza de padre. ¿Se da cuenta de que da a entender que le desea lo peor al pobre niño? —Hizo una pausa deliberada para afianzar la mirada en ella—. ¿O es que no me ve con tan malos ojos como insiste en hacerme ver, y en realidad piensa que podría ser un buen tipo y un padre aún mejor?

Emma se sintió tan acorralada de pronto que solo pudo mascullar:

—Váyase al infierno.

—A eso me refiero, señorita Marston. A que quiere que me vaya al infierno al que pertenezco, y también espera que me lleve a Matthew conmigo, y a esto se le puede dar una interpretación cuanto menos inquietante. Pero supongo que no lo plantea de esta manera porque quiera que el crío sufra, sino porque es usted una mujer masoquista. A fin de cuentas… —se inclinó hacia ella con un atisbo de sonrisa maliciosa—, usted también se vendría al infierno si yo se lo sugiriera.

Emma lo enfrentó, ruborizada por la vergüenza.

—Lo único que quiero es que se haga cargo de su hijo —dijo con la boca pequeña.

Él se reclinó hacia atrás con la misma mueca presumida.

—Usted quiere muchas cosas, señorita Marston. Me da la impresión de que no hace más que pedir desde que la advertí de que para cumplir cada demanda suya le exigiría una compensación carnal. ¿No será esta otra burda manera de pedirme un beso? ¿A qué excusas recurrirá cuando se le agoten los recursos? ¿Me reclamará la luna o las estrellas solo para que a continuación yo me las cobre con una caricia?

Emma se levantó del taburete con los labios apretados.

Ni siquiera era la discusión más acalorada que habían mantenido desde que lo conoció, pero exponía con una sencillez vergonzosa sus tormentosos sentimientos. Si no fuera porque él mismo la estaba mirando con deseo, dando a entender que no juzgaba su manera de actuar, Emma se habría sentido humillada.

Pero incluso con el bochorno a cuestas habría seguido queriendo tomar sus labios.

—No es tan irresistible como se cree —le espetó, aun así—. Y denota un narcisismo embarazoso que se crea capaz de conseguir la luna y las estrellas cuando ni siquiera puede comportarse con caballerosidad y gentileza.

—Le sorprendería la gloria que podría alcanzar un hombre con el incentivo adecuado. ¿Y por qué se ofende, señorita Marston? —le preguntó con aparente serenidad. Su tono era el de siempre, pero su mirada quemaba—. No es usted la que se humilla ejerciendo la autoridad que tiene sobre mí. Soy yo el que compromete su dignidad

haciendo todo lo que se le pide, incluso si está en contra, para poder ponerle la mano encima.

Emma se estremeció con su confesión, que encontró halagadora por alguna razón irracional.

Estaba acostumbrada a las lisonjas habituales, a que la llamaran bonita en el mercado del pueblo, a que su marido le dedicara palabras cariñosas cuando se enredaban en las sábanas, pero no a que un admirador fuera dolorosamente consciente de su deseo y lo planteara como si fuera una enfermedad de la que no quería curarse.

—En ese caso, tal vez deberíamos dejar atrás este sórdido sistema de favores y que cada uno vaya por su lado. Yo ya he conseguido lo que quería.

Él deslizó la mirada por su barbilla y su cuello expuesto.

—Yo ni siquiera estoy cerca —repuso con voz queda.

—Pero ese no es mi problema —le espetó Emma, con las mejillas cada vez más coloradas. Había tomado una decisión con respecto a su diatriba interna: la balanza se equilibraba hacia sus sólidos principios, que no le permitirían retozar con un hombre sin corazón—. Lo mejor será que a partir de ahora se mantenga alejado de mí, señor Kaye.

—Eso puedo cumplirlo, señorita. La pregunta es si puede hacerlo usted.

Emma alzó la barbilla, orgullosa, y decidió que él tendría la última palabra dando media vuelta y marchándose de allí. Puso rumbo a su dormitorio, situado en el piso superior, con la esperanza de que comprendiera el mensaje: por supuesto que podía hacerlo. Acababa de darle la espalda cuando su cuerpo, ajeno al desagradable intercambio, seguía exigiéndole que se fundiera con él.

Una parte de ella, la pasional que se negaba a defender la ética básica, fantaseó con que Casey la seguía escalera arriba y entraba en su habitación sin pedir permiso. Esperó con el corazón encogido a que aquello sucediera, aun sabiendo que no era su estilo y que no insistir era su retorcida manera de castigarla.

Se dejó caer sobre la cama con un suspiro quebrado, y se contuvo para no romper a llorar de frustración.

Había soñado con volver a ilusionarse con un hombre después de su

marido, pero no estaba siendo tan magnífico como creía. Desear a Casey la desgastaba, la tenía el día entero con las emociones a flor de piel, hacía que se comportara como una auténtica trastornada, como había demostrado unos momentos atrás, y no podía admitirlo en voz alta porque se había prometido no volver a entregarse o confiar en un tipo de moral gris.

Y, aun así, Emma se tendió en la cama con las manos unidas bajo la mejilla y se quedó dormida con su rostro en el pensamiento.

Capítulo 16

Emma madrugó esa mañana para dar un paseo revitalizante. Sentía que necesitaba ponerse en marcha para ahuyentar los pensamientos que la distraían de su labor principal, y que provocaban que pasara la mayor parte de las lecciones tratando de recordar datos que ya debería haber memorizado.

Pronto, los niños empezarían a preguntarse qué le ocurría a señorita Marston, y no le gustaría verse explicándole a lady Marjorie o a Camille que había un hombre robándole besos a escondidas, debilitándola con sus feroces avances y haciendo que se preguntara si no tendría razón, si no sería lo mejor entregar a los niños a quien pudiera cuidarlos cuando uno era incapaz de demostrar amor.

Tuvo que cruzar la taberna para salir del edificio. Ni el señor Roger ni Aubree, su ayudante, habían retirado aún las copas de los escasos clientes que pagaron la noche anterior. Emma recordaba vagamente haber localizado al grupo de borrachos habitual, a los adictos al póquer y a Eleazar. Pensando en lo llamativo que habría sido ver al muchacho en compañía de un forastero, dirigió una mirada a la mesa que habían ocupado.

Las dos jarras de cerveza estaban vacías.

Cuando salió de la posada, estuvo a punto de ser arrollada por un caballo. El jinete gritó a tiempo para detener su montura, pero Emma se asustó de todos modos y se quedó petrificada con la mano pegada al pecho. Pudo intercambiar una rápida mirada con el desconocido, que se disculpó a regañadientes. Tenía los ojos inyectados en sangre, señal de que había pasado la noche bebiendo. No lo reconoció como ninguno de los habitantes del pueblo. Supuso que se trataba del forastero que le había hecho compañía a Eleazar.

Observó que apretaba las riendas con impaciencia.

—¿Piensa apartarse? —le ladró.

Emma pestañeó dos veces antes de echarse a un lado y hacerle un

gesto burlón para que continuara la marcha, ofendida por sus modales y también extrañada por la actitud.

Se encogió de hombros y rodeó la posada para continuar el paseo por el bosque, donde se concentraba el frescor de la mañana. Allí no correría el riesgo de tropezar con ningún madrugador que se haría preguntas —o, peor, las enunciaría en voz alta— sobre el rumbo que tomaba.

Emma solo había hecho buenas migas con Camille porque ella también guardaba un secreto; porque no juzgaba a los demás. El resto de los brightonianos, incluidas las maestras de la escuela —Harriet no disimulaba su desdén, ofendida porque se atreviera a seguir la moda masculina, y lady Marjorie luchaba por aceptarla porque estaba en su naturaleza bondadosa, pero no la comprendía—, la ignoraban en los eventos públicos o se acercaban a ella para hacer preguntas incisivas o comentarios en apariencia inocentes que, sin embargo, ocultaban un fondo despectivo. Emma estimaba necesario mantener las distancias con ellas, pero a veces echaba de menos la relación que había mantenido con sus vecinos en Worthing; lo querida y respetada que era.

Al final sí era posible vivir varias vidas en una sola, pensó mientras se abrazaba los hombros. Ella había sido la estrella y la estrellada.

Estaba retirando un par de ramas para internarse en el bosque cuando le pareció oír un gemido animal. Emma frenó en seco. No le tenía miedo a las criaturas salvajes, pero sí respeto. Fue a darse la vuelta para tomar un sendero distinto. La detuvo un sonido parecido, este dolorido.

Emma miró por encima del hombro en busca del animal, que con toda probabilidad habría caído en una trampa y estaría agonizando. Decidida a darle una muerte rápida, como había visto hacer a los granjeros de Worthing cuando sus perros o mulas regresaban con una pata irreparable, Emma rehízo sus pasos con tiento, procurando que el sonido de sus pies al hundirse en la mullida hierba no sofocara el ruido de la criatura. El instinto la guio hacia el pequeño arroyo que corría desde la colina y desembocaba en la playa.

—¡Dios mío! —jadeó al ver que una mano humana asomaba entre

las hojas mojadas.

Echó a correr hacia allí con el corazón encogido, y perdió el equilibrio y el aliento al confirmar que se trataba de un joven.

Al principio no lo reconoció, ni siquiera cuando se agachó, clavando las rodillas en la tierra húmeda, y retiró de su rostro los restos de barro. Tenía la cara tan inflamada que no podía abrir los ojos, los labios partidos y ensangrentados, y le habían arrancado violentamente algunos mechones del flequillo y el cuero cabelludo, como anunciaban las calvas enrojecidas.

Emma estuvo a punto de romper a llorar creyendo que se trataba de alguno de sus alumnos, pero al fijarse en sus graciosas orejas y la frente despejada cayó en la cuenta de que se trataba de Eleazar.

El descubrimiento no la hizo sentir mejor. Le habían quemado el cartílago de una oreja, y su cuerpo desnudo no presentaba un mejor aspecto.

—Eleazar —susurró Emma, inclinándose para tratar de sacarlo del arroyo. El muchacho era increíblemente alto, estaba aterido y no se encontraba en condiciones de ayudarla a salvarlo, pero con esfuerzo y tesón logró levantarlo de la zanja y extenderlo con cuidado sobre la hierba—. Eleazar, dime algo —le rogó, acongojada. Estaba helado, pero no temblaba—. Dime que estás vivo.

Emma se retiró las lágrimas con rapidez y se apresuró a quitarse la chaqueta que se había puesto para combatir el frío matinal. Le cubrió el torso amoratado y le frotó los hombros con angustia, confiando en hacerle entrar en calor mientras ella recuperaba las fuerzas para cargarlo hasta el pueblo. Pensaba que, cuanto más lo mirara, más fácil le resultaría afrontar los daños, pero llegó un punto en el que Emma tuvo que quitar la cara y cubrírsela con manos temblorosas para ahuyentar una imagen que amenazaba con quedarse grabada en sus retinas.

Se armó de valor con una profunda inspiración y se inclinó para comprobar que seguía respirando. Estaba tan nerviosa que no le pareció que el aire siguiera entrando en sus pulmones, pero se tranquilizó al confirmar que tenía pulso.

Débil, pero ahí seguía.

—No pasa nada, voy a llevarte a la posada —le prometió en voz baja.

Sentía que no le sobraba el tiempo para salir corriendo en busca de alguien que la ayudara. No podría perdonárselo si, cuando regresaba, descubría que Eleazar había muerto solo y desnudo en el bosque, sin nadie que le hiciera compañía ni le diera su calor.

Se echó el brazo de Eleazar por los hombros y lo sostuvo por la cintura para arrastrarlo de manera precaria sendero abajo. Al ver que el muchacho tenía la cabeza descolgada hacia delante, como si no fuera ya más que un cadáver, Emma se tensó y apretó el paso.

No lo miró en todo el trayecto, concentrada en mantener el equilibrio. No pesaba tanto como había pensado gracias a su extrema delgadez, pero seguía superando por mucho sus fuerzas.

Cuando cruzó el umbral de la posada, procurando que la chaqueta se mantuviera atada a la cintura de Eleazar, estaba sudando, había perdido el aliento y por poco también la esperanza. Habría suspirado de alivio al toparse con el señor Rogers y con Casey, que habían madrugado para continuar su conversación del día anterior, si le hubiera quedado aire en los pulmones.

—Ayuda —articuló con la boca seca.

Casey, que le estaba dando la espalda, le lanzó una mirada rápida por encima del hombro. Dicha mirada pasó por todos los estados: al principio lo desarmó el asombro, luego le sobrevino una curiosidad manchada por la inquietud, y finalmente le invadió el reconocimiento del herido que cargaba.

Emma supo que jamás olvidaría su reacción, porque fue su proceder lo que cambió de forma instantánea y radical la manera en que lo percibía.

Casey se bajó del taburete sin dilación y fue hacia Eleazar con el gesto ensombrecido. La tensión de su cuerpo exudaba una hostilidad que habría instado al más valiente a echarse a un lado. Solo alguien que hubiera estado lo bastante cerca de él, como Emma lo estuvo al soltar a Eleazar para que Casey pudiera sujetarlo, se habría dado cuenta de que había un grito de horror camuflado en su mirada fría.

—¿Quién ha sido? —preguntó con una calma fría que le produjo un

escalofrío.

—No… no lo sé. He salido a dar un paseo por el bosque y lo he encontrado semienterrado en el arroyo —respondió con la voz entrecortada. Luego recordó la expresión turbada del forastero, y cómo sus nudillos enrojecidos se habían tensado al agarrar las riendas para no pasarle por encima. Emma tragó saliva—. Creo que ha podido ser el hombre con el que estuvo charlando anoche. No sé si se dio cuenta de que Eleazar compartía mesa con un…

—Claro que me di cuenta —la cortó con severidad. Le costaba tanto controlarse que las palabras salían disparadas de su boca. Vio que levantaba a Eleazar en vilo y le hacía gestos al posadero para que se acercara—. Tráeme el alcohol más puro que tengas. Te lo pagaré a precio de oro, pero dámelo.

El señor Rogers ni se lo pensó. Desapareció un instante detrás de la barra para traer consigo dos botellas sin estrenar de ron barato, que Casey descorchó con un solo movimiento y utilizó para empapar el pañuelo de lino que unos días antes había usado para limpiar la sangre de las manos de Emma.

Ella no reaccionó en un primer momento. Seguía recuperándose del soberano esfuerzo de arrastrar al muchacho hasta la posada, muerta de miedo y con la garganta atorada, y ahora tenía ante sí al hombre inconmovible muy cerca de demostrar que había un ser humano sobre la Tierra capaz de conmoverle.

No se le habría ocurrido jamás que le tuviera tanto aprecio a Eleazar. Les había visto interactuar, pero Casey se comportaba con él como si le exasperara, de ningún modo era afectuoso. Sin embargo, lo que reflejaba su semblante no era solo la rabia ante una injusticia que alteraría incluso al más indiferente, sino la preocupación de un padre.

—¿Cómo puedo ayudar? —balbuceó Emma.

—Vaya a buscar al médico —dijo sin mirarla, concentrado en limpiar las heridas del muchacho. Actuaba con una rapidez y una precisión tales que Emma llegó a la conclusión de que no era la primera vez que se las veía en una situación similar.

—En Brighton no hay médicos —se excusó el posadero, retorciendo las manos sobre el mandil—. Hay un solo doctor en toda la costa que

viene de visita una vez a la semana; el resto de los días pasa por Worthing, Bournesmith, Selsey… Todos los pueblos vecinos, en definitiva. No vendrá a Brighton hasta el viernes.

Casey parecía a punto de perder los papeles.

—Entonces me lo llevo a Londres ahora mismo —determinó, no obstante.

—¿A Londres? —repitió Emma—. ¿Cree que le conviene hacer un viaje tan largo en su estado?

—En la capital están los mejores especialistas, y no tengo tiempo para enviar una nota requiriendo al médico y esperar a que termine sus visitas para venir. Me lo voy a llevar en una carreta cubierta tirada por tres caballos. Necesito un conductor al frente y a alguien que tenga una mínima noción de medicina para atenderlo durante el viaje —le expresó al posadero.

—Despertaré a Aubree para que vaya con usted —decidió el señor Rogers—. Es la que atiende a los clientes cuando tienen algún percance, y hasta el día de hoy todo el mundo ha celebrado su desenvoltura en situaciones complicadas.

Casey asintió con la cabeza, tenso como la cuerda de un violín, y continuó limpiando las heridas del rostro desfigurado.

Emma observó a la criatura con el corazón en un puño.

Un médico podría salvarle la vida si las heridas no se le infectaban en el trayecto de ida, pero dudaba bastante que conservara la belleza juvenil del muchacho, o que pudiera volver a andar con naturalidad. Ahora que Casey le estaba haciendo un reconocimiento completo, como si él fuera el médico, Emma había podido fijarse en que tenía una rodilla doblada en un ángulo surrealista, las uñas levantadas y el hombro fuera de su sitio.

—Señor Rogers —lo llamó Casey antes de que el posadero corriera escaleras arriba para despertar a Aubree—. ¿Conoce el nombre del forastero que pasó aquí la noche?

—Debe de figurar en el cuaderno que lleva mi esposa —respondió, vacilante, desde el pie de la escalera—, pero me temo que es una lista confiden…

—Tráigalo también —le cortó sin más—, o averigüe cómo se llama.

—Señor Kaye, no puedo hacer…

—Traiga el dichoso cuaderno, Rogers —le advirtió con una estremecedora ira fría—, o me veré obligado a averiguarlo por mis propios medios, que de seguro encontrará reprobables.

—¿Qué piensa hacer con el nombre del agresor? —murmuró Emma, que sostenía la cabeza del muchacho con ternura para darle calor.

—Eso solo me concierne a mí.

Después de observarle durante un buen rato, lo que Rogers tardó en bajar con la soñolienta Aubree y el cuaderno en la mano, y lo que se demoró a posteriori en preparar la carreta y avisar al conductor, Emma cayó en la cuenta de que tenía la mirada perdida, de que no la enfocaba en ninguna lesión concreta, en ninguno de los rostros a los que daba órdenes.

Cuando estuvo todo preparado, Casey ya no pudo seguir fingiendo. Habían empezado a temblarle las manos, ya fuera por el horror o por la impotencia, y respiraba irregularmente.

Antes de marcharse en pos del muchacho, al que cargaron entre el señor Rogers y el cochero, Emma lo detuvo poniéndole una mano en el hombro.

Casey se giró de forma abrupta, como si lo hubieran despertado de manera brusca de una pesadilla.

—Tranquilo —le dijo ella en voz baja, con un nudo en la garganta. Buscó su mirada en vano—. Todo saldrá bien, Casey. El muchacho todavía respira, y es lo bastante joven para soportar el dolor hasta que lo atiendan como es debido.

No sabía de dónde salía aquella necesidad de serenarlo, de transmitirle confianza. El día anterior lo habría abofeteado con tal de alejarlo de ella, enfurecida por su flagrante debilidad por él, y ahora sentía que, para separarla de su cuerpo, tendría que dirigirle una humillación imperdonable.

Casey no se movió, pero eligió su rostro para enfocar la vista con una fijeza casi dolorosa, como si necesitara un ancla en tierra para que no se lo llevaran los demonios. Emma se quedó sin respiración al reconocer el brillo conmovido del agradecimiento en sus ojos negros,

que siempre le habían parecido inquietantes, pero que ahora, al desnudar su humanidad, se le antojaron insoportablemente hermosos.

Guiada por un impulso, le cubrió la mejilla con la mano, que tenía manchada de sangre de Eleazar, y lo acarició con delicadeza.

—Se arreglará —le prometió con un hilo de voz, sobrecogida por la intensidad de su mirada.

Antes de plantearse si sería o no adecuado, lo rodeó con los brazos para transmitirle las fuerzas que necesitaría para combatir la angustia y la rabia. Emma no podía ni imaginarse cómo se sentía que le procuraran un daño tan terrible a un ser querido, pero empatizaba con él de igual modo.

Al principio, Casey no reaccionó, pero al cabo de unos segundos que Emma temió haber cometido un error, la estrechó contra su pecho en un arrebato agónico. Presionó los labios contra el hueco entre su cuello y su hombro.

Emma lo sintió temblar mientras recorría silenciosamente su espalda con una caricia.

—Tienes hasta que volvamos a vernos para pensar de qué manera quieres que te recompense por lo que has hecho —le dijo con voz ronca, muy cerca del oído. Emma comprendió que se refería a la retribución por haber arrastrado a Eleazar hasta la posada—. Puedes pedirme la luna y las estrellas. Puedes pedirme el sol, Emma, o una libra de mi carne. Te juro que no hay nada en este mundo que no esté dispuesto a darte.

No le cupo la menor duda de que cumpliría su promesa cuando fue testigo de determinación, presente en la última mirada que recibiría hasta que regresara a Brighton o ella viajara con lady Bainbridge y las muchachas a Londres.

Emma lo vio desaparecer por la puerta sin poder moverse, consciente de que no le gustaría perderlo de vista durante tanto tiempo; de que, de alguna retorcida e inexplicable manera, aquel hombre la había hechizado con su carácter enigmático y sus caricias prohibidas… y ella no tenía el poder para combatir o deshacer aquella misteriosa magia.

Capítulo 17

En las cuarenta y ocho horas posteriores al ataque, Casey localizó en Harley Street al mejor médico de la ciudad de Londres y lo arrastró con la promesa de una fortuna a la modesta habitación de alquiler en la que Eleazar descansaba sus huesos.

A fin de darle espacio al muchacho para descansar, pues su dormitorio apenas constaba de una cama y un guardarropa y no cabría ni un alfiler más, Casey había pagado para sí mismo una semana entera de hospedaje en Albany, los apartamentos de solteros en los que tendía a quedarse cada cierto tiempo. El hotel Albany se encontraba lo bastante cerca de la habitación de Eleazar para que, una vez terminara de atender sus obligaciones laborales, pudiera prestarle una rápida visita; todo para comprobar que el muchacho, aunque estaba siendo tratado con la mejor atención sanitaria, todavía no recuperaba la consciencia.

En esas cuarenta y ocho horas, Casey hizo un estudio exhaustivo del sujeto que lo había atacado. Según el cuaderno y las indicaciones del señor Rogers, se trataba de un tal Ferdinand Dominic, natural de Sussex, pero emigrado a la capital tras una oferta de trabajo en las fábricas de carbón de las afueras. Había cumplido los cuarenta y tres ese año, estaba casado, tenía cuatro hijos y vivía en una humilde casita adosada en Spitalfields. Barajando estas consideraciones, Casey había llegado a una conclusión: reemplazar su fuerza de trabajo en la fábrica tomaría un par de entrevistas, y no lo echarían de menos a posteriori, pero sospechaba que sus cuatro hijos sí lamentarían su definitiva ausencia, por lo que el escarmiento no podía ser determinante.

Mientras meditaba sobre el mejor método de acción, Casey lanzó una mirada al convaleciente, al que había ido a ver después de citarse con un par de empresarios interesados en sus servicios. Llevaba el que Eleazar llamaba «el atuendo de Midas», en referencia a que solo se

ponía aquella discreta chaqueta de terciopelo cuando iba a cerrar un jugoso pacto comercial.

Casey afianzó la mirada en el muchacho con los labios apretados.

Nunca fallaba al hacer una referencia veterotestamentaria, y su sentido del humor era uno de tantos signos de su incomparable ingenio. Si hubiera nacido en el seno de una familia con oportunidades, se habría convertido en un hombre culto, como ya insinuaba el hecho de que una detenida lectura de la Torá y el Antiguo Testamento hubiera bastado para que memorizara la mayor parte de los fascículos.

Casey no necesitaba entrevistarse con Ferdinand Dominic para preguntarle por qué. Tampoco pretendía disparar contra Eleazar un interrogatorio exhaustivo, ante el que se encogería con gesto desorientado, como cada una de las veces que alguien lo desairaba, como si no entendiera qué había hecho mal pese a conocer de sobra el trato que recibían las personas con sus inclinaciones. Casey ya sabía qué había motivado el asalto. Lo habían atacado, simple y llanamente, porque era una presa fácil, un chico débil, una presencia disonante, un crío valiente que no se escondía y le daba a la vida una oportunidad tras otra para toparse todas y cada una de las veces con un muro inexpugnable.

Alejó los pensamientos violentos que le invadieron al recordar el lamentable estado en el que Emma había encontrado al muchacho. El médico le había advertido que las lesiones eran resultado de un ensañamiento feroz, y que algunas de ellas nunca terminarían de cicatrizar.

Estaba planteándose la mejor manera de abordar el asunto de su salud una vez despertara cuando un gorjeo lo devolvió a la realidad. Cerró el libro que había fingido leer y se giró hacia el camastro donde Eleazar languidecía desde hacía un par de días.

Hizo un soberano esfuerzo por despegar los párpados. No le costó habituarse a la luz: el día había amanecido con un nublado cegador, pero Casey había tomado la precaución de correr las diáfanas cortinas.

—Hasta que por fin nos honras con tu presencia —dijo en tono inexpresivo, mirándolo con los ojos entrecerrados—. Comprendo que

el descanso es necesario para la recuperación, pero casi tres días durmiendo son un exceso incluso para un perezoso como tú.

Eleazar intentó incorporarse sin ser aún consciente de la gravedad de su estado. Emitió un gemido ahogado antes de derrumbarse sobre la ristra de almohadas que lo mantenían erguido y franqueado por los costados. Se frotó los ojos con el brazo funcional, el que no estaba limitado por el hombro dislocado y la clavícula rota, y ladeó la cabeza hacia Casey con una media sonrisa beatífica que calmó sus estúpidos nervios en el acto.

—Si he aprovechado para dormir es porque me hace trabajar demasiado, señor Kaye.

—Si te hiciera trabajar demasiado, habrías estado empleándote a fondo aquella madrugada y no siendo agredido por un canalla —barbotó sin poder contenerse. Tuvo que hacer una pausa para recobrar el aliento.

—¿Está usted echándose la culpa, señor Kaye? —inquirió con voz pastosa mientras se revolvía bajo las sábanas igual que un gato mimoso para encontrar la mejor postura.

—En absoluto.

Pero eso no era del todo cierto.

—Pues si va a echármela a mí, resérvelo para más tarde.

Casey se quedó en silencio, sin saber cómo negar aquella insinuación tan justa. No habría sido la primera vez que agarraba a Eleazar del pescuezo y lo sacaba a trompicones de un establecimiento público para sacudirlo, exasperado, y espetarle que no se le ocurriera volver a pavonearse ante la crema de la sociedad como una vulgar prostituta.

Al menos, no si no quería recibir una buena somanta.

Si bien seguía sosteniendo que su comportamiento travieso sería inadmisible sin importar su condición, pues un muchacho debía mantener la compostura ante una escolanía de caballeros, ya fuera burgués, duque o un pobre judío exiliado, ya le gustaran los hombres, las mujeres o nada en particular, Casey nunca había pensado que el crío fuera culpable de las dramáticas reacciones del resto.

Por desgracia, no supo cómo transmitirle que no le juzgaba. Seguía

tan conmocionado por lo ocurrido que no lograba organizar sus pensamientos.

—Creí que le gustaba —confesó Eleazar de pronto. Había girado la cabeza hacia la pared contraria. Alargó el brazo débil y recorrió con los dedos los dibujos del papel de pared—. Por eso lo seguí fuera de la posada.

—Eleazar… —empezó Casey con una mezcla de congoja y rabia.

—Era la primera vez que un hombre se mostraba tan complacido en mi compañía, que no me exigía que nos escondiéramos —se justificó enseguida—. Fue cariñoso conmigo en público, ¿entiende? Parecía que no le importara lo que el resto de los clientes pensaran. Por un momento me sentí… normal, como una de esas muchachas que coquetean inocentemente con los desconocidos en el camino de la iglesia o en una taberna de mala muerte.

Casey tensó los dedos que descansaban sobre sus muslos.

—No eres una de esas muchachas, Eleazar —le replicó con gravedad—. Va siendo hora de que lo aceptes y actúes en consecuencia, o la próxima vez te encontraré sin pulso y en una zanja.

Eleazar no podía darle la espalda del todo, pero giró la cabeza de manera que solo pudiera apreciar el pómulo amoratado y la línea marcada de la mandíbula.

—Usted no lo entiende —rechinó entre dientes.

—No, no lo entiendo porque no estoy en tu piel —reconoció Casey con el mismo tono intransigente—. Pero, a escala menor, sí sé lo que es ansiar ser alguien que no soy y tener lo que queda fuera de mi alcance.

—No es lo mismo haber nacido pobre que haber nacido sodomita —replicó con cierto desdén; uno muy merecido—. Usted ha podido cambiar su suerte.

—Los pobres nunca dejamos de ser pobres. El nacimiento nos marca para siempre, y si quienes nos rodean no se dan cuenta de nuestra condición natural, al menos nosotros sí somos conscientes. Debemos actuar para disimularlo, para que parezca que crecimos en el privilegio. Es lo mismo que debes hacer tú, si no para que te respeten, al menos para garantizar tu supervivencia. Finge hasta que encuentres

a alguien con quien puedas dejar de hacerlo.

Eleazar lo miró de reojo y suspiró con resignación.

—Nunca me dice lo que quiero oír, señor Kaye —confesó con tristeza.

Casey se puso en pie y se arregló los hombros de la chaqueta, se alisó las arrugas de la camisa y se tiró de la pernera del pantalón para posponer la respuesta que pujaba en su garganta.

—Si te dijera lo que quieres oír y me tomaras la palabra, tendría que hacerme a la idea de que te enterraré antes de la mayoría de edad. —Tragó saliva con dificultad—. Y eso, Eleazar, no me haría feliz. No me haría feliz en absoluto.

—No es tan difícil entender que prefiero morir a llevar una vida de apariencias. La otra noche me sentí borracho de felicidad —reconoció con voz temblorosa, y aun así firme como las raíces de un roble—. No importa cuánto dolor me aceche a la vuelta de la esquina. No quiero renunciar a eso.

Casey quiso sacudirlo hasta que entrara en razón, pero empezaba a darse cuenta de lo importante que era para Eleazar expresar su identidad.

Tenía que reconocer que el muchacho, además de ponerle en incontables compromisos, monopolizaba horas y horas en sus exhaustivas meditaciones. Se preguntaba cómo era posible que un joven tuviera tales deseos de muerte, que se arrojara sin medir las consecuencias a los brazos del primero que le diera a entender que podía corresponder sus afectos o solo hacerle entrar en calor. Había pensado que a Eleazar le movía el deseo de rebeldía en exclusiva, pero cuánto se había equivocado, y cuánto seguiría equivocándose tratando de comprenderlo.

No podía siquiera concebir cómo se sentían los hombres con sus inclinaciones. Solo sabía que se enorgullecía de su bravura, y que lo protegería con su vida si fuera necesario.

—No tiene que salvarme de mí mismo, señor Kaye —agregó Eleazar al ver que se dirigía a la puerta—. Aún no he averiguado por qué se toma esa molestia, pero por mí queda relevado de toda responsabilidad.

—Te lo agradezco, Eleazar —respondió con una ironía tan fina que probablemente el muchacho no se diera ni cuenta—. Ahora podré emplearme a fondo buscando otras misiones suicidas para ocupar mi tiempo.

Abandonó la habitación y se despidió con un gesto de cabeza del propietario del edificio para poner rumbo a Spitalfields.

Como empleador, nunca había escatimado en gastos: le pagaba más dinero del que el muchacho había visto o manejado jamás, pero nada le garantizaba que Eleazar lo invirtiera en dormir bajo un techo que no se derrumbara sobre su cabeza. Ahora se alegraba de haber visto con sus propios ojos dónde vivía. Confirmaba que el muchacho era prudente en algunos aspectos y no malgastaba la asignación en juergas.

Tuvo en mente la conversación con él durante todo el trayecto al barrio, algo menos desmejorado de lo que se le achacaba a la entrada, y absolutamente caótico conforme uno se adentraba en sus calles.

Casey no tenía miedo de pasearse con sus prendas finas, expuesto a la malicia de los carteristas que se agazapaban en los callejones a la espera de una presa fácil. Como le había mencionado a Eleazar, un pobre siempre era pobre, y había lecciones vitales que no se olvidaban. Él sabía en qué barrios le convenía afinar los sentidos y confiarse en su seguridad para advertir a los ladronzuelos de que no se saldrían con la suya si decidían atacar. Sabía dónde se escondían los críos que, espoleados por sus padres maleantes, se iniciaban en el cuestionable arte del atraco. Las calles estaban igual que cuando Casey era expulsado de su distrito original y se veía obligado a trasladarse al más cercano para desempeñar sus labores de dudosa legalidad.

Se detuvo a los pies de la dirección que había memorizado. Echó una ojeada a las ventanas del piso superior y amusgó los ojos para comprobar que eran dos niños los que jugaban a saltar sobre el colchón del dormitorio. Las ruidosas carcajadas de las criaturas llegaban hasta la zona desierta. Era domingo y el reloj marcaba las doce del mediodía: los pobres diablos de Spitalfields estaban en la iglesia más cercana recibiendo el cuerpo de Cristo para tener algo que llevarse a la boca. Apostaba por que la esposa del señor Dominic había

llevado de la mano a sus dos vástagos mayores para pedir por su futuro.

Llamó a la puerta con los nudillos y se retiró un paso. Se abrió la chaqueta con paciencia y acarició el discreto aunque amplio bolsillo interior. Un hombre robusto de aspecto desmejorado y con el torso al aire lo recibió con gesto desconfiado. Casey lo reconoció en el acto. Estuvo tan pendiente de su intercambio con Eleazar en El Ganso que lo habría localizado entre una muchedumbre con los ojos cerrados.

—¿Ferdinand Dominic? —inquirió con aparente solicitud.

—Sí, ¿qué pasa? —gruñó con el ceño fruncido—. ¿Quién es usted?

—Soy el muchacho judío de la posada de Brighton. Eleazar. ¿Me recuerda?

Casey sacó la pistola del interior de la chaqueta y, sin cambiar la expresión indolente, le disparó primero en una rodilla, y luego en la otra.

Ferdinand emitió un aullido animal. Aunque intentó agarrarse a la puerta para no ceder a su peso, cayó postrado, lo que solo empeoró el dolor de las articulaciones. El sonido del mecanismo del arma y los llantos desgarrados del tipo levantaron un eco tétrico en la calle. Los vecinos, si es que no estaban en la parroquia, no tardarían en asomarse, pero a Casey le importó poco enfrentarse a una denuncia. Sabía por conocimiento de causa que las autoridades no escuchaban a los pobres diablos de Spitalfields.

Guardó la pistola, se dio media vuelta y bajó la calle en el mismo sentido que había tomado antes de hacer la necesaria parada. Los gritos de Ferdinand y el auxilio del único vecino que estaba allí para escucharlo, que no se atrevió a salir de su propia casa, lo escoltaron en su serena salida del barrio. Pensó, distraído, que ahora que Eleazar estaba despierto y en proceso de recuperación, y que se había tomado la justicia por su mano, solo le quedaba pendiente agradecerle a la señorita Marston su encomiable actuación.

Nunca había dudado que fuera una persona genuinamente bondadosa, pero estaba tan conmovido aún por el hercúleo esfuerzo que llevó a cabo para rescatar a Eleazar que todavía le costaba asimilarlo.

Como si el cielo quisiera facilitarle la tarea de encontrar el regalo perfecto, quiso la casualidad que tropezara de frente con su hermano Edgar en su camino a Bond Street. Lo reconoció ya de lejos, con su inconfundible melena negra recogida sin ornamentos y su característico caminar, pausado adrede para que todo el mundo se detuviera a admirarlo.

Casey siempre lo había tomado por un estúpido presuntuoso. Lo más probable era que lo fuese y que justamente por ese motivo la clase alta lo adorara.

—¡Hombre, Cas! —lo saludó con un guiño. Llevaba las manos ocupadas cargando una caja de proporciones considerables—. Vas hecho un pincel. ¿A dónde te diriges?

Siempre le hacía la misma pregunta con la intención de acompañarlo hasta medio camino. Casey no se oponía porque estaba conforme con que aquella fuera la manera en que se les había ocurrido honrar su vieja relación de hermanos. No era invasiva ni requería una gran energía, como sí invitarse a tomar unas copas o cenar en White's, y después ambos se sentían revitalizados por el simple hecho de haberse dirigido la palabra.

—Esperaba que me lo dijeras tú. Me ha venido de perlas encontrarme contigo. Me gustaría hacerle un regalo de agradecimiento a una mujer a la que tengo en cierta estima, y sospecho que nadie me aconsejaría mejor que Edgar Gresham en materia femenina.

Una sonrisa vanidosa curvó sus labios.

—¿A qué mujer tienes tú en cierta estima, canalla? No me consta que le guardes aprecio ni a la Virgen, la más bella representación del género femenino…, aunque vas tan bien plantado que cualquiera diría que regresas del servicio dominical —valoró con una mirada de arriba abajo.

Casey había tenido cuidado de sacudirse los restos de pólvora de la chaqueta antes de detenerse delante de Edgar.

—Algo así, sí —respondió con ambigüedad—. ¿Ideas?

—Acabo de salir de la mejor sastrería de Inglaterra. El señor Hallywell está encantado de tenerme como modelo masculino y justo hoy he recogido un par de trajes que me ha confeccionado para lucir

esta temporada. —Levantó la bonita caja, rematada con un primoroso lazo de seda. Tenía el apellido del artista grabado en letras doradas—. También goza de toda una reputación entre las mujeres. Si yo quisiera dejar boquiabierta a alguna señorita, no dudaría en pagarle un vestido de Hallywell's.

Casey recordó a Emma bailando con el único vestido que tenía.

¿Cómo no se le había ocurrido sorprenderla con un traje?

—Supongo que sus tarifas son inasumibles.

—Evidentemente, aunque eso no sería un problema para ti. El problema es que sí que es… ¿cómo decirlo? —Cerró un ojo—, un tipo muy exquisito y celoso de sus obras. El hombre o la mujer que lleve sus modelos tiene que apelar a su definición de magnetismo, o de lo contrario se niega en rotundo a vestirlos. Se ha dado el caso de que la duquesa de Sandringham le ofreciera una auténtica fortuna por un simple sombrero de su creación, y este alegara sin miramientos que no vestiría ni borracho a una mujer con sus… voluminosos atributos, y te puedo asegurar que a los atributos de su excelencia no les pasa nada —apostilló con una media sonrisa secreta, tentado por un pensamiento agradable—. De hecho, está considerada una de las grandes e incuestionables bellezas de la capital. Pero al señor Hallywell le gustan las criaturas diferentes —asumió con un encogimiento de hombros—. No sé si has tratado a la señora Egerton, la esposa de aquel restaurador de la Royal Academy tan amigo de Asher. Es una de sus grandes musas. Y Siobhan, claro. Ese bastardo está enamorado hasta las trancas de Shiv —se rio con ternura—, pero ¿quién no?

Si Siobhan y Phoebe Egerton lucían diseños de Lyndon Hallywell, Casey podía hacerse una idea de la clase de mujer a la que el sastre miraba dos veces. Lady Bainbridge era bonita, pero su belleza quedaba eclipsada por la dolorosa nostalgia que exudaban sus ojos tristes, y Phoebe Egerton no podría considerarse bella de ninguna manera, pero había algo en sus rasgos feéricos, en su manera de habitar el espacio, que la hacía irresistible.

Casey estaba convencido de que Hallywell no dudaría a la hora de confeccionar un vestido para Emma, que cumplía los que dedujo que eran sus requisitos. Era indiscutiblemente hermosa, pero al mismo

tiempo detractora del canon estético.

—Llévame a la sastrería.

Edgar enarcó las cejas.

—No es así como Lyndon funciona. Tienes que escribirle solicitando con exactitud el servicio que precisas, como un guardarropa entero, un vestido para una velada invernal o un sombrero de paseo, y esperar a que le convenza tu perfil de cliente para ser invitado a su establecimiento. Allí te examinará como si fueras un pedazo de carne expuesto en el mercado de Covent Garden y decidirá si eres lo bastante llamativo para lucir una de sus creaciones.

—Si te tomas la libertad de llamarlo por su nombre de pila, debe de ser porque os une una amistad —le cortó Casey con gesto inexpresivo —. Estoy seguro de que no me cerrará las puertas si acudo de tu parte.

—El señor Hallywell no cree en el nepotismo, Cas, y no me gustaría perder su favor poniéndole en un compromiso semejante. —Edgar lo miró de arriba abajo otra vez. Casey se tuvo que morder la lengua para no hacer un comentario sobre el más impertinente de sus vicios. Le costaba comprender por qué lo tenían por un adorable miembro de la alta sociedad si tenía costumbres tan maleducadas—. Pero ya que estás desesperado, te daré el gusto. Así tendré una anécdota vergonzosa sobre ti que contarle a Simon.

Casey se resistió a poner los ojos en blanco.

Edgar y Simon eran los únicos ahijados de Marriott que habían hecho buenas migas desde el primer momento, y solo porque tenían un carácter compatible. Casey era más bien del tipo retraído y solitario, por lo que desde el primer día impuso una distancia insalvable; Asher no tenía la piel tan gruesa como para comprender el hostil sentido del humor de sus dos primos, y en cuanto al reciente heredero de la baronía, Chadwick…

Bueno, Chadwick había nacido precedido por el título de lord. Sus privilegios le separaban de forma irremediable del resto de los protegidos, y si no lo hubieran hecho de manera indirecta, el propio Chadwick en persona se habría encargado de recordarles sus diferencias, y no precisamente con tacto.

Acompañó a Edgar en el sentido contrario al que había tomado.

Enseguida localizó en la acera izquierda una hermosa fachada pintada de azul rey. Las letras doradas destacaban con elegancia sobre la hermosa puerta tallada. Por lo visto, no necesitaba un escaparate donde exponer las telas con las que trabajaba o siquiera bocetos de sus últimas creaciones. Se bastaba y sobraba con la reputación que se había labrado para tentar al comprador a pasar.

En cuanto pasaron al recibidor, escueto en tamaño pero decorado con mucho gusto y de acuerdo a los colores a los que Hallywell era fiel, una joven de no más de veinticinco años acudió a recibirlos. Tenía el cabello castaño recogido en un moño tirante, y con su conmovedora sencillez defendía un cómodo vestido azul marino.

Como sucedía siempre que se encontraba con alguien cuando iba con Edgar, la muchacha se dirigió a él ignorando a Casey por completo.

—¿Se ha olvidado algo, señor Gresham? —le preguntó, solícita.

—De hecho, sí —respondió él con una media sonrisa irresistible. La tomó de la mano con la que no apretaba contra su pecho un cuaderno y le besó el dorso con delicadeza. La joven se ruborizó furiosamente, pero como le sucedía a todas las féminas del reino sin excepción que Casey pudiera recordar, no pudo evitar devolverle la simpatía flotando en una nube—. Me gustaría hablar con tu jefe.

Una figura elegante retiró el biombo que separaba la estancia interior del recibidor y se personó con el ceño fruncido. Dicho ceño se crispó por un instante al reparar en la escena romántica entre la ayudante y el casanova, pero se suavizó de forma ostensible en cuanto localizó a Casey.

—Siento molestarle de nuevo, Hallywell —le dijo Edgar, todavía sosteniendo la mano de la encantadora secretaria—. Ya sé que en domingo no atiende usted a nuevos clientes, que solo puede uno pasarse por aquí para recoger sus pedidos, pero…

—Estaré encantado de confeccionarle un nuevo guardarropa, si lo desea —le cortó Lyndon, sosteniendo la mirada de Casey en la distancia. Ni siquiera se había dado cuenta del exhaustivo examen al que le habría sometido para determinar en el acto que era digno de su esfuerzo, porque un hombre calculador reconocía a otro con facilidad

y daba por hecho que este debía de haberlo realizado en algún momento—. Pase.

—No vengo a encargar ninguna prenda para mí —repuso Casey, inmóvil en el sitio. Había captado al vuelo que al señor Hallywell no le gustaba que se le acercaran—. En realidad, esperaba que le hiciera un vestido a una amiga mía antes de que comience la temporada.

Lyndon enarcó las cejas con una inexpresividad forzada que podría haberle recordado a él mismo. Sin embargo, no lograba del todo la impavidez, ya fuera porque no podía evitar lanzar miradas cargadas de energía hostil a las manos unidas de Edgar y la señorita, o porque había nacido con aquella transparencia natural que reflejaba en su rostro todas las expresiones para quien supiera leerlas.

Casey supo que le había ofendido al rechazar lo que el sastre entendía como un ofrecimiento único. Con toda probabilidad lo sería, pero mucho se temía que no era un hombre del tipo coqueto.

—¿El señor Gresham no le ha explicado cómo trabajo? —inquirió, también detenido junto al biombo como una hermosa estatua de sal.

Desde un punto de vista objetivo, Lyndon Hallywell poseía una belleza canónica que rivalizaba con el atractivo feroz de Edgar, el varias veces denominado «el animal más bello de Londres». Casey podía imaginarse por qué el sastre buscaba atractivos menos evidentes. Debía de tener suficiente con el suyo.

—Guardaba la esperanza de que hiciera una excepción, aunque imagino que no le daría tiempo a tenerlo listo para la semana que nos espera —lo pinchó con disimulo.

Como cabía esperar en un hombre orgulloso, Lyndon se enderezó con la barbilla alta.

—El problema no sería el tiempo. No he visto ni valorado a la joven en cuestión, y no conozco ni sus medidas ni a qué se dedica.

—La señorita Marston trabaja impartiendo clases de matemáticas básicas e historia a los huérfanos del orfanato de Brighton, y disfrutará este año de su primera temporada a los veinticinco años, junto con otras tres huérfanas de la costa, gracias a la generosidad de lady Bainbridge. —Observó que los ojos de Lyndon chispeaban, reconociendo la extravagancia de la modelo. No era la implicación de

la musa en tareas filantrópicas lo que le había llamado la atención, sino las condiciones en las que vivía—. La señorita Marston está acostumbrada a llevar pantalones y luce el cabello cortado al ras. Tengo entendido que usted solo trabaja con mujeres… pintorescas, y que no se guía por la clase social. Así pues, no veo por qué no tomar a Emma Marston de referencia. Cumple sus requisitos.

Lyndon levantó las cejas con sutileza, atraído por la descripción, mas no lo suficiente para esperanzarlo.

—Por más interesante que se presente el encargo, sigo necesitando un grabado o un pequeño retrato de la joven que lucirá el vestido.

—Me temo que no puedo arrancarla de sus obligaciones sin más. Tendrá que fiarse de mi palabra y de que no le ando regalando complementos a cualquiera para aceptar la propuesta. En cuanto a las medidas de la señorita…

Casey le recitó una sarta de números en pulgadas y, a continuación, sospechando del aspecto europeo del señor Hallywell, que bien podía trabajar con otro sistema métrico, se lo tradujo a centímetros.

Edgar lanzó un silbido apreciativo.

—Si sabes sus medidas de memoria, muy amiga tuya no puede ser —bromeó, complacido de ver a su hermano interesado en una mujer —. O a lo mejor es justo al contrario: se trata de la mejor de las amigas que un hombre podría tener… Aunque no te tengo por un seguidor de los eufemismos, Cas.

Él ignoró la provocación y esperó con paciencia a que el señor Hallywell se decidiera.

Desde luego, se le veía tentado.

—¿A qué fiesta asistirá la señorita Marston? —inquirió pasados unos segundos—. Si aceptara, no me dejaría otro remedio que acudir y ver con mis propios ojos a qué clase de mujer le he confeccionado un vestido.

—La velada nocturna que inaugura la temporada anual, organizada por lady Richmond, si no recuerdo mal, en su mansión de Mayfair.

Lyndon asintió muy despacio. Edgar prefería vigilar las expresiones de su hermano, que le tenían maravillado; la secretaria del sastre, en cambio, contenía la respiración con verdadera fascinación mientras su

contratador se decidía.

—Haré el vestido solo si usted accede a ser mi modelo durante esta temporada.

Casey curvó los labios hacia abajo, expresando lo poco atrayente que se le presentaba la oferta. Al señor Hallywell no le hacía ninguna gracia que se subestimara su trabajo, pero que sus incautas musas no se mostraran agradecidas no le impedía tomar lo que consideraba necesario para engrandecer su negocio, y, en este caso, Casey parecía crucial para desarrollar sus creaciones.

—Nunca gasto indecentes cantidades de dinero en lo que me pongo.

—Tampoco viste barato —contraatacó Lyndon, ladeando la cabeza —. Eso que lleva es de Delancey's, ¿me equivoco? Silas Delancey no es un sastre de segunda, y mis tarifas no se alejan de lo que él cobra.

—En ese caso, no veo por qué no aceptar —resolvió Casey.

Le era indiferente la prenda que cayera sobre su cuerpo; solo se preocupaba de que sus trajes gozaran de una mínima calidad para transmitirle una buena impresión a sus clientes. Se habría negado en rotundo para que no lo tildaran de dandi, sospechando que Hallywell se arriesgaría a poner volantes a sus chaquetas o teñir el terciopelo de escarlata, si el vestido de Emma no hubiera estado en juego.

Lyndon asintió con la cabeza, dando así por formalizado el acuerdo.

—Pase detrás del biombo, por favor —le hizo un gesto hacia la estancia colindante—, y repítame las medidas de la señorita.

Capítulo 18

Emma pasó toda la semana siguiente con la cabeza en otra parte, preguntándose cómo se encontraría Eleazar, si habría sobrevivido a la agresión, si habrían capturado al responsable. Había tenido pesadillas en las que encontraba en semejantes condiciones no solo a Eleazar, sino a sus pequeños alumnos, a Camille, incluso a Casey, y se despertaba bañada en sudor y con el corazón martilleándole en el pecho.

Hasta el día presente, Emma había estado viviendo en un agradable pueblo costero. Formaba parte de una familia numerosa, cuidaba de las flores del jardín con mucho gusto, realizaba las tareas domésticas sin cuestionarse si era lo que la hacía feliz, iba al mercado los sábados y a la parroquia los domingos. Se casó con un forastero al que nunca le pidió más que su amor incondicional, al que veía partir cada dos o tres meses para, en teoría, atender un proyecto arquitectónico. En definitiva, había llevado una existencia sencilla, sin sobresaltos, y esto no cambió después de mudarse al pueblo vecino y comenzar una rutina algo más ajetreada. En sus veinticinco años, jamás había presenciado el resultado de una violencia como aquella, y a pesar de que nada ni nadie debería recordarle lo ocurrido, pues la mayoría de los brightonianos ni siquiera se habían enterado, la cruel imagen del desmadejado Eleazar se alzaba sobre los demás para estremecerla en los momentos más insospechados.

Lo que también le resultó insospechado fue que notara la ausencia de Casey. Era un hombre silencioso que no se inmiscuía en los asuntos de las maestras. Desde el primer momento, había depositado toda su confianza —o quizá su indiferencia— en las encargadas, y ni se dejaba caer por las aulas durante las lecciones a fin de vigilar el desarrollo, ni tampoco se paseaba demasiado en público, como si el pueblo de Brighton careciera de interés alguno para un cosmopolita como él. Si Emma quería encontrárselo, tenía que ir en su busca, cosa que siempre

hizo de manera involuntaria.

Y, aun así, aunque Casey no había dejado su impronta en los pasillos de El Ganso, aunque no había probado los pasteles de Connie's Delicatessen, aunque no había acudido a las misas dominicales del señor Corbyn, Emma notaba su ausencia allá donde fuera, como si llevara dentro el asiento vacío de su despacho.

Un día no se contuvo y, aprovechando que estaba redactando algunas cartas para los antiguos benefactores del orfanato, a los que contaba con convencer para que siguieran invirtiendo ahora que el programa de estudios era más exhaustivo y prometedor, Emma decidió contactarle a propósito del estado de Eleazar. Escribió y rompió más de diez posibles cartas, avergonzada por el tono lapidario de algunas de ellas, ruborizada por lo que insinuaba sobre su añoranza y contrariada por haberse dirigido a él en términos cercanos en un tercer caso.

Al final se decantó por una sencilla misiva con las palabras justas y necesarias.

Todavía no estaba segura de querer revelar su debilidad ante Casey. Apenas empezaba a asumirla ella misma, y no sin preocupación.

Al ver que los días pasaban y no recibía respuesta a la carta, Emma empezó a debatirse entre la ira y la desazón. No podía ser tan difícil tranquilizar los pobres nervios de una mujer que había arrastrado a un herido de gravedad desde el corazón del bosque, y que no le respondiera ni siquiera por piedad le hizo saber todo lo que necesitaba sobre su carácter para confirmar que debía olvidarse de él.

El hecho de que su mente formulara toda suerte de excusas que justificaran su silencio, algunas de ellas rocambolescas, le abrió los ojos a lo que tanto se temía: que la tozudez con la que se resistía a renunciar a Casey era la misma con la que se enfrentaba a la adversidad, una tozudez imbatible y ante la que no podía sino resignarse.

Se dijo que se habría equivocado al escribir la dirección; que Casey no leía el correo por normal general y que, ahora que su ayudante estaba convaleciente, menos todavía; que no sabía qué responderle y, al ser tan perfeccionista, no se conformaría con un puñado de palabras

cualquiera.

Pensaba todavía en ello diez días después, mientras le echaba una mano a las tres jovencitas de dieciséis y diecisiete años para empaquetar sus escasas pertenencias.

Siobhan y las tres debutantes se habían acomodado en una de las habitaciones de la posada del pueblo para ultimar los detalles del equipaje. Lady Bainbridge había vuelto a viajar desde Londres para entregarles los tres vestidos que le habían confeccionado a cada una para lucir en la puesta de largo y las otras dos fiestas para las que tendrían una invitación asegurada. Emma las había visto probárselos con una mezcla de orgullo y envidia sana, las tres dando saltitos entusiastas, abrazándose con los nervios a flor de piel y admirándose en el espejo con los ojos brillantes y cierta incredulidad, como si no reconocieran a las mujeres que les devolvían la mirada.

—El blanco es para la primera fiesta. Me temo que no todas las jovencitas inglesas son invitadas a debutar ante el rey de Inglaterra, pero eso no significa que no podáis lucir un vestido impoluto y una pluma de faisán unos días después —explicaba Siobhan, colaborando también con el equipaje. Esa misma tarde partirían a Londres lady Bainbridge y Emma, a quien las jóvenes habían elegido como la supervisora indicada.

—Espero que tenga un vestido blanco, señorita Marston —señaló Jane, sonriendo candorosa. Doblaba contra su pecho el camisón desgastado—. ¡También será su primera temporada!

Emma le devolvió el gesto con un nudo de congoja en la garganta.

—Oh, no, Janey… Yo no asistiré a las fiestas. Con este pelo y el único vestido que tengo, os haría un flaco favor. Pero me ocuparé de que salgáis de la casa con el recogido más bonito de la velada —agregó para evitar que el ánimo decayera—. Solía tener una melena esplendorosa, y practicaba toda clase de tocados frente al espejo. Ya veréis el resultado.

Un jovencito sudoroso y con prisa tocó a la puerta entornada con los nudillos. Siobhan fue la primera en girarse y sonreír, sorprendida, al ver que cargaba una caja voluminosa.

—Vaya, parece que la modista se dejó un vestido —comentó,

acercándose a cogerlo.

—¿Es usted la señorita Marston? —le preguntó el recadero. Siobhan frenó en el acto, sorprendida—. Según la tarjeta, la caja es para Emma Marston. Viene de Londres. De Hallywell's en concreto.

Siobhan lanzó una mirada apreciativa a la perpleja Emma.

—Parece que ya no tienes solo un vestido —la felicitó, sonriente—. Debes de contar con un admirador muy enamorado en la capital, porque se dice que solo los hombres atravesados por la flecha de Cupido consiguen que Lyndon Hallywell les haga un vestido a su amor.

—La señora Corbyn la va a odiar —se rio Jane en voz baja—. ¡No podrá soportar que una casa como Hallywell's le haya confeccionado un vestido a la señorita Marston y a ella no!

Emma le dirigió una mirada perdida a la muchacha.

—Jamás he oído hablar de Lyndon Hallywell —reconoció, avergonzada.

—Oh, pues te aseguro que, en cuanto abras esa caja, ya no querrás hablar de otra cosa —le aseguró lady Bainbridge—. Hace los vestidos más bonitos del mundo entero. Hasta los parisinos están obsesionados con su estilo.

—¿A qué espera? —la animó Jane—. ¡No nos tenga en ascuas!

Emma tragó saliva y aceptó por fin el paquete. El mensajero suspiró aliviado, como si hubiera llegado a pensar que se quedaría esperando ante la joven indecisa para siempre, y se marchó con precipitación.

La agasajada dejó la caja sobre la cama del dormitorio y se tomó un segundo para apreciar el primoroso lazo de seda. Solo una tela como aquella debía de costar una fortuna. Aparte, tenía que haber viajado en condiciones impecables, porque no presentaba un solo arañazo.

Nada más abrirla se topó con dos tarjetas, una pulcramente doblada y escrita a máquina, y otra dirigida a ella a mano.

Desdobló la que había firmado el famoso sastre y sonrió, incrédula, al leer su contenido.

Confío en que estaré encantado de haberla conocido.
L. H.

—Suena como Lyndon —comentó Siobhan a su espalda. Al ver que Emma respingaba y se giraba hacia ella con aprensión, dio un paso atrás con los brazos en alto—. Disculpa, no pretendía husmear. Es solo que me encantan los regalos sorpresa.

Emma todavía no se creía que hubiera recibido un regalo sorpresa, un término que, de hecho, le sonaba desconocido, y ni mucho menos viniendo del único habitante de Londres que podría habérselo enviado. Le constaba que sus hermanos habían emigrado a la capital en busca de trabajo, pero dudaba que alguno hubiera encontrado un empleo lo bastante lucrativo para permitirse una lujosa obra de costura como aquella.

Los dedos le temblaron al desdoblar la carta de Casey. No pudo evitar que la decepción la inundara al toparse con apenas una frase. Una parte de ella, la que adoraba recibir cartas, había soñado con una respuesta detallada de su rutina, aunque pudiera pecar de tedioso.

Solo si yo elegía el vestido me aseguraría de encontrarte.

Emma notó que le temblaba la barbilla. Se mordió el labio inferior para mantener a raya su estúpida reacción. Desoyendo el impulso de abrazar la nota contra su pecho, volvió a guardarla en la caja y se armó de valor con una inspiración para retirar el delicado papel que cubría el vestido.

***

Emma, Siobhan y las jóvenes llegaron a la capital a las doce del mediodía después de un extenuante trayecto de casi cinco horas. La dama estaba cansada, quizá porque había realizado el mismo viaje cuatro veces en el último mes, pero tanto las muchachas como Emma andaban demasiado emocionadas por lo que les depararía la capital como para dejarse vencer por el sueño. Ni las niñas ni ella quisieron quedarse en la mansión de lady Bainbridge, donde se hospedarían durante toda la semana, y decidieron salir a explorar la ciudad con el mismo atuendo del viaje.

Siobhan les asignó una carabina para que se movieran por las zonas más turísticas sin llamar la atención, relevando así a Emma de la obligación de quedarse con ellas. Parecía que la anfitriona le hubiera leído el pensamiento, pues todo cuanto quería hacer era salir en busca de Casey para agradecerle el detalle.

—Suele alquilar una habitación en Albany, el hotel de solteros. No permiten la entrada a las mujeres —le advirtió Siobhan, descansando en la butaca de su salita de uso personal—, pero si va usted así vestida y se pone un sombrero y una chaqueta de mi marido, dudo que la miren dos veces. —Y le guiñó un ojo antes de pedirle a la doncella que acompañara a Emma al grandioso vestidor del baronet, de donde tomó prestado un sombrero de fieltro y la chaqueta más modesta y pequeña que tenía.

Fue ahí cuando se dio cuenta de que el peso del marido de lady Bainbridge había variado notablemente en un corto período de tiempo, el que era solo un indicador de su misteriosa enfermedad.

Sabía que era su deber hacerle compañía a Siobhan, pero la propia dama se mostró tan entusiasta con el hecho de que se infiltrara en Albany para ver a Casey que decidió seguir su instinto.

Tal y como lady Bainbridge le había informado, el complejo de apartamentos se encontraba emplazado en una mansión de tres pisos del siglo XVIII. Por lo que tenía entendido, Albany se dividía en apartamentos estilo *regency* que eran alquilados a quien pudiera permitirse gastar una indecente cantidad de dinero. En su trayecto hasta la entrada, pudo recorrer la zona de Piccadilly, muy concurrida a esas horas de la tarde.

Justo cuando pretendía abrirse paso entre los muchos caballeros que regresaban de atender sus quehaceres —muchos de los cuales tenían lugar en los afamados y también infames clubes de St James—, chocó sin querer con un hombre que salía con presteza consultando su reloj de bolsillo.

Emma se apresuró a sujetarse el sombrero y alzó la mirada con precaución hacia el afectado, al que su tropiezo no había desplazado ni medio centímetro. El corazón se le encogió al toparse con los ojos más azules que hubiera visto jamás, que destacaban en contraste con

su piel morena como la sangre sobre la nieve.

Se ruborizó de forma irremediable cuando el desconocido sonrió de lado de aquella manera en la que solo los granujas sonreían a las mujeres bonitas.

Había descubierto su secreto de un sencillo vistazo.

—Caballero —la saludó él con voz grave. Hizo una graciosa genuflexión sujetando el ala de su sombrero de copa—. Supongo que estoy ante el señor Marston. —Emma se quedó paralizada al escucharlo. ¿Cómo era posible que lo hubiera averiguado? ¿Acaso uno de sus hermanos se hospedaba en Albany y, cuando ella se disfrazaba, el parecido resultaba confuso? El atractivo desconocido resolvió la duda enseguida—. Mi hermano Casey le mencionó el otro día en Hallywell's. Describió, si no recuerdo mal, un cabello cortado al ras, un excéntrico gusto por los pantalones, unos ojos azules y unas medidas que… —Emma suspendió la respiración cuando la recorrió con una mirada apreciativa—. Sí, diría que encajan con su complexión. Es usted un personaje tan llamativo que estoy seguro de que no puede haber dos como usted. ¿Pretende visitar a mi hermano?

—Así es —musitó ella, sin molestarse en fingir una voz grave.

—Magnífico. Se hospeda en el tercer piso, en la habitación número treinta y dos. —Acto seguido, y con la carcajada despiadada bailando en los alegres ojos azules, volvió a hacerle una reverencia—. Tenga un buen día, señor Marston.

Aunque a Emma le corría prisa escabullirse a la habitación treinta y dos, no pudo resistirse a lanzar una mirada perpleja a los amplios hombros del caballero, que siguió su camino con total normalidad.

Gracias a su conocimiento de la leyenda costera sobre los hijos de lord Marriott, dedujo que se trataba de Edgar Gresham, al que llamaban «el animal más bello de Inglaterra». No era así como lo había imaginado, tan moreno y con un aspecto exótico que ahuyentaría a las mujeres de alta cuna, pero sin duda poseía un magnetismo feroz.

Emma sacudió la cabeza y, tras informar al correspondiente guarda de la puerta que pretendía visitar al señor Kaye, pasó sin incidencias, quizá porque el susodicho acababa de verla intercambiando unas

palabras con otro de los inquilinos.

A pesar de la desproporcionada magnitud del edificio, Emma se ubicó deprisa. En cuestión de minutos estuvo tocando a la puerta. Fue al escuchar el sonido de los pasos ligeros de Casey cuando empezó a ponerse nerviosa y se preguntó por primera vez si no habría pecado de impulsiva al correr hacia allí.

Supo que no se había equivocado en cuanto la recibió la cara perpleja de Casey; la clase de expresión que llevaba esperando poner en su rostro desde el día en que lo conoció.

—¿Emma? —murmuró, anonadado.

Ella miró a un lado y al otro para confirmar que no había moros en la costa antes de quitarse el sombrero, dar un paso adelante, arrojarlo a un lado y rodearlo con sus brazos. A Casey no le costó cerrar la puerta con la mano que había quedado sujetando el pomo.

En cuanto se oyó el chasquido de las bisagras, Emma sintió que él correspondía su arriesgado contacto con la torpeza de quien no estaba acostumbrado a mimar o ser mimado.

—Emma… —repitió con una mezcla de alivio y gravedad. Ella se estremeció al sentir la caricia de su aliento en el cuello desnudo—, no deberías haber venido hasta aquí. Tengo una visita que atender. Estará al caer.

—Me esconderé —le prometió sin aliento, tan feliz de estar en su compañía que ni siquiera se entendía a sí misma. ¿Dónde habían quedado sus prejuicios?, se preguntaría más tarde—. Tenía que agradecerte el regalo en persona antes de ponérmelo esta noche. Es… precioso, Casey.

No sabía en qué momento habían decidido tutearse, pero sí era consciente de que debería contenerse antes de que llegaran los problemas. En ese momento, sin embargo, no podía pensar con claridad. Tenía los codos cruzados a la espalda de Casey, que la había recibido en mangas de camisa y con el cabello revuelto. Con la nariz pegada a la línea de su cuello, que emanaba el delicioso aroma corporal con el que había fantaseado en secreto por las noches, tenía la sensación de que nada en el mundo podría salir mal.

—Te lo debía —respondió con voz queda.

Ella se separó lo suficiente para buscar su mirada.

—No lo has hecho solo porque estás agradecido —repuso Emma con falsa seguridad—. Si te hubiera motivado el deseo de recompensarme, te habrías limitado a regalarme un sombrero o un dulce.

—Si lo dices porque el vestido es provocativo, en eso no tuve nada que ver —se defendió él con el ceño levemente fruncido—. Creo que cometí un error al decirle a Hallywell que esta podría ser tu primera y última temporada, porque ha satisfecho todas sus fantasías confeccionando una prenda escandalosa. Debería haberle mencionado que tus sueños no tienen nada de extravagantes, y que querías la puesta de largo de cualquier debutante.

—No me importa que sea pintoresco. —Se encogió de hombros—. No es que yo tenga un aspecto ordinario que se diga. Habría sido difícil conjuntar mi pelo con un vestido de muselina…, aunque el señor Hallywell ha encargado unos postizos muy bonitos.

—Puedes conjuntarlo como desees —acotó él, incómodo en su papel de héroe. Incluso parecía esforzarse por sonar áspero, pero el asombro se lo impedía—. Es tu debut.

Emma abrió la boca para volver a agradecérselo, pero unos fuertes golpes a la puerta los distrajeron. Casey la soltó a regañadientes y le hizo un gesto hacia el dormitorio para que se escondiera mientras atendía a la misteriosa visita. Obedeció sin otro remedio, mas no cerró la puerta, muerta de curiosidad por la clase de cliente que Casey se habría dignado a recibir en sus propias habitaciones.

A través de la rendija de la puerta vio a Casey armarse con su expresión indolente antes de abrir. Emma no sabía qué había esperado con exactitud, pero el corazón le dio el vuelco al presenciar cómo un hombre robusto y amenazante lo agarraba de la pechera de la camisa.

—¿Te estás burlando de mí, bastardo?

Capítulo 19

Emma se quedó perpleja al ver la serenidad con la que Casey reaccionaba, como si estuviera habituado a enfrentar reacciones semejantes a diario.

Recordó que había pensado algo similar días atrás, cuando recogió los despojos de Eleazar y, con la fría diligencia de un médico en un campamento militar, lo tendía sobre la mesa y daba órdenes a diestro y siniestro para solventar la situación a la mayor brevedad. Pensó también en cuando trató de abofetearlo y él, sin alterarse en lo más mínimo, la agarró por la muñeca y se la dobló en un ángulo que, si no le produjo dolor, fue porque sabía cómo y cuánto retorcerle el brazo para atenuar el efecto.

—Supongo que esto tiene que ver con el hecho de que le haya subido el precio de los lotes —dedujo Casey en tono desapasionado.

—¿Y tú qué crees? —bramó el tipejo, ruborizado hasta las orejas. Debía de ser el estado natural de su piel; era pelirrojo y tenía un marcado acento del norte—. Te contrato para que me consigas alcohol del bueno sin pagar aduanas, te pago religiosamente y te tengo a cuerpo de rey cuando te invito a mi establecimiento, ¿y es así como me correspondes? ¿Bloqueando el traslado de la mercancía porque me ciño al precio de los últimos años?

—Si los dueños de Gillander's han decidido que la fórmula mejorada de su whisky merece un incremento de la cuota, no es mi problema, señor Ockerman, aunque entiendo que sí podría ser el suyo. En cualquier caso —prosiguió con la misma calma fría—, estaré encantado de proporcionarle una dirección a la isla de Arrán para que remita su descontento.

—¡Para que remita mi descontento! —repitió, entre pasmado y furibundo—. Te crees muy listo, ¿no? Te crees que no sé lo que estás haciendo. Has decidido cobrarnos más porque aun así nos sigue saliendo más barato que pagar impuestos. Pretendes enriquecerte a mi

costa, ¿eh, pequeño cabrón?

—Con el debido respeto, señor Ockerman, no podría hacerme rico con la diferencia que obtengo de sus compras ni si estuviera a su servicio durante el próximo milenio. Estuve en la isla de Arrán hace nueve meses y el señor Houston me comunicó que los nuevos lotes ascenderían a las cinco libras. Si le he cobrado seis, es porque algún dinero tendré que meterme en el bolsillo por los riesgos que corro. Se están recrudeciendo las leyes de contrabando. Juraría que se lo mencioné en mi última nota, esa que le explicaba por qué su mercancía estaba retenida.

El señor Ockerman tensó la mandíbula. Quería seguir increpándole por la presunta estafa, pero la explicación sonaba cabal incluso para Emma, que no tenía la menor idea de lo que estaba sucediendo, pero que empezaba a comprender por qué Casey prefería no compartir ni con ella ni con nadie los negocios a los que se dedicaba.

—Si descubro que me está engañando —le amenazó, crispando aún más la mano con la que sujetaba a Casey—, se va a arrepentir de haber nacido, Kaye. A mí nadie me roba.

—A mí tampoco, señor Ockerman —dijo con un tono que no necesitaba proyectar con crudeza para sonar amenazante. Emma quiso reprenderlo por no asentir, por avivar el genio del cliente—, por eso no voy a transportar sus lotes de forma gratuita.

Ockerman lo soltó, todavía rojo, y valoró el recibidor con hostilidad para cerciorarse de que nadie había presenciado su arrebato. Emma se apresuró a retirarse de la rendija por la que había estado observando la escena con el pulso repiqueteando en los oídos.

No se movió de allí hasta que oyó que la puerta de entrada se cerraba.

Emma abrió y lanzó una mirada entre inquieta y recelosa a Casey, que había permanecido de pie en la entrada alisando las arrugas de su camisa.

Un hombre como él estaba lejos de suscitar compasión en los demás, ni siquiera después de haber estado a punto de morir a manos de un socio insatisfecho. Pero al admirar su perfil de lejos como una vulgar mirona, Emma empezó a armar todas las piezas del puzle que

no le habían encajado y sintió la ridícula necesidad de protegerlo.

Incluso añorándolo en la distancia y retorciéndose de deseo en sus brazos, había procurado poner una barrera entre los dos, a sabiendas de que estaba ante un hombre sin ternura ni piedad hacia los desfavorecidos; un hombre que era capaz de abandonar a su hijo en la costa y actuar con absoluta frialdad hacia él. Ahora se planteaba que tal vez, y solo tal vez, Casey Kaye hubiera sido sincero al advertirle que no era un hombre perverso, sino simplemente práctico. Después de todo, sí miraba por el bienestar de los demás.

—Tienes negocios muy turbios, ¿no es así? —comprendió Emma, escudriñando su semblante con la respiración suspendida. Sujetaba el pomo de la puerta con el resto del cuerpo rígido—. Es por eso que no te hiciste cargo de Matthew, por lo que me dijiste que lo atenderían mejor en el orfanato. Estaría más seguro, ¿verdad? Si algunos de tus clientes se creen en el derecho de amenazarte bajo tu propio techo, debe de ser porque los favores que les haces limitan con la legalidad. Matthew correría peligro si viviera contigo, ¿me equivoco? Por esa razón no te planteaste quedarte con él.

Casey le lanzó una mirada de advertencia mientras se arreglaba los puños de la camisa.

—Deberías dejar de hacerme preguntas de ese tipo, Emma. No creas que no sé qué pretendes al tratar de justificar mis actos —le dijo con aparente desdén—. Te aseguro que a través de mis respuestas no vas a entender mejor al vil gusano de tu marido. Somos basura, pero no del mismo tipo.

Emma se tensó de la cabeza a los pies.

No se le había ocurrido que aquella fuera una de las necesidades que pretendía satisfacer perdonando los pecados de Casey: acercarse a las motivaciones del que fuera su esposo, sumergirse de lleno en la mente retorcida de los villanos para poder justificar los males que hasta entonces no había podido perdonar.

—¿Cómo sabes que estoy… que estuve… que me casé?

—Yo lo sé todo —resolvió con aspereza.

Casey se acercó con la mirada fija en ella, sin ocultar el deseo arrebatado que no había apagado ni la distancia ni el reproche y que

tanto la confundía en esos momentos.

Emma impidió que la besara empujándolo por el pecho, furiosa porque hubiera sacado a Calvin Percy a colación y, aun así, ardiendo en deseos de que la tocara.

—¿Y no te importa?

—¿El qué? ¿Los votos sagrados que intercambiaste? ¿Los sentimientos que puede que aún conserves por ese marido tuyo? ¿Lo que pensaría si supiera dónde estamos y lo que vamos a hacer? En absoluto —atajó con tranquilidad, y fue sincero—. Lo único que me importa es que estás aquí.

Emma sacudió la cabeza para librarse de la semilla diabólica que estaba plantando en su cabeza. Necesitaba discutir el asunto de Matthew para poder entregarse a él sin remordimientos.

—En el fondo tienes tus motivos para comportarte como un canalla, ¿verdad? ¡Responde! No importa cuánto te esfuerces por cambiar de tema o por ofenderme. Ahora sé que no eres tan terrible.

—Dudo bastante que hayas venido hasta aquí para insultarme, Emma —le dijo con una hostilidad que le erizó el vello, y no porque hubiera empezado a temerlo, sino porque sabía lo que ocurriría a continuación. Casey la sujetó de la cintura y la obligó a darse la vuelta, quedando así de frente a la pared. Se empujó contra su espalda hasta pegarle la mejilla al papel, y empezó a deslizar las manos desde sus hombros hasta sus caderas, recorriendo la espalda y todos los volúmenes femeninos que encontró a su paso—. Me parece a mí que ya has pensado de qué manera puedo recompensarte por haber rescatado a mi ayudante… —continuó en su oído—, y todo apunta a que esta vez no utilizarás nuestra deuda para favorecer a los huérfanos.

Emma cerró los ojos y jadeó al sentir la presión de su miembro semierecto entre las nalgas.

—Solo dime… sí o no, por favor. Aunque sea para ayudarme a hacer las paces conmigo misma —le rogó ella. Empezaba a temblar entre sus brazos—. ¿Dejaste que Matthew continuara viviendo en el orfanato porque temías ponerlo en peligro?

—Sí —le dijo al fin, y Emma se relajó como si le hubieran quitado

un peso de encima. Podía fiarse de él: era la clase de hombre que jamás le daría la respuesta que ella quisiera oír simplemente para salirse con la suya—. Y porque le habría convertido en un pobre infeliz, ¿o acaso no me conoces? No tengo ni la menor idea de cómo diablos se lidia con un niño, de cuáles son sus necesidades…, pero sí sé cómo tratar a una mujer —concluyó en tono sugerente—. ¿Quieres que te lo enseñe?

—Sí —musitó sin aliento.

—¿Sí? ¿Solo «sí»? —inquirió con la boca pegada al lóbulo de su oreja. Rodeó su cintura con la mano para desplazarla vientre abajo. Se internó en el pantalón hasta cubrir su sexo con los dedos. Emma gimoteó con la boca abierta—. Ahora te toca a ti decir algo más. Di que has venido para darte un capricho. ¿O te da vergüenza admitirlo?

—Preferiría no admitirlo —reconoció en voz baja.

Emma supo que le había sacado una sonrisa. Lo sintió en su cuerpo, que reaccionó al breve silencio como si ya hubiera empezado a hacerle el amor, erizándose de arriba abajo.

—Tú eres como yo, ¿verdad? —Recorrió su cuello con los labios hasta dar con el borde de la camisa, que empezó a bajarle por la espalda tirando con los dientes y, a continuación, con una mano impía —. No te acuestas con cualquiera.

Emma se ruborizó.

—Creía que seducías a todas las mujeres que… que… se te ponían a la vista.

—Eres la única mujer que he querido seducir en toda mi vida.

La confesión sanó una herida que llevaba meses ardiendo en su corazón, aquella que Calvin Percy había abierto y llenado de dudas que la fueron apagando hasta casi consumirla. Si se había casado cientos de veces, si había tenido cientos de niños al margen de su matrimonio, ¿no significaba eso que ella nunca fue suficiente para él? Bastarle a Casey, o ya no solo bastarle, sino ser su única obsesión, la conmovió de tal manera que se le saltó una lágrima rebelde.

Apoyó las manos en la pared y se concentró en las sensaciones que él comenzó a disparar al desnudarla, retirándole la camisa muy despacio y bajándole los pantalones acto seguido. Emma se estremeció

al sentir el roce de sus dedos en la piel desnuda, cómo apresaba sus nalgas en un agarre firme y recorría sus hombros y su espalda con besos y mordiscos que delataban unas ansias al rojo vivo de las que nunca creyó que Casey pudiera ser víctima.

Pensó que la obligaba a darse la vuelta para no verlo cuando se transformaba en humano, para que los momentos en los que perdía la compostura y la frialdad que le convertían en un elegante aristócrata permanecieran en la clandestinidad, sin ningún testigo que contara la experiencia.

Emma había sido tratada con gentileza siempre, pero no le asustó que él hiciera un largo reconocimiento de su anatomía con los dientes y los dedos, ni que la aplastara contra la pared embistiéndola con las caderas para acercar más sus cuerpos ardientes. Se sentiría menos culpable por acostarse con un hombre si Casey le vetaba la oportunidad de tocarlo, de participar en el acto, y al mismo tiempo sentía una poderosa curiosidad hacia el sexo más rudo; el único sexo que había ansiado tener con él, que solo él le había suscitado con sus miradas enigmáticas y su desesperante frialdad.

Emma se humedeció los labios cuando las manos de Casey treparon por su vientre para cubrir sus pechos desnudos. Los apretó con impaciencia mientras le besaba la nuca y el omoplato, dejando un levísimo reguero de humedad ahí donde la lengua se enroscaba para limpiar el sudor que empezaba a envolverla. Entre las piernas seguía presionándola la erección, cada vez más tensa y pulsante, envainada en un pantalón que temía que no se quitara nunca.

Quería pedirle que la tomara de una vez por todas, pero debería haber imaginado que antes la torturaría. Hizo lo que pudo para formular la petición sin usar los labios, sacudiendo las caderas hacia atrás y emitiendo sonidos ininteligibles, retirando la mano de la pared para buscar a sus espaldas el pecho, el hombro o el rostro de Casey.

Cada movimiento que Emma hacía era una súplica, un pedido de socorro. Sentía que empezaba a derretirse y que necesitaba mirarlo, porque solo mirándolo sabría si estaba dispuesto o no a tomarla, si el suplicio de caricias formaba parte de un juego retorcido en el que no obtendría placer alguno.

Sus silenciosas súplicas y sus preguntas obtuvieron respuesta unos instantes después, cuando sintió que Casey se retiraba lo suficiente para bajarse el pantalón. Emma jadeó en voz alta y ladeó la cabeza para intentar captar de reojo lo que estaba sucediendo, pero él lo impidió rodeándola por la cintura para reclinarla lo justo y separarle los muslos con la rodilla.

Se ruborizó de nuevo, avergonzada y a la vez excitada por la escandalosa postura.

Casey posó la mano en el centro de su espalda, como si la invitara gentilmente a agacharse más en lugar de obligarla con su autoridad, y Emma obedeció temblando de arriba abajo. Estaba abriendo la boca para rogarle que la tocara de nuevo cuando sintió la dulce presión del miembro empujando dentro de ella.

Cerró los ojos y emitió un suspiro de alivio que se transformó en un gemido en cuanto él se insertó de golpe. Emma arrugó los dedos contra la pared, apoyada tan solo en el canto de la mano, y se arqueó para llamar su atención. Notaba la mano de Casey acariciándole la espalda para detenerse en una de sus nalgas, en la que hundió los dedos antes de volver a penetrarla con una lentitud desquiciante.

El movimiento de sus caderas la aturdía, pero el silencio en el que estaba sumido la mantenía alerta. Su mente era un caos donde se encontraban todas las sensaciones antes de que su cuerpo las acogiera. Emma descolgó la cabeza, clavándose las uñas en las palmas para soportar las enérgicas embestidas que la dejaban vibrando, a merced de un placer electrizante ante el que solo podía rendirse.

No tuvo miedo de gemir desesperadamente, esperando que la forma en que respondía a sus embates le sirviera para entender que podía ser más violento, más rápido, que podía tratarla como un canalla. Y ya fuera porque él había comprendido su pedido o porque así lo deseaba, el ritmo de sus movimientos aumentó hasta que a Emma empezó a costarle mantener el equilibrio.

Casey la rodeó por el vientre con los dos brazos y se inclinó con ella para seguir poseyéndola casi con angustia, como si tuviera los minutos contados, pero justo cuando Emma se estremecía temiendo que alcanzara el orgasmo antes y la soltara sin miramientos, él demostraba

estar preparado para diez embestidas más, para quince, veinte; tantas que Emma perdió la sensibilidad en las piernas y la plena conciencia y se entregó a un clímax arrasador.

Emma guio la mano al punto donde estaban unidos y se percató de que los fluidos le habían empapado los muslos. Él seguía penetrándola, jadeando entrecortado muy cerca de su oído, de su cuello húmedo por el sudor, y ella estaba encantada de poder servirle como desahogo, de que su cuerpo contuviera el calor para que él siguiera disfrutando.

Casey se retiró de golpe con un gruñido y se vació sobre las nalgas de Emma. Notó el líquido caliente empapándola y deslizándose acto seguido entre sus glúteos, provocándole un escalofrío placentero.

Él no se retiró enseguida, sino que la atrapó entre sus brazos y la sostuvo contra su pecho, como si en algún momento ella hubiera amenazado con salir corriendo y Casey no pudiera permitirlo.

Emma no supo cómo mantuvo el equilibrio. Su pecho subía y bajaba en intervalos, fruto de una respiración descontrolada, y sentir el miembro semierecto aún pegado a ella no ayudaba a rebajar el calor. Se dio la vuelta entre sus brazos con dificultad, porque él no se lo facilitó, y se topó con que tenía los ojos cerrados, los labios entreabiertos y un rubor precioso y favorecedor en las mejillas y sobre la nariz. El curso de la acción lo había despeinado.

Emma quería mirarlo, pero sospechaba que él no le daría el gusto de abrir los párpados, y se tuvo que conformar con acunar su rostro entre las manos y encontrarse con sus labios en un beso febril que fue inmediatamente correspondido. Emma acarició su pecho en dirección descendente para desabrocharle el chaleco, que le dejó quitarle, y a continuación la camisa, que arrojó al suelo después de sacarle por la cabeza.

Fue a encontrarse con sus labios de nuevo, pero Casey la sorprendió tomándola en brazos y encaminándose a la cama, donde la soltó para recorrerla con una mirada que le puso la carne de gallina.

Se dio cuenta de que su esbeltez engañaba con ropa; aun estando delgado, seguía teniendo el pecho y los hombros amplios, el vientre apretado y los brazos nervudos, sobre todo cuando se encaramó al

colchón para trepar por su cuerpo echando el peso en los nudillos.

Emma lo miraba sin pestañear cuando posó la mano sobre su corazón; no para apartarlo, sino para que se detuviera el tiempo suficiente para observarlo a sus anchas.

—¿No vas a dejarme ir? —musitó con el aliento entrecortado—. Tengo un vestido que estrenar esta noche.

—Hasta esta noche quedan unas cuantas horas —replicó, inclinándose sobre ella para robarle un beso en el cuello—, y con el color de la tela combinarán de maravilla las mejillas ruborizadas que pienso dejarte para el resto del día.

Emma sonrió, ya arrebolada, y se abrazó a su firme espalda con el pulso acelerado.

—No me canses tanto como para que no pueda bailar —le pidió con vulnerabilidad.

Él se incorporó lo suficiente para valorar hasta qué punto deseaba disfrutar de la velada nocturna y decidir si tener o no en cuenta su petición. Emma tuvo la certeza de que le concedería ese deseo y todos los que se le ocurriera pedirle, y lo confirmó cuando su expresión se suavizó.

—Solo si tú no te cansas tanto bailando como para que yo no te pueda besar después.

Capítulo 20

Mientras terminaba de ajustarse el frac, Casey se resignó ante una conclusión inevitable.

Emma Marston se había convertido en un problema. Negándolo estaría cayendo en la necedad más absoluta, y el de necio era un defecto que Casey jamás se había permitido.

En su día valoró que sus planes pudieran fracasar con estrépito. Los asuntos del corazón no eran como las matemáticas. No podía imponer una lógica aplastante. Tampoco existía un resultado invariable. Fue consciente desde el principio de que, durante el cortejo, Emma podría proclamarse inmune a sus avances y él podría, por el contrario, sorprenderse siendo susceptible a sus encantos.

La casualidad había querido que la señorita Marston se convirtiera en un pensamiento recurrente al que le convenía plegarse por el bien de su estado mental; combatiéndolo o negándolo solo empeoraba la situación. Lo único que evitaba que se sintiera un auténtico estúpido —o peor: un manipulador *amateur*— era la certeza de que ella le acompañaba en el sentimiento.

Por supuesto, estaría pecando de ingenuo si creyera que Emma lo amaba.

Casey sabía que las mujeres no se enamoraban de los hombres con su carácter frío. Se enamoraban de la idea romántica e inverosímil que se formaban sobre ellos sin ningún tipo de razón lógica, de cualidades jamás demostradas y en teoría ocultas en lo más recóndito de su ser —a veces por orgullo; otras, para protegerse del sufrimiento. Dependía de lo que la mujer encontrara más adorable, si a un corazón herido o a un tipo huraño—, tales como la sensibilidad o el buen talante. En definitiva, los adjetivos que se le atribuirían al soñado caballero de brillante armadura. Sin embargo, a veces era más poderosa esa esperanza engañosa a la que el género femenino se aferraba para llenar sus días de color que el amor verdadero, pues este implicaba a

menudo enfrentar realidades cotidianas que destruían la insólita magia del enamoramiento. La habilidad de hacerse ilusiones y ver belleza donde no había más que un vacío insalvable era una afección de la que adolecía el bello sexo, pero que siempre había anonadado a Casey y que, en el fondo, le habría gustado poseer.

Él se jactaba de ver a todo el mundo tal y como era, con sus virtudes y defectos. Por eso corría peligro con Emma. Porque después de haber sometido a balance sus aspectos positivos y negativos, no podía sino concluir desde la objetividad que era perfecta: compasiva, pero no estúpida; justa, pero no idealista; inteligente, pero no pedante; soñadora, pero con los pies en la Tierra; poseedora de una belleza que trascendía a lo físico y que por eso no se marchitaría con la edad; tierna, pero no mojigata; sensual, y no por ello menos dulce, e inocente, pero con un carácter de temer si se la provocaba.

Dicho de otro modo, Casey no podía atribuir su fijación con Emma Marston a un delirio romántico. Desde todos los puntos de vista imaginables, enamorarse de ella era la única opción que no iba contra las leyes de la naturaleza.

Aquella tarde en el apartamento de Albany, Casey se había sentido atrapado en una habitación sin ventanas, prácticamente forzado por la divinidad a mantener la vista y el corazón apuntando hacia el único foco de luz: la mujer que suspiraba entre sus sábanas.

Pero Casey había leído suficiente poesía durante su época estudiantil para tener una ligera idea de cuáles eran los síntomas del amor, y él no los sufría aún. Ahora bien, estaba tan seguro de que acabaría enfermo de amor por aquella mujer como de que moriría algún día. Su intuición se lo advirtió con una punzada en cuanto Emma entró en su despacho… mas todavía era libre, o eso habría jurado. El amor no era la alternancia de un estado hipervigilante, casi al acecho, con los cinco sentidos puestos en el entorno y las emociones a flor de piel, y el estado radicalmente opuesto: el constante aturdimiento. Y si eso era el amor, si el amor era un sinónimo de confusión y angustia con una tregua de alivio instantáneo al reconocer a la mujer querida al otro lado de la puerta, pues entonces la poesía se había equivocado al describirlo con otras palabras.

Emma se había marchado un par de horas atrás para prepararse en la residencia de lady Bainbridge. Casey se reuniría con ella, con Siobhan y con las tres huérfanas un rato después, en la fiesta de inauguración de lady Richmond.

Terminó de prepararse sentado en el borde de la cama, donde decidió quedarse unos instantes después de ponerse los zapatos. Ladeó la cabeza hacia las sábanas revueltas, aún impregnadas del olor corporal de Emma, de su sudor y sus fluidos. Sentía que si entornaba los ojos lo suficiente, vería la huella de su silueta.

No había podido soltarla ni siquiera para abrir la ventana y permitir que el aire fresco ventilara el dormitorio. No se había reconocido en ese hombre arrebatado de pasión que se bebía los besos de una mujer como si del elixir inmortal se tratara. Ciertamente, en sus brazos se había sentido así: todopoderoso y, al mismo tiempo, a merced de sus caprichos.

Edgar fue a recogerlo a la habitación para poner rumbo a la fiesta. Por fortuna, Lyndon Hallywell no había terminado el traje que estaba confeccionado a su medida, pero sí le había dado tiempo a vestir a su hermano. Para el inmenso alivio de Casey, no llevaba una de esas prendas coloridas de terciopelo que tanto le aterraban; o bien el modisto creía en la austeridad, o bien se había plegado a los deseos de Edgar, quien prefería llamar la atención por sus propios medios y no porque vistiera un despropósito de colores. Los únicos detalles que hacían llamativo el vestuario de su hermano eran el estampado del pañuelo de cuello, de un intenso púrpura mezclado con dorados y escarlatas que avivaba el tono de sus ojos, y los discretos bolsillos, camuflados con líneas también doradas, que surcaban la chaqueta.

—He conocido a tu señorita Marston… ¿O debería decir «señor»? —le comentó una vez saludaron a la anfitriona. Edgar se movía por el salón con una fluidez y seguridad envidiables, como si hubiera nacido para estar allí cuando todo el mundo sabía que se había atribuido ese derecho; que era un miserable intruso. Casey lo vio tomar dos copas y ofrecerle una acto seguido con una sonrisa chispeante—. Sea hombre o mujer, me parece una criatura excepcional, si se me permite decirlo.

—¿Por qué no se te iba a permitir? —inquirió, echando un vistazo

desarraigado a la copa.

—Porque ya sabemos cómo te comportas cuando alguien toca lo que es tuyo. ¿O ya te has olvidado de lo que hiciste aquella vez que Simon te cogió prestados un par de peniques para la feria de Cornualles? Le dejaste una cicatriz bastante llamativa.

—Hablando de Simon —cortó sin paciencia para escuchar batallitas juveniles—, ¿no lo han invitado?

—Por supuesto que no. Ya sabes que él frecuenta establecimientos y asiste a veladas mucho menos… finas, por así decirlo. Y no creas que no me he dado cuenta del cambio de tema. Reconozco a un hombre obsesionado cuando lo veo, querido Cas. —Fue a palmearle la espalda, pero en el último momento se lo pensó mejor.

Bien que hizo.

—Necesito que la señorita Marston confíe en mí para encontrar a Kathryn —anunció sin más. No supo de dónde había salido el impulso de explicarse; quizá de la necesidad de convencerse de que era eso lo que hacía cuando se enredaba en su cuerpo, de que no había perdido el norte—. Sospecho que su marido es el último hombre que la vio con vida.

Edgar lo miró con una ceja enarcada.

—¿Y para eso tienes que acostarte con ella? No me mires así. Ya sabes que tengo el olfato hiperdesarrollado para reconocer a un par de tórtolos cuando me los cruzo, y son pocas las cosas que una mujer puede hacer en la habitación de un soltero durante seis horas seguidas.

—Tiene que confiar en mí —insistió, pero hablaba para sí mismo—. La satisfacción sexual y la vulnerabilidad posterior le sueltan la lengua a las mujeres.

—Eso es cierto. También le baja la guardia a los hombres con el corazón de piedra —apostilló, mirándolo de reojo.

Casey le sonrió al infinito con desdén.

—¿Ahora crees en el amor?

—Claro que creo en el amor. Siempre he creído. Simplemente yo soy incapaz de sentirlo, y hasta hace un momento habría jurado que tú también…, pero supongo que torres más altas han caído. —Se

encogió de hombros y le dio un prolongado sorbo a su copa.

Casey se libró de responder cuando se anunció la entrada de lady Bainbridge con sus tres protegidas.

La reacción habitual cuando la dama entraba en un salón atestado no se hizo de rogar. Todo el mundo pausó o mesuró el tono de sus conversaciones y se giró hacia la puerta, que la dama cruzó con una de sus frágiles sonrisas. Habría quienes cuchichearan por lo bajo sobre el flagrante egoísmo que denotaba que una mujer acudiera a una fiesta cuando su marido acababa de recuperarse, pero de cara al final de la noche, habrían cambiado de opinión. Siobhan sabía qué decir, cómo comportarse y a qué hora retirarse de la velada para que a nadie le cupiera la menor duda de que su eticidad era incuestionable. El simple hecho de que hubiera aparecido con un vestido muy sencillo, sin apenas ornamentos o joyas, del gris pálido del que se ataviaban las viudas al final del luto, ya hablaba del respeto que le tenía a la condición enfermiza de su marido.

Aun así, estaba radiante.

—Qué cosa más bonita de mujer —murmuró Edgar, sonriendo con ternura hacia ella. Dejó a un lado la copa y se acercó a ella para ser el primero en ofrecerle su mano y sus halagos.

Casey lo habría seguido para presentarle sus respetos si detrás de ella no hubiera surgido una radiante figura femenina. Emma no había sido presentada por el mayordomo, lo que despertó la curiosidad de los presentes; curiosidad que se avivó hasta un punto insoportable cuando descubrieron que vestía una obra de Hallywell's, reconocible a simple vista por el estilo atrevido de la confección.

Había visto el vestido de Lyndon Hallywell antes de enviar la primorosa caja a Brighton, pero en sus manos la confección era solo un puñado de tela. En Emma había cobrado vida. Clavó las medidas incluso antes de verla desnuda, porque el vestido se ceñía a su cuerpo como una segunda piel de una manera escandalosa. Tenía un curioso escote con forma de hexágono cortado por la mitad, ribeteado con un hilo plateado que a la luz de las arañas destellaba como si quisiera cegar al espectador. Del mencionado ribete se desprendían líneas cosidas a lo largo de la manga ceñida y cerrada en la muñeca, una

manga que transparentaba su piel pálida. Casey no podía ni siquiera empezar a imaginar cómo habría conseguido coser aquellas transparencias y replicarlas por toda la espalda hasta el coxis.

La falda tampoco le dejó respirar. A pesar de imitar la caída estilo imperio de los trajes que lucía el resto de la concurrencia femenina, la sobrefalda se abría por un lado para mostrar una tela aún más fina y también semitransparente con flores plateadas cosidas en el borde.

Sin haberla conocido en persona, Lyndon había confeccionado un traje del único tono que podría resaltar el azul de sus ojos, que brillaban con una intensidad abrumadora. Emma había decidido ponerse el postizo, del mismo color azabache, que simulaba una caída de rizos sujeta por una diadema de perlas. La diadema era, en realidad, un collar que Casey recordaba haberle visto a Siobhan. Era tan largo que Emma había podido utilizarlo para darle tres vueltas al cuello y envolverse también parte de la cabeza. El collar tenía una piedra preciosa en el centro que descansaba sobre la frente de Emma.

Casey se dio cuenta de que respiraba con dificultad y trató de serenarse. Averiguar qué atributos escondía Emma bajo sus camisas versallescas, sus pantalones de montar y ahora su vestido de ensueño había sido un error que ya no podía deshacer. Estaba tan asombrado por lo susceptible que era de pronto a un cuerpo femenino que no sabía qué emoción predominaba, si el deseo o el pavor a que este lo arrastrara a lugares de los que no pudiera salir.

Le consoló saber que había tenido ese efecto en todos los invitados. Los hombres más tímidos la rondaban en la distancia y la acosaban con sus miradas maravilladas; los atrevidos se aproximaron para ofrecerle una copa, un baile y sus títulos nobiliarios. Quizá hasta sus almas en bandeja. Las mujeres la admiraban de lejos con una combinación de envidia y fascinación. En el centro de la locura desenfrenada que había desatado la maestra de un orfanato, estaba ella, aceptando las atenciones con modestia.

Casey no sabía si deseaba sacarla de allí y tenerla solo para él, como la había disfrutado en Albany, o empaparse de la ilusión que iluminaba su rostro al cumplir un sueño juvenil. Al poco rato supo que no tendría que tomar una decisión. Emma lo hizo en su lugar

disculpándose con el coro de admiradores y abandonando el salón.

Él dejó la copa intacta sobre la bandeja de uno de los lacayos y se dio media vuelta con disimulo para salir en pos de ella. Lady Richmond festejaba la temporada en una mansión de diecisiete habitaciones en el corazón del West End, pero no le resultó difícil seguir a Emma a través de las parejas y grupos de jóvenes que no sabían que estaban bloqueando su camino hacia ella. Su vestido trazaba una preciosa estela púrpura que le tenía el corazón en un puño.

Observó que Emma se internaba en una de las habitaciones abiertas después de mirar a un lado y al otro. Casey se detuvo un instante. Tal vez quisiera estar sola, descansar del alboroto que había provocado con su aparición. Quizá fuera egoísta interrumpir en su remanso de paz, pero Casey había renunciado al autocontrol tiempo atrás.

Entró en lo que descubrió que era la biblioteca y cerró la puerta tras él. Tomó la precaución de girar la llave y guardársela a continuación en el bolsillo interior de la chaqueta.

Emma no se dio cuenta, o a lo mejor lo ignoró. Se había acercado al ventanal que coronaba la estancia para ojear el jardín.

—Has causado sensación —dijo Casey en tono pausado. Soltó el pomo de la puerta y fue acercándose a ella despacio, sin despegar la vista de su rostro iluminado. Con los polvos de maquillaje, parecía de porcelana—. Estarás satisfecha.

Capítulo 21

Emma se humedeció los labios, deliberadamente tintados para la ocasión.

—Eres tú quien debería estar orgulloso. El vestido es obra tuya.

Casey sonrió de lado cuando llegó al sillón más próximo a Emma. Apoyó las dos manos en el respaldo y se echó hacia delante con la intención de balancearse con disimulo.

—El agradecimiento te suaviza el carácter. Nunca pensé que me reconocerías una virtud.

—No te he reconocido una virtud, sino un buen gesto. —Le lanzó una mirada divertida—. De todos modos, si no puedo disfrutar de la fiesta, es por tu culpa. No he dejado de pensar ni un solo segundo en aquello que me dijiste sobre el modo en que la aristocracia trata a los desfavorecidos.

—Las niñas se están mimetizando en el ambiente.

—Sí, y yo misma me siento abrumada por la atención que he recibido, pero no pierdo de vista que ese interés en mí está viciado, e igual que me lo han concedido, me lo retirarían en cuanto supieran quién soy y de dónde vengo. —Emma suspiró y agachó la cabeza. No con debilidad, sino con una resignación contra la que se rebeló enseguida volviendo a erguirse con determinación—. Mis sueños han perdido lustre, eso es todo. Pero ha sido en beneficio de mantener los pies en la tierra, así que no creo que sea una mala noticia.

Por más que Casey intentó luchar contra la revelación de su pasado poco halagüeño, no pudo vencerlo. El magnetismo de Emma vestida de aquella manera era irresistible y necesitaba acercarse a ella, aunque fuera destapando sus secretos.

—Ya ves que te lo advertí. Yo acudí a mi primera velada social a los dieciocho años, y con solo poner un pie en el salón supe que me habían invitado porque los aristócratas de Londres estaban sedientos

de información sobre los ahijados de Marriott. —Hizo una pausa antes de agregar—: El barón era un caballero muy popular antes de que nosotros le arruináramos la vida.

Emma reaccionó a la crudeza de sus palabras con un gesto contrariado.

—Estoy convencida de que le hicisteis muy feliz.

—Puede que Edgar y Simon lo consiguieran, sí. Más allá de la desidia del primero y la vagancia del segundo, tienen un carácter afable que facilita la comunicación. —«Yo siempre he sido otro cantar», habría agregado, pero Casey no creía en la autocompasión—. Lo que quiero decir —prosiguió, entrelazando las manos a la espalda antes de seguir su camino hacia ella—, o, mejor dicho, lo que te quise decir aquella noche en mi despacho, es que solo eres feliz en este sector social si eres capaz de aceptar su frivolidad y resignarte al hecho de que siempre serás su bufón y tendrás que dedicar toda tu vida a disculparte por razones que escapan a tu control.

Ella alargó una mano hacia su mejilla y la recorrió con los dedos.

—Si lo hubieras planteado así y no como me lo dijiste, me habrías resultado infinitamente más encantador —confesó en voz baja.

Él se plegó a la caricia de la joven como un gato mimoso. Cuando se dio cuenta de su acto reflejo, trató de arreglarlo cogiéndola de la muñeca.

—Esa noche conseguiste enfurecerme, Emma Marston —dijo en tono de advertencia—. Me sorprende que esperaras cortesía de mi parte. Y los dos sabemos que si estás aquí conmigo no es por mi encanto personal.

—No, desde luego que no es porque me hayas deslumbrado con las aristas de tu carácter. No sé nada de ti o de tu pasado, y eso… eso me aterra, porque cuando descubro una ínfima parte, siempre es algo terrible.

—¿Qué quieres que te diga? —le preguntó en voz baja. La mano trepó por la suave manga transparente, rodeándole el codo, luego el hombro, y así hasta acariciar la garganta femenina—. Ya conoces las leyendas.

—¿Cuánta verdad hay en ellas?

—Toda. Era más pobre que las ratas y Marriott se apiadó de mí. —Aguantó la respiración mientras delineaba el mentón de Emma con paciencia fingida. Ella seguía mirándolo con intensidad, dispuesta a escuchar la historia entera. Él se resignó a darle lo que quería—. Cuando era niño me contrataron para limpiar chimeneas, pero cuando empecé a crecer y ya no cupe por los conductos, no me quedó otro remedio que colarme en las tabernas y prostíbulos de la zona portuaria y rezar para que los clientes no se dieran cuenta de que les metía la mano en los bolsillos. Aunque era demasiado alto para las chimeneas, seguía siendo tan pequeño que nunca me pillaron. —Torció la boca en una especie de sonrisa—. Salvo el barón, claro está.

»Llevaba toda la vida siendo huérfano. No tuvo que bregar por mi custodia con ningunos padres preocupados. Me dejé abducir sin poner inconvenientes, deslumbrado por las promesas del que me pareció un ángel de la guarda.

—Me cuesta pensar en ti con esa clase de pensamientos románticos —reconoció ella. Apoyó las manos en su pecho y se acercó—. ¿Lo querías? Es una pregunta trampa. Sé que sí; lo revelaste cuando me contaste la anécdota del puzle y Leonard III.

Casey evocó la expresión benevolente del barón, las dos manos fuertes y callosas que no parecían pertenecer a un caballero de clase, porque no lo era. Era un caballero *con* clase, algo muy distinto. Nació entre doseles, pero nunca blandió su riqueza contra los demás.

Probablemente ese fuera el primer recuerdo, y por ello el más nítido, que guardaba de él: la mano firme y segura que le ofreció para sacarlo de las mugrientas calles del East End. Siendo aún niño pensó que era la mano de un hombre bueno, porque solo un hombre bueno habría conseguido que Casey confiara lo suficiente en un forastero para dejarse arrastrar lejos del diablo conocido que era su realidad.

Evocó también los susurros entre el barón y su esposa, que se recostaban sin pudor en los canapés individuales del salón, a veces ella encima de él, y se reían como adolescentes de chistes privados en los que Casey ansiaba participar. Nunca supo cómo pedirlo.

Recordaba eso de Marriott, también. Casey jamás encontró la manera de expresar sus necesidades, ni de corresponder los afectos de

sus allegados, pero su padrino, su padre, en realidad, deducía cada una de sus llamadas de socorro y secretos anhelos y los cubría con un placer que aún entonces, años después, le asombraba, como si su felicidad hubiera sido de veras importante para él.

—No creo que milord llegara a saberlo, pero sí —respondió transcurridos unos segundos.

No añadió que aquel era uno de los dos únicos remordimientos que le pesaban, uno de los dos que tenía que cargar cada día con toda la fuerza de su empeño colina arriba, igual que un Sísifo condenado. A veces, mientras estaba concentrado en sus quehaceres, le sobrevenía la certeza de que Marriott había muerto creyendo que Casey no lo había admirado y querido profundamente, y tenía que soltar la pluma para agarrarse la cabeza y hacer tolerable la penetrante punzada de culpabilidad que le emborronaba la vista.

El barón supo que estaba agradecido por sus esfuerzos y su inversión académica. Era un hombre perspicaz. Tuvo que ver en la ambición de Casey, en su obsesión por destacar en la universidad y en sus negocios, hasta qué punto necesitaba que se sintiera orgulloso de haber puesto su dinero y sus expectativas en él. Durante su juventud, Casey tuvo un único y urgente objetivo: recompensar a Marriott por haberlo salvado de la calle. Pero por más dinero que amasó, por más reconocimiento que recibió de parte de los aristócratas que miraron a los ahijados de Marriott por encima del hombro, jamás llegó a sentirse satisfecho. En el fondo, siempre supo que lo que su padre quería era conocer sus pensamientos, sus pesadillas, sus verdaderas inquietudes. Marriott no quería que le devolvieran el dinero, sino el afecto, pero Casey jamás estuvo en condiciones de darle el amor que pedía.

Nunca había podido darle amor a nadie. No después de la pérdida que sufrió siendo niño.

—¿En qué piensas? —preguntó Emma, escudriñándolo con cautela —. Tu expresión ha cambiado de pronto.

Él enfocó la mirada en la mujer que tenía delante. Por poco no controló a tiempo un escalofrío traicionero. Solía dársele de maravilla evitar aquella clase de pensamientos, pero la cercanía con Matthew, su contacto con huérfanos como el que fue él mismo y, sobre todo, la

proximidad de Emma, el calor de Emma, la firme voluntad de Emma, le desarmaba.

—Pienso en que no sé qué me has hecho —reconoció sin voz, asombrado por su propia debilidad—, pero que deberías dejar de hacerlo.

—Solo es deseo —le respondió ella con inocencia. Le echó los brazos al cuello—. Cuando pasen dos, tres semanas, volverás a tu estado natural, te lo prometo.

—¿Y qué voy a hacer mientras tanto?

Ella le sostuvo la mirada en silencio, trasladándole la idea que tenía.

—Puedes sacarle provecho.

Casey acunó su rostro entre las manos y se inclinó con la idea de besarla, pero reculó al reparar en el brillo sobrenatural de sus ojos azules, aquellos ojos que nunca habían dejado de arder, que ni siquiera el engaño del hombre al que amaba habían apagado para siempre.

Hasta ese momento no se le había ocurrido pensar en el sufrimiento de Emma; en cómo habría recibido la noticia de las fechorías de su marido, en cuánto le habría dolido dejar atrás una vida que la satisfacía, cuando no la hacía feliz, para mudarse a un pueblo donde no podría siquiera mencionar su pasado.

Casey había ignorado de forma deliberada los sentimientos de la joven por el bien de sus planes, pero no le había costado porque ella no se compadeció de sí misma en ningún momento. Era fuerte y sabía muy bien cuáles eran sus prioridades. Casey padeció fatigas cuando era joven, tenía sus propios tormentos, pero no habría podido empatizar con el dolor de un corazón roto hasta ese preciso instante; porque ahora que la tenía delante y sentía que el suelo se abría a sus pies, pensaba en verse obligado a abandonarla y una profunda desazón le invadía, dejándole desamparado.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella en voz baja, abrazando las muñecas de Casey para mantener el contacto—. ¿Por qué pareces tan… meditabundo?

—Tengo muchas cosas en las que pensar —admitió—, pero ninguna

importa ahora.

Tomó sus labios con la gentileza que le había negado en Albany. Seguía sintiendo la arrasadora necesidad de estrecharla hasta hacerle daño, de poseerla rápido, de no darle una tregua, pero se obligó a serenar las ansias de guerra que habían acabado con su autocontrol y le acarició la cara mientras recorría su cuello con pequeños besos.

Se había perfumado para la ocasión. Notaba también el rastro del agua de rosas del baño. Si se esforzaba podía incluso detectar en ella su propio olor, el de los besos que le había dado horas antes, el de la saliva y el sudor compartido.

Emma echó la cabeza hacia atrás y se rindió con un suspiro a las atenciones de Casey, que culminaron en la abertura del escote. Sabiendo que querría conservar el vestido intacto, decidió no bajarle siquiera las mangas y, en su lugar, tomó asiento en el butacón sin soltarle la mano ni despegar la mirada de ella. Emma comprendió exactamente lo que se proponía, y con el rostro arrebolado y una expresión candorosa, se levantó las finas capas de la falda y se sentó a horcajadas sobre él.

Lo besó con una delicadeza que estuvo cerca de conmoverlo. Casey la rodeó por la cintura muy despacio, deleitándose con la suavidad de la tela y con sus contornos femeninos. Solo se oía el sonido de las bocas entrechocando, del vestido de Emma frotándose con disimulo con el frac de él. Le invadió el estúpido deseo de acunarla y contarle secretos que no le había confesado a nadie, pero supo que se arrepentiría acto seguido y se limitó a musitar su nombre en una letanía cada vez que ella le daba la oportunidad.

Emma; incluso su nombre evocaba belleza.

Ese fue su último pensamiento antes de que empezara a deslizar sus manos traviesas por los hombros y el pecho, por los brazos y el vientre, hasta posar la palma sobre la semierección.

Emma se separó lo suficiente para mirarlo con genuina turbación.

—Estoy cansada y dolorida, y he soñado con este día toda mi vida, y, aun así… —Cerró los ojos mientras frotaba el bulto incipiente y movía las caderas a la vez—. Dios… Nunca pensé que desearía a un hombre de esta manera.

Casey se regocijó en su elección de palabras. Podría haber dicho que nunca pensó que volvería a desear a un hombre de esa manera, pero no; había excluido de forma deliberada lo que sintió por su marido, tal vez porque no podía equipararse. Casey era, ante todo, un hombre razonable, y entendía que no tenía caso celar a un hombre que ni siquiera estaba en el mapa, pero aun así experimentó una punzada de envidia hacia las noches que Emma pasó entre sus brazos. La sostuvo entre los suyos con firmeza, presionando su espalda con las yemas de los dedos, consciente de la intención posesiva de su abrazo.

—Emma… —murmuró contra su escote—. Maldita Emma.

Ella sonrió como si le gustara el apelativo y liberó la erección de un movimiento impaciente. Con las mismas y agónicas ansias, Emma lo montó con la cabeza descolgada hacia atrás, exponiendo las líneas de su cuello para que Casey lo recorriera con los labios y la lengua.

Nunca había sido especialmente expresivo durante el sexo, pero se le escapó un gemido liberador al sentir cómo su carne lo apretaba. Aquel debía ser el lugar más cálido de la Tierra, de donde surgían la ternura y las cosas bellas. Emma no era solo un cuerpo, sino una sensación adictiva y un jardín del Edén. Solo eso podía explicar que Casey la anhelara con una desesperación enloquecedora, que no pudiera controlar sus manos ni sus expresiones, ni las miradas abrasadoras con las que demandaba que se moviera, que lo besara otra vez, que se fundiera con él.

Emma rotó las caderas con las manos puestas sobre los hombros masculinos. Agachó la barbilla para mirarlo a los ojos, más llameantes que nunca, un fuego fatuo. El calor que emanaban su cuerpo y su expresión le provocaron un escalofrío que avivó su excitación hasta evaporarle la sangre.

Para cuando Emma empezó a cabalgarlo, Casey ya sudaba y la manoseaba con impaciencia. Si era solo una cintura, si eran solo unos pechos, unas caderas; si era solo una mujer, y en él las mujeres no tenían ningún efecto, ¿por qué buscaba su calor afincando las manos en sus muslos húmedos, por debajo de la falda, e instándola a pegarse más a su cuerpo? ¿Por qué estaba demasiado enajenado para saber qué decir, qué pensar? Solo podía repetir su nombre, muy cerca del

orgasmo, como un ruego para que tuviera piedad con él y como una demanda autoritaria para que no se moviera de allí jamás.

Casey la besó cuando notó que el clímax estaba a punto de alcanzarla.

En tan solo una tarde, había puesto su mente calculadora al servicio de la pasión para memorizar cada una de sus expresiones y movimientos a fin de detectar cuándo se acercaba al orgasmo. Y no se equivocó: Emma gimió contra su boca unos instantes antes de que a él le atravesara el mismo dardo. La estrechó contra su pecho e impidió que se separara para tomar aire después del beso.

No se retiró a tiempo, pero no le importó, y de hecho sintió un placer morboso y miserable al vaciarse dentro de ella.

Si a Emma le preocupó, no lo manifestó. De hecho, empujó la lengua de Casey con la suya para profundizar el beso y convertirlo en el apoteosis de la noche, que se convertiría poco después en el preludio de un segundo asalto.

—No sé qué te he hecho —reconoció Emma entre jadeos, besando su cuello. Así respondía a la duda de Casey—, pero no pienso deshacerlo jamás.

Capítulo 22

Casey confiaba en pasar una plácida mañana de sábado sin sobresaltos, pero sospechaba que estaba pecando de ingenuo. Su sexto sentido le decía que no superaría el día sin que al menos una persona le felicitara por su cumpleaños e insistiera en celebrarlo.

Por lo menos sabía quiénes no serían los incautos. Se había asegurado de que Emma no tuviera la menor idea de cuándo era el aniversario de su llegada al mundo, y aunque Eleazar sí estaba al corriente —había manejado una serie de documentos personales de su jefe, tales como la falsa partida de nacimiento—, no se veía en condiciones de sorprenderlo con algún tipo de regalo, como le había amenazado con hacer en más de una ocasión. Así pues, nadie de su círculo cercano podría interrumpir los planes que había establecido para el curso del día: visitar a Eleazar y, a continuación, dejarse caer por el barrio de Mayfair, donde lady Bainbridge estaba conviviendo con las debutantes y la señorita Marston. Una vez allí, no soltaría la cintura de Emma hasta que lo apartara con hastío.

Se encontraba ahora en la primera parada de la ruta, en la modesta pensión de su ayudante. Suspiraba aliviado porque ni siquiera Eleazar se había acordado de la fecha. Aunque el propio Casey había contribuido al despiste, claro estaba. Había retirado con discreción el calendario que colgaba del armario y corrió las cortinas para que no pudiera saber con certeza si ya había caído la noche o todavía no había amanecido siquiera.

Para su inmenso fastidio, unos alegres golpecitos a la puerta interrumpieron la pacífica rutina. Casey estaba demasiado acostumbrado al bullicio de sus hermanos como para no saber que se trataba de ellos. Lo confirmó unos instantes después, cuando Simon se abrió paso con una sonrisa que no le cabía en la cara. Muy de cerca le seguían Edgar, un Asher al que habrían obligado a prestar la visita a

punta de pistola, y un fastidiado Chadwick cuya presencia tuvo que reconocer que le había sorprendido.

En su día, lord Marriott estableció la tradición de celebrar los cumpleaños, aunque no era el aniversario de sus nacimientos lo que se festejaba puesto que ni Edgar ni Casey supieron jamás cuándo habían llegado al mundo, y era tarde para descubrirlo: en sus partidas de nacimiento figuraba el día que Marriott los acogió en Waldorf Place, la mansión solariega entre las colinas de Cornualles, por lo que en realidad celebraban el renacimiento, la nueva vida.

A Chadwick siempre le había parecido una rotunda estupidez. De ahí que a Casey le costara creer que se hubiera dignado a formar parte de la sorpresa que en realidad no lo era tanto, pues el homenajeado lleva toda la vida resignado a que, sin importar dónde estuviera, de qué compañía gozara y en qué día de la semana hubiera caído el dichoso cumpleaños, sus hermanos se las apañarían para encontrarlo y hacerle saber que era doce meses más viejo.

No lo hacían como muestra de cariño, por supuesto. Edgar tenía la suerte de celebrar sus aniversarios con la mujer o las mujeres que le encartara en el último momento, sin que ningún casi Waldorf lo molestara con sus absurdas felicitaciones, y Simon armaba fiestas por todo lo alto a las que siempre se le olvidaba invitarlo. Solo él tenía que padecer aquella tortura, precisamente porque las celebraciones de las que era protagonista constituían su peor pesadilla y a sus hermanos les fascinaba sacarlo de sus casillas.

—¡Feliz cumpleaños, muchacho! —aulló Simon, extendiendo los brazos y acercándose a Casey con los torpes tambaleos de una bestia de mitología borracha. Ciertamente, tenía las mismas dimensiones y un apetito voraz idéntico al del minotauro. Por primera vez, Casey sintió pánico. ¿Ahora también tenía el atrevimiento de abrazarlo? Por lo visto, había incorporado una nueva y terrorífica tradición al veinticuatro de abril: lo atrapó entre sus gruesos brazos de marinero y lo estrechó con fuerza sin dejar de reírse con estridencia, tal y como se reía cuando era niño—. ¡Ya eres un año más viejo! ¡Veintiocho años, nada más ni nada menos!

—Sabes lo que te espera, ¿no? —inquirió Edgar, sonriendo, lobuno,

al ver que Casey se erguía con gesto melindroso y procedía a limpiarse la chaqueta. El casanova se había detenido en el centro de la estancia con los brazos cruzados—. Veintiocho copas de vino, veintiocho cervezas o veintiocho whiskies. Si no quieres acabar en el otro barrio por el abuso de alcohol, ve racionándotelas a lo largo del día, pero si no cumples con la tradición… —dejó al aire la amenaza.

—¿Podríais hacer el favor de bajar la voz? —pidió Casey, irritado. Señaló con la barbilla al convaleciente, que si no se había despertado era porque le habían administrado una dosis de láudano capaz de tumbar a un elefante.

Simon, expresivo como era, torció el gesto con aprensión.

—¡Por el amor de Dios! A ese chiquillo le han caído con todo, ¿eh? —Se inclinó hacia él con los ojos guiñados—. ¿Es que te perdió una carta, o algo así? ¿Te llamó «amigo mío»? A ver si adivino: redactó un mensaje con faltas ortográficas a tu nombre y no te quedó otro remedio que darle una lección.

Era indignante que bromearan con un asunto tan serio, pero habría sido absurdo esperar un mínimo de decencia viniendo de aquel grupo de montaraces. Aunque Simon fuera vestido como un caballero de la cabeza a los pies, había algo en su forma de moverse, de expresarse, que delataba sus orígenes humildes, y lo confirmaba en cuanto despegaba los labios para hacer un comentario de pésimo gusto.

—Pobre Eleazar —murmuró Asher, acercándose con gesto torcido —. ¿Qué le ha pasado?

—Voló demasiado cerca del sol —respondió Casey, sucinto. Ya le habían agriado el humor—. ¿Puedo saber qué hacéis aquí?

Era una pregunta estúpida. Sabía de buena tinta qué hacían allí: arruinar con su obsesión por la jarana y por tocarle las narices un día que podría haber sido agradablemente mediocre.

El pasado año, Casey tomó la precaución de viajar a Edimburgo para cerrar un trato comercial con un empresario escocés, y, aun así, cuando llegó a la habitación del hotel donde pretendía hospedarse solo una noche, la noche de los veintisiete años, se topó con que sus queridos hermanos le habían mandado a una prostituta para que no durmiera solo. Y como si hubieran sabido con exactitud cómo

procedería Casey en tal caso, se habían asegurado de que la meretriz no fuera de las que se ahuyentaban con facilidad, porque tuvo que sacrificar casi una hora y media de sueño para convencerla de que se marchara.

Al final lo hizo, pero le costó una nada desdeñable suma de dinero.

Dos años antes, quiso la casualidad que Casey se encontrara en Waldorf Place arreglando unos asuntos de la contabilidad del barón, de la que se encargaba con verdadero gusto. Su propio protector participó en la festividad, que tenía como fin hacer sentir a Casey como le habría gustado no sentirse jamás: como el protagonista de la casa.

La tradición rezaba que tenía que beber tantas copas de anís —o el licor de su preferencia, en esto se mostraban flexibles— como años cumplía, bajar andando y escoltado por la familia a la playa más cercana una vez estuviera totalmente borracho, proclamando a los cuatro vientos que celebraba el aniversario de su nacimiento, y tirarse al agua con la ropa puesta.

Esto era sencillo en Cornualles. Justo a los pies de la colina donde se alzaba Waldorf Place se encontraba la cala virgen que había sido testigo de las vergonzosas vomitonas de los primeros años de la tradición, pues por aquel entonces Simon no estaba habituado al alcohol.

Pero en Londres era bastante más complicado. Y a Dios daba gracias.

—¿Dónde pretendéis que me bañe con la ropa puesta sin comprometer mi dignidad? —inquirió con frialdad mientras se ajustaba la chalina con movimientos airados.

Aquel día sacaba lo peor de sí mismo.

—Pensaba que comprometer tu dignidad forma parte del proceso —señaló Chadwick. Se estaba mirando las uñas con aquel gesto soberbio que le caracterizaba.

—El Serpentine, por ejemplo —propuso Simon con alegría—. Porque las aguas del puerto no te las recomiendo, créeme. Ni a ti ni a mi peor enemigo.

—Me temo que no tengo tiempo para celebraciones absurdas. Soy

el benefactor de tres de las huérfanas de Marriott House y he de visitarlas hoy.

—Me sorprende que sigas pensando que te puedes librar de nosotros en un día tan especial —confesó Edgar, fingiéndose ofendido —. Vayas a donde vayas, te seguiremos.

Casey le hizo una caída de ojos.

—¿No tienes alguna pobre mujer a la que atormentar esta mañana de sábado?

—El veinticuatro de abril es el único día del año que no me encamo con nadie —repuso, orgulloso—. Un hombre tiene que descansar, Casey, y ya sabes que nuestro Señor premia el celibato.

Tan solo un mes atrás, Casey tendría que haberse reprimido para no mirarlo con una mezcla de extrañeza y curiosidad. Una pregunta solía aflorar en su pensamiento cuando Edgar mencionaba sus aventuras lujuriosas: ¿cómo era posible que no se aburriera de acabar todas las noches de la misma manera? Casey sabía que existían un sinfín de prácticas sexuales con las que se podía innovar, y que cada mujer era un mundo, pero el sexo tenía una mecánica de por sí limitada. Desde su punto de vista, las aventuras de Edgar que circulaban por Londres con la etiqueta de gloriosas y envidiables no constituían más que una rutina cansina.

A no ser que todas las jóvenes que se llevaba a la cama fueran tan apasionadas y brillantes como Emma, en cuyo caso podría entender una obsesión.

—Vayamos a ver a las niñas, y después nos dejamos caer por algún club interesante —propuso Simon.

—De ninguna manera —determinó sin pensarlo.

Los presentes se quedaron sorprendidos ante su rotunda negativa.

Estaban al tanto de la opinión que Casey tenía sobre su cumpleaños; distinto era que decidieran ignorarla para divertirse de lo lindo con su frustración, pero sabían que no se atrevería a mandarlos al infierno por el simple hecho de que, aun llevando nueve meses enterrado, lord Marriott estaba presente en aquellos gestos y no tenía derecho a desairarlo. La tradición la implantó él cuando cumplieron la mayoría de edad, y Casey jamás se había visto capaz de incumplirla o

renegar de ella sin sentirse un completo desagradecido.

—¿«De ninguna manera», dices? —repitió Chadwick.

—Hay una persona en la casa de Siobhan a la que no me gustaría que escandalizarais.

—Espero que no sea la propia lady Pueblerina —gruñó Chadwick —, porque apuesto todo lo que tengo a que esa está curada de espanto.

—¿Cómo no va a estarlo, si tiene que lidiar con tus descortesías a menudo? —rezongó Edgar, al que más le ofendía que su primo se atreviera a desdeñar a, en sus palabras, «una criatura deliciosa».

Edgar no solía respetar el vínculo sagrado de las mujeres casadas. Las perseguía de igual modo con una ferocidad implacable, pero todos sabían sin necesidad de que él lo hubiera aclarado que con Siobhan jamás se atrevería. La deseaba, eso seguro, pero también la respetaba.

Tal vez fuera la única mujer que podía jactarse de semejante honor.

—Por más placer que me produzca avergonzarla, más me alegro de no tener que verla con frecuencia —admitió Chadwick en tono displicente—, así que te aseguro que no lidia conmigo tan a menudo.

—Se trata de la señorita Marston, ¿no? —se aventuró Simon, mirándolo con un brillo travieso—. Edgar me lo ha contado todo. Confieso que tenía la esperanza de que la invitaras a nuestra juerga, porque si es verdad que le gusta ponerse pantalones, no creo que desentonara en las tabernas de Jermyn Street.

—¿Emma? —se sorprendió Asher, alternando una mirada entre unos y otros—. ¿Emma está en Londres? ¿De qué la conocéis los demás? ¿Y tú y ella estáis…?

—Por favor. —Edgar puso los ojos en blanco—. Ni siquiera lo insinúes. Lo más probable es que la señorita Marston posea una inmensa fortuna y nuestro Casey haya decidido desplegar con ella sus encantos para que le permita gestionarla… o lo que sea que hagas para ganarte la vida, que ni lo sé, ni me importa.

—Desde luego, no me lo imagino cubriéndola de besos —reconoció Simon, pensativo—. Ni enamorado de forma platónica.

—Por eso mismo no voy a permitir que estéis en la misma habitación —señaló Casey, vigilando su propia expresión para no

confirmar ni desmentir sus sospechas—. Preferiría que no me dejarais a la altura del betún con vuestros comentarios.

—Oh, vamos, muchacho. ¡Es tu cumpleaños! —aplaudió Simon, feliz como si fuera él a quien homenajearían—. Si quieres que nos comportemos, nos comportaremos. Hoy somos tus humildes siervos.

—En ese caso, os concedo la libertad.

—No tan rápido —se rio Edgar, de nuevo cruzado de brazos—. ¿Qué quieres que hagamos? ¿Que le regalemos los oídos a la señorita Marston? ¿Que le hablemos maravillas de tu verdadero carácter, ese sensible y entregado que escondes bajo capas y capas… y capas… y capas… y capas —remató con vehemencia— de indiferencia?

Simon se había reído más y más fuerte con cada «capas» pronunciado.

—No estaría mal —reconoció Casey, para el asombro de todos.

De hecho, y ahora que lo pensaba, no sería una pésima idea presentarle a sus hermanos y primos. Emma se había entregado a él en cuerpo sin reservas, pero Casey era lo bastante avispado incluso en las enigmáticas cuestiones del corazón para saber que tenía el alma comprometida, y no ya por el recuerdo de su marido, que sin duda la reprimía tanto si ella se daba cuenta como si no, sino por los razonables recelos que aún albergaba hacia él.

Casey seguía siendo un hombre cuyo carácter desapegado y carente de escrúpulos chocaba frontalmente con lo que Emma entendía por una persona con principios, y no estaba en su mano cambiar aquella definición.

No lo lograría sin ayuda externa, al menos.

Quizá, si la señorita Marston descubría que había quienes le tenían en alta estima, se aventurara a mirarlo con buenos ojos.

—¿Quieres que le hablemos… bien de ti? —inquirió Asher con dificultad, y solo para asegurarse—. Porque es posible que, cuando nos encontramos en Brighton a propósito de la búsqueda de su marido, insinuara que eres… algo manipulador.

—¡¿Su marido?! —aulló Simon, agarrándose al respaldo de la silla más cercana como si temiera caer redondo—. ¡No me fastidies! ¿Te has enredado con una mujer casada, muchacho?

—Dudo bastante que el matrimonio sea válido. Su marido es tan indeciso que todavía no sabe con qué nombre de los siete que tiene inscribirse en el registro parroquial —replicó Casey sin cambiar de expresión—, así que, en todo caso, sería una mujer amancebada. En cualquier caso, Simon, no te veo poniendo el grito en el cielo cuando Edgar se pasea por Hyde Park del brazo de una duquesa con veinte aniversarios de boda a las espaldas.

—De Edgar uno se espera cualquier cosa —desestimó, aireando la mano—. En ti depositamos la esperanza de que llevaras a lo más alto el nombre de los ahijados de Marriott.

—Lamento haber resultado ser una gran decepción. —Se giró hacia Asher—. Descuida, Emma sabe que soy manipulador. Ya ha conocido lo peor de mí. Por eso no me vendría mal que ahora se familiarizara con mis virtudes.

—¿Que son…? —preguntó Chadwick con aparente curiosidad.

—Buen hermano —empezó a enumerar Casey, pensando en lo que podría conmover a Emma—; tan bueno que no podéis dejarme pasar un cumpleaños solo. También soy generoso con mi dinero y los favores que presto, siempre ilimitados. A lo mejor hasta os podéis inventar una anécdota que me deje en buen lugar.

—Dios santo, ¡y luego es de Edgar de quien se espera uno cualquier cosa! ¡Yo no miento para conquistar a una mujer! —El quejica recibió una mirada irónica de parte de todos los presentes, a lo que tuvo que admitir, muy a regañadientes—: No siempre.

—¿Qué nos vas a dar a cambio de la mentirijilla piadosa? —quiso saber Simon, acodado en el respaldo de la silla con una sonrisa lobuna.

—¿No se supone que erais mis esclavos por hoy? —contraatacó Casey.

—Un esclavo tiene comprometida su libertad física, no sus opiniones. Estas últimas tendrás que comprarlas.

—¿Qué es lo que quieres?

—Dinero, naturalmente —respondió sin pararse a pensarlo—. Ando un poco corto estos últimos tiempos, ¿sabes?

—¿En serio? —Asher fingió una mueca comprensiva—. ¿No te

pagan por tu admirable compromiso con vaguear las veinticuatro horas del día?

—No. Debería contratar a un abogado para que luche por mis derechos en los tribunales. Una dedicación como la mía merece una suculenta recompensa.

Asher sacudió la cabeza, exasperado por el descaro de Simon. Casey solo lo miraba de hito en hito, dudando sobre la mejor oferta.

—¿Diez libras?

—¡Diez libras! —se ofendió con la mano en el pecho—. Que sean veinte.

—Yo no voy a pedirte nada a cambio —resolvió Edgar—. Poder relacionarme con la señorita Marston es un regalo para mí. Me parece una mujer de lo más interesante.

Casey vigiló la sonrisa de su hermano con razonable inquietud.

Edgar era un tipo sin escrúpulos. Había llegado a las manos incluso con Simon, al que nadie dudaba que apreciara, porque consideró que su interés femenino del momento debía pasar la noche con él y no con su hermano. No tenía el menor sentido de la lealtad, ni siquiera con su familia. No le quedaba otra que confiar en que Emma no se dejaría tentar por sus insinuaciones en el caso de que estas llegaran.

—Yo no pienso presentarme en la casa de lord Bainbridge, así que no tendrás que preocuparte —acotó Chadwick—. En cuanto crucéis esa puerta, tomaré el rumbo contrario.

—Y yo no le voy a mentir —determinó Asher con su irritante moralismo—, pero procuraré halagarte en la medida de lo posible, si es lo que quieres y veo que ella está encantada contigo.

—¿Me podrías pagar por adelantado? —insistía Simon con una radiante sonrisa. Nada le hacía más feliz que la certeza de que podría sobrevivir una semana más con los lujos que creía merecer.

Casey se limitó a asentir, pensando con resignación que los afectos de la señorita Marston eran los más caros del mercado. Le estaban costando el alto precio de un nuevo orfanato, un sueldo para cinco maestras —las habituales más una nueva—, una temporada londinense, el hospedaje de los niños en Brighton y, ahora, también el mantenimiento de su hermano.

Les hizo un gesto impaciente para que salieran de la habitación. Obedientes por ser el día que era y gracias al incentivo económico, fueron abandonando la estancia uno a uno hasta que Casey se quedó solo ajustándose la chaqueta.

Estaba a punto de salir cuando una voz pastosa irrumpió el silencio.

—Feliz cumpleaños, señor Kaye.

Si se hubiera tratado de otra persona, Casey le habría dirigido una respuesta punzante, pero no pudo sino sostenerle la mirada con la respiración suspendida y resignarse a que su ayudante le tuviera en estima.

—Gracias, Eleazar —dijo con voz queda—. Descansa.

Capítulo 23

Emma escuchaba con una sonrisa complacida las anécdotas de las jóvenes.

Desde que regresaron de su primera fiesta de la temporada no habían hablado de otra cosa. En vista de que no lograban calmarse, lady Bainbridge las había invitado a ponerse cómodas en la sala de estar para tomar el té y compartir impresiones.

La dama había comenzado mencionando lo orgullosa que estaba de los exquisitos modales que habían demostrado en público. Apenas dedicó una breve disertación a mencionar los aspectos positivos y los solamente mejorables para enseguida cederle la palabra a las muchachas, que parecían haber perdido de golpe la madurez que la orfandad las había obligado a adquirir. Se reían entre ellas como gallinas cluecas, ruborizadas y con los ojos brillantes. Si Emma no las hubiera conocido, habría pensado que se trataba de un trío de señoritas privilegiadas con la inocencia de las sobreprotegidas hijas de un aristócrata.

En ese momento, Marlenne estaba entusiasmada relatando cómo había bailado dos veces con el mismo caballero.

—Y entonces se estaba acabando la fiesta, cosa de la cualquiera podría haberse dado cuenta en vista de que la concurrencia había menguado de manera considerable, y volvió a acercarse a mí con una sonrisa de disculpa. Me tomó del codo con gentileza —continuó, utilizando a Olivia, que le quedaba más cerca, para hacer el papel de ella misma—, se inclinó sobre mi oído lo justo para que le escuchara, pero no tanto como para llamar la atención, y me dijo que, si no le importara mi reputación, volvería a llevarme a la pista de baile, pero que, por desgracia, después de bailar tres veces con el mismo caballero, los invitados asumen que la pareja está comprometida.

—Así es —confirmó Siobhan, esbozando una sonrisa resignada—.

No le dan a una demasiado margen para divertirse, me temo.

—Pero es que entonces yo, en un arrebato de valentía en el que ni me reconocí, le dije: «¿Y no le parece un muy bajo precio a pagar en comparación con un último baile conmigo? Tal vez no vuelva a verme jamás».

—¡Marlenne! —se escandalizó Olivia.

—Y la cuestión es… —La joven sonrió— que me dijo que pedirme matrimonio sin más sería una locura y él es un hombre muy prudente, pero que no soportaría no volver a verme, y que si no le importaría que me conformara con un paseo por Hyde Park el viernes por la mañana.

—¿Le dijiste que sí? —inquirió Emma.

Era difícil que el ánimo de Marlenne no las contagiara a todas. Exudaba una energía vibrante que solo podía achacarse al enamoramiento juvenil, a esas primeras veinticuatro horas tras el encuentro con el amante que trastocaban por completo la mente de una mujer.

Emma sabía muy bien cómo se sentía. Recordaba con sumo detalle cómo regresó a casa después de conocer a su marido, flotando en una nube y, al mismo tiempo, en un estado de nervios tal que su padre pensó que la habían atracado.

—¡Por supuesto! ¡Oh, es tan atractivo! —celebraba Marlenne, recostándose en el asiento. Le quitó a Olivia el mullido cojín y lo abrazó con aire soñador—. ¡Y joven! Siempre pensé que, si un hombre se fijaba en mí, sería mayor de sesenta años y se comportaría como si me estuviera haciendo un favor. Pero no. Lord Diggory es todo un caballero. Es romántico, y tímido de un modo encantador.

—Cuánto me alegro, Marlenne. Confío en que tu historia prosperará. —Siobhan cruzó los dedos.

—¿Usted vivió algo parecido con el baronet? —le preguntó Marlenne con curiosidad, ansiosa por una prueba que demostrara que su idilio tendría un final feliz.

Emma reparó en que Siobhan daba un sorbo reposado al té y se tomaba su tiempo para tragar y limpiarse la comisura del labio, que, por supuesto, no se había manchado. Tuvo la impresión de que estaba

posponiendo la contestación para elaborar una mentira creíble.

Confirmó sus pesquisas al ver que Siobhan curvaba los labios en una sonrisa escueta y también enigmática, y ofrecía una respuesta ambigua.

—Sí, fue algo parecido. Coincidimos en una velada y nos sentimos atraídos el uno por el otro en cuanto nos miramos.

—¿También bailaron toda la noche? —insistió Marlenne. Ahora también escuchaba Olivia; no así Jane, que había estado aislada de la conversación desde el principio, concentrada en arrugar y estirar los pliegues de su vestido.

—Nos costó decirnos adiós —le confirmó, sucinta. Emma pensó que era una contestación muy curiosa, dada la pregunta inicial—, pero hace años desde entonces, y no es mi debut lo que se ha venido a discutir. ¿Qué hay de ti, Jane? ¿Te divertiste?

La apelada levantó la barbilla con la mirada perdida.

A Emma le había extrañado desde el principio el mutismo de la muchacha. Si bien no era tan extrovertida como Marlenne, era, de lejos, a la que más le emocionaba la idea de ser presentada en la capital. Pero que la interpelaran de forma directa hizo que palideciera y sacudiera la cabeza, no como una negativa a la pregunta, sino instando a Siobhan a olvidarse de conocer su opinión.

—¿Janey? —la llamó Emma. Alargó una mano para apoyarla en su regazo, pero al ver que acercaba el brazo, Jane recogió las piernas hacia el lado contrario y le lanzó una mirada de advertencia.

Emma se quedó perpleja.

—¿Estás bien, Jane? —insistió Siobhan.

El mayordomo escogió aquel momento de tensión para interrumpir con un anuncio: Casey Kaye y sus familiares, los señores Mount, Gresham y Norton, acababan de llegar a la vivienda. La había avisado mediante carta de que se dejaría caer a lo largo de la mañana, pero aun así el corazón le dio un vuelco al escuchar su nombre.

Primero dio la bienvenida a Asher con una sonrisa que le fue correspondida con la cordialidad que le caracterizaba. Luego, en vista de que el señor Gresham se acercaba a ella con la intención de saludarla con toda naturalidad, le ofreció su mano. Edgar le rozó los

nudillos con los labios, sosteniéndole la mirada con pasión. Emma se habría estremecido si la noche anterior no hubiera oído de la boca de la concurrencia la clase de reputación que se había labrado en Londres. Por lo visto, tenía por costumbre mirar a cada mujer que le resultaba atractiva como si fuera la única fémina del mundo entero.

No obstante, una de las jóvenes le disputó su atención, porque Edgar desplazó enseguida la vista a un punto a su espalda. Emma se giró a tiempo para captar la reacción de Jane a la presencia del casanova, que no fue otra que encogerse en el asiento y tragar saliva.

Edgar no dio señas de conocerla, pero le sonrió como si lo hiciera al ver que ella actuaba como si hubieran interactuado con anterioridad.

—La señorita Marston… ¡He oído tanto sobre usted! —exclamó el hombretón de cabello rubio pajizo. De lejos, tan robusto, ruidoso al expresarse y rudimentario al gesticular, parecía un gladiador, pero tenía la mirada noble y candorosa de un hombre sencillo, y los rizos que le caían sobre la frente le recordaron a los tirabuzones de mármol de las esculturas—. Es un placer conocerla por fin.

Como no podía ser de otra manera, Emma se ruborizó. Dudaba que la discreta Siobhan le pidiera explicaciones al respecto, pero lo más probable era que las alumnas le preguntaran cómo era posible que su nombre hubiera llegado a los oídos de un hombre como Simon Mount.

—¿A qué debo el placer de vuestra visi…? ¡Oh, Dios, Edgar! —exclamó Siobhan, escandalizada, cuando el señor Gresham la arrancó del sillón para cogerla en volandas y dar vueltas con ella en brazos—. ¡Edgar, por todos los santos…! —se quejaba, pero no pudo evitar romper a reír—. ¡Bájame ahora mismo! ¡Soy una anfitriona respetable!

—Para mi inmenso pesar —se lamentó Edgar.

Antes de dejar que pusiera los pies de nuevo en el suelo, le robó un rápido beso en la mejilla. Siobhan meneaba la cabeza con risueña exasperación mientras se peinaba los mechones sueltos con los dedos.

—Toma asiento antes de que cambie de idea y decida largarte de esta casa. ¡Te lo merecerías por bribón! Y hablando de bribones… —Emma se fijó en que el tono desenfadado con el que habló no se correspondió con la inquietud que se asentó en su semblante—. ¿Lord Marriott no ha venido con vosotros?

—¿Chadwick? Hemos estado con él esta mañana felicitando a Casey por su cumpleaños —respondió Simon, inclinándose para robar pastelitos de la fuente de la mesa con las dos manos. Y no eran manos pequeñas. En ellas cabría el cráneo de un animal de cuatro patas. Siobhan aprovechó el comentario para dirigirle a Casey una escueta sonrisa de felicitación y un cabeceo respetuoso, el único tipo de homenaje que podría aceptar un carácter como el suyo—. Ha debido de considerar que ya nos había torturado suficiente, porque tuvo la gentileza de librarnos de su presencia.

—Qué crueldad la tuya —le reprochó Siobhan, negando con la cabeza.

—Crueldad la suya, que no hay quien le aguante —bufó Edgar.

—¡Y qué mala educación la de todos vosotros! —atajó Siobhan—. ¿Es que no pensáis pedirme que os presente a las señoritas que me acompañan?

Solo cuando Siobhan se ocupó de presentar a las tres muchachas ante los tres caballeros, Emma se atrevió a girarse por fin hacia Casey. No lo había hecho antes por miedo a que alguno de los invitados se percatara, con tan solo un intercambio de miradas, de lo que estaba sucediendo entre los dos. Emma era tan susceptible a su cercanía que estaba segura de que captarían sus sentimientos al vuelo. No así los de él, que se aproximó por fin con un brazo a la espalda y utilizó la mano libre para tomarla por los dedos y depositar un discreto beso en la cara interna de su muñeca.

Emma la retiró enseguida y comprobó que nadie había visto el atrevimiento.

—¿Es su cumpleaños, señor Kaye? —preguntó con aparente naturalidad, pero le tembló la voz—. No tenía ni la menor idea.

—Y me habría gustado que hubiera seguido siendo así.

Emma sonrió con inevitable ternura.

—Debería haber imaginado que no sería de los que se aprovechan del protagonismo de su día especial. Al principio era usted todo un enigma, pero ahora empiezo a darme cuenta de que, en realidad, tiene el patrón de personalidad de cualquier frío empresario.

—¿Y qué sugiere? ¿Que dé una fiesta por todo lo alto para no

convertirme en una caricatura de mí mismo?

—Depende. ¿Tanto le importa la opinión que tenga de usted? —le preguntó en voz baja—. Porque de ser así, tal vez debería sorprender con una velada inolvidable. Aplaudiría un giro drástico.

—En ese caso, estoy de suerte. Mis queridos familiares me han obligado a traerlos hasta aquí para festejar el aniversario de mi nacimiento.

—Me temo que no tengo ningún presente para usted —se lamentó Emma, y lo hizo de veras. Le habría gustado cazarlo con la guardia baja apareciendo con un paquete, todo por el placer de ver su expresión mientras lo desenvolvía. No le gustaba ser el protagonista de la fiesta, pero ¿y que lo agasajaron con regalos? A todo el mundo le gustaban los regalos—. Si lo hubiera sabido…

—Descuide, señorita Marston. —Casey se situó a su lado y le pasó la mano por la baja espalda para sostenerla de manera posesiva por la cintura. Habló con la vista clavada al frente, en el inocente flirteo de los distraídos Siobhan y Edgar—. Si de verdad quiere hacerme feliz en mi cumpleaños, yo mismo puedo darle unas cuantas ideas de lo que me haría ilusión.

Emma no se atrevió a alzar la mirada hacia él al notar que le ardían las mejillas. Pudo respirar de nuevo cuando Casey se retiró a regañadientes, impelido por las insistentes llamadas de Simon y de Edgar, que querían que tomara asiento en el sillón dominante.

A Emma se le escapó una sonrisa cuando Simon empezó a cantar una canción de taberna trastocando algunas palabras para que pareciera una melodía creada en específico para felicitar el cumpleaños de Casey. Las niñas también se rieron al ver a un hombre tan robusto bailando de manera afeminada a su alrededor, pero más se divirtió comprobando que el protagonista permanecía inmóvil en el asiento, rogándole al Señor que se lo llevara pronto pellizcándose el puente de la nariz.

Como si hubiera sabido que se estaba divirtiendo a su costa, Casey le dedicó una mirada de advertencia, a lo que Emma solo se encogió de hombros, dando a entender que no le quedaría otro remedio que soportar que le mimaran durante unas horas.

Momentos después, Siobhan dio unas palmadas y les pidió que se sentaran a esperar que las criadas aparecieran con el té. Mientras llegaban, Simon se levantó con torpeza de la silla, como si no soportara estar quieto por mucho tiempo.

—¡Propongo que contemos nuestras mejores anécdotas de Casey!

—Yo propongo que te sientes y mantengas la boca ocupada con las pastas —sugirió el aludido. No tuvo que levantar la voz, ni siquiera proyectarla de manera hostil, para que todos captaran la amargura en su tono.

—¡Vamos, señor Kaye! —se atrevió a exclamar Marlenne—. ¡No sea aguafiestas!

Edgar y Simon intercambiaron una mirada divertida.

—Eso, señor Kaye. —Edgar, sentado a su lado, le dio un codazo—. No sea aguafiestas.

—Si el agasajado no puede ni aguar su propia fiesta, menuda fiesta en su honor se ha montado, entonces —refunfuñaba Casey.

Emma se cubrió la boca para sofocar una carcajada.

Nunca lo había visto tan irritado con el comportamiento ajeno, y eso le hizo pensar en la cantidad de rasgos de su carácter con los que todavía no había tenido el gusto de tratar. Emma notó una punzada a la altura del pecho, una expresión de la impaciencia que la invadió por conocer al hombre que sería cuando se quedaba solo, cuando le abandonaba la esperanza, cuando estaba de veras feliz, cuando se había tomado un par de copas. Se preguntó si ese afán de conocimiento no sería el síntoma más llamativo del amor que había plantado su semilla dentro de ella y que parecía que germinaría antes que la primavera.

Emma había querido conocer los secretos y el misterio del señor Kaye desde que se topó con él. Le sorprendió lo joven y rico que era, el pasado que había tenido, el golpe de suerte que se le presentó a una edad temprana, la forma en que se comunicaba, su obsesión por moderar sus expresiones para no traslucir sus pensamientos y ni mucho menos sus sentimientos. Esa curiosidad no había hecho sino crecer en el transcurso de las semanas, ocupando cada vez más espacio en su mente y en su corazón.

No dejó de mirarlo con la barbilla apoyada en la mano mientras se contaban anécdotas de su infancia y adolescencia, de su período en la universidad de Oxford. Estaba tan feliz de estar allí, de encontrarse presente mientras se iban revelando detalles en apariencia insignificantes de la vida de Casey, que supo que antes de que terminara el día tendría que aceptar que se había enamorado como una estúpida.

—Qué curioso que sean todos ustedes varones —comentó Emma en un momento dado—. Quiero decir que me extraña que el difunto lord Marriott acogiera bajo su ala a tres muchachos, cuatro si contamos a Asher, y a ninguna joven.

—Una vez le pregunté por qué no quiso darnos una hermana —reconoció Simon. Había comido pasteles hasta el hartazgo, y ahora descansaba reclinado en el respaldo con la mano sobre el vientre abultado—. Me dijo que todas sus adopciones fueron fruto de la oportunidad. No es que fuera por la calle cogiendo en brazos al primer lazarillo con el que se topara, ¿comprende? Casey intentó robarle la cartera, y después del forcejeo, a nuestro Marriott se le ocurrió la idea de llevárselo. A mí me conocía desde que nací porque mi madre era una de las doncellas de una de sus casas de Londres, y Edgar… Edgar es muy celoso de su historia, así que no seré yo quien la mencione —anunció, alzando las dos manos—, pero también se cruzó en el camino de mi padre. Nuestro padre —corrigió, orgulloso. Emma pensó que Simon era el único que no tenía miedo, junto con Asher, de expresar abiertamente el amor que sintió por Marriott—. Supongo que es casualidad que ninguna muchacha tropezara con él.

—Yo estoy convencido de que no se llevó a ninguna niña a casa para que las malas lenguas no inventaran historias sórdidas sobre sus… preferencias románticas —pensó Edgar en voz alta—. Aunque, de todos modos, no es como si no hubiéramos crecido con mujeres cerca.

—Lady Marriott era maravillosa —apostilló Asher.

—No solo lady Marriott, sino la propia Siobhan —explicó Edgar, guiñándole un ojo a la dama. Esta bizqueó, como si hubiera empezado a empacharle el descarado flirteo del casanova. Lejos de ofenderse,

Edgar se rio—. No sé si lo sabe, señorita Marston, pero lady Bainbridge comparte padre con Asher. Es su hermanastra. Ha pasado algunas festividades y veranos con nosotros. Forma parte de nuestra familia.

—Bueno, ¿y qué me decís de la hermana de Casey? —intervino Simon, mirando a unos y otros a la espera de una reacción. Emma se irguió al escuchar aquello y le puso toda su atención—. ¿No pasó con vosotros una temporada antes de que yo llegara, o su existencia fue apenas una leyenda? Que yo sepa, solo estuvo unos meses en Waldorf Place, pero el viejo Marriott habría estado encantado de darle una educación en condiciones y una vida larga y próspera. Una lástima que a Kathryn no le pareciera tentador. ¿O estoy contando mal la historia?

«Kathryn», repitió Emma para sus adentros.

No podía ser casualidad. Tal vez Katherine sí fuera un nombre popular, pero su variante no se utilizaba con tanta frecuencia como para que en la vida de Casey hubiera habido dos, su hermana y la madre de Matthew.

Aturdida en un principio por el relato, Emma buscó la mirada de Casey. Este la había concentrado en el fondo de su taza de té, de donde no la levantó hasta que el silencio que se formó en el salón fue insoportable. Emma estaba tan impaciente por leer en la expresión de Casey qué diantres significaba aquello que el corazón le dio un vuelco cuando por fin alzó la barbilla.

En sus insondables ojos negros, cifrados para los enemigos y desconocidos, leyó una emoción compleja que le sirvió para confirmar la duda instalada en el cuerpo.

Kathryn era su hermana y también la madre de Matthew, concluyó.

—Pero ese es un tema muy delicado —añadió Asher por lo bajini con una mueca de incomodidad, alargando el brazo hacia su taza para ocupar la boca.

—Y ahora sí que he aguado la fiesta de verdad —se lamentó Simon —. Lo siento, había olvidado que no se podía mencionar a Kathryn.

Emma siguió mirando a Casey sin comprender aun después de que este le girara la cara y Simon, con ayuda de la anfitriona perfecta y de

las jóvenes, que no se habían percatado del momento de tensión, devolviera la charla a terreno neutral, salvando así la tarde.

Pero para Emma ya estaba arruinada, porque fue en ese momento cuando se percató de que algo no cuadraba. Por más que lo pensó, no se le ocurrió una sola razón por la que Casey ocultaría la existencia de su hermana de sangre, especialmente cuando Emma había estado acusándolo de haber abandonado a su hijo cuando en realidad era su sobrino. Seguía siendo un abandono cruel, pero desde luego la situación adquiría otro matiz.

A no ser que su historia y la de Simon pudieran coexistir: Matthew era hijo de Kathryn, su hermana, y también de Casey.

Un escalofrío la recorrió de la cabeza a los pies.

—¿Se encuentra bien, señorita Marston? —le preguntó Olivia, sentada a su lado—. Si tiene frío, puedo subir a la habitación a por un chal.

Emma le agradeció el ofrecimiento con una sonrisa que se resquebrajó al final.

Como si Casey hubiera sentido el mazazo de realidad que le había supuesto llegar a esa conclusión, levantó la mirada de pronto de su té y la concentró en ella.

Pero Emma ya no encontraba el valor para devolvérsela.

—Iré yo —le dijo, posando la mano sobre el antebrazo de la joven —. Así no te tienes que mover de aquí.

Disimulando que el pulso le martilleaba en los oídos y empezaba a sudarle la espalda, Emma se levantó muy despacio y se disculpó con los invitados para huir del salón. Y aunque el instinto le pidió que abandonara la casa, que se fuera corriendo de allí, tuvo que conformarse con subir los peldaños de la escalera a toda velocidad y refugiarse detrás de la primera puerta que encontró para jadear con angustia y las arcadas a punto de hacerla vomitar.

—Dios santo —balbuceó, cubriéndose la boca con la mano—. Dios santo…

Capítulo 24

Una mirada de Emma había bastado para que Casey se hiciera una idea de la conclusión a la que había llegado.

Si no hubiera tenido como prioridad ir en su busca para por lo menos aclarar aquella cuestión, habría sacudido a Simon hasta que le hubieran castañeteado los dientes. No tenía tiempo que malgastar cuando con toda probabilidad Emma estaría encerrada en alguna habitación controlando las náuseas. Era una mujer que había crecido con cuatro hermanos varones, y dado su carácter imaginativo, Casey podía figurarse lo repugnante que le parecería la imagen de dos hermanos abrazados en la intimidad.

Casey esperó cinco minutos exactos para levantarse con la excusa de que necesitaba estirar las piernas. En cuanto se apartó de la vista de los invitados, que no parecían haberse percatado de lo ocurrido, apretó el paso como si tuviera que ir a apagar un incendio con sus propias manos. Y el símil no era desacertado, porque si bien no le costaría desmentir las ideas rocambolescas de Emma, había llegado la hora de decirle la verdad.

Toda la verdad.

El pasillo estaba desierto, pero por si acaso tomó la precaución de echar una ojeada a su espalda antes de abrir la primera habitación de la planta superior. Emma se había apoyado detrás de la puerta; tuvo que retirarse rápido para que no se la llevara por delante.

Tenía los hombros tensos y los puños apretados. Lo miraba como si no lo reconociera.

—Como es natural —empezó Casey con calma—, no me he acostado con mi hermana.

—¿Y por qué otra razón ocultarías su existencia? —exigió saber con voz aguda—. Porque no irás a decirme que es casualidad que tu hermana se llamara Kathryn y también lo hiciera tu amante

misteriosa…

—Yo nunca dije que fuera mi amante —aclaró con serenidad—. Lo diste por sentado.

—… esa que has evitado nombrar porque por lo visto te duele demasiado recordarla —apostilló, ignorándolo. Había un reproche arrastrado durante semanas en sus palabras.

—Creo que me conoces lo suficiente para saber que yo evito de forma deliberada mencionar cualquier detalle de mi vida —contestó, forzando su paciencia. Cerró la puerta tras él y giró la llave. Habían ido a parar a uno de los dormitorios de invitados—. Y no he ocultado su existencia. Solo limité sus menciones.

—¿Por qué? —insistió, desesperada por una respuesta.

—Porque no tengo ni la menor idea de dónde está o qué hace, y no me gusta hablar de lo que escapa a mi conocimiento o mi comprensión.

Emma abrió la boca para hacer otra pregunta, pero o bien le vinieron demasiadas a la cabeza o bien comprendió que necesitaba ceñirse a un orden antes de empezar a formularlas, porque volvió a cerrarla y se pellizcó el puente de la nariz en un llamado al autocontrol.

—No te creo —murmuró Emma un rato después, dejando caer el brazo—. Si no tuvieras una relación… extraña con tu hermana, te habrías referido a ella con naturalidad. No la habrías presentado como un amor perdido, no… no habrías tenido el menor problema en decirme que Matthew es tu sobrino y no tu hijo.

—He presentado a mi hermana como un amor perdido porque eso es exactamente lo que es.

Su respuesta tensó a Emma, que dejó de rehuirle la mirada para volcar en él todo su asombro. Le pareció que la compasión y la duda relampagueaban en sus ojos.

—¿Dónde está?

—Casi con toda seguridad —respondió muy despacio, concentrado en no alterarse—, en una fosa común.

Emma giró la cara y se abrazó los hombros para contener un escalofrío, gesto que ablandó a Casey. Siempre había admirado su

habilidad para empatizar con el dolor ajeno, pero le conmovió que incluso en esas circunstancias y con la sospecha de que había sido engañada estuviera dispuesta a abrazar su sufrimiento.

—¿Por eso es un asunto delicado, como ha mencionado el señor Mount? —inquirió con un hilo de voz.

—Es un asunto delicado porque Marriott intentó acogerla como hizo conmigo y ella se escapó antes de cumplir los catorce años. Es un asunto delicado porque… porque yo también hui, solo que volví arrepentido al cabo de un tiempo y, por lo que sé, esto le causó mucho sufrimiento a milord. Fueron días complicados —Casey hizo una pausa por necesidad—. O eso me han contado.

Emma empezó a impacientarse.

—¿Por qué no me has contado nada de esto? Que tenías una hermana que no quiso formar parte de la familia de Marriott, que tú te marchaste con ella y luego regresaste… ¡No lo entiendo, Casey!

—¿Por qué tendría que hacerlo, Emma? —replicó con acritud, no tan irritado con su comprensible necesidad de saber como con el hecho de tener que abrir su corazón para contentarla; con el hecho de querer contentarla a pesar de lo que le exigiría, en realidad—. Tú tampoco has ahondado en las miserias de tu pasado. Todos tenemos nuestras razones para no querer mirar atrás. —Emma le quitó la cara de nuevo con un gesto airado, pero si le molestó su réplica, fue porque tenía razón—. En cuanto al asunto de Matthew… —prosiguió, procurando bajar el tono—, soy un hombre al que no le preocupa la opinión popular. No desmentí tu conclusión de que era hijo mío porque en aquel entonces me era indiferente lo que pensaras de mí.

Emma clavó en él una mirada cargada de resentimiento.

—¡Pues a mí no! —gritó a pleno pulmón—. ¡A mí no me era indiferente que hubieras tenido un hijo fuera del matrimonio y que lo hubieras abandonado como a un perro! He estado sintiéndome… —Tragó saliva y se miró las manos como si las tuviera manchadas de sangre— sucia y miserable todo este tiempo por desear a un hombre capaz de semejante crueldad. ¡No me soportaba a mí misma! —volvió a reprocharle con los ojos vidriosos—. ¿No podrías haberte sincerado, aunque fuera por piedad hacia mí? ¿Acaso no tienes corazón? ¡Y no

me digas que no te dabas cuenta de que sufría mientras te quería, porque tú te das cuenta de todo lo que sucede a tu alrededor!

Casey cabeceó con sequedad para aceptar la parte de responsabilidad que le tocaba.

—No desmentí tus conclusiones porque me convenía que pensaras que conocías mi secreto; que tenías algo sobre mí —reconoció con voz queda. Notaba una desagradable presión en el pecho. Había llegado la hora de la verdad—. Era mi presunta paternidad lo que podías usar para chantajearme, ¿recuerdas?

Emma meneó la cabeza con incredulidad.

—¿Por qué diablos querías que te chantajeara? —musitó con la voz quebrada—. No te entiendo. Nunca te he entendido, Casey, nunca he entendido nada, pero…

Él avanzó un paso en su dirección con el pulso acelerado.

—Tú tienes algo que yo quiero, Emma —admitió, dirigiéndole una mirada penetrante—, y la única manera que se me ocurrió de obtenerlo fue manipulándote.

La joven dejó de dar vueltas de un lado para otro para calmar los nervios y se lo quedó mirando con una sombra de temor.

—¿De qué… estás hablando?

—Tu marido —se limitó a decir.

Emma se tensó con su sola mención.

—¿Qué pasa con él? —espetó a la defensiva.

—Tu marido tiene varias mujeres —le recordó, controlándose para no soltarlo todo de golpe. Era importante no solo que Emma comprendiera sus razones; también necesitaba que lo perdonara. Observó que sus ojos azules se humedecían al recordar la traición de su esposo—, y sé de buena tinta que mi hermana era una de ellas, o por lo menos su amante.

»Cuando nuestros caminos se separaron hace años, Kathryn no quiso mantener el contacto conmigo, pero yo, tan pronto como dispuse de los recursos para localizarla, seguí sus pasos en la distancia para asegurarme de que no se metía en problemas y no le faltaba de nada. Lo último que supe de ella antes de darla por desaparecida fue que vivía con un hombre llamado Owen Watton en Liverpool.

—¿Owen Watton es…? —Cogió aire de golpe—. ¿Es…?

—Es Robert Williams, John Thomas, y… sí, también tu Calvin Percy.

Emma apretó la mandíbula para contener el llanto.

—No quiero que sigas hablando —le ordenó con la voz rota. Se dio la vuelta, incluso, dándole la perspectiva de la tensa línea de sus hombros—. No quiero saber nada de ese hombre. No quiero…

Casey se acercó y la sujetó por la cintura desde atrás.

—El informante al que le pagaba para que me mantuviera al día sobre el estado de mi hermana me escribió un día disculpándose porque le había perdido la pista —le contó a toda prisa. Sabía que disponía de un tiempo limitado para justificarse—. Estaba con Owen y, de pronto, ya no. Le pedí que intentara averiguar dónde se había metido a través de este tipo con el que vivió, y la sorpresa de mi informante no pudo ser mayor cuando descubrió que Owen no existía, que tenía tantas identidades como…

Emma se giró de forma repentina para gritarle.

—¡He dicho que no quiero saber nada de él!

—¿Y tampoco quieres saber nada de mí? —contraatacó con impaciencia—. ¿Crees que a mí me gusta hablar de esto? ¿Crees que no habría preferido solucionarlo por mi cuenta? —Apretó la mandíbula, pero la situación acabó con su contención y siseó—: Maldita sea, Emma, ¡escúchame!

—¿Por qué? —replicó, deshaciéndose de su contacto con un manotazo rabioso—. ¡Nada de lo que dices sobre él tiene que ver contigo!

—Lo tiene, porque investigué cada una de las identidades de Owen, las vidas que llevaba en distintas partes de Inglaterra, incluso en Gales. Visité yo mismo en persona las casas de sus esposas para confirmar que había desaparecido. La tuya en Worthing también, pero tú ya no estabas allí. Supuse que te habría elegido a ti para fugarse acompañado, lo que hizo que me obsesionara con tu nombre y con tu ubicación.

Emma sonrió con tristeza.

—Por eso no me echaste de tu despacho en cuanto me viste y me

dejaste jugar contigo. Sabías quién era y lo que podías conseguir a través de mí… Lástima que te equivocaras. —Compuso una mueca desdeñosa que solo servía para enmascarar su dolor—. Ya ves que no me llevó con él.

—No, no lo hizo —acotó con voz queda—, pero supe que tú eras la única a la que había querido en cuanto comparé la vida que había llevado con cada una de sus esposas. Contigo pasaba seis meses al año; con las demás apenas uno, y a veces ni siquiera. Con las demás tuvo hijos, pero contigo no, como si te quisiera solo para él o no soportara la idea de dejarte con una ristra de niños, todos ellos producto de cinco años de amancebamiento, una vez la verdad saliera a la luz. Tú eras la única a la que le enviaba cartas, además. Al resto les proporcionaba direcciones para que le hicieran saber cuánto dinero necesitaban para subsistir, pero no mantenía el contacto ni tendía al sentimentalismo. Solo a ti te escribía religiosamente.

Más que conmocionada o halagada al saber que Calvin la había amado a ella y a nadie más, Emma lo miró recelosa, intimidada por su poder.

—¿Cómo has sabido todo eso?

—Meses y meses de investigación exhaustiva y desesperada para al final no encontrar una sola pista de Kathryn. Tu marido es la última persona que la vio, y tengo que dar con él para que me diga a dónde se fue, qué le pasó… —Se calló para controlar la respiración al caer en la cuenta de que estaba hablando con demasiada vehemencia—. Y tú… tú eras la única persona que podía darme una pista, porque con las otras esposas no hubo suerte.

»Cuando entraste en mi despacho y me dijiste que eras Emma Marston… —Sacudió la cabeza—, no me pude creer la casualidad. A ti también te había estado buscando con la esperanza de dar con Owen a la vez.

Emma tenía tanta información en la cabeza que no lograba comprender lo que estaba intentando decirle.

—¿Yo? ¿Darte una pista? ¿Solo porque Calvin… Calvin me amaba?

—Y porque tú lo amabas a él, según tenía entendido. A lo mejor lo habías ayudado a esconderse de la justicia, pero en cuanto te conocí

un poco más, comprendí que jamás habrías sacrificado tus firmes principios por su bienestar. Aun así —continuó, y no sin dificultad—, permanecí a tu lado con la sospecha de que tarde o temprano confiarías en mí y me darías pistas que podría seguir para hallarlo por fin. A fecha de hoy sigo pensando que Calvin, como tú lo llamas, irá a tu encuentro tarde o temprano. Y para cuando llegara ese momento, yo tendría que estar cerca de ti.

—Tan cerca como para meterte entre mis piernas —concluyó ella con gesto inexpresivo.

—Muy pronto te leí como una mujer romántica —continuó sin la menor intención de justificar sus manipulaciones—. Deduje que solo si llegaba hasta tu corazón me contarías tus secretos.

Emma apretó la mandíbula para contener un insulto, o tal vez un aullido de dolor desgarrado. En sus ojos brillaban las lágrimas de una segunda e insoportable traición.

—Pues has estado tocando partes de mi cuerpo que ni siquiera están cerca de mi fibra sensible.

Acababa de confesar ante ella que había sido lo bastante cruel como para acercarse con razones ocultas y jugar con su mente y emociones para sus propios fines. Las palabras habían salido de sus labios con un pragmatismo apabullante. Y, sin embargo, cuando tendría que haberle contestado que su idilio había sido una complicación casi inevitable, el resultado de un arrebato irresistible, el colofón de los extraños e inoportunos sentimientos que habían echado raíces profundas con el paso del tiempo, se quedó sin habla.

No pudo ni aplacarla a ella ni salvarse a sí mismo.

—Comprendo —atajó Emma, inmóvil ante él. Tenía los brazos laxos a cada lado de las caderas, y su mirada siempre ardiente se había apagado al fin—. Siempre he pensado que eres un hombre retorcido, Casey Kaye, pero ahora veo hasta qué punto. Podrías haberte limitado a preguntarme si tenía la menor idea sobre el paradero de Calvin. Podrías haberme contado toda esta historia desde el principio, mencionando a tu hermana, para conmoverme y así ganarte mi confianza. Si eres lo bastante inteligente como para leerme como una mujer romántica, también deberías haberme leído como una persona

compasiva.

—Lo cierto es —contestó con dificultad. No había querido admitir esto ni siquiera ante sí mismo porque le aterraba la sola posibilidad, y al ser el miedo una emoción que no experimentaba desde hacía años, cuando aún vivía en las calles, no había sabido cómo lidiar con ella. Pero ahora que Emma lo había acorralado, no pudo sino confesar— que nunca he sabido si lo sigues amando. Y si lo amabas… si lo amabas, habrías saboteado mis planes queriendo o sin darte cuenta para mantenerlo a salvo. No podía permitirlo.

«Nunca lo he sabido, en parte, porque me paralizaba escuchar de tus labios una respuesta afirmativa. Porque ni siquiera ahora tengo el valor de preguntártelo», habría añadido si la cobardía no le hubiera inmovilizado.

Casey no albergaba la menor esperanza de que Emma lo amara, pero si bien podía vivir con la certeza de que nunca le daría su corazón a un hombre frío y manipulador como él, no podría soportar que otro cerdo de su calaña sí pudiera aspirar a sus afectos.

Al ver que Emma no contestaba, el pánico se le fue asentando en la boca del estómago y expandiéndose hasta mancharlo todo. Casey no podía moverse, y tampoco quería. Buscaba, desesperado, una emoción aislada o un gesto que le diera la respuesta que quería, pero Emma había elegido aquel momento para mostrarse inaccesible.

«Dímelo», le habría exigido, sacudiéndola por los hombros. «Dime si aún lo quieres».

—Emma —la llamó en su lugar.

Aquel «Emma» significaba, en realidad, «dame una respuesta. Sálvame».

Después de sostenerle la mirada durante un buen rato con los ojos anegados en lágrimas de orgullo herido, ella fue relajando los hombros muy despacio.

—Si estás en lo cierto y Calvin viene a buscarme —le dijo al fin, con un tono desapasionado que iba contra su naturaleza ferviente—, te haré saber lo que me informe sobre Kathryn Kaye.

—Emma —volvió a decir, esta vez con autoridad. La agarró del brazo cuando pasó por su lado con la intención de irse, pero fue un

grave error, porque ella se giró con el gesto desfigurado en una mueca de odio y lo abofeteó con la mano abierta.

Casey se quedó en la postura en la que la inercia del golpe lo había dejado, con la cabeza ladeada y los ojos apuntando al suelo alfombrado.

Su voz le llegó con la solemnidad de un mandato divino.

—Da gracias a que me solidarizo con tu causa y no me dejo llevar por el rencor hasta el punto de no ayudarte en tu empeño, y no te atrevas a exigir nada más. No te mereces ni que te mire a la cara, Casey.

Emma abandonó la habitación sin necesidad de dar un portazo. Casey lo habría preferido. El silencio en el que se sumió la estancia después de que el eco de sus pasos se extinguiera le resultó insoportable. No era más que la antesala de la dolorosa soledad a la que Emma acababa de condenarle.

Capítulo 25

Emma no había dudado ni por un segundo que Casey fuera a respetar su deseo de que mantuviera las distancias. A diferencia de Calvin, que era insistente y acaparador cuando sabía que la había agraviado, el señor Kaye era consciente de cuándo le convenía presionar y cuándo era preferible dar espacio al ofendido.

Porque por encima de todas las cosas, más allá incluso de la decepción, Emma estaba ofendida. Que a Casey se le hubiera ocurrido que protegería del peso de la ley a un hombre con crímenes a sus espaldas como lo era Calvin resultaba cuanto menos insultante. Significaba que no la conocía, quizá porque ni siquiera se había tomado la molestia.

Los días posteriores al cumpleaños de Casey, Emma se dedicó a atender a las jovencitas y estar presente en las fiestas que tenían programadas. Siobhan la habría acompañado si su marido, al que Emma conoció una tarde después de que regresara de una acalorada sesión parlamentaria, no hubiera caído enfermo de nuevo, quizá por la intensa actividad política a la que se sometía para demostrar que estaba en condiciones de llevar una vida normal. La dama había priorizado quedarse a los pies de la cama cambiando las compresas frías de su frente, y Emma la entendía. En parte porque lo que se perdía era un puñado de veladas olvidables, como pudo comprobar, desalentada, después de asistir a las cuatro que siguieron al debut; una por cada día de la semana.

—Me asombra que esta sea la vida aristocrática —le comentó a Edgar en una ocasión. Se lo había encontrado en el baile de máscaras de los condes de Ulster. A pesar de llevar un antifaz negro, lo había reconocido ya de lejos por la manera de caminar. Le gustaba recrearse en su propia belleza—. ¿De verdad esto es todo cuanto los nobles y los ricos tienen que hacer durante la primavera y el verano? ¿Elegir un

vestido bonito y acudir a una fiesta donde se repite la misma historia una y otra vez?

—Se olvida de la parte importante, señorita Marston —le había contestado él, recostado en la misma pared. Desde allí, ambos estuvieron observando a la concurrencia procurando disimular su desinterés—. Acuden con la esperanza de que ocurra algo distinto.

—Ya veo que usted siempre se lleva un chasco. No negaré que tenga su encanto acudir a una velada como esta de vez en cuando, pero yo puedo apreciarlo porque el resto del año estoy absorbida por el trabajo y bendigo una noche de distracciones. Ahora bien, ¡ellos no saben lo que es la responsabilidad! ¡Solo conocen el hedonismo!

—Habla usted como mi hermano Casey… si mi hermano Casey hablara, claro está, pero como no lo hace, digamos que eso es lo que creo que opina mi hermano Casey.

Emma había decidido cortar la conversación antes de que le hiciera la pregunta que llevaba brillando en sus ojos azules desde que tropezaron: qué diantres había ocurrido en la improvisada merienda de cumpleaños para que el ánimo festivo se disipara de pronto, ella bajara las escaleras con precipitación y se despidiera de los invitados como si hubiera visto un fantasma. No deseaba darle explicaciones a nadie de lo acontecido, y no por respeto a los secretos de Casey, sino porque pensar en ello le provocaba tanto dolor que no sabía ni por dónde empezar a consolarse.

Cuando llegaba a la mansión de lord y lady Bainbridge y, tras una rápida conversación con las jóvenes, se guarecía bajo las sábanas, los recuerdos más recientes de Casey empezaban a acosarla sin tregua. Y cuando lograba conciliar el sueño, él se aparecía con su elegancia indolente haciendo que lo añorase desesperadamente. Cuando despertaba, trataba de combatir la intensa añoranza con un argumento razonable: Casey era despiadado, la había utilizado, pero esto no bastaba para apagar sus sentimientos. Si acaso para avivar la furia hacia sí misma.

¿Cómo había podido ser tan estúpida? Desde el principio supo que algo no cuadraba. Un hombre como Casey Kaye no se enamoraba a primera vista de una mujer vulgar, ni se tomaba semejantes molestias

por complacer a la simple voluntaria de un orfanato. Siempre sospechó que había algo detrás de su disposición, pero desoyó a su instinto en cuanto Casey la acarició por primera vez y sintió en sus propias carnes que su deseo era verdadero.

El deseo y tal vez algo más, o eso le repetía una insidiosa voz interior.

Tal vez fuera su carácter romántico, pero albergaba la sospecha de que Casey estaba lamentando sus motivaciones iniciales y tramando la manera de ganarse su perdón. En algunos de los ratos que pasaron juntos, tuvo la sensación de que ella le importaba, de que la respetaba, incluso de que la quería a su manera silente y precavida en contra de su férrea determinación de no enamorarse jamás. Pero eso no era posible, o, de lo contrario, lo habría ofrecido como excusa para que lo perdonara.

Aunque Casey no era la clase de hombre que se disculpaba, y ni mucho menos utilizando pretextos para quedar bien a ojos del ofendido. Era algo que siempre le había gustado de él. No le habría confesado que la amaba en plena discusión para salirse con la suya.

Emma nadó en un mar de dudas a lo largo de la semana. Tuvo que agradecer que él no apareciera para trastocar su ánimo, y que las jovencitas la tuvieran ocupada elaborando moños, aconsejando sobre las mejores joyas a lucir —que Siobhan les prestó sin apuro— y escuchando historias románticas acerca de sus pretendientes.

Marlenne había seguido citándose con el encantador y tímido aristócrata que había puesto sus ojos en ella, y Olivia tropezó en su tercera velada con un empresario americano que insistió en volver a verla. La que no parecía encontrar su lugar era Jane, que desde el debut había cambiado radicalmente de actitud. Estaba fuera de su elemento, pero lejos de crecerse ante la adversidad como sus compañeras, se acobardaba cada vez que tenía que acudir a una fiesta. Pasaba toda la noche buscando entre la gente con la respiración contenida, como si tuviera que protegerse de alguno de los invitados.

Emma había tratado de hablar con ella para que le explicara qué había ocurrido, pues era obvio que algo sucedió durante la primera velada, pero Jane se había cerrado en banda.

Seguía con esa actitud mientras el carruaje las llevaba a Mayfair, donde se celebraría el penúltimo baile al que Casey les había conseguido una invitación. Después, si no las convidaban los propios anfitriones, tendrían que regresar a Brighton.

—¿Sabe que la mismísima Reina del Chisme la ha mencionado en su columna? —inquirió Marlenne de pronto, rompiendo el silencio que se había formado. Emma levantó la cabeza con sorpresa. La joven la estaba mirando—. Ayer me mencionaron por primera vez la existencia de la susodicha. No sabía que hubiera una escritora tan famosa en Londres, ni que se formaran colas cada día para comprar sus comentarios ácidos, pero resulta que causa revuelos entre la aristocracia. Todo el mundo estaba ansioso por ver a quién coronaría como la mejor vestida en la fiesta que abre la temporada, ¡y no se puede ni imaginar lo asombrados que se quedaron todos al ver que la mencionaba a usted!

—¿A mí? —repitió Emma, perpleja—. ¿Estás segura, Marlenne?

La muchacha tomó el ridículo que llevaba consigo a todas partes desde que Siobhan se lo regalara y lo abrió para sacar un papel doblado. Se lo tendió con gesto triunfal, orgullosa de que la relacionaran con la mujer más despampanante de la fiesta de lady Richmond.

—Los invitados estaban seguros de que coronarían a una tal Phyllis Landle, la muchacha más bonita entre todas las que debutaron, pero ¡fíjese! Describe el vestido que el señor Hallywell le hizo a usted, destacando lo magnífica que estaba y la sensación que causó.

Emma comprobó, boquiabierta, que la columna hacía referencia a la misteriosa morena que se abrió paso entre las pálidas debutantes con un vestido escarlata y una forma revolucionaria de lucir las joyas. Mencionaba la elegancia natural de sus gestos, su facilidad para mimetizarse en un entorno al que no pertenecía, y al final lanzaba una advertencia a las damas y caballeros de la sala para que tuvieran cuidado con Emma Marston.

El título del relato, *La forastera que le robó el protagonismo a Phyllis Landle*, evocaba la misma malicia que el tono con el que había narrado su percepción de la fiesta y los invitados.

—La Reina del Chisme no ha sido muy considerada con la señorita Landle —fue todo cuanto pudo decir al respecto, devolviéndole la columna con timidez.

—No es considerada con nadie, por lo que sé —señaló Marlenne.

—¿Cuándo se publicó esto?

—Ayer por la mañana.

Eso explicaba que, en la fiesta del día anterior, varios caballeros se le hubieran acercado sin disimular su curiosidad para cerciorarse de que era Emma Marston. A continuación intentaron sacarla a bailar, pero ella se resistió con educación alegando que estaba allí en calidad de carabina.

Eso no les había impedido quedarse a su lado para sacarle conversación, o, mejor dicho, para sonsacarle datos sobre su lugar de origen y sus aficiones.

Emma sacudió la cabeza y no le dio mayor importancia.

El carruaje se detuvo a las puertas de la mansión que alojaría a los invitados. Bajó con cuidado de que la falda celeste no se arrugara y lanzó una mirada resignada a la fachada monumental de la vivienda.

En un primer momento, la deslumbrante arquitectura de los barrios ricos la había fascinado, pero después de casi una semana rodeada de aquel tipo de lujo, empezaba a sentirse abrumada e incluso echaba de menos Brighton, su temperatura costera, su brisa siempre fresca, sus paisajes naturales, su sencilla rutina; su humildad, en definitiva.

En dos días estaría de vuelta, y con toda probabilidad Casey no las acompañaría ni volvería a poner un pie en el orfanato.

Ese pensamiento la estremeció, pero no dejó que le arruinara la fiesta y se adentró en el salón con una sonrisa que disimulaba su hastío, esperando que nadie se percatara de que las ojeras iban a juego con su vestido.

Si hubiera vuelto a repetir el traje, la habrían señalado con un desdén que habría repercutido sobre la reputación de las muchachas. Por este motivo había aceptado ponerse prendas que algunas amigas de Siobhan le habían cedido para la ocasión.

Las únicas aristócratas con las que Emma se sentía cómoda eran lady Bainbridge y sus amistades, Phoebe Egerton sobre todo. El resto

la intimidaba con sus malintencionadas miradas de arriba abajo.

Buscó una pared en la que apoyarse con discreción para ver discurrir la fiesta. Tomó un vaso de limonada fresca y se recostó sin dejar de vigilar la concurrencia con el alma en vilo.

A pesar de estar invitado, Casey no se había presentado a una sola de las veladas programadas para la semana. También a pesar de haberle roto el corazón a Emma, ella había seguido buscándolo entre la gente con la esperanza de verlo aparecer.

Esa noche no fue diferente. No había ni rastro de él. No había ni siquiera alguien que se le pareciera en elegancia y apostura. No obstante, en su ávido recorrido visual, dio con un rostro hermoso al que en un primer momento le costó asociar un nombre. El caballero la estaba mirando en la distancia, hambriento de su atención y con los ojos rebosantes de pasión.

Emma se quedó helada al reconocerlo.

Se había cortado el pelo, vestía prendas caras y se había dejado crecer la barba, pero era él.

Era su marido.

Aunque su impulso después de tensarse fue buscar a su alrededor alguien a quien señalarle quién era ese hombre y lo que había hecho, recuperó la compostura a tiempo y decidió que delatarlo no sería el movimiento más inteligente. Si Calvin la estaba mirando de esa manera debía ser porque pretendía acercarse más pronto que tarde, y una parte de ella sentía curiosidad por las explicaciones que pudiera ofrecerle.

Pero solo curiosidad, descubrió con asombro; nada que ver con la necesidad desesperada de antaño. Emma había ansiado una justificación a su comportamiento aun empacando en un baúl sus escasas pertenencias para huir de la casa que fue escenario de su matrimonio. No había dejado de necesitar una confrontación con Calvin Percy, ni siquiera mientras se empleaba a fondo en el orfanato y renegaba de su unión. Incluso en ese momento estaba dispuesta a escucharlo. Sin embargo, se dio cuenta de que no le importaría que no le pidiera disculpas, que no le dijera por qué la había engañado, que no lo cuestionaría si su versión no tenía sentido alguno.

Si le había cabido alguna duda de que se había enamorado de Casey Kaye, esta se disolvió en cuanto vio que Calvin dejaba atrás su copa de champán y avanzaba hacia ella. Solo un sentimiento más poderoso que la rabia podía desbancar la incertidumbre del corazón de una mujer; solo un nuevo amor curaba las heridas que había dejado el amante cruel que solía ocupar ese lugar en su vida.

Emma cerró los ojos, dolida por el descubrimiento. Incluso sabiendo de lo que Casey era capaz, debía reconocer que su frío cálculo no podía compararse con las perversiones que Calvin había llevado a cabo. Pero ¿de qué le servía que un hombre indolente hubiera sustituido a un hombre ruin? ¿Estaba acaso destinada a enamorarse de quien no le convenía?

—Mírame, Emma —susurró Calvin.

Le costó reconocer su voz.

Casi la había olvidado.

Emma obedeció y comprendió que su marido había interpretado su reacción como una muestra de debilidad hacia él. No se cortó a la hora de expresar sus recelos con una mirada callada. Por más que lo intentó, no vio al hombre que solía amar en el perfume con el que se había rociado, en la barba bien recortada, en la gallardía de su postura.

Aquel desconocido olía a dinero y parecía digno de un título nobiliario.

—Lo sé, no tengo derecho a acercarme a ti —le dijo en voz baja—. Y puede parecer que es demasiado tarde para darte explicaciones y rogarte que me acojas de nuevo entre tus brazos, pero te prometo que he pasado los últimos meses buscándote. He removido cielo y tierra, Emma… No te puedes ni imaginar lo que sentí al ver tu nombre y tu apellido de soltera en una columna de chismes.

El corazón le dio un vuelco al escucharlo. Acababa de confirmar lo que Casey había sospechado y que ella había estado convencida de que no sucedería: que iría en su busca.

Emma presionó los labios, odiando tener que darle la razón al condenado señor Kaye.

Además, empezaba a ser consciente de lo que significaba que Calvin

estuviera allí. La mujer ofendida y con el orgullo herido que había vivido dentro de ella durante todo ese tiempo se hizo notar.

—¿Por qué me buscabas? —tanteó, controlando su expresión para no armar una escena que pudiera perjudicar a las muchachas—. ¿Para cerciorarte de que no daba parte de tus actividades delictivas a las autoridades? ¿Querías silenciarme para siempre, como lo hiciste con los pobres obreros a los que el techo se les vino encima porque tú no te preocupaste de garantizar su seguridad?

No era así como Calvin había esperado que se diera el reencuentro, porque un destello de incredulidad cruzó sus ojos azules. Que tuviera el descaro de asombrarse erizó a la joven. Tuvo que apretar el puño para no soltarle una bofetada.

—Tú me conoces, Emma —le recordó—. Sabes que no causaría tanto daño a propósito.

—Tal vez no —respondió, aun cuando ahora sabía que sí causaría ese daño y mucho más—, pero un buen hombre afrontaría las consecuencias. Y aunque no hubieras querido acabar con la vida de más de veinte inocentes por culpa de tu negligencia, sí que pretendías herirme a mí con tus aventuras. Aunque quizá llamarlas así no sea lo apropiado, puesto que en teoría has llevado al altar a cada una de tus mujeres. —Torció la boca en una especie de sonrisa despectiva—. Eres todo un caballero, Calvin Percy. Un romántico de los que ya no quedan.

Al apartar la mirada, su marido le dio el perfil y Emma pudo notar que le palpitaba el músculo de la mejilla, señal de que estaba perdiendo la paciencia.

Ella ni siquiera había empezado a desahogarse.

—Este no es el lugar adecuado para hablar del asunto —resolvió con austeridad.

—Tienes razón. En una fiesta, lo habitual es bailar, pero no pensarías ni por un segundo que me arrojaría a tus brazos y permitiría que me llevaras de la mano al centro del salón para balancearnos como dos enamorados, ¿verdad? —Emma escrutó su rostro en busca de una respuesta que en el fondo no le interesaba—. Ni siquiera tú eres tan optimista. Ni tan cínico.

Calvin clavó en ella una mirada deliberadamente persuasiva, esa con la que se aseguraba de debilitarla hasta que le temblaban las piernas durante una discusión. Lástima que ya no consiguiera su objetivo.

—Emma, créeme cuando te digo que no he dejado de pensar en ti ni un solo día. Te explicaré el porqué de cada uno de mis matrimonios, pero te juro por lo más sagrado que ninguna de ellas ha significado nunca lo que tú significas para mí. Solo regresaba a su lado porque había niños involucrados y necesitaban dinero. De lo contrario, habrías sido la única.

Siempre había sabido qué hacer y qué decir para ablandarla, pero Emma había crecido y madurado muy lejos de sus tentáculos, de la influencia cegadora del amor, y en el día presente se consideraba a salvo de sus manipulaciones. Esa vez no mordería el anzuelo de su encanto, que, por desgracia, seguía siendo arrebatador.

No veía razón por la que no fingir que estaba dispuesta a creerse sus patrañas. El rostro de Casey y la promesa que ella le hizo antes de marcharse no había abandonado su pensamiento ni un instante. Para cerrar el círculo vicioso de romances inadecuados con los hombres equivocados y quedarse satisfecha con la manera en que había manejado la situación, para poder irse a la cama cada noche feliz de haber sido lo bastante altruista para ayudar en su empeño incluso a un canalla que le había hecho daño, tenía que averiguar dónde estaba Kathryn. Así le demostraría a todo el mundo, en concreto a sus dos crueles amantes, que ella estaba hecha de otra pasta.

—Vamos al jardín. Allí podrás darme esas explicaciones que mencionas —propuso Emma con parquedad—. ¿O escabullirte conmigo llamaría la atención de la mujer con la que quiera que estés ahora? ¿A qué identidad tuya he de referirme hoy? Creo que te conviene que lo sepa por si alguien intentara detenernos en nuestro camino a la salida.

—Soy Tucker Kingston —le aclaró. Su bochorno no era más que una fachada. Emma nunca lo había conocido del todo, mas sí lo suficiente para saber interpretar sus gestos—, y no, no se puede asociar una sola mujer a este nombre mío. ¿Estás segura de que

quieres ir al jardín? —Barrió el perímetro con una mirada apreciativa —. Siempre has querido asistir a una fiesta de estas características.

—También llevo un tiempo queriendo saber quién eres y por qué haces esto —contraatacó con la barbilla erguida—. Creo que puedo sacrificar un par de cuadrillas para conocer la verdad sobre mi marido.

Capítulo 26

Como sucedía en la mayoría de viviendas de Mayfair, el jardín era más bien pequeño, pero un escuadrón de jardineros se encargaba de su mantenimiento. Solo en su breve paseo hasta la sombra de un árbol, donde Calvin y ella podrían refugiarse de miradas indiscretas, Emma pudo reconocer una serie de especies que no había tenido el gusto de ver en persona jamás.

Si no se hubiera traído entre manos un asunto tan crucial, se habría entretenido yendo a buscar a la anfitriona para que le hablara de su colección de flores.

El jardín estaba desierto. Para tratarse de una noche de finales de abril, hacía tanto frío que nadie deseaba abandonar el salón caldeado. Apenas un puñado de farolillos, colocados de manera que no molestaran a las copas de los árboles, mantenían iluminado el sendero entre los parterres y los bancos de piedra.

Emma se enfrentó a Calvin con un nudo en la garganta, conmocionada por lo caprichoso que era el amor. Le había arrebatado sus afectos al que fuera su marido para entregárselos a un auténtico desconocido, y ahora podía mirar a los ojos con los que había soñado durante años, a los que había jurado querer eternamente, sin sentir más que la tristeza del vacío.

—Emma —le dijo con voz grave, sosteniéndole la mirada como si estuviera a punto de revelarle un secreto. Ella dudaba que fuera a ser sincero—, si no he sido honesto contigo, es porque habrías corrido peligro de haber llegado a conocer la verdad.

Emma soltó una carcajada desganada. Se abrazó los hombros para soportar la brisa fría que soplaba a ráfagas en su dirección. Tuvo cuidado de no tropezar antes de tomar asiento con hastío en uno de los bancos cercanos.

—Peligro corría mi corazón, Calvin… o Tucker… o como quiera

que te llames, maldita sea. ¿Cuál es tu verdadero nombre, si puede saberse?

—Eso no es importante. Dando a conocer mi identidad estaría complicando tu vida. Lo único que has de saber es que…

—¿Cuántas mujeres tienes? —siguió demandando Emma—. Sé que acumulas más de cuatro nombres, al menos, y a lo mejor alguna de tus identidades está soltera, pero me parece a mí que eso sería mucho suponer.

—Cada una de mis identidades tiene un pasado, un trabajo diferente y una familia para no levantar sospechas en los entornos en los que se me ordene moverme y operar —le explicó con paciencia. Emma pensó que le costaba hablar porque no le daba tiempo a formular los embustes, pero había convivido con él durante cinco años. Por más que hubiera podido engañarla gracias a sus dotes interpretativas, Emma supo ver en su expresión afectada que había algo más allá de la necesidad de mentir: la necesidad de sobrevivir—. A excepción de la joven galesa con la que me casé cuando apenas tenía dieciocho años y la Corona aún no me había reclutado, todas esas esposas no son más que los detalles realistas que toda buena coartada necesita para limitar los riesgos de un trabajo peligroso.

—¿De qué trabajo estás hablando?

Calvin se humedeció los labios antes de hablar.

—He servido a la Corona como espía durante diez años para localizar a los que traicionaron a la patria durante las guerras napoleónicas. A posteriori, unos detectives privados de Bow Street que responden ante el rey en persona me contrataron para encontrar y llevar ante la justicia a determinados criminales que se las apañan para burlar la ley.

»Cuando usurpé la identidad de Calvin Percy, el afamado arquitecto de la Royal Academy, fue para meter entre rejas a Salazar Zachrey, un sujeto muy escurridizo de la capital. No era mi intención que en el proceso murieran criaturas inocentes, te lo aseguro. Mis planes para dar caza a Zachrey eran otros, pero se torcieron.

Emma pestañeó repetidas veces para asimilar la información. Estuvo a punto de romper a reír por lo rocambolesco de la

explicación, que estaba convencida de que era una broma de mal gusto. Pero Calvin la miraba a los ojos con una seguridad en sí mismo que la desarmó.

—¿De qué estás hablando? Mandaste a un par de mercenarios a arrebatarle la herencia a mi prima Maisie. Estuvieron a punto de matarla por tu culpa —le recordó en un arrebato de furia—. ¿De verdad pensaste por un solo instante que te perdonaría algo así?

—Contaba con estar presente y acompañado de las autoridades pertinentes en el momento en el que fueran a buscar a Maisie —se defendió—. Atraparían a los mercenarios con las manos en la masa, estos tendrían que confesar quién los mandaba y por qué, y entonces Zachrey acabaría en la cárcel. No era más que una treta algo arriesgada. Por desgracia, otros asuntos me retuvieron lejos de Worthing y no pude llegar a tiempo.

—Otros asuntos como alguna de tus muchas mujeres, ¿no es así? No me mientas —le advirtió con frialdad—, y menos todavía mirándome a los ojos. Maisie me contó que te burlaste de ella cuando fue a encararte. ¡No te defendiste de sus recriminaciones!

—Tampoco intenté silenciarla o hacerle daño. No soy la clase de hombre por el que me tomas, Emma. —Sonó herido por su desconfianza—. Al principio intenté explicarle a Maisie lo que pasaba, pero no daba su brazo a torcer y yo no podía revelar a qué me dedicaba… a qué me sigo dedicando —corrigió con gesto sombrío—. Tu prima se ha casado con un eminente abogado londinense, Emma. ¿Cómo iba yo a contarle que trabajo al margen de la ley, pero para la Corona? No puedo permitir que me lleven ante la justicia. Tendría que dar explicaciones de lo más farragosas, y mi superior me despediría. La justicia, en su afán por jugar limpio, permite que los miserables que han cometido crímenes imperdonables salgan a la calle con total impunidad. Solo la organización a la que pertenezco se ocupa de que los encierren, a veces a cualquier precio… precios muy altos, sí, pero que salvan más vidas de las que se pierden por el camino.

Emma pestañeó para librarse del hechizo de hipnosis en el que su apasionada explicación la había sumido.

—¿Y a mí sí puedes contármelo? ¿De verdad piensas que me

posicionaré de tu parte?

—A ti quería contártelo aunque me lo hubieran prohibido. Estuve a punto en un sinfín de ocasiones, pero en el último momento me acobardaba pensando en lo que mis compañeros harían si supieran que te había involucrado.

Emma se pellizcó el puente de la nariz, al límite de su paciencia.

—¿De qué organización hablas? —cedió al fin, aunque de mala gana—. ¿Por qué suena peligrosa?

—Porque lo es. Conozco los secretos más delicados de la Corona. Eso me convierte en un activo que conviene tener de lado de la legalidad, pero también permanentemente vigilado por si tratara de comerciar con la información que poseo. Para desempeñar mi trabajo, tengo que viajar muy a menudo, crearme una identidad verosímil, cosa que pasa por…

—¿Casarte con pobres ingenuas que no saben nada y tener hijos que vivirán preguntándose dónde diablos está su padre? —completó Emma, horrorizada.

—Soy consciente de que es una crueldad —le aseguró con calma—, pero, como ya he dicho, es un precio que estoy dispuesto a pagar.

—¡Es evidente que estás dispuesto a pagarlo! ¡No eres quien sufre las consecuencias! —le espetó, furiosa—. ¡Lo que cabía que te preguntaras era si las mujeres a las que engañabas querrían pasar por algo así! ¡Todos los secretos del mundo salen a la luz, Calvin, o como quiera que te llames!

—El mío solo ha salido porque yo he querido —replicó. Estaba manteniendo una entereza admirable—. Lo que tú pensabas hasta hace unos minutos es que simplemente soy un impostor y un asesino.

—¡Todavía no descarto que así sea! —le ladró.

—Lo comprendo, Emma —murmuró Calvin con tristeza—. Comprendo tus dudas, de veras. Lo único que yo puedo hacer es explicarte quién soy y qué hago; creerme o no queda en tus manos. Me gustaría que lo hicieras —reconoció con el corazón en la mano—. Soy consciente de que no me abrirás los brazos de nuevo, lo supe en cuanto Maisie me encontró en Gales y me gritó que lo sabías todo, pero aun así tenía que volver a verte porque no soporto pensar que,

estés donde estés, sigues odiándome.

—Ya no te odio —admitió Emma, y le sorprendió que fuera cierto —, pero tampoco puedo quererte. He pasado demasiado tiempo pensando en ti como un criminal, como un mujeriego, como un hombre que se burlaba de mí mientras me decía que me amaba. No puedo cambiar esta concepción que tengo, y tampoco puedo cambiar que…

Apartó la mirada, avergonzada de su propia mojigatería. No debería andarse con escrúpulos a la hora de admitir que había otra persona en su corazón. Calvin había cometido crímenes aún más dolorosos.

Aun sin verlo gesticular, supo que su marido había esbozado una sonrisa triste.

—Te has enamorado de otro hombre, ¿no es así? —dedujo en voz baja. Emma lo miró, asombrada—. Tranquila, no es que esté en boca de todos. Casey Kaye se ha hecho un nombre en el mundo del contrabando, pero fuera de él no es nadie. A pesar de su curiosa historia con el barón Marriott, su personalidad no le interesa a la gente, ya sea porque protege su vida personal con celo o porque no forma parte de la sociedad londinense. Sus hermanos Simon y Edgar son bastante más populares. Los mencionan a menudo en las columnas de cotilleos.

—Si no es porque aparece en las valoraciones de la Reina del Chisme, ¿cómo has sabido que se trata de él?, ¿que él y yo…?

Calvin suspiró con hastío.

—Lo sé todo, Emma. Puedes preguntarme lo que quieras. Mi trabajo me permite conocer hasta los secretos del aristócrata más insospechado. Aunque he de admitir que al señor Kaye lo conozco porque mi organización ha estado siguiendo muy de cerca sus actividades delictivas. —Calvin se cruzó de brazos con un brillo perverso en los ojos—. Desde luego, Emma, sientes una clara debilidad por los hombres moralmente reprobables.

Ella se ruborizó a su pesar, pero el color no se mantuvo mucho tiempo en sus mejillas. Una punzada de miedo le agarró el corazón en un puño como una garra espectral.

—No andarás detrás de él, ¿verdad? —balbuceó—. ¿Es Casey el

hombre peligroso al que… Tucker Kingston tiene que meter entre rejas?

—En absoluto. Estoy detrás de un asesinato cometido en la sociedad aristocrática. A mí se me suelen encomendar esa clase de trabajos: en su mayoría lidio con fratricidas y mercenarios. De todos modos, si amas a este hombre de veras y pretendes pasar el resto de tu vida con él —continuó, y no sin dificultad. Su mirada se apagó de solo poner la posibilidad sobre la mesa—, procuraré deshacerme del encargo en el caso de que alguna vez llegaran a confiarme su arresto. Lo que no puedo prometerte es que no lo persiga un compañero mío. No tengo ni voz ni voto en las misiones del resto.

—Pero si lo conocéis y sabéis lo que hace… —Emma tragó saliva— es porque en un corto plazo pretendéis…

—Es la idea de mi jefe, sí —le confirmó con severidad—. Por eso te convendría persuadirlo para abandonar sus flirteos con el contrabandismo y dedicarse a otros menesteres. Si no, le espera un futuro muy negro, Emma.

No pudo sino creerse la historia que le había contado. ¿De qué otro modo dispondría de información tan delicada como el trabajo que desempeñaba Casey? ¿Cómo si no se habría librado de la cárcel en probablemente decenas de ocasiones? Debía de haber un pez gordo intercediendo por él cuando alguien destapaba su falsa identidad e intentaba llevarlo ante la justicia; alguien lo bastante poderoso para retirar las denuncias y hacerlo intocable.

Emma lo miró bien, al principio con obvio recelo, y después solo muerta de curiosidad.

Había dormido más de mil noches con el hombre que tenía delante y no podría ni siquiera haberse imaginado a qué se dedicaba a sus espaldas. Pero si se paraba a pensarlo con detenimiento, caería en la cuenta de que había dejado pequeñas pistas, tal vez aposta, tal vez sin darse cuenta. La más llamativa de todas ellas era que Emma siempre sintió que Calvin estaba ejerciendo un papel; que nunca llegaría a conocerlo porque escondía sus secretos incluso de su propia esposa. El amor se había encargado de eclipsar aquel presentimiento, pero ahora que nada la cegaba y lo veía tal cual era, tenía que admitir que nunca

dejó de pensar que su marido era un misterio.

Nada más verlo, se dijo que no se tragaría sus patrañas y que se andaría con cuidado, pero ahora tenía la sensación de que podía confiar en él por primera vez en su vida. Sentía que le diría todo cuanto necesitaba saber, y pensó que era una lástima que hubieran tenido que llegar hasta esos extremos para sincerarse.

—¿Te casaste con una mujer llamada Kathryn Kaye? —preguntó sin rodeos.

—¿La hermana de tu enamorado?, ¿a la que está buscando con desesperación? —Emma asintió, de nuevo sorprendida porque lo supiera. Calvin lanzó una mirada meditabunda a las estrellas—. Puedo imaginarme por qué se me vincula con ella. Fue nuestra mayor fuente de información cuando empezamos a investigar a un tipo peligroso del East End. No era cualquier prostituta, sino una mujer con bastante poder en el barrio.

»No me enredé con Kathryn, si es lo que estás pensando —apostilló con una ceja enarcada—. Solo me vi con ella un par de veces en Liverpool bajo la identidad de Owen Watton. Después de dejar Londres y la vida ligera de cascos, la hermana de Kaye se mudó a Sussex con un hombre llamado Waylon Aithwich, el que supongo que es el padre de Matthew. Fue Aitchwich quien llevó al niño al orfanato en cuanto Kathryn murió.

El corazón de Emma dejó de latir recordando los términos en los que Casey se había referido a la difunta: «He presentado a mi hermana como un amor perdido porque eso es exactamente lo que es».

—¿Cómo…? —Tragó saliva—. ¿Cómo murió?

—Sífilis, según me dijo Aithwich. Kathryn no tenía a su hermano en mucha estima —apostilló Calvin, valorando su reacción con gesto escrupuloso—. Lo despreciaba por haberse dejado cegar por el lujo aristocrático y no haberla seguido hasta el fin del mundo. Tal vez deberías mencionárselo para que abandone su obsesión. O tal vez no —meditó en voz alta—. Dudo que algo así resulte fácil de escuchar.

—Él también me ha dicho algunas cosas muy difíciles de escuchar. Creo que me agradecería que le diera una explicación, aunque fuera cruda —murmuró Emma.

Calvin esperó a que encontrara el valor para alzar la barbilla y despegar por fin la vista del suelo. Entonces, cuando la tuvo a su alcance, cubrió su mejilla con la mano y se acercó.

—¿Te ha hecho daño, Emma? —susurró con ternura.

Ella esbozó una sonrisa amarga, pero no se apartó.

—Es ridículo que tú, precisamente tú, me preguntes eso.

—Pagaré por mis pecados por mi cuenta, te lo aseguro, y lo sufriré mil veces más que tú, aunque ahora no lo creas posible. Pero haber sido cruel contigo no significa que no me hiera que otros no sepan valorarte. ¿No crees que vayas a ser feliz con él?

—Ahora mismo no quiero saber nada de Casey, pero eso no está reñido con que no deba conocer el paradero de su hermana. —Emma retiró la mano cariñosa de Calvin con un suspiro cansado—. Has mencionado que siento debilidad por los villanos, pero ¿qué hay de la debilidad que los villanos sienten por mí? ¿Cómo es posible que los atraiga de una manera u otra? No soy más que una muchacha de pueblo con una rutina tediosa.

Calvin sonrió como si la respuesta fuera obvia. Por un instante, Emma pudo ver al marido que tanto había amado y que a pesar de todo ocuparía un pequeño recodo en su corazón.

—Eres un foco de luz irresistible. No puedes culparnos.

—A ti sí te culpo. Supongo que no vas a parar de embaucar a pobres mujeres y tener hijos para asegurarte de que los malos acaban entre rejas, incluso si eso te convierte en uno de ellos en mayor o menor medida.

—La verdad es que no he tenido hijos con ninguna. Ni siquiera con Rhonda. Procuro casarme con alguna pobre desgraciada que hubiera tenido una aventura con un hombre que luego se marchó para así darle la respetabilidad que necesita para relacionarse en sociedad con un estatus aceptable, y también asegurarme de que sus niños gozan de la protección de un apellido paterno. —Calvin acarició la mejilla femenina con los dedos. Su mirada insondable se cuajó, atravesada por el anhelo—. Créeme cuando te digo que no soy tan malo y que eres la única mujer a la que he querido y querré en esta vida.

Emma permitió esta vez que recorriera su rostro con una caricia

sentida. En el fondo lo necesitaba; el calor de otro ser humano, esa despedida con su marido. Quiso decirle que no se preocupara por ella, que confiara en encontrar a una mujer con la que construir una vida sin mentiras, pero todavía no estaba preparada para bendecirlo con su generoso perdón. Incluso si era cierto que los niños no eran suyos, incluso si aquellas esposas no sufrían con su ausencia, incluso si en el fondo era un héroe, nada podría quitarle las largas noches que había pasado en vela sufriendo por su egoísmo.

Pero tal vez sí pudiera librarla de otras muchas pesadillas futuras concediéndole un pequeño favor.

Emma alzó la barbilla y lo encaró con energía renovada.

—¿Significa eso que harías algo por mí?

Capítulo 27

Casey pasó los días posteriores a la discusión con Emma en un estado de desorientación inhabilitante. Se reunía con sus clientes y no lograba concentrarse en lo que le decían, no conciliaba el sueño por las noches y estaba de un humor irritable que había trastocado por completo su fachada inexpresiva.

Cuando decidió que ya estaba bien de perder el tiempo inútilmente tratando de centrarse en sus gestiones, le prestó la visita de rigor a Eleazar. El proceso de curación de sus heridas era lento pero constante. De un tiempo a esa parte, la supervivencia de su ayudante se había convertido en el único consuelo de Casey.

Eleazar no dejó de mirarlo con un asombro fascinado mientras duró la cita de cortesía, recordándole de un modo muy particular que Casey no estaba siendo él mismo.

—Señor Kaye, no quiero ser yo quien señale su humanidad, más que nada por si le pilla por sorpresa descubrir que no es un dios indolente, pero está usted muy pálido —le dijo el muchacho—. Más pálido de lo habitual, como si hubiera enfermado.

Su expresión le tuvo que dar a entender que estar pálido era el último de sus problemas, porque el joven se incorporó en la cama, no sin dificultad, para seguir escrutando el rostro de su jefe con aquellos ojos saltones que parecían capaces de atravesarlo.

Casey siempre había entendido ese rasgo como un punto en común entre Emma y su ayudante. De hecho, ahora que la añoranza le impedía respirar, se había sorprendido yendo a visitar a Eleazar a lo largo de la semana incluso tres veces al día, ansioso por verla a ella en la mirada febril del muchacho.

—Le salió el tiro por la culata con la señorita Marston, ¿no es así? —dedujo Eleazar—. Porque no es usted la clase de hombre que se compadece de sí mismo cuando un negocio no sale adelante. No le voy

a decir que ya se lo advirtiera —agregó, tratando de restarle hierro al asunto—, pero considero que una astucia como la mía merece una subida de sueldo.

—Menuda desfachatez —masculló Casey—, pedirme una subida de sueldo cuando me he gastado una fortuna para que el mejor médico de Londres te atienda.

—Eso no se menciona, señor Kaye.

—Si tú puedes hablar de dinero, asimismo puedo hacerlo yo.

—No me refiero al dinero, sino al gesto. Y no digo que no me merezca que lo saque a colación y me lo restriegue, sino que no es para nada su estilo recordarme que me aprecia dando voz a sus silenciosos gestos de afecto. En cualquier caso —prosiguió Eleazar. Conocía tan bien a Casey que sabía que no soportaría verse obligado a responder a un reconocimiento de su buen carácter—, que un humilde servidor le pida una subida de salario no debería extrañarle. No sé si lo sabe, pero los judíos somos perros avariciosos —apostilló con un brillo burlón en los ojos.

—Y los bastardos no conocemos ni el buen gusto ni la educación como para limitarnos a hablar de lo políticamente correcto —contraatacó Casey.

—Somos tal para cual —concluyó Eleazar con una sonrisa de oreja a oreja.

Casey se alegraba de que hubiera recuperado el ánimo para bromear, pero no estaba en condiciones de devolverle la misma energía. No estaba en condiciones de hacer nada que no fuera propiciar un encuentro con Emma y esperar que unas disculpas o una explicación bastaran para convencerla de regresar a su lado.

Aunque ¿qué era «regresar a su lado»? Había estado entre sus brazos y a horcajadas en su regazo, había estado en su cama y en su pensamiento; estaba aferrada a su corazón de una manera que le hacía daño, como la mordida de un tiburón. Pero ¿a su lado? ¿Como una compañera? No, ese lugar no se lo había concedido.

Casey sintió la tentación de probar a desahogarse por primera vez en su vida, pero se marchó de la pensión sin hacerlo. Caminó por la calle como si lo hubieran deslumbrado las luces del alba, igual de

inestable que un borracho, y se refugió en su despacho para acto seguido buscar entre todas las cartas alguna que hubiera firmado la señorita Marston.

No hubo suerte.

Fue Casey quien decidió darle a Emma un margen de una semana para que aplacara la rabia. Era un gran defensor del tiempo y el espacio como sistema para ver y reconsiderar con perspectiva la gravedad de los problemas. Pero ese período de cortesía le estaba matando.

Tras un buen rato a solas en su despacho, decidió que lo mejor que podía hacer era sincerarse con ella. Hablarle con pelos y señales de lo que Kathryn había significado para él. Era una historia que no había compartido con nadie, como cualquiera que involucrara el menor sentimentalismo, y ni siquiera se sentía preparado para decir su nombre en voz alta, pero ese era solo uno de todos los sacrificios que estaba dispuesto a hacer por Emma con tal de volver al punto previo a la discusión.

Tomó papel y pluma. Mojó la punta en el tintero, lo justo para escribir «Emma» y los dos puntos a continuación antes de que el pernicioso líquido goteara sobre sus letras. Después se reclinó hacia atrás en la silla para buscar inspiración en el techo.

No pensaba extenderse con sensiblerías, no pensaba caer en el victimismo, no pensaba apelar a sus sentimientos, no pensaba admitir que necesitaba su absolución.

Se limitaría a describir los hechos con precisión.

Kathryn y yo nacimos en algún rincón de Spitalfields. Yo lo hice cuatro años después, lo que significa que conoció a nuestra madre. Nunca me habló de ella, quizá porque no la recuerda. Tampoco pregunté.

Cuidó de mí mientras fui un niño indefenso. Los vagabundos y marrulleros que vivían en nuestro albergue siempre me contaban la historia de cómo mi hermana me llevaba en brazos cuando aún apenas levantaba un palmo del suelo; de cómo me defendía de los borrachos que trataban de hacerme venenosas carantoñas; de cómo mi madre me llamó de otra manera antes de espirar el último aliento, y de cómo Kathryn me cambió el nombre por uno que creía que se ajustaba más a mi carácter.

A los niños que nacen y crecen en la pobreza no se les da a elegir un oficio digno. Caen de cabeza en la indigencia y se familiarizan con la indignidad a muy temprana

edad, pues la única alternativa posible a la vida criminal es el pordioseo. Kathryn y yo habíamos visto morir de frío en las calles a los que preferían mantenerse alejados del pecado aun cuando el precio era no tener qué llevarse a la boca. No iba a permitir que dependiéramos de la misericordia ajena para sobrevivir y se lanzó sin miramientos al carterismo en los burdeles y las tabernas de la zona. Y yo la seguí.

A ella siempre le resultó fácil robarle a los borrachos. Era una cría preciosa.

A mí tampoco se me daba mal. Era pequeño, escurridizo y muy silencioso. Nadie reparaba en mi existencia. Eso nos hacía un dúo imparable.

Hasta que apareció Marriott.

De los adoptados, yo fui el segundo y penúltimo en llegar a Waldorf Place. También fui el más joven de los tres que salvó de la miseria. Entonces eso yo no lo sabía, claro. Ni que tendría hermanos, ni que tendría padre. Solo estaba tan hambriento cuando me agarró del brazo y me advirtió que, si quería comer caliente esa noche, tendría que aceptar su invitación, que le dije que sí sin pensarlo.

Recuerdo que no hablé en todo el trayecto a su mansión de Mayfair, donde me sirvió los platos más elaborados y deliciosos que hubiera probado jamás. Estaba seguro de que después de sentarme a su mesa me llevaría a su dormitorio, como lo habían intentado cientos de hombres antes conmigo y con mi hermana —con ella lo conseguían; conmigo no tenían tanto éxito. Escurridizo, ¿recuerdas?—, pero estaba tan satisfecho y enajenado por los manjares que me habían servido que no me importó lo que hiciera conmigo después.

Hice bien al no temerlo, porque no nos movimos del comedor en toda la noche.

Cuando había devorado todo lo que un niño desnutrido puede albergar en su estómago, Marriott me dijo que podría disfrutar de banquetes como aquel a diario si me quedaba a su lado. Me prometió que vestiría prendas tan agradables al tacto como la que él lucía esa noche —jamás se me olvidará el elegante frac, que le sentaba como un guante— y me aseguró que tendría compañía, porque un crío mayor que yo estaba en ese momento descansando tras un largo día de juegos.

Edgar sería mi hermano.

«Pero yo ya tengo una hermana», le dije. Fueron las primeras palabras que pronuncié en toda la noche. Creo que sonrió aliviado al ver que no era mudo. En parte sentía que le debía una explicación, no solo por haberme servido una cena que me calentaría el estómago cada vez que pensara en ella, sino porque no había hecho ni el amago de cortarme la mano después de cazarme metiéndola en su bolsillo.

«Dile que venga también», determinó.

Cuando me llevó de regreso a la taberna que nos tocaba peinar esa noche, me abalancé sobre Kathryn y le relaté la experiencia en la casa de Marriott igual que si Dios me hubiera escogido para canalizar uno de sus milagros. La comparación no iba muy lejos de la realidad, aunque, más que agradecido, en esos momentos estaba pellizcándome para asegurarme de que no era un sueño. Kathryn, que siempre ha sido precavida y astuta, incluso a los quince años que tenía, me abofeteó por haberme dejado llevar por un desconocido. Me defendí alegando que ella lo hacía

constantemente. Se defendió con una sencillez de lo más contundente: «Yo, a diferencia de ti, nunca me dejo engañar».

Pero insistí tanto, emocionado de pensar que pudiéramos dejar atrás la miseria, que a Kathryn no le quedó otro remedio que reunirse con Marriott una de las numerosas noches que se dejó caer por nuestras tabernas para conocer la respuesta a su proposición. Nunca supe de qué hablaron, y supongo que jamás lo sabré ya, pero el barón la convenció de viajar a Cornualles a conocer la vida que la esperaba con los brazos abiertos.

Yo me adapté enseguida. Siempre fui tímido y distante con Edgar, con Simon cuando llegó tiempo después y con Asher y Chadwick, a los que entonces no veíamos demasiado porque vivían con sus padres. También intentaba contagiarme del espíritu de mi hermana mostrándome prudente, mirando dos veces los regalos que me ofrecían antes de aceptarlos, dando las gracias con hosquedad cuando era pertinente, pero dejando claro que no me iba a dejar comprar. Sin embargo, y a diferencia de ella, yo me dejé maravillar por el lujo, las oportunidades, los libros, las institutrices, la promesa de años asistiendo a clases, los sastres, la comida, y, sobre todo, el respeto.

Los críos no deberían ser conscientes de lo que significa la humillación, pero yo lo tenía tan presente que me asombraba que, a mi paso, tan solo cuchichearan un par de criados maliciosos que eran despedidos en el acto. El respeto que se le da a un bastardo, porque eso es lo que hemos sido siempre a ojos de los que conocen la leyenda de Marriott, está viciado y depende de las circunstancias, pero comparado con el respeto que merece un huérfano que vive en las calles y roba para sobrevivir, es un regalo de cielo. Y yo quería aceptarlo.

Pero mi hermana no.

Kathryn estaba a punto de cumplir quince años. Había salido del barro, como yo, pero la crueldad de la vida había dispuesto de casi un lustro extra para ensañarse con ella. Un crío tampoco debería saber a qué clase de violencias se expone su hermana cada vez que sale por las noches con un vestido escotado y con la intención de alargar la mano hacia todo lo que brille, pero yo ya era consciente entonces de que Kathryn no iba a aceptar los privilegios de clase.

Marriott no llegó a tiempo. La calle la echó a perder antes de que el barón tuviera una oportunidad real de cambiarla.

El problema nunca fue que Kathryn no asimilara las normas del decoro. Era una muchacha espabilada, con carácter y sentido del humor; no en vano se alzó como la reina del East End sin haber alcanzado aún la mayoría de edad, como la joven a la que recurrían los novatos y los veteranos cuando tenían un problema o necesitaban experto consejo. El problema era que Kathryn lo cuestionaba todo. Estaba acostumbrada a vivir con libertad, a despertarse a la hora que quisiera, irse a dormir cuando le apeteciera, comportarse como se le antojara y no responder ante nadie cuando cometiera alguna fechoría, y eso, en Waldorf Place, se había acabado.

Quiero pensar que llegó a respetar a Marriott, pero no valoró lo que este le

ofrecía como para quedarse.

Kathryn trató de explicárselo al niño deslumbrado que fui, mas no la entendí hasta que pasaron los años.

Las oportunidades que Kathryn tenía de prosperar en Waldorf Place eran no ya ínfimas como las mías, pues yo siempre podría sacudirme el escarnio y la indignidad con la que había nacido si aprendía a actuar como un caballero, sino prácticamente nulas. Lo que hacía respetable y valiosa a una mujer en las esferas en las que Marriott se movía era su pureza, y Kathryn era una Lilith. En algún que otro momento la tentó quedarse solo para poder estudiar, eso sí. Siempre estuvo tan ávida de conocimiento como yo mismo. Pero su decepción no pudo ser mayor al caer en la cuenta de que para las mujeres reservaban una educación mucho más general, que yo recibiría lecciones a las que ella jamás podría aspirar, y que para colmo su destino sería casarse con un hombre que la repudiaría después de descubrir que él no sería el primero en tocarla.

No soportó verse disfrazada de señorita. Yo veía en sus ojos la burla hacia sí misma, la rabia hacia Marriott por tratarla como a una muñeca cuando ella era una bestia que había ido al infierno y regresado con las manos manchadas de sangre. Los oí discutir más de una vez: Kathryn se refería a sí misma como un chiste, y aunque Marriott trataba de convencerla de que nadie tendría por qué saber de dónde había salido, mi hermana no quiso participar en la pantomima de un aristócrata aburrido y se marchó.

Y me llevó consigo.

A ella no le costó incorporarse de nuevo a la vida que habíamos dejado atrás. Se la veía exultante. Aunque estuviera rodeada de malandrines y hombres con muy mala idea, no tenía que responder a las expectativas de nadie, no se sentía una intrusa en un mundo que no era el suyo; tenía al toro agarrado por los cuernos. Pero yo no pude soportarlo. Caí en una espiral de tristeza al verme durmiendo de nuevo bajo las marquesinas cuando ya sabía lo que era una cama caliente, siendo apaleado por los bastones de los burgueses que consideraban que yo estaba en su camino cuando sabía lo que era el afecto de un padre, y en un arrebato del que me he arrepentido cada día de mi vida, me las apañé para localizar a Marriott y suplicar su perdón. Volví arrastrándome a sus pies apenas unos meses después de haberlo abandonado, y como al hijo pródigo, me abrió la puertas y sus brazos sin reproches.

Mi hermana supo a dónde me iba cuando me vio intentando peinarme con los dedos para no horrorizar a los aristócratas del West End. Recuerdo que me sonrió con desdén, y que me deseó suerte convirtiéndome en el figurín de un noble aburrido.

Lo último que me dijo fue que no se me ocurriera volver cuando Marriott se hartara de su último juguete y me sacara a patadas de su casa.

Estaba claro que mi hermana, tan inteligente como era, nunca fue capaz de ver a Marriott como lo que era: un buen hombre. Pero no la culpo, porque hasta que llegó él, ninguno de los dos había tratado con una persona que genuinamente deseara lo

mejor para los desgraciados como nosotros; una persona decidida a darnos una segunda oportunidad.

Casey dejó la pluma a un lado, alineada con el tercer papel garabateado, y se tomó un segundo para pensar en la mejor manera de enfocar la confesión personal. Su mirada perdida vagó unos instantes por el despacho, sin detenerse en ningún punto concreto. Se frotó los muslos antes de tomar de nuevo el utensilio de escritura y continuar tras un punto y aparte.

Nunca me he perdonado por elegir la vida fácil antes que a mi hermana. Entonces yo tenía solo once años, pero si hubiera crecido con ella, si hubiera cumplido los dieciocho a su lado, tarde o temprano me habría endurecido y habría sido capaz de defenderla de los hombres que la hostigaban, de protegerla incluso de sí misma. Si hubiera permanecido cerca y no solo vigilándola de lejos, habría ganado el doble de la miseria que obtenía vendiendo su cuerpo y no habría tenido que depender del deseo maldito de sus amantes para subsistir.

He hecho todo lo que he podido para ganarme su perdón, para garantizarle una vida apacible y aplacar mi conciencia, pero como si ella hubiera sabido quién estaba detrás de cada milagro, de cada gesto afable de un desconocido, lo rechazaba de lleno para hundirse un poco más en el pozo oscuro.

Saber lo que hacía, cómo y cuando lo hacía, no ha hecho sino intensificar mi sentimiento de culpa, pero nunca he cortado el hilo que nos unía porque considero merecer el dolor que viene con la cruda verdad.

A partir de los quince, cuando yo ya no estuve para, con mi sola presencia, obligarla a ser más precavida, Kathryn fue de unos brazos a otros. Vivió amancebada con una serie de hombres cuyos apellidos aún recuerdo, tuvo hijos que no le quedó otro remedio que dejar atrás, contrajo enfermedades… La certeza de que abandonándola firmé su sentencia de muerte se me revelaba a través de pesadillas. Siendo aún niño, abracé el coste de marcharme, pensando que me merecía una vida mejor que la que me esperaba junto a mi hermana.

Todavía hoy me sorprende mi frialdad a tan temprana edad.

Al final has de saber que no estás equivocada, Emma, y que, aunque tenga una explicación coherente para justificar cada delito que se me ha achacado, al final del día sigo teniendo el corazón podrido.

Estoy convencido de que nunca volveré a ver a Kathryn, pero sigo queriendo encontrarla y, de darse el peor de los casos, enterrarla con la dignidad que le fue escamoteada en vida.

Casey soltó la pluma de nuevo y respiró hondo por primera vez

desde que había comenzado la carta.

Había algunos aspectos de la historia que no mencionaría para que Emma no pensara que pretendía ganarse su perdón a costa del victimismo, y otros que jamás pondría por escrito para proteger sus secretos. Como, por ejemplo, que en compensación por todos los privilegios que le fueron concedidos una vez aceptó la generosidad de Marriott, Casey se había prohibido disfrutar de una serie de derechos: el derecho a la paz mental, pues cada paso que dio estuvo motivado por la culpa y la plena conciencia de que no merecía el golpe de suerte que recibió; el derecho a la mediocridad, pues de alguna manera tendría que agradecerle a Marriott sus esfuerzos y pretendía que se enorgulleciera de él a través de su acumulación de logros; el derecho al placer, que no había podido experimentar salvo en momentos puntuales porque, en cuanto una luz de ilusión se encendía dentro de él, volvía a apagarse, aplastada por el peso de los remordimientos.

El derecho a amar, porque la única persona a la que debería haber querido estaría enterrada en una fosa común, a donde la habría arrojado alguno de los amantes violentos a los que se pegaba en busca de cariño.

Casey no había podido entregarse a sus hermanos y a sus primos, ni siquiera al propio Marriott, porque la existencia de Kathryn era un constante recordatorio de que su amor era insuficiente, cuando no directamente nocivo. Porque estaba tan ocupado volcando su preocupación y dirigiendo cada pensamiento al rincón del mundo donde estuviera su hermana que no vivía el momento presente. Y, aun así, hubo momentos de hermandad entre Edgar, Simon, Asher, Chadwick y él. Había notado el afecto prendiendo un núcleo de calor en su pecho algunas de las tardes o noches que pasó charlando con Marriott, siendo ya un hombre hecho y derecho.

Había sofocado cualquier intento de su corazón por albergar esos recuerdos y cubrirlos de gloria, y en muchos casos lo había conseguido. Lo consiguió hasta tal punto que, cuando Marriott murió y no sintió nada, pudo respirar aliviado.

Pero entonces recibió aquella carta cargada de muestras de afecto y de reproches que clamaban su inmensa decepción, y comprendió que

el duelo no lo partió como un rayo porque aún no había asimilado su fallecimiento. Una vez lo hizo con sus últimas palabras en las manos, el dolor lo cegó y estuvo a punto de postrarlo de rodillas.

Casey inspiró hondo y dobló con cuidado cada una de las hojas. Las guardó dentro de un sobre en el que escribió el nombre de su destinataria. Luego lo sostuvo entre los dedos y se lo quedó mirando con una sensación de ahogo que no había experimentado antes.

La trascendencia de aquel momento le estaba asfixiando: la exposición, el confiarle sus sentimientos a una persona a la que había decepcionado, como a todos aquellos a los que había querido, cuando existía la posibilidad de que ella no deseara saber nada más de él… Y ni siquiera había puesto por escrito que la amara, que su aparición había disparado las emociones que tan a buen recaudo había estado manteniendo, que su candor y su bonanza le habían inspirado a hacer grandes obras, a estrenarse en la generosidad; que su pasión le había demostrado que era capaz de experimentar sensaciones más intensas incluso que la culpa, y que todavía podía querer a alguien, preocuparse por alguien, ansiar cuidar de alguien.

Casey se levantó, agobiado, y sacó del cajón una cajetilla de fósforos de fricción.

No pudo soportar la imagen de Emma sentada leyendo su historia. Prendió el fósforo y esperó a que el fuego consumiera la carta.

Arrojó lo que quedaba de ella sobre un centro de mesa de cristal.

Parecía que, después de todo, su afán por mostrarse indolente ante sus allegados no tenía su razón de ser en la estrategia empresarial o el deseo de quedar por encima de quienes aireaban su vulnerabilidad. Parecía que, en realidad, Casey Kaye era simple y llanamente un cobarde. Un cobarde al que le aterraba la mera posibilidad de que una mujer supiera que, como cualquier otro ser humano, amaba y sufría y a veces no podía hacer nada para evitarlo.

Capítulo 28

Emma decidió no volver a poner un pie en los salones de Londres. En vista de que su despedida tendría lugar esa noche, llegó a la conclusión de que no sería mala idea marcharse por la puerta grande, aunque fuera a costa de provocar un escándalo.

Así pues, se puso de nuevo el vestido que había fascinado a la Reina del Chisme y se presentó en la fiesta con media hora de retraso. Llevaba del brazo a Calvin, ahora Tucker Kingston, que había accedido a hacerle un pequeño favor: ayudarla a descubrir si Casey Kaye estaba o no enamorado de ella en función de su reacción al hecho de que apareciera acompañada, y nada más ni nada menos que de su marido.

Había dispuesto de tan solo veinticuatro horas para decidir si creerse o no la historia de Calvin. Sorprendentemente, y por más vueltas que le había dado, no parecía que el relato hiciera aguas por ninguna parte, y en el fondo no tenía energía para seguir guardándole rencor a un hombre que ya no significaba nada para ella. Al menos, no más que un recuerdo adulterado.

Antes de que Casey apareciera y despertara de nuevo la llama que creyó para siempre extinta, Emma había pasado más de medio año de luto por la muerte de un matrimonio que, al final del día, ni siquiera fue legal. Había dedicado una larga temporada a dolerse, enrabietarse, asumir lo que le había ocurrido y, al fin, soltar la idea de marido perfecto que había estado abrazando aun cuando le hacía daño.

Descubrir que Calvin no era con exactitud el criminal por el que lo había tomado, lejos de avivar sus sentimientos, la había ayudado a terminar de cicatrizar la herida. Ahora podía caminar de su brazo sin ser consciente de que había paseado a su lado mil veces antes, pero con el corazón encogido por el amor que no le cabía dentro, y sin entristecerse porque la historia entre ellos hubiera tocado a su fin.

Emma había dado por hecho que Casey acudiría a la última velada programada, y no se había equivocado. Se sintió poderosa por haber acertado. Significaba que estaba un paso más cerca de comprender al hombre enigmático, de deducir su siguiente movimiento.

—Ahí está. Se le reconoce por los lunares y el riguroso negro —señaló Calvin con discreción—. ¿Qué quieres que haga? ¿Cómo esperamos que reaccione? No estoy acostumbrado a que me encomienden tareas como esta, Emma, aunque tengo la sensación de que me has metido en una historia tan peligrosa como cualquiera de mis misiones.

—No creo que Casey te sacuda por la pechera de la camisa, si es eso lo que temes. No es su estilo. Se considera un hombre elegante, y protege su falsa indolencia así le cueste la vida.

—¿Y es eso lo que quiere una mujer apasionada en todo lo que hace como tú? ¿A un hombre indolente?

—Voy a averiguarlo esta noche.

En cuanto Emma pudo poner a un lado la furia inicial y racionalizar lo sucedido, llegó a la conclusión de que siempre y cuando Casey hubiera caído en su propia trampa, podría disculpar que la hubiera utilizado para localizar a su hermana. Incluso si la manera de conseguirlo era reprobable desde todos los ángulos. A fin de cuentas, pensaba, ella no había sido un ángel: habría estado encantada de airear que tenía un hijo bastardo, le había chantajeado para que invirtiera una importante suma de dinero en el orfanato y él había tenido que soportar que le dedicara humillantes insultos desde el primer día hasta casi el último.

Emma pensaba, envalentonada, que si Casey se había enamorado de ella con la actitud beligerante que había mantenido, por fuerza debía tratarse de un afecto verdadero que ni siquiera los peores enfrentamientos podrían agriar.

—De verdad que eres romántica, ¿eh? —Calvin sonrió y se posicionó ante ella para sostener sus manos como un fervoroso pretendiente. En eso se había convertido, en un desconocido que ansiaba cortejarla, con la diferencia de que sabía que no podía aspirar a sus afectos. Ya no—. Vas a disculpar al tipo por manipularte si

admite haberse enamorado de ti.

—Más que romántica, me considero práctica. —Emma lanzó una mirada rápida a Casey, que acababa de localizarlos desde la otra punta del atestado salón—. No perdonarlo y forzarme a olvidarlo me resultaría más doloroso que sacrificar mi orgullo. Y no me gustaría que me vieras como una mujer débil —agregó con una ceja enarcada —. Creo que estoy siendo fiel a mis deseos al tomar lo que quiero a pesar de que no sea perfecto.

Porque Emma había esperado que Casey se enamorara de ella, pero nunca imaginó que lo haría mordiendo su propio anzuelo. Si él no la hubiera necesitado para sus propósitos, no se habría acercado tanto como para que el roce hiciera el cariño. Al final del día, Emma sonreía con ironía pensando que debía agradecer que hubiera tenido una agenda oculta.

—Nunca me has parecido débil, y menos ahora. Eres la clase de mujer que, cuando descubre que su marido la ha estado engañando vilmente, coge sus bártulos, se va a otro pueblo, se cambia el apellido y le da a su vida un sentido.

Emma le agradeció el cumplido con una sonrisa sencilla.

Calvin se había esmerado para la ocasión ataviándose con un clásico frac que le sentaba como un guante. Llevaba el cabello oscuro peinado hacia atrás, y sus ojos brillaban con la misma intensidad que antaño, cuando veía en ella a su adorada esposa.

Emma sabía que, en el fondo de su corazón, Calvin seguía considerándola suya, pero hacía honor a los rasgos del carácter que la conquistaron en su día al limitar sus expresiones de afecto y resignarse a lo que merecía, que no era otra cosa que su indiferencia.

Mientras hablaba con él, Emma no dejó de sentir la mirada de Casey clavada en ella. Saberse observada le erizó el vello de la nuca, e hizo que en más de una ocasión estuviera a punto de girarse para comprobar que tenía su atención. Consiguió contenerse en beneficio de la credibilidad del teatro. Tenía que parecer que seguía enamorada de su marido y que había regresado a sus brazos, como descubrió que Casey tanto temía cuando le hizo aquella pregunta velada con voz queda: «Lo cierto es que nunca he sabido si lo seguías amando».

Habría tenido que estar ciega o no conocerlo en absoluto para no darse cuenta de que la posibilidad de que tuviera el corazón comprometido le inquietaba profundamente.

Emma estaba encantada de hacer realidad sus peores pesadillas. La venganza era un plato que se servía muy frío. Lo perdonaría si se atrevía a admitir sus sentimientos, pero por el camino haría que se sintiera tan engañado como ella después de conocer la verdad.

—No creo que se te acerque hasta que te quedes sola, y tal vez ni siquiera. Tengo entendido que es un tipo con un autocontrol desesperante para quien ha de convivir con él —señaló Calvin, sin aliento después de bailar con ella una alegre pieza musical.

—Veremos si estás en lo cierto —decidió Emma, cuadrando los hombros—. Voy a refrescarme al tocador.

Le tendió la mano para que Calvin la besara, cosa que él hizo dirigiéndole al mismo tiempo una mirada ardorosa.

Para su sorpresa, el gesto la dejó indiferente.

En cuanto estuvo a solas en el pasillo, se apoyó en la pared unos segundos para darle tiempo a Casey a salir en pos de ella. Después retomaría su camino.

Tres minutos más tarde, Emma se irguió y echó a andar con tranquilidad. Cuando una voz se hizo oír a su espalda, aprovechó que no la veía para esbozar una sonrisa maliciosa.

Después de todo, Casey Kaye sí era predecible.

—Si yo fuera tú, no dejaría solo a mi marido. En un visto y no visto, pueden aparecer las autoridades y llevárselo sin permitir que te despidas.

Emma cuadró los hombros antes de girarse hacia él. El pasillo estaba muy mal iluminado, como si la anfitriona no quisiera que nadie merodease por la zona o, por el contrario, quisiera invitar a los amantes ansiosos por tocarse a citarse allí.

A pesar de la semioscuridad, vio con claridad cristalina que los ojos de Casey lanzaban chispas.

—¿Qué es lo que ha delatado que se trata de él? —inquirió ella con aparente indiferencia.

—Que no te presentarías en una fiesta del brazo de ningún otro

hombre, lo cual demuestra una vez más tu pobre criterio a la hora de elegir acompañante.

—Si has venido a recordarme los pecados de Calvin —le interrumpió con una mano en alto—, abstente. Nos encontramos anoche en la fiesta de los condeses de Hover y me dio las explicaciones pertinentes.

—No te daría tiempo a bailar como tanto te gusta, pues. Para justificar cada una de sus actividades delictivas y matrimonios consumados habría necesitado toda la noche y otras mil.

Emma se cruzó de brazos con impaciencia. Casey no se había acercado ni un ápice, ni siquiera había cambiado de postura, como si temiera ahuyentarla dando un paso en falso.

El cuerpo de Emma latía desesperado por él, lamentando la distancia.

—Supongo que no me viene mal que te hayas arriesgado a acercarte a mí. Tenía pendiente escribirte una nota dándote la información que te prometí. Calvin se abrió conmigo acerca de tu hermana —continuó antes de esperar una reacción—. Espero que tu memoria privilegiada lo anote en alguna parte: su último amante fue Waylon Aithwich, y según sé, es el padre de Matthew. Reside en Sussex. Calvin no recuerda en qué parte, me temo, pero ahí tienes las huellas que buscabas.

Emma vaciló, reacia a trasladarle la noticia de su defunción, pero al mismo tiempo impelida a contarle toda la historia.

La reacción de Casey la obligó a abortar misión.

Pareció descolocado por la mezcla de emociones que le asaltaron: por un lado parecía ilusionado, y por otro, irritado consigo mismo por albergar la menor esperanza de hallarla viva.

—No te he seguido para recordarte que me prometiste esos datos —le dijo, aun así, después de un instante de vacilación.

El corazón se le aceleró, creyendo saber lo que vendría a continuación.

—¿Y para qué me has seguido?

Casey por fin tomó la iniciativa de avanzar hacia ella. La tomó del codo con delicadeza y tiró lo justo para colocarla entre las dos

lamparillas, en un pequeño recodo oscuro donde pasarían desapercibidos. Su olor corporal la envolvió como en un sueño, y por un segundo estuvo a punto de suspirar, aliviada.

«Porque te quiero», pensó Emma. «Dilo. Di solo eso. Di que me has seguido porque me quieres».

—Para advertirte —replicó, por desgracia—. Es evidente que el amor te ciega, Emma. Has olvidado que no estás casada con ese hombre, que vuestro matrimonio no es válido porque no dio su nombre real, sino una identidad falsa. Lo que estás haciendo al pasearte de su brazo es arruinar tu reputación.

Ofendida y decepcionada, Emma recuperó su brazo con un tirón airado.

—He hecho cosas peores que podrían haber arruinado mi reputación más aún, como, por ejemplo, acostarme contigo —le recordó con un siseo.

—Eso difícilmente arruinaría tu reputación cuando sucedió en la intimidad.

—No importa dónde sucediera. Lo que importa es que es lo más indigno que se me ha ocurrido hacer, y que lo sé yo, la persona que más podría juzgarse por ello —le espetó con ningún otro objetivo que hacerle daño.

Él entrecerró los párpados. Le pareció que también apretaba la mandíbula para contener una imprecación, pero era difícil saberlo en la penumbra.

—Si al marcharte de aquella manera de la casa de lady Bainbridge pretendías alejarte de un hombre pérfido, no has obtenido un gran resultado, porque esta noche te acompaña uno que debería hacerte sentir igual de indigna.

—No estás en posición de señalar mis malas decisiones o criticar con quién me codeo.

—Pues yo diría que soy el más indicado, porque hasta hace una semana te codeabas conmigo.

—¿Cómo tienes el valor de reprocharme eso? —jadeó con incredulidad—. Me codeaba contigo porque me utilizabas para tus fines, porque te convenía tenerme comiendo de tu mano, ¿recuerdas?

Que yo me dejara seducir mientras mi marido volvía a aparecer no debería importarte en lo más mínimo. Tú has obtenido tu información, y yo abrazo de nuevo al hombre que amo.

—Conque lo amas —repitió con un tono carente de emoción.

Emma alzó la barbilla.

—Tú mismo lo dijiste —se limitó a decir con frialdad—. Siento debilidad por los villanos.

—¿Y él es peor que yo?, ¿por eso lo escoges? —inquirió, agachando la barbilla para mirarla a los ojos. Esto le situó por fin bajo el foco de luz, que le mostró tal cual era: un hombre vulnerable y herido por la elección de la mujer de la que estaba enamorado. Emma jadeó cuando sintió que la tomaba de la mandíbula y la acercaba a su cuerpo—. ¿Es más peligroso que yo? ¿Es más cruel que yo? ¿Te desespera y te enloquece más que yo? —continuó con la respiración agitada, deslizando una mano posesiva por su mentón, su cuello y entre sus pechos, que cubrió con la palma—. ¿Qué ha hecho para ser tu malo favorito, si, en teoría, los dos hemos traicionado tu confianza? ¿Ha prendido fuego a una ciudad? Yo puedo hacerlo también. ¿Ha robado y matado en tu nombre? No son mandamientos que yo no esté dispuesto a traicionar por ti. —Emma emitió un débil sonido cuando Casey posó los labios contra los suyos entreabiertos. Sintió que la abrazaba por la cintura con la mano libre y la pegaba a su pecho, que le contagió su ardor como si estuvieran desnudos—. ¿Qué tiene su irresistible maldad que no pueda ofrecerte la mía? Dime cómo quieres que rompa tu corazón para que así no me olvides nunca, y lo haré.

Emma cerró los ojos y se entregó a su firme agarre.

No era ese el modo en que lo había imaginado admitiendo que era débil ante ella. Ni siquiera se atrevió a soñar con que lo diera a entender con un comentario ambiguo, como era su estilo.

Temblando por la pasión, lo rodeó por la espalda y le acarició desde la cintura, donde se ajustaba el frac, hasta los hombros. Luego siguió el recorrido por los laterales del cuello, las orejas, el frondoso cabello negro. Iba en busca de la caricia perfecta, la caricia que le dijera que lo adoraba con locura a pesar de todo.

—La diferencia es que su maldad ya no me afecta —murmuró ella

—, pero la tuya me parte el alma. Y si no estás dispuesto a ser bueno, a ser generoso, a ser paciente, a ser cariñoso…, entonces me costará tan poco retirarte mis afectos como hice con Calvin. Con un hombre malo puedo divertirme, pero no quiero menos que un hombre honesto y enamorado para pasar el resto de mi vida.

—¿Y por qué has venido a la maldita fiesta con un tipejo que no responde a esa descripción? —siseó entre dientes, tan cerca de su cuello que Emma se estremeció.

—Porque de alguna manera debía hacerte reaccionar… y porque tenía que vengarme de tu manipulación pagándote con la misma moneda. No iba a sentarme a esperar a que vinieras a decirme que me quieres. Sé bien que eso no es lo que hacen los villanos.

—Entonces empezaré mi arco de redención con el te quiero que solo pronuncian los héroes —decidió Casey, acunando el rostro de la joven entre las manos. Esperó a que sus miradas coincidieran—. A partir de hoy, Emma, seré tu hombre bueno.

Y la besó sin miedo a que los invitados lo cazaran en pleno arrebato pasional, porque Casey Kaye ya no tenía nada que esconder.

Capítulo 29

Casey decidió aquella misma noche que, al día siguiente, se embarcaría en un viaje relámpago a Sussex para verse con el hombre que Emma había localizado por él. Pero aún quedaban unas horas para el amanecer, y eran horas a las que ambos podían sacar provecho ahora que habían decidido sincerarse el uno con el otro.

Aunque Emma estaba inquieta porque no se había despedido de su marido, al que, a fin de cuentas, había amado durante años, dejó que Casey se la llevara del baile. No tuvo otro remedio que poner rumbo a la mansión de lady Bainbridge: consiguió engañar a los guardianes de Albany con sus pantalones y su pelo corto, pero no le permitirían la entrada con aquel vestido y el postizo de tirabuzones que había vuelto a utilizar.

—Es un pecado mortal repetir vestido en una de estas celebraciones —le explicó Casey en el carruaje, observándola con fijeza.

Había atrapado la mano de Emma entre las suyas con la excusa de darle consuelo después de la discusión, pero la realidad era que había aceptado aquel gesto cariñoso porque lo necesitaba. Creerla fuera de su alcance, aunque el susto hubiera durado unas cuantas piezas musicales, le había impactado de tal manera que todavía le recorrían los escalofríos.

Emma le dirigió una sonrisa velada.

—En ese caso, tendrías que haberme regalado dos o tres en lugar de uno.

Casey le sostuvo la mirada, preguntándose cuál sería la respuesta que Emma esperaba que le diera. No le cabía la menor duda de que lo que ansiaba era encerrarse en una habitación con ella, quitarle el vestido y escucharla hablar durante horas sobre lo que fuera. Él atendería con devoción. Ahora bien… ¿qué quería ella? ¿Seguir siendo su amante, lo que le daba la libertad de la que había estado gozando

hasta entonces? ¿Querría un matrimonio tradicional?

Por primera vez en su vida, a Casey le costó averiguar qué había en la cabeza de Emma, quizá porque su propia mente le estaba jugando en contra, distrayéndole con la complicidad que había visto entre Calvin y ella a lo largo de la fiesta.

El mayordomo de lady Bainbridge, tan discreto como su señora, no armó ningún alboroto ni cambió de expresión cuando Emma apareció acompañada. Los saludó con una genuflexión que Casey creyó sentida, y pensó que criados como aquel escaseaban. Después se dejó conducir escaleras arriba con la esperanza de no tropezar con ningún miembro del servicio o con el propio lord Bainbridge. Quiso la suerte que llegaran a su dormitorio sin incidencias y, una vez allí, Emma se decidiera a hablar cuadrando los hombros.

—Reitero cada palabra que he pronunciado en ese pasillo —anunció con solemnidad. Se había quedado de pie muy cerca de la puerta, con los brazos laxos a cada lado del cuerpo y la mirada vidriosa y determinada de una mujer que sabía convertir sus debilidades en fortalezas—. Que estés aquí ahora no quiere decir que vayas a pasar la noche, o que mañana vaya a abrirte la puerta. Tu desconfianza y tu frialdad me han herido, y me niego en rotundo a padecer la misma angustia a la que Calvin me arrojó con sus mentiras. Si quieres permanecer en este lugar, cerca de mí, tendrás que ser honesto y plegarte a algunas de mis exigencias, así como yo me plegaré a las tuyas cuando lo considere justo.

Casey había estado escuchando mientras se retiraba muy despacio la chaqueta, el chaleco y el resto de prendas del frac, como si no quisiera ofender a Emma con su clara intención de hablar a través de las caricias. Había esperado ingenuamente que la muchacha pospusiera la confrontación y le permitiera reponerse del pánico y los celos que había sentido en el salón.

Se humedeció los labios con lentitud.

—¿Cuándo no me he plegado a tus exigencias, Emma? —le preguntó con sencillez.

—Nunca te has plegado a ellas porque desearas complacerme. Ni siquiera porque fuera lo mejor para ti. Lo has hecho por razones

ajenas a nosotros, y quiero que, a partir de ahora, solo te mueva el deseo de ser feliz.

—El deseo de hacerte feliz, querrás decir.

—No, lo he formulado tal y como quería formularlo.

Casey asintió muy despacio y dejó la chaqueta y el chaleco sobre la cama. Mientras se arremangaba la camisa con una extraña sensación de vértigo ante la negociación que tendría lugar allí, preguntó:

—¿Y qué es lo que quieres?

—Quiero que dejes tus coqueteos con el contrabando.

Su petición le sorprendió tanto que no pudo responder enseguida, momento que Emma aprovechó para explicarle por qué.

Aparte de las razones obvias, como que podría acabar entre rejas, le detalló palabra por palabra la confesión de su marido. Su trabajo en una organización al margen de la ley, pero no contra ella, que se encargaba de dar caza a los criminales que los corredores de la calle Bow no tenían facultades para encerrar; la carpeta que conservaban con su nombre y sus actividades delictivas en un cajón del despacho y la intención que tenían de llevarlo ante la justicia en un muy corto plazo si no aprendía a comportarse; todo eso la había asustado y no quería temer por su seguridad.

Casey escuchaba asombrado. Otro hombre más orgulloso se habría enfurecido consigo mismo por no haber descubierto los verdaderos objetivos de Calvin. Casey tenía recursos, y los había volcado en encontrar al marido de Emma. Por el camino había ido descubriendo la ristra de identidades que le sobresalía del bolsillo, pero nunca estuvo cerca de descubrir quién era Calvin en realidad. Y lejos de frustrarle, en el fondo le maravilló que el ser humano aún tuviera el poder de sorprenderle.

—Estoy segura de que con tu don para los números y tus magníficas credenciales universitarias puedes dedicarte a otros menesteres mucho menos arriesgados —concluyó ella.

—Y también menos agradecidos económicamente hablando —apostilló Casey, acercándose a Emma en mangas de camisa. La rodeó con los brazos para empezar a deshacer los corchetes del vestido, sosteniéndole la mirada—. Dejaré de ser rico.

—Eso no me importa un carajo.

Casey sonrió sin darse cuenta. En el momento en que reveló una bonita porción de piel pálida al deslizar las mangas por sus brazos, se inclinó para besar el hueco entre su cuello y su hombro.

—Pero tal vez les importe a los niños del orfanato —replicó con los labios pegados a su garganta—, que justo ahora se están beneficiando de mi holgado bolsillo.

—Encontraré inversores en otra parte —musitó Emma con el aliento entrecortado, echando la cabeza hacia atrás. Abrazó a Casey con timidez por los omoplatos y lo acercó a ella—. Hasta que Marriott adquirió el terreno, habíamos estado sobreviviendo gracias a la caridad ajena. No será tan difícil volver a eso.

—Y ni mucho menos con tu determinación —convino Casey, que de pronto no podía contener ni controlar la sonrisa en la que se mezclaban todas las emociones: la incredulidad, la ternura, la pasión, la angustia. Mientras, repartía pequeños besos por el escote que el vestido, ya arrugado en torno a su cintura, había revelado—. Pero ¿acaso está usted insinuando, señorita Marston, que ahora le importa más mi seguridad que el bienestar de sus niños?

Emma lo acercó a ella presionando los dedos contra su espalda. El gesto pareció una silenciosa admisión de culpa, la confirmación de lo que Casey acababa de preguntarle, pero replicó en voz baja:

—En absoluto…, señor Kaye. Es pura conveniencia. Solo si acabara usted en la cárcel el bienestar de los niños volvería a ser una utopía. Protegiéndolo a usted los estoy protegiendo a ellos. Lo que me recuerda otra de mis exigencias…

Un gemido la interrumpió cuando Casey atrapó uno de sus pechos y comenzó a masajearlo en círculos hasta que el pezón se endureció.

—Soy todo oídos —dijo con voz ronca.

—Quiero que… en el caso de que no encuentres a Kathryn, te hagas cargo de Matthew. —Abrió los ojos para mirarlo con seriedad, pero los tenía vidriosos por el deseo que comenzaba a causar estragos en su cuerpo. Casey supo que esperaba ver en él una mínima contrariedad. Se relajó al ver que no se negaba a su petición—. Sé que podrías… Sé que lo harías bien porque Marriott te enseñó unos valores que podrías

transmitirle y que… Oh, Casey. —Se mordió el labio cuando él se inclinó para besarla alrededor de la areola y la tomó entre los dientes —. Casey, estoy hablando en serio.

—Y yo te estoy escuchando con toda mi atención. ¿Qué más?

Emma lo abrazó por el cuello para mantenerlo apretado contra su pecho, que empezaba a temblar fruto de una respiración irregular.

—Quiero que te abras conmigo —rogó con la voz quebrada—. Quiero que me comuniques lo que hay en tu pensamiento, que no te abraces al misterio para huir de tus sentimientos, que… que te sientas libre de contarme lo que quiera que te haga sufrir.

—Me hace sufrir que no puedas dejar la cháchara para dentro de un rato.

—Dentro de un rato me dirías lo mismo: que te diera unos minutos más, que luego se convertirían en horas porque eres insaciable, y… — Emma se calló cuando Casey tiró de los lazos adecuados y el vestido cayó a su pies, formando un círculo perfecto de seda escarlata. Le lanzó una mirada de reproche—. ¿Y ahora cómo te vas a concentrar en lo que te estoy diciendo?

—Como muy bien has dicho hace un rato… —contestó, dando un paso atrás sin soltarla de la mano para admirarla con los ojos ardiendo como brasas—, soy un hombre increíblemente inteligente. No me cuesta compartimentar mi mente para hablar y desearte al mismo tiempo.

—Casey… —musitó, dejando que él la llevara a la cama sin oponer resistencia; deseándolo más incluso que asentar las bases de un futuro común. Él la tendió sobre la colcha sin retirar como si fuera un objeto precioso, haciendo gala de una delicadeza que no se correspondía con la emoción primaria que brillaba en sus ojos, idéntica a la de un depredador a punto de abalanzarse sobre su presa—. Tengo miedo de ti y de lo que puedes hacer conmigo. Yo ya he sufrido por amor. No quiero volver a ese infierno. Necesito que me tranquilices y me digas que todo estará bien.

Casey, que ya se había tendido sobre ella, se incorporó sobre los codos para mirarla con detenimiento.

Emma no había girado la cara. Nunca lo hacía. Desde el primer día,

había estado decidida a conmoverlo con la pureza y la justicia de sus sentimientos, y huelga decir que lo había conseguido con creces.

—Yo también he sufrido por amor —reconoció con dificultad, esperando que una pequeña confesión la aplacara hasta que reuniera el valor para hacer la siguiente. Eso no sucedería en pocos minutos. Ni después del amanecer. Tal vez no ocurriera hasta semanas o meses después, pero intentaría que volviera a pasar—. Por el amor que siempre he correspondido y que no he sabido devolver en idénticos términos a causa de mi ahogo; por el amor que dejé atrás, pero que nunca he dejado de llevar conmigo; por el que en realidad albergo por mis allegados, pero siento que no tengo el derecho de expresar…

»El amor es una rara ave para mí, un lenguaje desconocido. No sé expresarlo. Pero cuando tú me hablas con él, incluso si no entiendo una palabra, me siento impelido a descifrarte y responderte con torpeza. Me dejaría guiar por tus indicaciones en el idioma misterioso hasta donde quisieras llevarme. No puedo prometerte que todo estará bien, porque tropezaré cada vez que intente ponerle palabras a lo que me ha traído hasta este momento, hasta donde estás tú, pero sí te puedo asegurar que te pertenezco en un noventa y nueve por ciento, y que te perteneceré por entero cuando ponga por fin el asunto de Kathryn a dormir.

Emma sonrió con los labios temblorosos, y aprovechó la postura para alargar la mano y acariciar los pómulos afilados de Casey.

—¿Por qué nunca te apoyaste en nadie? —preguntó con un hilo de voz, a punto de llorar las lágrimas que él nunca había podido derramar.

—No lo sé —admitió con sinceridad. Acunó su cabeza con la mano curvada—. No lo sé, Emma. Marriott estaba allí. Todos estaban allí, esperando que hablara, pero no podía abrir la boca. Nunca… —Cerró los ojos un instante para ordenar sus ideas y convencerse de que no pasaba nada si se sinceraba—. ¿Nunca has sentido que querías hablar y el momento pasaba antes de que pudieras encontrar el valor? Luego ya era tarde. Siempre era demasiado tarde.

—No es demasiado tarde. Puedes decírmelo a mí, ahora. Puedes decirme qué sientes.

Casey la miró a los ojos, como si esa energía chispeante que manaba de ellos le confiriera el valor que necesitaba.

—Jamás me perdonaré que Marriott muriera sin saber que le quería. Sé que mi hermana también ha muerto, y que lo hizo creyendo que la traicioné. No habría podido dormir en paz de nuevo si te hubiera perdido a ti por la misma razón; por no llegar a tiempo. Si al presentarte en mi despacho no hubieras dicho «Emma Marston», si solo te hubieras llamado Emma, o Emma Smith, o Emma Johnson, o si hubieras sido Anna Spencer o Elizabeth Hover, siento que no habría importado. Me habría inventado cualquier excusa para volar hacia ti de igual modo. Tienes unos ojos en los que caben tu vida y la mía —musitó, mirándola con el corazón encogido—. Tenías los ojos en los que estaba mi vida, con toda su rabia, toda su pérdida, todo su amor abortado, solo que aún quedaba esperanza. Te anhelé desde el primer momento. Decir lo contrario sería una miserable mentira.

Casey limpió las lágrimas silenciosas de Emma, que lo había estado escuchando con la sonrisa intacta; una sonrisa complacida con la misma habilidad expresiva que su mirada amorosa.

—Oh, te odiaba tanto cuando entré en ese despacho —se rio entrecortadamente—. Tendrás que perdonarme por no haberte correspondido enseguida.

—Me cobraré la ofensa a mi manera —determinó, y acto seguido se inclinó sobre ella para cubrirle el cuello de besos que se fueron tornando más tórridos conforme descendía por su pecho.

—¡C-Casey! —se quejó ella—. Deberíamos… —Se mordió el labio— acostarnos pronto. Mañana mismo emprenderemos el camino hasta Sussex, y tendremos que estar espabilados y despiertos.

—Estoy de acuerdo. —Casey sonrió con perversión antes de inclinarse sobre ella—. Deberíamos acostarnos pronto. Lo antes posible. Ahora mismo, en realidad…

Capítulo 30

Casey llevaba toda la vida siendo escéptico por supervivencia, y en aquel caso le habría convenido mostrarse incrédulo más que nunca: la pista que Emma le había proporcionado venía de la mano de Calvin Percy, quien no se caracterizaba por su talante fiable.

Sin embargo, mientras viajaban en carruaje hasta el condado vecino, albergaba el presentimiento de que la búsqueda acabaría por fin en su destino. Tenía asimismo la certeza de que no encontraría a Kathryn con vida, como delataba el gesto tenso de Emma. No le había soltado la mano en todo el trayecto, y cada vez que cruzaban miradas, veía relampaguear en sus ojos un atisbo de culpa, como si no le hubiera contado todo lo que sabía.

Casey se sorprendía pensando que, a veces, eso era también el amor: proteger al ser querido de un dolor inevitable.

Aunque no era como si se hubiera convertido en un experto en la materia de la noche a la mañana.

De acuerdo a los detalles que Calvin le proporcionó a Emma después de que esta insistiera en un relato más exhaustivo, Waylon Aithwich vivía en una granja de Chichester. Se le había descrito como un tipo robusto, bien parecido, aunque con un defecto notable a primera vista.

Casey se había sentido más inclinado a creerse la historia del marido de Emma por ese detalle. Waylon era el modelo de hombre al que su hermana se acercaba ya a los quince años. Solía decir que, como a toda muchacha, le atraían los tipos con encanto, y que el encanto exigía alguna clase de belleza estética, pero que los prefería medio guapos para no tener que lidiar con su soberbia.

Casey había memorizado cada palabra que le dirigió Kathryn como si fuera un rezo bíblico, no ya por penitencia personal para hostigarse por haber escogido una vida mejor por encima de ella, sino porque su hermana era una mujer astuta. Gran parte de la filosofía de vida que

Casey llevaba por bandera y que Marriott nunca imaginó de dónde había sacado se la había legado ella.

Llegaron a la granja en cuestión siguiendo las indicaciones de los habitantes más chismosos de Chichester, que no desaprovecharon la oportunidad de preguntar qué se le ofrecía a un hombre tan bien vestido. Habían pasado alrededor de seis horas de viaje en dirección al sur; el sol ya estaba en su camino a ponerse cuando plantaron los pies sobre la tierra húmeda.

Ni siquiera tuvieron que llamar a la puerta. Waylon Aithwich estaba tendido en una hamaca detrás de la precaria valla de madera raída que bordeaba su propiedad. Leía una novela con las tapas desgastadas y de unas quinientas, quizá seiscientas páginas de extensión, lo cual llamaría la atención de los pueblerinos, mas no la de Casey.

A Kathryn siempre le gustó leer. Le parecía lógico que hubiera ido a parar con un hombre con las mismas inquietudes intelectuales.

—Señor Aithwich —le llamó Casey.

Waylon alzó la mirada de las páginas. Tuvo que entrecerrar los ojos para medir en la distancia las exquisitas prendas que vestía. Casey dedujo que estaba valorando cuánto dinero podría sacarle a cambio de lo que quisiera que viniera buscando; de ahí su sorpresa al oír su respuesta al saludo.

—Es usted la viva imagen de su hermana, Kaye.

Se levantó de un salto y dejó la novela sobre la hamaca con cuidado de marcar la página donde se había quedado. Se acercó a la puertecilla de la verja y la abrió para que Casey y Emma pudieran pasar.

—¿Sabía que vendría? —le preguntó Casey.

—Yo no lo tenía muy claro, pero Kathryn estaba segura.

—¿Estaba? ¿Ya no vive aquí? —preguntó, fingiéndose optimista cuando la verdad era que no esperaba volver a verla. Le sorprendió su propia contestación, como si hasta ese momento no hubiera sabido de la existencia de un lado esperanzado dentro de él.

Waylon le dirigió una mirada grave antes de hacerle un gesto para que le siguiera a la parte trasera de la casa. Casey emprendió la

marcha con energía. Fue Emma quien, tomándolo de la mano, lo obligó a ralentizar el paso, queriendo decirle que no había necesidad de arrancar la venda antes de tiempo.

Casey había esperado que le comunicaran su fallecimiento con el mayor tiento posible, eso en el mejor de los casos. En el peor no le habría importado que se lo largaran con desdén, pero no previó enterarse después de que Waylon hiciera un gesto de cabeza hacia una lápida grabada entre las malas hierbas del jardín.

Debía de haberla labrado con sus propias manos, porque las letras talladas en la piedra presentaban un aspecto tosco. Rezaba el nombre de su hermana: «Kathryn A. Kaye, nacida en 1788, fallecida en 1816».

Fallecida a la misma edad que él acababa de cumplir. A los veintiocho años.

La Kathryn mayor que su hermano pequeño ya no existía.

Le invadió una rabia ciega y dolorosa porque nadie se hubiera tomado la molestia de poner que había sido una hermana querida o una buena madre. Quizá porque su hermano no la quiso lo suficiente, y su hijo no permaneció a su lado más que dos años, tiempo escaso para que este siquiera pudiera recordarla.

Admirando la lápida allí de pie, Casey se sintió de nuevo como el niño que había sido junto a Kathryn. Un niño introvertido que comía sin levantar la mirada del plato, deseando hacerse diminuto, invisible; que le gruñía a los desconocidos; al que no le importaba llegar a las manos con críos más jóvenes que él y en idéntica situación de necesidad con tal de defender la marquesina de la calle que le protegía de la lluvia; un niño que se acostaba con miedo, se levantaba con miedo, vivía con miedo, pero había aprendido a disimularlo para tener alguna oportunidad de ganar en su guerra contra el mundo.

Había comprendido muy pronto que era una batalla perdida.

El mundo no tenía piedad con la gente como él.

O como su hermana.

—¿Quieres que oremos? —le preguntó Emma en voz baja.

Casey esbozó una sonrisa trastocada por la punzada de dolor que le había atenazado el cuerpo entero. No se vio en condiciones de contestar, pero si hubiera podido, le habría explicado a Emma que su

hermana Kathryn era la única niña de la barricada que no se encomendaba a Dios cuando necesitaba un favor. En una ocasión, cuando un buen samaritano detuvo su paseo para darle un par de monedas y le preguntó dónde estaban sus padres, Kathryn acabó murmurando que le dolía más el abandono del Señor que el de su propia familia.

«Dios no me quiere», decía, «pero yo a Él tampoco».

Waylon Aithwich desapareció en el interior de la casa. Casey solo reparó en ello cuando se situó a su lado de nuevo, sumido en un silencio respetuoso, y le tendió un papel doblado.

—Dejó esto por si algún día venías —fue la explicación que le dio.

Casey se vio trasladado de golpe al día que el notario le hizo entrega de la última voluntad del barón Marriott. Solo en ese momento comprendió que su padrino, su padre, no regresaría, y que aquello era lo último a lo que podría aferrarse para sentirlo cerca. Esto había permitido que casi un año más tarde pudiera comprender la trascendencia del papel que sujetaba entre los dedos.

Fuera lo que fuera que Kathryn hubiese escrito, representaba el único contacto que tendría con ella hasta que se reunieran en la otra vida.

Lo desdobló con la respiración suspendida.

El mensaje apenas constaba de tres frases.

> Sé que me has estado buscando y ayudando todo este tiempo. Nunca quise tu caridad manchada de culpa, pero menos habría querido ver tu descenso a los infiernos conmigo de la mano.

Casey alzó la barbilla, como si su hermana se encontrara entre las algodonosas nubes que salpicaban un cielo cada vez más anaranjado. Sonrió sin saber muy bien por qué. Quizá porque se había preguntado en un sinfín de ocasiones cómo sería la Kathryn adulta, cómo habría celebrado su mayoría de edad, en qué aspectos habría madurado y en cuáles se podría entrever a la niña que había sido. Al leer la carta, una especie de absolución carente de sensiblerías, la clase de mensaje propio de su hermana, Casey comprendió que se había estado haciendo preguntas estúpidas, porque Kathryn nunca había sido una

niña, ni siquiera con ocho, con diez, con trece años. Por eso jamás la tentaron las chucherías de Marriott.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Emma, preocupada. Había ladeado la cabeza hacia él, y lo miraba con unos ojos que brillaban como estelas—. ¿Qué es lo que dice la carta?

Casey la guardó en el interior de la chaqueta en completo silencio.

—Dice que ya me puedo ir.

Epílogo

—No me puedo creer que te vayas a casar antes que yo —rezongaba Simon.

Pero nadie le había obligado a agacharse para arreglarle a Casey los bajos del pantalón. Como no era Hallywell quien había confeccionado el traje de boda, dejaba bastante que desear en numerosos aspectos, pero al novio no le importaba. Habría preferido acudir a la iglesia vestido de bufón que con el atuendo que el sastre había insistido en que se pusiera, un despropósito de terciopelo azul oscuro que, sin embargo, su hermano Edgar había adorado.

Casey observó al resto de los presentes a través del espejo. Sobre todo al seductor, que soltó una carcajada y se encogió de hombros.

—No suscribo la opinión de Simon. Siempre supe que todos os casaríais antes que yo, aunque no en este orden: habría apostado por… Asher el primero, sin duda —señaló al felizmente casado con el dedo. Estaba sentado en un sillón de cuero leyendo el periódico. Más que regalar su presencia, la prestaba, y por esa rigurosa concepción que tenía sobre hacer lo correcto—, pero, en mi opinión, habría sido Simon quien siguiera su senda. Después le habría tocado a Casey.

—¿Y después habrías ido tú, o Chadwick? —inquirió Simon, todavía arrodillado a los pies del novio. La curiosidad era palpable en su tono.

—Ninguno de los dos. Yo no me voy a casar por decisión propia —anunció Edgar con una mano sobre el pecho, destacado gracias a una magnífica camisa blanca con un sencillo y elegante volante. Casey odiaba al condenado de Hallywell; a él insistía en vestirlo como si fuera una muñeca, mientras que a su hermano le tocaban los mejores atuendos—, pero Chadwick no se casará jamás porque no habrá mujer dispuesta a aceptar su mano. Mujer en sus cabales, quiero decir. Si se la busca en Bedlam, quién sabe.

Chadwick, también presente por obligación —o eso parecía—, entrecerró los ojos para condenarlo con una mirada desdeñosa.

—Porque, claro, ¿quién no querría pasar el resto de su vida con un título de baronesa, entre una mansión solariega en el campo y una mansión en el corazón de Londres?

—La que no quisiera desperdiciarla asimismo con un bastardo como tú —se mofó Edgar—. Todos aquí tenéis defectos. Simon jamás podrá mantener a una mujer si no se pone a trabajar, y veo más loable que antes los humanos aprendamos a volar, pero derrocha un encanto personal que las incautas valorarían a la hora de dejarse arrastrar hasta Gretna Green. Que no se arrepintieran luego… Bueno, eso estaría por ver. —Edgar se desentendió de un desenlace fatal alzando las manos—. Y Casey tiene el defecto de los hombres de clase alta: es frío y no se mete en los asuntos ajenos. No me habría sorprendido verlo casado con una mujer feliz de tener un marido que le da la libertad que desea.

—Emma no encaja en esa descripción —replicó Asher, bajando el periódico por primera vez.

Casey le lanzó una mirada cargada de sorna, pero no dio su opinión.

—¿Y tú por qué estás tan callado, Kaye? —quiso saber Simon—. Di algo o tendré que clavarte un alfiler para saber que aún respiras.

—Y de paso descubrimos si tiene sangre en las venas —continuó bromeando Edgar—, que es una duda que nos ronda desde hace tiempo.

—¿Estás pensándotelo mejor? —se preocupó Asher—. Porque hay toda una iglesia repleta esperando que hagas acto de presencia.

Casey negó con la cabeza, obviando la insultante suposición. Él jamás había vacilado a la hora de tomar una decisión, y no se había arrepentido jamás. Quizá sí se hubiera dolido precisamente por no arrepentirse, pero ese sufrimiento ya era historia.

—Estoy pensando en mi futuro —acotó con simplicidad, ajustándose la chalina en el espejo.

Hacía tan solo unos meses no habría sido capaz de sostenerse la mirada en el espejo, asqueado por lo que representaba su sola

existencia: el sacrificio de una vida mil veces más importante que la suya. Ahora podía escrutar su rostro sin buscarse defectos. Todo lo contrario. Cuanto más se vigilaba a la espera del nudo en la garganta, más le maravillaba darse cuenta de que no reaparecería, porque el cambio interno trascendía a lo físico.

Parecía otro hombre.

—¿Y bien? —se animó a preguntar Chadwick con razonables recelos—. ¿Qué ves en el horizonte?

—No tengo ni la menor idea —reconoció con llaneza.

La incertidumbre no se le antojó del todo aterradora. Empezaba a verle el encanto a descubrir cada día lo que el mundo le tenía reservado, y no planificar al detalle cada paso que diera. Ya no podría aunque lo pretendiera, porque su vida dejaría de ser una y libre para compartirla con otras, y a esas otras no podía ni quería manipularlas para que le imitaran.

Lo primero que hizo Casey un mes atrás, en cuanto regresó a Brighton después de conocer el desenlace de Kathryn, fue sentarse a escribir cartas dirigidas a sus antiguos socios y compradores. Anunciaba que se retiraba y los remitía a algunos intermediarios que le constaba que mantendrían su precio y que contaban con su absoluta confianza.

Antes de empezar a devanarse los sesos para averiguar a qué se dedicaría a partir de entonces, pues tenía ahorros de sobra para disfrutar de la vida contemplativa durante un tiempo, emprendió el camino a la posada donde sabía que Matthew se hospedaba. Encontró al niño sentado en un taburete más alto que él, mojando unas pastas endurecidas en el tazón de leche que la posadera acababa de servirle con una sonrisa tierna.

Casey se había dirigido hasta allí con la seguridad de quien toma una decisión sin pensar, pero en cuanto lo vio, tan pequeño y vulnerable, le sobrevino un miedo comprensible. El miedo a no estar a la altura. El miedo a no ser el modelo a seguir que todo niño necesitaba para aspirar a mejorar. El miedo a decepcionar a Emma; a decepcionar a Kathryn, que seguía muy viva y opinando dentro de él.

Emma tuvo razón, para variar. Nunca fue a buscar a Matthew

porque siempre pensó que estaría mejor en el orfanato, rodeado de niños de su edad y de maestros que le inspirarían. Solía imaginarlo de vez en cuando correteando por el campo, estudiando gracias a la dedicación de las voluntarias, recibiendo el candor de las mujeres vocacionales, y daba por hecho que él solo amargaría su vida. No perdía de vista tampoco que el orfanato pertenecía a Marriott, y que mientras lo estuviera financiando, a Matthew no le faltaría nada.

Era duro crecer sin padres. Casey lo sabía. Pero habría sido más duro crecer con un padre como él… o como él solía ser antes de aceptar las imposiciones de Emma y prometerle que se iría abriendo poco a poco.

Se armó de valor con una profunda inspiración y cruzó el umbral. El sonido de sus zapatos nuevos sobre la madera vieja alertó a la posadera y al niño, que se giraron en su dirección. Matthew ya no lo miraba de hito en hito. Sus recomendaciones para ahuyentar el tartamudeo y el hecho de que hubiera conocido a su madre había suavizado la tensión inicial.

Pero sí se mostraba cauteloso.

«Bien», pensó Casey, tomando asiento en el taburete colindante sin dejar de mirarlo.

Se giró hacia él con el codo apoyado en la barra, y esperó con paciencia a que el niño terminara de comer. Matthew renunció a los últimos dos bocados de la pasta, quizá demasiado nervioso por su cercanía como para digerirlos, y la dejó reposar en el platillo.

Casey tragó saliva.

Una parte de él sentía que al llevarse a Matthew consigo estaba saldando la deuda que le quedó pendiente con Kathryn. Y cómo no sentirlo, si Matthew tenía sus mismos ojos oscuros, sus mismos rasgos delicados. Si hubiera sido creyente, habría percibido al niño como una reencarnación del alma que Casey nunca podría haber salvado, primero porque su hermana era su mayor enemiga, y en segundo lugar porque en el proceso de salvarse a sí mismo agotó todos los recursos.

—Quiero que vivas conmigo y con la señorita Marston —anunció sin tapujos.

En lugar de preguntarle por qué, Matthew arrugó el ceño y se

decantó por exponer el motivo de incredulidad que en su opinión era más obvio.

—P-p-pero… usted… usted… me odia —balbuceó, pestañeando como si le resultara inconcebible.

Casey comprendía la lógica de los niños porque él la llevó por bandera una vez.

—No te odio. Soy un hombre frío y no se me da bien relacionarme, ni con adultos ni con jóvenes como tú —reconoció con simpleza—. Nunca he sabido expresar mis sentimientos, a decir verdad, pero los tengo… a mi pesar. Quiero que vengas con nosotros porque soy tu única familia viva, porque me corresponde hacerme cargo, y… y porque *quiero* hacerme cargo.

Matthew puso los ojos como platos.

—¿Mi familia? —repitió con timidez.

—Tu madre era mi hermana.

—Entonces usted es… es… es mi t-t-tío —comprendió, mirándose las manos como si ahí estuviera la respuesta.

Casey sonrió de lado, turbado ahora que su relación de parentesco se hacía oficial.

Solía pensar que podía protegerse del amor ajeno manteniendo los vínculos en el aire, sin formalizarlos. Llamaba a Marriott «su padrino», «su tutor», nunca su padre, y jamás quiso referirse a Edgar y Simon como sus hermanos, como tampoco llamó primos a Asher, a Chadwick o a Siobhan. Eran simplemente otros ahijados de Marriott con los que a menudo convivía. Insistía en que la única persona de su vida a la que debía querer era aquella que le presentaron como hermana, y se ajustó a esa dolorosa convicción hasta que Emma apareció y tuvo que reservar un espacio en su corazón y un título particular para ella.

Para él, la palabra «Emma» resumía todo lo que sentía. Emma era su mundo. Pero por primera vez no quiso reservar sus sentimientos para sí mismo. Por el contrario, deseó que no hubiera individuo en la Tierra que no supiera que adoraba a Emma, y no se le ocurrió otro modo de proclamarlo que pidiéndole matrimonio.

—Y cuando la señorita Marston y yo nos casemos —prosiguió Casey —, ella será tu tía. Estaremos emparentados, y por tanto lo razonable

sería que vinieras a vivir con nosotros.

Matthew seguía con el ceño fruncido.

—¿Por q-qué no he vivido c-con usted antes? ¿Por qué no vino a p-por mí?

Casey pensó antes de responder dejando a un lado la peligrosidad de su antiguo trabajo.

—Porque no soy una compañía agradable, y no habría sabido cómo hacerte feliz. Aquí lo eres, ¿no? Lo has sido. —Matthew asintió sin dudarlo. Nunca sabría el peso que le había quitado de encima, el alivio que le embargó al confirmarlo—. Si lo deseas, nos quedaremos en Brighton para que mantengas tus amistades y puedas seguir asistiendo a las clases del orfanato.

—Eso me g-gustaría mucho —reconoció Matthew con una sonrisa vulnerable.

Casey asintió con la cabeza, satisfecho después de haber cumplido con su deber, y se levantó del taburete. No había contado con que el niño lo atacaría por la espalda arrojándose desde su asiento para abrazarlo por el cuello.

Se quedó inmóvil en el sitio, sintiendo la respiración agitada de la criatura contra la piel de gallina. Estiró y dobló los dedos, obligándose a poner su mente a funcionar para averiguar cómo reaccionar, pero ninguna idea acudió a su pensamiento.

Antes de poder hacer nada, Matthew se retiró.

—Gracias —oyó que le decía. Casey se giró hacia él a tiempo para capturar el brillo de emoción en sus ojos oscuros—. Usted es un p-p-poco raro, p-pero quiero a la señorita Marston.

A falta de otro gesto en su repertorio, Casey volvió a asentir con la cabeza.

—En ese caso no veo por qué no nos llevaríamos bien.

Se marchó escarmentado por haber tratado de conmover al crío. Se sintió algo mejor cuando Emma lo acunó entre sus brazos y lo cubrió de besos de agradecimiento por haberse animado a acercarse a Matthew sabiendo cuánto le costaba lidiar con los niños.

—Vas a tener que aprender a hablar con él. Cuanto antes te apliques, mejor será para Matthew —le dijo en voz baja, reteniéndolo

contra su regazo. Casey no podía verle la cara, solo sentir las manos femeninas cruzadas sobre su pecho agitado—, y también para tu hijo, que seguro que se beneficiará de los nueve meses que te ejercitarás con tu sobrino.

La reacción de Casey fue cerrar los ojos y hundirse aún más en el regazo de Emma. Una explosión de emociones contradictorias lo dejó paralizado, y lo único que pudo hacer fue quedarse allí varado, pensando en todas sus carencias, en los riesgos clínicos de los embarazos. Suerte que ella supo leer su rostro pálido y su rigidez y lo disculpó con una risita.

—Tranquilo —le susurró en tono juguetón—. No dejaré que los niños te intimiden.

—Podrías haberme dado una tregua —masculló en cuanto recuperó el habla—. Ya es bastante inquietante pasar de vivir solo en Londres a compartir una casa con una esposa en Brighton (una esposa y su comunidad entera, en realidad), como para tener que hacerme a la idea de que serán una mujer y dos niños.

—Yo también te quiero —se burló Emma—. Y no son una mujer y dos niños. Son tu mujer y tus niños.

—Eso lo hace considerablemente más inquietante.

—Oh, por Dios. ¿No te emociona ni un poco? ¿Qué querías que hiciera, Key? Eres tan responsable de la criatura que llevo dentro como yo misma.

Casey se tensó al detectar una nota de tristeza y preocupación en su tono. Se incorporó enseguida y dio la vuelta en la cama para enfrentarla.

Seguía sentada con las piernas recogidas, tal y como Dios la había traído al mundo, bonita como se decía que solo las mujeres embarazadas podían estarlo. Un ramalazo de amor y pavor le atacaron por la espalda, pero no le impidieron que la tomara de la mandíbula con suavidad y le acercara la cara para besarla.

—No sé por qué me quieres, Emma —le dijo en voz baja. Cubrió su vientre con la mano y lo acarició—, pero jamás te daré una sola razón para que dejes de hacerlo.

Ella sonrió y le robó un beso en los labios.

—Te quiero porque me dices cosas como esa —contestó en el mismo tono.

—Dios, ¡de verdad quiere casarse! —exclamó Simon, sacándolo abruptamente de su recuerdo más reciente—. ¡Mirad la cara que se le queda cuando se menciona a la parienta! ¡Jamás pensé que viviría para ver esto, muchachos!

Casey no dijo nada al respecto. No tenía la menor intención de airear sus sentimientos delante de sus familiares.

Terminó de ajustarse la chaqueta y abandonó la estancia después de comprobar el reloj, que marcaba la hora de echar a andar hacia la iglesia. Había comprado una casa lo bastante grande para albergarlos a los cuatro en el centro de Brighton, que apuntaba a convertirse en una de las grandes ciudades costeras de Inglaterra debido a su tránsito turístico y a la debilidad de los miembros de la realeza por pasar allí algunas temporadas. No le faltaría trabajo, como pudo comprobar después de conversar con algunos de los labriegos y empresarios: todos ellos necesitaban ayuda urgente con sus números. Podría mantener a su familia sin preocuparse por el dinero gracias a sus ahorros y al salario que percibiría cada año por colaborar con las economías de los brightonianos. También se había ofrecido —por insistencia de Emma— a impartir lecciones de matemáticas avanzadas a los adolescentes en el orfanato. Aún no había comenzado porque en verano no se obligaba a los niños a tomar clases, pero era un proyecto al que estaba deseando hincarle el diente.

Claro que eso no lo admitiría ante Emma, a la que le había discutido la idea hasta el hartazgo. Entre otras cosas porque ella lo habría deducido, como había aprendido a descifrar todos sus pensamientos.

Conforme se fue acercando a la iglesia, empezó a oír cómo prorrumpían en aplausos. Era imposible que lo hubieran visto llegar o que Emma hubiese aparecido antes, además de que esa era una reacción cuanto menos infrecuente al comienzo de una boda, en la que se requería cierta solemnidad. Supo a qué se debía cuando nada más asomarse bajo el umbral vio a Eleazar cruzando el pasillo tan rápido como se lo permitía el jolgorio de los invitados, que le sonreían e

incluso se levantaban de sus asientos para estrecharle la mano o darle un abrazo.

Lo que las gentes de Brighton llamaron «accidente» le había dejado secuelas visibles, como una leve cojera y media oreja quemada, pero su antiguo ayudante seguía siendo imparable, como demostraba que se paseara entre los asientos con sus gestos amanerados y se bebiera la atención igual que una actriz de teatro durante las reverencias del fin de acto.

Casey lo observó desde el portón sin darse cuenta de que sonreía.

En teoría, los habitantes de los pueblos eran más reacios a aceptar a los forasteros, pero o bien aquellos eran encantadores por naturaleza y abrazaban el espíritu de grupo, o bien Eleazar se los había ganado durante su estancia allí con sus peculiaridades, todas ellas genuinas. Fuera cual fuera la razón, se alegró tanto de que estuvieran celebrando su regreso y su vida en sí que se sintió tentado de posponer la boda.

Como si le hubiera leído el pensamiento, la voz de Emma se materializó.

—Me parece que Eleazar nos ha robado el protagonismo —le susurró al oído—. Si estás de acuerdo, podríamos regalarle este día de gloria y nosotros recitar nuestros votos en otra parte. A fin de cuentas, a mí nunca me ha gustado ser el centro de atención, y el señor Corbyn todavía está en su casa. ¿Y si vamos para allá?

Casey se giró hacia ella buscando su mano por instinto. Entrelazó los dedos con los de Emma y sonrió a su misma vez al ver que le habían hecho una corona de flores blancas y amarillas, a juego con el estampado del sencillo vestido de algodón.

—El señor Hallywell podría haberte confeccionado algo más exuberante si hubieras querido —le recordó Casey—. No se me olvida cuánto te gustan las faldas.

—Sí, claro que el señor Hallywell podría haberme confeccionado algo más exuberante si lo hubieras sobornado, pero veo cuánto sufres cuando te ofrece una chaqueta de terciopelo, y no merece la pena. Y lo creas o no… —se puso de puntillas para mirarlo a los ojos—, este es mi vestido favorito de todos los que tengo.

—¿Porque lo han elegido los niños? —tanteó. Sabía que la corona sí la habían entretejido las muchachas mayores del orfanato.

Emma sacudió la cabeza, divertida, y tiró de su mano para arrastrarlo lejos de la iglesia.

—¡Porque es el que llevo hoy, idiota! —exclamó antes de recogerse las faldas, que de todos modos no arrastraban, como si fuera el vestido de una niña, y echar a correr hacia la casa de los Corbyn, donde con un poco de suerte podrían casarse y empezar la vida que en el fondo él siempre había querido.

Casey sonrió y se quitó la chaqueta para perseguirla sin obstáculos, pero antes le advirtió:

—No por mucho tiempo, señorita Marston.

Breve nota de autora

Para posibles dudas que hayan surgido, este libro es la segunda entrega de la saga Esclavos del Destino. Aunque se pueden leer todos de forma independiente, se recomienda ir siguiendo el hilo. El primero fue *Conocerás a la mujer perfecta*, y el próximo, que se publicará pronto, *Encontrarás un amor a tu medida*.

Encontrarás un amor a tu medida

Capítulo 1

Londres, Inglaterra
Invierno de 1819

A la desgracia le gustaba la compañía, y eso Simon acababa de comprobarlo de la peor de las maneras. No contento con hacerle perder una partida de cartas en la que se jugaba todo lo que llevaba encima, Dios había tenido que inspirar esa noche a su arrendador para que por fin se decidiera a sacar todas sus pertenencias de la habitación que había estado ocupando.

—¡Muy bien! —vociferaba Simon desde la acera, agachado para comprobar que sus botas de montar preferidas no habían sufrido daños irreparables en el acelerado proceso de mudanza—. ¡Tampoco es que viviera usted en el palacio de Windsor! ¡Ya me encargaré de que todo el barrio sepa que tiene usted una cochambre, no una casa de huéspedes!

—¡Váyase al infierno, moroso! —le aulló el propietario desde una de las habitaciones superiores. Acto seguido se escuchó el cierre de la ventana, una antigualla de la misma familia que el resto de los elementos arquitectónicos del edificio.

Simon albergaba grandes conocimientos sobre la construcción. Para algo había empezado la carrera de arquitecto en Londres. Aunque apenas durara seis meses asistiendo a las lecciones antes de dejarse tentar por la comodidad de las cantinas de la capital, recordaba algunas clases interesantes. Igual que podía recitar todos los huesos del cuerpo gracias a su breve incursión en el mundo de la medicina, que también estudió en torno a quince minutos. Algo parecido sucedió con otra serie —interminable y vergonzosa, de acuerdo a sus familiares— de vocaciones. Su hermano Edgar bromeaba diciendo que Simon estaba sediento de sabiduría, pero que con hojear un par de libros ya se saciaba.

En momentos como aquel, en los que todo apuntaba a que su vida se desmoronaría, se preguntaba si no le habría convenido dedicarse a un noble trabajo en lugar de beberse la vida gota a gota. No se arrepentía de nada de lo que había hecho, porque se divirtió todas y cada una de las veces que priorizó la jarana a la responsabilidad, pero a lo mejor debería haber probado a sufrir durante el período universitario para al menos tener un frente abierto cuando se le acabaran los ahorros.

«¿Qué ahorros?», se burló su diablillo del hombro, que compartía un sospechoso parecido con Edgar. Ambos eran igual de morenos que un gitano y tenían unos ojos azules que brillaban como el fuego de la hechicería.

Simon suspiró y se dijo que no todo estaba perdido. Rebuscando entre los calcetines que el arrendador había tenido la generosidad de arrojar a la intemperie, encontró una libra y ocho peniques. Sonrió, lobuno, y comprobó bajo la luz intermitente del alumbrado que no se equivocaba y eso era, en efecto, más que suficiente para arrastrarse hasta las mesas de un club de apuestas no muy exquisito en cuanto al protocolo de vestimenta y rogar un hueco en la partida.

Simon se había labrado una reputación que le precedía y dudaba que le fueran a ofrecer el asiento en White's o en alguno de los lujosos establecimientos de St James a los que solo su hermano Casey y su primo Asher tenían acceso. Los jugadores habituales estaban al tanto de que Simon había nacido con una estrella sobre la cabeza, y la fortuna le sonreiría siempre y cuando hubiera un tapete sobre la mesa: al igual que haría un Jesucristo con un gusto excesivo por el *bridge*, Simon multiplicaba las libras y los peniques como el Salvador hiciera con los panes y los peces. Se las había visto en situaciones económicas considerablemente más críticas que la actual y había sobrevivido con tan solo tres chelines, que se convirtieron en dos soberanos, veintisiete libras y catorce florines al final de la noche.

Dos soberanos, veintisiete libras y catorce florines que gastó antes de que amaneciera, por otro lado.

Pero la cuestión no era si a Simon se le podía acusar de manirrota —él prefería autodenominarse «generoso»—, sino que tenía razones

para ser optimista. Así pues, ignorando las pertenencias que su dinero le costaron y que habían acabado desterradas en la acera, se echó el dinero en el bolsillo y emprendió la marcha hacia el club de apuestas más cercano antes de recordar que olvidaba algunos detalles de valor. Entonces viró sobre los talones y se dirigió hacia la cómoda con una mano en la frente. ¡Cómo podía habérsele pasado por alto!

El arrendador, en un alarde de fuerza inaudita, había logrado desencajar los cajones para mostrar su descontento. Simon sonrió satisfecho una vez hubo rescatado el retrato de su madre, un grabado que él mismo mandó hacer y pagó de su bolsillo antes de que espirara el último aliento, y las voluntades post mortem de su padrino, lord Marriott; una carta descrita por el notario familiar como «testamento» que Simon guardaba como oro en paño.

Como hacía tiempo que no la leía y aún le quedaba un buen rato de trayecto hasta el casino más cercano, sacó la carta del sobre y tuvo cuidado al desdoblarla.

Debería preservar más que fresco el testamento de Marriott, pues apenas hacía un año y medio de su trágico fallecimiento, pero Simon lo había leído tantas veces y en tan diversas circunstancias —estando empapado en la bañera o mientras se encendía un puro— que el papel, caro y exclusivo en su definición, presentaba ahora todo género de lamparones y desteñidos, y hasta tenía las esquinas quebradas.

No le importaba, porque el mensaje aún estaba intacto.

Mi muy estimado Simon,

Si estás leyendo esto, quiere decir que ya no camino entre los vivos. Pero seguro que eso tú lo sabías antes de recibir mi carta, porque pasas más tiempo conmigo del que cabría esperar en un hombre con tu talante aventurero. Espero que no rompas a llorar mientras lees mis palabras. Es la última carta que te escribiré, así que más te vale mantenerla seca si algo importante es para ti. Además…, siempre te he dicho que pareces un niño cuando lloras. Incluso ahora que te has convertido en todo un Hércules, como decía mi Paula.

Tus hermanos, tus primos y tú habéis sido el mayor regalo que me ha dado la vida. Pero no sois regalos como tal, y eso tú lo sabes de sobra; no me caísteis del cielo ni nacisteis fruto de mi matrimonio con lady Marriott, sino que en cierto modo tuve que salir a buscaros, aunque fuera sin saber que os encontraría. Ese es el único mensaje que me queda por transmitirte y que rezo para que asimiles, porque Dios es

testigo de que he criado a un buen hombre en el pleno sentido de la palabra que únicamente adolece de un defecto: no lucha por lo que ama. Tal vez porque aún no sabe lo que ama. Quizá porque lo amas todo. Tienes un amor por la vida que podría llenar el mar. Eres vitalista, romántico, inquieto; la madera perfecta para construir a un trotamundos. Pero también eres familiar y cariñoso, el padre y marido ideal para cual sea tu afortunada progenie.

Mientras estuve con vosotros, os inculqué la importancia de empaparse de la vida, de probar nuevos sabores, de arrojarse a lo desconocido, de mantener la mente abierta en todo momento. Os animé a explorar la Tierra y todo lo que puede ofrecer, y os permití que echarais mano de cuanto dinero necesitarais para nutrir vuestras experiencias. Tú has exprimido lo que se te ha dado más y mejor que nadie, Simon, pero va siendo hora de sientes la cabeza y te comportes como un caballero de tu edad.

Esa es la razón principal por la que no te he legado una casa o un barco. Te conozco lo suficiente para saber que acabarías apostando hasta tu propio hogar en un tugurio de mala muerte, y todo para sentir esa repentina euforia a la que pareces adicto; el barco quizá hubiera sido un mejor regalo, porque te habría llevado al Nuevo Mundo o a conocer Europa, que sé que es una de tus tareas pendientes, pero me temo que tus aventuras han dejado de ser divertidas para convertirse en un peligro para tu persona.

No puedes seguir arriesgando tu dinero o el de tus hermanos, tu nombre y el mío, tu honra, tu salud, a cambio de una noche entretenida que repetirás hasta que la pobreza te lo impida. Por eso has recibido la finca de Babbington Abbey, en el norte de Inglaterra. Una finca fructífera que se nutre de la agricultura y la ganadería y cuenta con decenas de jornaleros al mando. Con una chispa de suerte, la obligación de encargarte de las tierras te enseñará a cultivar la paciencia, a arrimar el hombro y a reconocer las virtudes del trabajo.

Ojalá no interpretes este regalo como un escarmiento, sino como una nueva oportunidad. Comprendo que una de tus grandes motivaciones a la hora de darle la espalda a la frugalidad y la contención son tus orígenes humildes, pero no puedes seguir justificando eternamente tu absoluta falta de autocontrol bajo la excusa de un sufrimiento pasado.

Necesito irme de aquí con la sensación de haberte ayudado una última vez a encontrar tu camino. No me lo perdonaría jamás si existiera la vida después de la muerte y, al verte desde las nubes, confirmara que te has torcido tanto que ya no habría Dios que pudiera enderezarte.

Quizá yo no sea la persona adecuada para intentarlo. Por más que me quieras y me respetes, sé que solo escucharías a alguien que te inspirase, alguien lo suficientemente admirable para hacerte revisitar tus principios y cambiarlos de ser necesario. Confío en que la encuentres, y que sea lejos de esas veladas nocturnas.

Sospecho que persistes en la idea de vivir como un cualquiera porque no crees merecer algo mejor, porque temes no encajar ni en la clase media ni en la clase alta,

y no sabes cuánto te equivocas. Sea hombre o mujer, sea en la piel de un niño, un amigo o una amante, hallarás un amor a tu medida; un amor que comprenderá de dónde vienes y te impulsará a ser mejor.

Y si no te lo crees, aquí tienes un precedente.

Yo te quiero y te querré siempre, esté donde esté.

Con cariño,
El viejo

Mil veces la había leído, y mil veces había sonreído al leer el modo en que había firmado la carta. «El viejo». Así era como Simon solía dirigirse a él, porque si bien odiaba al progenitor que le dio la vida, ya le había asociado un rostro a la palabra «padre» antes de que lord Marriott apareciera, y con su lógica de niño no estaba seguro de querer llamar al salvador, al patrón, al padrino, del mismo modo en que se refería a un ser tan despreciable como el portador de su sangre. El barón lo comprendió y nunca le reprochó que se decantara por un apodo cariñoso para evitar la confrontación de conceptos.

Era «el viejo».

Su viejo.

Iba tan concentrado en sus recuerdos que no vio por dónde iba y se chocó con un transeúnte que parecía tallado en piedra. Simon, que no era ni de lejos un hombre enjuto, estuvo a punto de tropezar hacia atrás por la fuerza del impacto. No comprendió lo que acababa de suceder hasta que cruzó miradas con un tipo al que conocía, y no de haber pasado agradables tardes degustando un sorbete de limón en Gunter's.

—Hasta que por fin nos vemos las caras, Mount —le saludó el prestamista, curvando los finos labios en una sonrisa de tiburón. Tenía todos los dientes torcidos, como si se los hubiera afilado con una lima —. Te marchaste muy rápido de aquella partida de cartas y luego fue imposible seguirte la pista. No me estabas evitando, ¿no?

La respuesta que le permitiría conservar las manos era un no rotundo. La respuesta honesta le daría la razón a Frederick Compton… y también le daría a Simon apenas unos segundos antes de echar a correr por su vida.

—¡Por supuesto que no! —Simon le dirigió una sonrisa encantadora. Se animó a palmearle el hombro con simpatía—. Hombre, Compton, ¡qué cosas tienes! ¡Si soy yo el que ha estado aporreando puertas para dar contigo! Teníamos una pequeña cuenta pendiente, ¿no?

—Si te parecen pequeñas las cuentas de quinientas libras, sí, podría decirse que sí. —Frederick se metió las manos en los bolsillos del gabán y dio un paso adelante para mirarlo. Al menos, Simon pensó que lo estaba mirando. Fue difícil saberlo cuando el alumbrado callejero se apagó siguiendo las normas cívicas a partir de cierta hora y su sombrero de fieltro proyectó una sombra que le cubrió hasta la nariz—. Por casualidad no las llevarás encima, ¿no? Me ha parecido verte sonreír en tu paseo, y un hombre sin dinero no se muestra tan optimista.

—Tengo… algo —le confesó, dudoso—, aunque no es la cantidad que necesitas. Por suerte para ti, hoy me siento inspirado y creo que en las mesas del club de apuestas podré conseguir la mitad de nuestra deuda. Un tercio, mejor dicho —se corrigió, pensando que era mejor no darle falsas esperanzas a un tipo que con toda probabilidad llevaba un revólver en el gabán.

Un revólver que combinaba de maravilla con sus malas pulgas.

—¿Qué tienes?

Simon vaciló antes de meter la mano en el bolsillo. Unos segundos atrás había estado orgulloso de su botín, pero ahora dudaba que Frederick fuera a compartir su entusiasmo. A decir verdad, el hecho de deber quinientas libras le había quitado las ganas de salir a los casinos a ganarse la vida. Desgraciadamente, sabía por experiencia que no le convenía darle la espalda a un tipo como Frederick.

Maldijo una vez más el día que se le ocurrió recurrir a él.

—¿Te estás quedando conmigo? —espetó en cuanto comprobó que lo que había en su palma extendida no sumaba ni un mísero uno por ciento de la deuda.

—Ojalá —se lamentó Simon.

Debería haberse pensado mejor la respuesta. No fue de extrañar que Frederick la interpretara como una gracieta y su expresión se

ensombreciera.

—Creo que he sido bastante generoso prestándote dinero, Mount. Ahora es tu turno de devolverme el favor, ¿no te parece? Si no puedes pagarme lo que me debes con sus intereses, ya sabes qué otro tipo de retribuciones me aplacarían.

Simon retrocedió por instinto.

Desde luego que sabía qué tipo de favores saldaban las deudas de Frederick. Se decía que le prestaba dinero a los pobres diablos de la ciudad para que luego no tuvieran con qué pagarle de vuelta y así aprovecharse de su indefensión sin remordimientos; así era como se ahorraba las desorbitadas tarifas de los mercenarios profesionales. Los hombres que solían acompañarle en sus paseos, que ejercían de guardaespaldas y chicos de los recados al mismo tiempo, podían dar fe de que esa era su moneda de cambio. Tenían las manos manchadas de sangre y toda la calle Bow andaba vigilándolos de cerca para encarcelarlos en cuanto dieran un paso en falso.

Pero siempre sabían por dónde andar, y nunca perdían el equilibrio.

—Conseguiré el dinero —le prometió Simon, esforzándose por mantener la sonrisa intacta—. Solo necesito una noche de suerte.

—Una noche de suerte, ¿eh? —Amusgó los ojos para mirarlo con desconfianza—. ¿Quieres arriesgarte a acabar más pobre que cuando te sentaste cuando te ofrezco un subterfugio razonable?

No era razonable pedirle a un hombre que robara o matara a alguno de sus enemigos, que muy a menudo eran peces gordos bien protegidos o algunos de los tipos más peligrosos del East End. Simon jamás se había prestado a esa inmundicia, y no lo haría ni siquiera en casos de extrema necesidad. Era primordial para él poder dormir a pierna suelta por las noches, y no volvería a gozar de una noche de descanso si arrebataba una vida.

Incluso si esa vida costaba quinientas libras.

—Te lo devolveré hoy mismo.

Frederick soltó una carcajada nasal y sacó por fin la mano del gabán. Sujetaba un revólver reluciente, y el dedo enguantado jugueteaba con el gatillo.

—¿Y si no? —inquirió con la cabeza ladeada—. No voy a esperar ni un día más, Mount, ni te voy a dar la oportunidad de escabullirte. La deuda seguirá creciendo, y si no puedes cumplirla de un modo u otro… —Dio un paso adelante y le clavó el cañón de la pistola entre las costillas. Simon se obligó a permanecer en el sitio—, ya sabes lo que te espera, ¿verdad?

Asintió sumido en un silencio fúnebre, tan solo alterado por el pulso agitado que notaba latiendo en los oídos.

Simon solía tomarse las enemistades con calma, pero estaría pecando de ingenuo si creyera que se podía jugar con aquel tipo. Era el prestamista más desalmado de la ciudad de Londres, y estaría encantado de enterrar su cadáver en las profundidades del Támesis.

—Si no te pago al final del día —empezó con lentitud—, haré lo que me pidas.

Frederick sonrió, ladino, y retiró el revólver.

—Me alegra que nos hayamos entendido. A medianoche nos veremos en la entrada de las Docklands para que me pagues hasta el último penique. No hagas tonterías, Mount, porque sabes que tengo ojos en todo Londres, y si tratas de escabullirte, me lo comunicarán. Y vayas donde vayas… —agregó en voz baja—, te encontraré.

Frederick consultó su reloj de bolsillo con gesto pensativo y se lo mostró a Simon. Marcaba las ocho menos cuarto. Tenía en torno a cuatro horas para conseguir quinientas libras o podía despedirse de sus principios y de su incorruptibilidad, porque si no lo cumplía, entonces tendría que obedecer a Frederick: sería su vida o la del pobre diablo al que le dibujara la diana en la espalda.

El prestamista le dio un par de golpecitos al cristal, indicando que la cuenta atrás había comenzado, y se dio media vuelta con una sonrisa satisfecha. Simon lo vio fundirse con las sombras de la calle hasta desaparecer, igual que una criatura de otro mundo.

Inspiró hondo y, después de comprobar con gesto inquieto que nadie lo observaba, emprendió su camino, esta vez en una dirección diferente y con el ánimo sombrío.

Ya no se sentía tan suertudo…, pero más le valía que le saliera una buena mano.

[1] *Species Plantarum* (abreviado Sp. Pl.) fue un trabajo del sueco Carlos Linneo de dos volúmenes que supuso el punto de partida de la nomenclatura botánica usada hoy día. Se publicó en latín en el año 1753.